





# **EL PALIMPSESTO VIRTUAL**



# EL PALIMPSESTO VIRTUAL

FRANCISCO PÉREZ BALDÓ



*Colección Narrativa •36•*  
Mojácar, 2009

© **Autor:** Francisco Pérez Baldó

**Portada:** Pedro Soler Valero

**Dirección de la Colección:** Juan Grima Cervantes

© **Edita:** Arráez Editores, S.L.

Las Alparatas, s/n

04.638 Mojácar (Almería)

Tlfno: 950 - 479428

E Mail: *arraezeditores@hotmail.com*

Web: *arraezeditores.com*

**ISBN.:** 978-84-96651-31-9

**Depósito legal:** GR - /2009

**Primera edición:** Noviembre 2009

*RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS*

*A mis hijos Pedro Pablo y Raúl, que orientan mi rumbo en el proceloso mar de las nuevas tecnologías.*

*En resumen, una abducción nos permite formular una predicción general, pero sin garantía alguna de éxito en el resultado; además, la abducción como método de pronóstico ofrece “la única esperanza posible de regular nuestro futuro comportamiento de manera racional”.*

“El signo de los tres”

HUMBERTO ECO Y THOMAS A. SEBEOK





## I JORNADA

### NONA

*Donde se produce un extraño incidente con un examen y se reprende al autor por falta de rigor en las fuentes consultadas.*

La antesala del despacho estaba desierta. Eran las cuatro de la tarde y el sol se colaba insolente por las vidrieras de las mamparas, que dividían lo que había sido un amplio pasillo anterior. Una hilera de puertas regularmente distribuidas exhibían unas regletas de plástico, casi todas vacías, que no orientaban mucho sobre la personalidad del ocupante. Le advirtió el bedel que la cuarta de aquellas puertas grises, la del fondo, correspondía al director del Departamento. Vicente Soler no alcanzaba a imaginarse el significado de aquella nota puesta a mano, a continuación del espacio en blanco en el que debía estar el dígito de su calificación. Aquella escueta nota rezaba: *Tutoría*. El día anterior se lo pasó en cábalas sobre el alcance que tendría sobre su ejercicio de comentario de textos sin calificar. Aquel espacio en blanco lo intranquilizaba. Era algo peor que un suspenso esa especie de llamada a capítulo, a consultas, no alcanzaba a entenderlo. Estaba por asegurar que su examen era brillante. Tal vez esa conclusión arriesgada, esa comparación inusual de un texto clásico con la época actual, requería aclaración: sería eso. Terminó por espantar sus malos augurios y se dejó llevar optimista por su programa de fin de semana de carnaval. No sería tan grave, era sólo un parcial, habría repesca, tendría solución, se repetía en sucesivos ánimos de autoconsuelo. El silencio del pasillo era absoluto, se hubiera escuchado con claridad el rebullir de una silla, el pasar las hojas de un libro, o el leve tecleo en un ordenador. El profesor no habría llegado, pensó, mientras se arrellanaba en una de las sillas de plástico duro alineadas junto a la pared.

Escuchó claramente el chasquido de la puerta del aulario al cerrarse y se enderezó en su asiento adoptando una posición envarada. Se puso en pie para recibirle y esperó a que llegara a su altura.

– Espera un momento Soler, tengo que hacer una llamada.

Volvió a sentarse, hurgó en la carpeta buscando los folios que metió por la mañana, no los había olvidado con los nervios, eran su prueba definitiva. Estaban al final del documento, no se habían desvanecido de esa URL que tan bien conocía y que adornaron las conclusiones de su examen. Si era por eso, venía preparado. Pero no pudo contener un leve escalofrío cuando se abrió la puerta de nuevo y le invitó a que pasara. El profesor Ibarra se quitó las gafas y las dejó sobre su examen, se frotó levemente los ojos y cruzó las manos sobre la mesa.

– No recuerdo haberos pedido un trabajo creativo. Era, sencillamente, un comentario de texto ortodoxo. Tu extrapolación es ingeniosa, pero no existe un tratado octavo del *Lazarillo de Tormes*, ¿de dónde lo has sacado?, por eso te he llamado. Me tratas correctamente el tema de la autoría, la estructura, el realismo de las vivencias del pícaro, el estilo literario... ¿qué necesidad tenías de complicarte la vida con esa invención?

– No es una invención, señor Ibarra.

– No seas insolente, ¿pretendes darme lecciones?

– En modo alguno, profesor. Digo que no es una invención, porque aparece en el texto de la biblioteca virtual, aquí lo tiene.

Y le alargó los folios que mantenía semiocultos. Ibarra se caló las gafas de nuevo y los examinó con atención. Estaba escrito con el tipo de letra gótica rotunda de los incunables, una letra redonda cuyo trazo favorece la lectura. No era una burda imitación, tenía las pequeñas imperfecciones de los primeros tipos móviles de los siglos XV y XVI. El libro se publicó en Burgos y Alcalá en 1554 de forma anónima. Todas las investigaciones iniciadas para determinar su autoría habían fracasado. Se lo habían atribuido sucesivamente a: fray Juan de Ortega; a Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575); a Sebastián de Horozco (1510-1580); a Juan Valdés (1499-1541), y a su hermano, Alfonso de Valdés, secretario de cartas latinas de Carlos V, que fueron grandes humanistas. Y ahora, un desconocido se atrevía a continuar la obra con un pillito vendedor de pizzas cabalgando una ruidosa motocicleta destartalada y llena de pegatinas. De los siete

amos que había tenido Lázaro de Tormes, éste era más sanguinario que los otros, el más cruel, pues no era pobre como los originales, sino una multinacional que cotizaba en bolsa. El pie de página daba cumplida referencia de la web donde se había obtenido, era de sencilla comprobación. Meditó unos segundos antes de encararse de nuevo con el alumno.

– Espero que no me hagas perder el tiempo en indagaciones, ni que se trate de una broma, de una salida de ingenio. La habilidad de los jóvenes actuales para manejar ordenadores nos sobrepasa. Pero dime sólo una cosa. Si me mientes, olvídate de aprobar ni ahora ni en septiembre. ¿Afirmas que estas páginas están a continuación del texto original?

– En efecto. Usted nos aconsejó leer precisamente la obra en facsímil, para familiarizarnos con la versión original sin traslaciones al lenguaje actual, con los tipos de letra de la época, y eso es lo que hice en la biblioteca virtual de la Universidad, como podrá comprobar si accede a esa página. Esta misma mañana lo saqué por mi impresora, espero que no se trate de un error.

– Tú sabes muy bien, Soler, que en las aulas se corren las copias de unos a otros y acepto tu sinceridad, pero pudiera ser que alguien te hubiera pasado una versión amañada para embromarte.

– Como verá, no se trata de una fotocopia, son los folios que saqué por mi impresora.

– Lo acepto, no desconfío de tu versión, pero esto nos lleva a un problema mayor: alguien ha manipulado esa página. ¿Tienes idea de qué ha podido suceder?

– En absoluto. Creí sinceramente que se trataba de un añadido, eso sí, pero autorizado. Como una apostilla que enlazaba con la actualidad, una especie de denuncia de nuevas formas de la picaresca en el siglo XXI, más crueles si cabe que las del siglo XVI.

– Tengo clase a las cinco y debería consultar con el Departamento. Nadie ha podido autorizar otra versión que la que yo mismo entregué al Taller Virtual de la Universidad. Posiblemente te llame de nuevo, nos veremos en clase..., ya te contaré.

– ¿Entonces, mi nota..?

– Estarás aprobado, Soler, si se aclara satisfactoriamente este enredo. Quiero decir que tu examen era correcto, con las salvedades del caso. En ese sentido puedes irte tranquilo.

El profesor Ibarra se quedó meditando en cómo plantear la cuestión de aquella anomalía ante el Departamento. Primero tenía que cerciorarse, comprobar por sí mismo lo que acababa de escuchar. Si el sistema de seguridad tenía agujeros por los que se colaban los *craker*, si llegaba a difundirse la noticia, ¡estaban apañados! El proyecto más emblemático de la Universidad cuestionado y el prestigio de muchos por los suelos. Hubiera sido preferible su primera conjetura, la de un exceso en la imaginación de un alumno que pretendía brillar con esa continuación apócrifa. Repasó el texto con mayor atención y su primera impresión se confirmaba: era impecable. Enlazaba con notable acierto la peripecia de Lazzarillo en el lenguaje de la época para cambiar luego a una jerga urbana actual, no daba un salto en el vacío. No podía ser obra de un inexperto en la materia, de un iletrado *crackeador*. Quien hubiera escrito aquel texto demostraba una razonable erudición. En el mismo estilo de crítica social pasaba de las Cortes que celebrara Carlos V en Toledo en 1539 al reinado de Juan Carlos I en las postrimerías del siglo XX. Resolvía el tránsito en un pesado sueño de siglos y colocaba a Lázaro redivivo pilotando una motocicleta, como si de la acémila a la locomoción motorizada mediara un leve parpadeo, el instante que transcurre entre el sueño y la vigilia.

Levantó la vista de aquellos papeles y se empezó a cuestionar el porqué tenía que apechar con el marrón. Una segunda opinión le era necesaria, él no era más que un sencillo profesor tratando de luchar y sobrevivir en aquella selva del campus. Se acordó del profesor Abellán, emérito ilustre jubilado, que entretenía el obligado ocio al que le condenaban en un cubículo habilitado junto a la biblioteca. Un sabio arrinconado por el inexorable avance de las nuevas tecnologías, un refinado recuelo de las esencias de la Ilustración, una especie de gran enciclopedia con piernas. Ese era su hombre.

Había devenido todo su trabajo en el de consultor voluntario de incertidumbres académicas, en visitas de tapadillo para no poner en cuestión el prestigio de vanidosos pusilánimes, que presentaban luego como hallazgos propios las acertadas orientaciones que se impartían con toda generosidad y sigilo, en el minúsculo despacho.

Con esta decisión recién tomada, se dispuso con renovados bríos a dar su clase de las cinco, ante un probable auditorio de alumnos

adormilados en el sopor de la tarde. ¿Dónde había dejado el libro de Umberto Eco y Sebeock? ¡Menudo panorama!, explicar el método abductivo de Sherlock Holmes y Pierce en un viernes de carnaval, con la parroquia pensando en la fiesta de la noche. A él no le vendría mal una vuelta por el Barrio, disfrazado de mosquetero. Le atraía la alteridad burlesca del carnaval, el trasmutarse en un personaje de ficción y vivir a pleno pulmón el desenfado de la fiesta. Era un sueño incumplido que no se atrevió nunca satisfacer, un extraño temor al ridículo se lo impedía en el último momento. Cuando se acercaba la fecha y los comentarios en el bar le traían el anuncio, se animaba en su propósito, pero terminaba desistiendo. Encontró el libro debajo de una carpeta fuera de su sitio y se propuso, sin demasiada convicción, que algún día tendría que poner orden en aquel cajón de sastre de su mesa. Empujó la puerta y avanzó con resolución por el pasillo en busca del aula B12.



## I JORNADA

### VÍSPERAS

*Donde el profesor Ibarra consulta con su buen amigo y mentor don Julio Abellán, catedrático emérito y experto en semiología.*

Tuvo la sensación de que le estaba esperando. La mesa pulcramente recogida, las manos apoyadas sobre una escribanía de cuero, la reluciente calva surcada por unos finísimos cabellos, casi transparentes, y aquellos ojillos redondos y perspicaces que chispeaban de inteligencia.

– Pasa, Ibarra, toma asiento.

Desde el ventanal en el que pasaba sus buenos ratos meditando, como si contemplara el frondoso ficus, le vio llegar. Le gustaban aquellos juegos de ingenio, la adivinación de sus visitas, anticiparse a pronunciar el nombre antes de que traspasaran la puerta. Era una pequeña travesura que se permitía para desconcertar a su interlocutor y así, de paso, se daba unos segundos de tregua para con el estupor de su acertijo, indagar en el gesto de sus eventuales visitantes qué les traía por aquel rincón del mundo. Su autoridad académica declinaba. Cuando se pierde el verdadero poder de decidir, de señalar la excelencia y los ascensos, el mérito se desvanece, pasa al plano de un reconocimiento difuso, nebuloso. Su ciencia era desplazada por bruscos empellones de los modernos ordenadores, de la infinita capacidad de la Red, de esa Enciclopedia con miles de puertas que él ya no traspasaría. Pero su vocación docente estaba intacta y seguía allí, después de jubilado, colaborando en lo que le pidieran, con el mismo entusiasmo del primer día.

– Pensaba por el camino que ya no le encontraría, me demoré algo. ¡Quién lo hubiera pensado! despertar la atención de los alumnos, un viernes de carnaval, con el método abductivo.

– ¡Ah!, el método de Holmes, bueno, de Sir Arthur Conan Doyle. Me permites una deliciosa referencia bibliográfica, creo que lo tengo por aquí...

El profesor Ibarra se apresuró a responder evitando que se levantara del asiento. Lo había leído a instancias suyas, después de una amable conversación del pasado verano y lo recomendó a sus alumnos de tercer curso con la esperanza de que profundizaran algo, más allá de los consabidos apuntes.

– Lo incluí en la bibliografía de consulta por su recomendación, cuando elaboraba el programa del curso. ¿Se refiere sin duda a, *El Signo de los Tres*?

Se propinó una leve palmada, casi un acercamiento sigiloso de los dedos a su despejada frente.

– ¡Qué memoria la mía, ahora lo recuerdo!

– Hasta se lo han leído. El anuncio sobre Holmes, en el que insistí, parece haber dado resultado, se imaginarían un relato detectivesco.

– Buena idea. En este caso, puede decirse que el fin ha justificado los medios. Pero no creo que tu visita responda a una simple tertulia sobre Umberto Eco. Por mí encantado, hasta las ocho no vendrá a recogerme. Mi hija, que aprovecha el fin de semana para verme. Puede decirse que se ha ganado un sólido prestigio como experta de seguridad en redes: ¡La dichosa informática! Por mucho que se empeña en persuadirme, no hay forma humana, mi cabeza se niega en redondo. No paso de utilizar el ordenador como una moderna máquina de escribir. Pero, cuenta, cuéntame qué te trae por aquí.

– ¿Por qué descarta sin más una conversación sobre Umberto Eco?

– Elemental amigo Ibarra: tu gesto de preocupación y ensimismamiento cuando te vi llegar por la senda del jardín, no hace presagiar una amable consulta. Algo de mayor calado te trae por aquí.

– La verdad es que no sé por dónde empezar, es... un asunto que puede complicarse o quedar en una nadería sin importancia.

– Empieza por el principio, tenemos casi dos horas por delante.

El joven profesor respiró aliviado. Contó lo del examen, la entrevista con el alumno y el texto apócrifo que continuaba las andanzas de Lázaro, casi cinco siglos después del séptimo episodio. Se explayó sobre la vulneración de la seguridad y la posibilidad de que un bromista loco anduviera suelto por Internet tratando de reescribir todas las obras clásicas. El peligro de que su audacia convirtiera toda la biblioteca virtual en un inmenso palimpsesto. Cuando terminó su relato, el viejo profesor sonreía



con una dulzura casi beatífica. Su efímera cabellera blanca parecía relucir en aureola sobre su cabeza: un efecto óptico de los últimos rayos del sol poniente colándose por la ventana.

– Era de esperar, esas máquinas las carga el mismísimo diablo. Temo que no te podré ayudar esta vez, soy ágrafo en lo tocante a la informática. Hasta se cuentan chistes sobre mi impericia con los ordenadores. El último te lo habrán contado -Ibarra denegó con la cabeza-, concluye en que lo utilizo como el perchero donde cuelgo el sombrero.

Aquel hombre entrañable se tomaba con buen humor, sin complejos, las aviesas invectivas que propalaban por el campus sus colegas. No eran propias de los alumnos, la inmensa mayoría lo conocían sólo a través de sus libros, hacía tiempo que no frecuentaba las aulas.

– No es por eso. Quisiera que examinara este texto y me diera su opinión.

Y le entregó los folios de Vicente Soler.

– ¡Acabáramos!, si se trata de leer un texto en soporte papel, estoy a tu disposición.

Conforme avanzaba en la lectura su cara pareció iluminarse, como si la luna en plenilunio traspasara lentamente una nube que la ocultara. Sólo tardó unos breves minutos. Posó las gafas con un gesto de las dos manos sobre la mesa y las cruzó sobre su barriga como un abad satisfecho.

– Espero que me des algo de tiempo. No me fío mucho de mi memoria últimamente. Prefiero consultar, reflexionar, asegurarme. Me suena vagamente el estilo, como una música lejana que se ha escuchado alguna vez.

Cambió el tono reflexivo por otro más jovial, casi divertido y agregó.

– De modo que nuestro entrañable Lazarillo vuelve por sus fueros: ingenioso.

– El caso es que me aterra imaginar que no sea solo un incidente aislado, que pueda afectar a otros volúmenes, ¿quién puede tramar un enredo así?

– Tiene gracia.

– El qué.

– Nuestra conversación anterior sobre la abducción y el bueno de Umberto Eco, ¿no lo has leído?

– No sé a qué se refiere.

– Verás, a veces me pasan artículos de Internet. Yo no navego, ¿se dice así? Gente que me aprecia, no estoy tan incomunicado como parece. Se ha formado un pequeño revuelo. Nada, que el ilustre semiólogo italiano se descuelga con unas declaraciones al diario alemán *Die Welt*, diciendo que Internet puede generar la incomunicación a nivel global por pérdida de los referentes comunes: El código cultural. Si cada cual puede confeccionarse su propio itinerario a través de la Red, tú y yo sobramos. Puede parecer una posición reaccionaria, corporativa, pero no lo es.

– ¿Eso ha dicho?, no tenía noticias.

– Literalmente, y yo comparto totalmente su preocupación. Creo que no se han detenido a pensar sobre lo que dice el maestro. Lo lamentable del caso es que cualquier analfabeto que sepa manejar un ordenador se cuelga en el debate y cuelga su opinión... Y no es eso, no es eso.

Su rostro se endureció, aquella cara amable adoptó una expresión sombría, desconocida. Añadió como en un susurro:

– Sabe más mi sombrero, ese que dicen cuelgo del ordenador, que muchos de los modernos navegantes de ese mar virtual de la información. Se creen en posesión del nuevo Código, pero todo se resuelve en mucho colorín y en conclusiones apresuradas. Umberto Eco tiene razón, habría que serenar el debate, darnos tiempo a la reflexión. Pero las prisas, amigo mío, son el signo de los tiempos.

Una suave penumbra se apoderaba de la habitación. El torso del profesor Abellán había quedado en la sombra, casi desaparecido, sin contraste sobre el fondo blanco de la pared. Le habían asaltado de pronto los recuerdos de toda una vida entregada al estudio. De su inventario final en el debe, se anotaban muchas partidas sin cancelar. Se hizo el propósito de no ir por la vida arrastrando una joroba de agravios y aceptó aquel puesto de consolación al lado de sus queridos libros, cuando su compañera le faltó y ya nadie parecía necesitar de sus habilidades. Calló de nuevo, renunciar hubiera sido peor, el silencio de la tumba, el ostracismo. Avanzó el rostro y recuperó la poca luz que quedaba en el despacho. El profesor Ibarra se había replegado en la silla de confidente que ocupaba. Recordaba al maestro de rostro afable, dispuesto siempre a cual-

quier consulta, amistoso en el trato. Era una faceta desconocida de su carácter, pero comprendía su queja. Si su destino probable era seguir ese itinerario del que se desprendía la amarga conclusión que acababa de escuchar, se lo pensaría dos veces. Se acordó de su sueño incumplido, de esa noche de carnaval pendiente luciendo calzas, jubón y sombrero. Se vio airoso despojándose del embozo de la capa, asaltar por sorpresa y acaparar todo el interés de una bella muchacha quitándose el sombrero en una ensayada reverencia cortesana. Le sacó de su ensoñación la voz que había recuperado ya su tono natural.

– Te propongo una cena amable y la promesa de no ponerme interesante. Mi hija es una real moza, guapa, como su madre. No estoy haciendo de casamentero, no temas. Pero tu soledad me preocupa, no hay ninguna mujer en tu vida. No sacrifiques eso a la ciencia, no merece la pena.

Cómo llegaba a esa conclusión. Nunca se sinceró con nadie. Es cierto que había casi renunciado a la hoguera de las vanidades, que aplazaba, aunque lo deseaba, ese encuentro perfecto con la mujer de sus sueños: El tiempo inexorable, los días de veinticuatro horas, el cortejo..., la búsqueda ocupaba mucho tiempo. Se atrevió a preguntar.

– ¿Cómo sabe de mi falta de compañía femenina?

Adoptó su tono afable, esa especie de luz cenital que derramaba con su sonrisa. Se levantó a pulsar el interruptor, la habitación estaba prácticamente a oscuras. En pie, su oronda figura recobraba la cercanía, la calidez de su escasa estatura llegaba a dar confianza. Le contestó desde donde estaba, sin acercarse a la mesa, conservando un ángulo oblicuo con el rabillo del ojo de su interlocutor.

– Los cuellos de tus camisas te delatan. Ninguna mujer dejaría esos picos hacia arriba, son... como el bigote de un mosquetero.

– ¡Ya!, mis camisas, no consigo alisar los cuellos. No obstante, ha formulado una hipótesis arriesgada. Hoy en día las mujeres jóvenes no se caracterizan por sus habilidades en el hogar.

– Te confundes, el ser femenino no puede prescindir de su fino sentido de la estética. Veinte años de liberación no hacen tabla rasa con siglos de tradición ocupándose de los pequeños detalles. Esas cuestiones menores nos diferencian con mayor claridad que otras en apariencia importantes.

¿Una informática?, ¡socorro! Tenía entendido que pocas mujeres elegían la carrera. Y toda una experta en seguridad. Sería un patito feo con gafas de concha y falda escocesa plisada. Para cualquier padre, toda una belleza interior. ¡Uf!, menudo compromiso. Había idealizado el encuentro. De las mil maneras que lo tenía teatralizado ninguna respondía a la presentación de un colega. Todas, surgían de un encuentro inesperado: Una cafetería en la madrugada, una solitaria muchacha removiendo distraída los posos del café, unos acordes de tango sonando en una pianola lejana. Le miraría con sus ojos tristes. Él se acodaría en la barra: “¿Tienes fuego?”.

– Está al llegar, son casi las ocho, dime que tienes un compromiso y no se hable más del asunto.

– No, no he quedado con nadie.

– Entonces, vamos, eso es un sí en toda regla, no te arrepentirás de haber aceptado, Bárbara es una chica excepcional.

## I JORNADA COMPLETAS

### *Donde un harapiento muchacho cae fulminado por la bebida.*

Un aire helado se le colaba por los desgarrones del pantalón. La liviana camisa anudada y sin botonadura se le inflamaba con los impulsos del viento. Rolaba el viento por la esquina de su cita con el Ciego. La gente pasaba en pequeños grupos exhibiendo sus abigarrados atuendos, mientras escrutaba la calle con indisimulada impaciencia. Se imaginaba la aparición de la impresionante figura, la que compondría con su capa negra hasta los talones, el sombrero de ala ancha cubriéndole medio rostro y las gafas oscuras, sentencioso y refranero, golpeando el suelo con el báculo: de aquel bastón destinado a tundirle las espaldas aquella noche. Traía el botijo preparado con el hábil bitoque taladrado a berbiquí, del que debería beber en jocosa parodia, cuando el ciego se empinara el jarro.

Manuel Solera, su compañero de fatigas desde el instituto, era como una de esas calcomanías que se te adhieren a la piel y ya no te la puedes quitar o no te la quieres quitar. Una pegatina que le había seguido de aula en aula abarloado a su apellido en coyunda inquebrantable: en los listados de matrícula, en los exámenes, en el mismo pupitre. Terminaron por formar una de esas parejas irreductibles, como decían entre bromas y veras: “Somos como Zipi y Zape, como el Gordo y el Flaco, como Ortega y Gasset”. Esperaban las risas por su ocurrencia, de las que pocos se hacían ya eco.

Se arrimó más a la pared del edificio del teatro, bajo aquel soportal de columnas neoclásicas, tratando de protegerse del frío. Un grupo de curas y monjas que portaban con fingida beatería el cajón de una reliquia se le acercaron y pidieron de caridad una limosna. Una pléyade de aristocráticos curas del Palmar pidiendo caridad a un pobre pillito descamisado.

do y aterido. La escena, en la puerta del teatro, componía una estampa del más puro humor negro. Se rebuscó no obstante en los desfondados pantalones secundando la parodia y, como no se hallaba moneda alguna, vio avanzar por encima de su cabeza un immaculado guante rojo de obispo colando un euro por la ranura. El milagro de la reliquia rediviva estaba a punto de producirse. Un chasquido de resorte levantó la tapa y un descomunal pene se engrió desde el fondo de la caja: un cipote digno del de Archidona. Las monjitas, que eran hombres, y las mujeres, que iban disfrazadas de curas, enseñaban las peludas piernas ellas—ellos y unos ligueros rojos ellos-ellas; como corresponde a la alteridad del carnaval, a la confusión de los papeles entre hombre y mujer. La farándula carnavalesca se fue entre risas y aspavientos con su jocosa pantomima, dejando al aterido pícaro ante la duda de la oportunidad de su atuendo.

Vicente Soler renegaba ya de su ocurrencia, cuando apareció al cabo de la calle el Ciego, arrebujaado en su capa de amplio vuelo. En llegando a su altura agarró un faldón y se cubrió los puros cueros en que estaba, traspasado de frío hasta los tuétanos.

— ¿Te has preparado las coplas?

— Sí. Y tú, ¿has apañado el botijo?

— Lo he llenado de un cóctel que me vendrá al pelo para combatir este frío, me estaba quedando helado en esa esquina.

Y se fueron a conquistar la calle con sus coplas, con la ensayada escena del robo del vino, de la que omitían el jarrazo, por si con las bromas se le iba la mano al Ciego y resultaba el Lazarillo de veras descalabrado. Enfilaron por el callejón y desembocaron en plena calle Labradoros, abarrotada ya de máscaras de todos los pelajes. La fiesta estaba en todo su apogeo. Era tanta la gente que no dejaban hueco para que traspasara el aire. Lázaro soltó el refugio de la capa y se dispuso a guiar el indeciso paso del Ciego que, en calándose las gafas, no veía ni para cantar.

Por el camino, le confesaba al amigo la razón del disfraz que le había sugerido y terminó contándole la entrevista con el profesor Ibarra. La cita no le pasó desapercibida, estando sus nombres juntos en la tablilla de las notas. Pronto se olvidaron del incidente, porque la cuestión, ahora, era encontrar un puñetero metro cuadrado donde desplegar un cartelón de romancero. Manuel Solera dibujó unas viñetas alusivas para comple-

tar su representación. La estampa precisaba también de un banco, poyo o tranco, donde sentarse el Ciego con Lázaro a sus pies manipulando el bitoque y bebiendo del vino. Luego, lo tenían ensayado, venía aquello de: “¡Perillán, robas mi vino!”, sobreactuando con voz hueca y falsa. Las coplas y pasar el platillo a la concurrencia remataban su número. Deambulaban de aquí para allá en busca de ese mínimo espacio y ya desesperaban cuando llegaron a la altura de la plaza del Atrio. Las gafas en la mano, harto de darse de trompicones con todo lo que había y circulaba por la calle, llevaba el Ciego, cuando se percató del espacio vacío. La curia, que se negó en redondo a facilitar la plaza de dicho nombre, hizo extensión de sus dominios a la vía pública, por fastidiar, cercando con una cinta de prohibición el “sagrado” recinto al que creían tener derecho por proximidad y denominación.

El Ciego, que andaba alumbrado con los buenos tientos que le llevaba pegados al jarro sin que Lázaro lo probara, le consolaba con la excusa de que no estaba bien visto que bebiera allí, de pie. Razonaba, que debía ser como lo llevaban programado, que no era de recibo que amo y criado compadrearan mano a mano con el vino. En estas cavilaciones y consejos de media lengua se explayaba el Ciego, cuando traspasó la frágil cinta de la prohibición una camilla. Llevaba a un enfermo escayolado de cuerpo entero, y con este primer atrevimiento se generalizó la invasión. Lázaro, localizó un banco de piedra y allí que se fueron a dar cumplimiento a su propósito. Un deforme tullido con muletas se les anticipó en lo de pedir, metiendo su plato de caridad en las mismas barbas de los viandantes. Llegaron los del Palmar y repitieron su número. Pronto quedaron eclipsados por el descomunal miembro escayolado del enfermo de la camilla, cuya gráfica en picado dejaba a las claras la gravedad del accidente. El gotero de JB era atendido por un quinteto de enfermeras con rubicundas minifaldas que se disputaban sus cuidados. Adoraban con unción aquel falo y, en agachándose, enseñaban unos tangas tan minúsculos que traían a todo el personal alborotado.

La escena del vino les quedó muy aparente, pero como la camilla seguía estacionada y las enfermeras ejercitaban sus genuflexiones cada vez con más encono, terminaron sentados en el banco y pasándose el botijo. Sobrepassados por sus competidores, extremaron las libaciones. El Ciego terminó por olvidar sus coplas y hasta el mismísimo nombre de la

madre que lo había parido. Lázaro se hizo con buena parte de la capa, quedando de espectadores de las comparsas ganadoras del improvisado evento: los del Palmar y la murga sanitaria, que competían ya por enseñar hasta los empastes de sus muelas picadas.

El cura apareció con la autoridad municipal, se armó un revuelo y desapareció el jarro del vino. Uno de los del Palmar se enzarzó en una discusión teológica con el de verdad y los guardias no llegaban a distinguir al falso del verdadero. Peroraba el de los guantes de obispo sobre Don Carnal y Doña Cuaresma, mientras los guardias atendían con desigual entusiasmo al orador y las reverencias de las enfermeras. Se habían lanzado a un frenético can-can improvisado que enseñaba por delante tanto o más de lo que ya tenían enseñado por detrás. En estas resucitó el enfermo y a punto estuvo de quebrantarse de verdad, al dar en el suelo con gotero de JB incluido.

El jarro no aparecía y se pusieron a buscar. Lo hallaron en un rincón, más merchado que cuando lo habían perdido. Acertó Lázaro con el chorro verdadero desquitándose de las avarientas recomendaciones de su compadre. Sin darse tregua arreció en su empeño con grandes gorgoritos. Cuando bajó el jarro extenuado y pudo paladear, hizo un gesto agrio con la boca.

- ¡Leches!, a esto le han mezclado algo.
- Estás bufa, compadre, trae para acá ese botijo.

Lázaro reculó con la mano extendida como si dijera: ¡Vade retro, Satanás! En su retirada dio de espaldas con el muro y terminaron disputándose el jarro. Consiguieron más público del esperado con esta escena nunca ensayada.

La basca andaba en retirada, azuzados por la autoridad que mandaba desalojar. La pugna por el vino parecía ir de veras cuando, en el forcejeo, sintió cómo se le ablandaba la mano y el barro se hizo añicos en los adoquines. Lázaro se desplomó en ese mismo instante echando espuma por la boca.



## I JORNADA

### DESPUÉS DE COMPLETAS

*Donde el profesor Ibarra conoce por fin a la mujer que había esperado toda su vida.*

Cuando el profesor Ibarra terminaba de domeñar con la plancha los picos del cuello de su mejor camisa, daban las nueve en el reloj de una torre cercana. Las campanadas entregaron su último tañido en un eco que hizo vibrar el cristal del balcón. Se alegraba de haber podido sortear ese primer encuentro en el último segundo, evitando que Bárbara le viera en aquel descuido de soledad que evidenciaba el cuello de su camisa, según conjeturaba el viejo profesor, el padre de Bárbara. Y era cierto que su aspecto podía pasar por un discreto desaliño indumentario, en cierto modo calculado. No alcanzaba a recordar el último evento de protocolo que le impuso la corbata, y dudó por unos instantes sobre la conveniencia de llevarla en este lance. Decidió que sí, pero eligiendo una chaqueta deportiva para no extremar la nota.

El bullicio del carnaval trepaba hasta sus balcones. En una última mirada de urgencia, mientras pasaba del salón al dormitorio, pudo ver cómo la gente llegaba en tropel alimentando el río humano que se desbordaba por la calle Labradores. Le asaltó de nuevo el recuerdo de su frustrado disfraz de mosquetero y se consoló con las expectativas de la cena: “Otro año será”. Mientras se anudaba la corbata, delante del armario de luna que fue de su madre, cayó en la cuenta de la consulta pendiente a la página adulterada, y lo dejó para el fin de semana. Después de varias tentativas y nudos alternativos, de que el cabo de la corbata le quedara unas veces corto y otras largo, llegó a un razonable equilibrio. “En el término medio está la virtud”, se dijo, comprobando que el apéndice textil le tapaba la hebilla del cinturón. Se miró por última vez en el espejo. En el fondo, le pareció vislumbrar un fugitivo reflejo del

rostro de su madre, que sonreía. Lo tomó como un signo de aprobación, de que estaba contenta de que tomara estado, como siempre le decía. Traspasada ampliamente esa frontera de los treinta, donde la juventud se acaba por decreto, y acercándose peligrosamente a los cuarenta y cinco años, su madre, desde el otro mundo, sonreía feliz ante el mero anuncio de una cita. Hay madres que siguen controlando más allá de la vida, que se quedan rondando en el azogue de los espejos, por si se las necesita. Del buen recuerdo de ese cariño materno, que recibió con largueza, traía consecuencias su soledad de ahora. Terminaba por compararlas a todas en el espejo de su madre y no le salían las cuentas. En cierto modo, sería como sustituirla definitivamente, y su rostro desaparecería del espejo si otra mujer llegara a mirarse en él.

A su recreación de la escena del bar, el de la solitaria rubia removiendo los posos del café, se le entrecruzó el rostro de una hipotética Bárbara mirándose en aquella luna. Ese nombre sonoro, rotundo, con acento esdrújulo, empezaba a despertar su curiosidad: de hecho, ya le estaba poniendo una cara. Era la contundencia de su pronunciación lo que le decidió en el filo de la duda, cuando terminó mecánicamente reconociendo que no tenía compromiso para esa noche y se tragó la excusa que no llegó a formular.

Echó con sonoro chasquido el recio postigo en un giro preciso del llavín y casi se enreda con las muletas de un tullido. Arreciaba en sus demandas con bruscos ademanes y urgencias, azuzándole con el platillo de los óbolos, cuando creyó reconocer vagamente un rostro familiar entre los tiznes de humo de su cara. El tullido le miraba con descaro e insistencia reclamando su caridad. No pronunciaba palabras, sólo sonidos guturales ininteligibles. Sacó el monedero y se desprendió de la calderilla que tintineó en el plato con metálico sonido. El tullido acrecentó su cojera, le miró de soslayo remedando una sonrisa maligna, y se fue calle arriba a mezclarse con el barullo de otras máscaras.

Pensaba Ibarra, mientras encaminaba sus pasos al cercano restaurante donde habían quedado, el Monasterio, en la alta improbabilidad de ocurrencia de un suceso como el de aquel día. Matemáticamente planteado daría una cifra infinitesimal. Pero lo cierto era que la realidad producía a cada momento casos parecidos, encadenando procesos en secuencias inverosímiles. Los comensales componían una tríada, número

cabalístico donde los hubiera: las tres personas del singular, la Trinidad cristiana, las tres formas del razonamiento canónico: Deducción, Inducción y Abducción. El número tres daba para muchas conjeturas. Un palimpsesto encontraba acomodo perfecto con el nombre del restaurante que el profesor Abellán terminó por elegir y eso pudiera parecer una casualidad. Pero el viejo profesor sabe con rigor de experto lo que es un palimpsesto y que su confección principal se llevó a cabo en los monasterios durante la Edad Media, ¿dónde está la casualidad? Se trata de una simple asociación de ideas por inducción: los palimpsestos se confeccionaban en los monasterios, tenemos que cenar en un restaurante, conozco un restaurante con el nombre de Monasterio. Pero terminaba escapándosele la razón por la cual Bárbara era precisamente informática y, para mayor coincidencia, experta de seguridad en redes. Eso no podía cercarse con la lógica deductiva, se precisaba algo más intuitivo. Se sorprendió repitiendo palabras pronunciadas durante la clase de las cinco y se alarmó al comprobar, que toda su disertación terminaría en un mero ejercicio retórico si no era capaz de aplicar al caso real la lógica del razonamiento que predicaba. La verdadera riqueza del razonamiento abductivo estaba, precisamente, en la esperable fertilidad de las hipótesis conforme se reducían las probabilidades de ocurrencia de un suceso. Bárbara era informática, hecho independiente y autónomo respecto al suceso que ese día se les había planteado: un problema de su especialidad. La posibilidad de que aparezca un informático cuando realmente se le necesita puede ser un suceso altamente improbable. Sobre todo si se le llama desde el Departamento para que te solucione un problema. Pero no era desacertado pensar que cada vez era más probable que cualquier persona que nos presenten por la calle termine siendo informático.

En este punto de su razonamiento casi tropieza con la fachada de piedra del restaurante, y se dispuso a enfrentarse con su destino, que adoptaba una apariencia de mujer, de profesión informática. Se estiró los faldones de la chaqueta, posó la mano comprobando la justeza del nudo y enfiló con paso resuelto su futuro imperfecto.

La reluciente calva parecía nimbada de una aureola de rubios cabellos. El efecto óptico, desde la entrada, negaba la conocida realidad de la falta absoluta de pelo en aquella soberbia cabeza. Pero así eran las co-

sas muchas veces: engañosas. El hechizo quedó resuelto con un giro imprevisto de la rubia cabellera que dejó solitaria, en su verdadero ser, la perfecta curva, la lisa superficie de aquel ubérrimo melón. Entonces la vio, como una ninfa emergiendo de las profundidades del subconsciente, como la congelación instantánea de todos sus oníricos anhelos, y temió que terminase en holografía proyectada sobre el blanco immaculado de la pared que se desvanecería al más mínimo contacto.

No se diluyó el encantamiento cuando le tendió una mano cálida por encima de la mesa, en un amago de levantarse sin llegar a separar el trasero de la silla. Acertó a decir “Encantado de conocerla”, arrepintiéndose del socorrido formulismo apenas pronunciado. “Podía haber sido más original”, pensó de inmediato. Una fórmula de cortesía tan vulgar desmerecía una primera impresión. Las primeras impresiones son decisivas, *ergo*, estaba perdiendo puntos. Pero a Bárbara le gustó su turbación, casi un rubor de azoro en las mejillas. El profesor Abellán estaba inmerso en concretar la intendencia.

– Digo de resolver la cuestión del segundo plato, por decidir lo del vino, que en mi caso es un pescado a la plancha sin más aderezo que el aceite y la sal, al que no le vendría mal un Verdejo de Rueda.

Planteamiento, nudo y desenlace. Otra tríada fundamental de la poética. Seguía argumentando Ibarra para sus adentros en la línea de deducciones que le traía en soliloquios desde su casa. A Bárbara no le pareció muy acertada la conclusión sobre el vino, pero tampoco dijo nada. Desvió la atención interesándose por la cuestión del “palimpsesto virtual”. Le parecía apropiado para denominar aquella apostilla apócrifa al “Lazarillo de Tormes”, obra que recordaba vagamente de sus clases de bachillerato y más certeramente por una serie de televisión. Su padre le puso en antecedentes por el camino, interesado en saber si era posible una intromisión de ese calibre. Antes de darle una respuesta, le pidió explicaciones sobre la enigmática palabra, que le parecía escuchar por primera vez. El profesor Abellán aceptó encantado y le fue recitando en el breve trayecto:

*“Un palimpsesto consiste en la operación de borrar una obra anterior y, en el mismo soporte, escribir otra. Se produjo fundamentalmente con los códices. El pergamino soporta*

*bien el borrado, no así los rollos de papiro, aunque hay descritos casos. Se practicó mucho entre los siglos VIII al X y sobre ejemplares de los siglos IV al VI, en los escritorios de los monasterios, generalmente sobre obras “paganas”. La excusa comúnmente esgrimida y hasta hoy aceptada por no pocos expertos, era la escasez de pergamino. Pero lo cierto es, que el borrado se produjo en una sola dirección. Me explicaré. Un sínodo del año 691 prohibió expresamente el borrado de las Sagradas Escrituras y de los escritos de los Santos Padres. ¿Qué nos sugiere esto?, que la escasez de pergamino se convierte en una coartada perfecta para otros fines, como pudo ser el hacer desaparecer obras que incomodaban a la Santa Madre Iglesia. Lo mismo que sobre los lugares de culto pagano se superponen los ritos cristianos. Como el número de ejemplares de un códice era muy limitado y a veces único, se destruyó gran parte del legado cultural de la antigüedad. Con la iniciación en Europa de la imprenta por Gutenberg en Maguncia, entre 1.440 a 1.450 (en China se imprimía desde el 960), no es posible utilizar la técnica del palimpsesto. El papel no se presta al borrado, se destruye, y como el número de copias de un libro empieza a ser considerable, hay que aplicar procedimientos más expeditivos: la Inquisición. El papel es un buen combustible. La república de Cicerón, por ponerte un ejemplo, aparece bajo un Comentario de san Agustín a los salmos. Por modernos procedimientos, reactivos químicos, reaparece la anterior escritura, pero se produce un daño irreparable a otra obra antigua que es digna de conservar. La ciencia ha sido siempre más respetuosa y permisiva que cualquier fanatismo religioso. Por eso la fotografía, la anastasiografía con rayos ultravioleta, resucita la anterior escritura sin dañar el palimpsesto”.*

Ella, a cambio, le relató en términos comprensibles la amplia gama de agresiones que se producían a diario en la Red y la forma de evitarlas, que de eso vivía. Pero su interés encontró mejor causa dirigiéndose al recién llegado.

– Su servidor tendrá un gestor externo que asegurará el bastionado, no me cabe duda. Pero en este caso no hay que descartar un ataque desde dentro, parece plausible.

El comentario iba dirigido directamente a él. Le ofrecía la oportunidad de enmendar la desastrosa impresión que, estaba seguro, había causado su fórmula de cortesía. Meditó unos segundos la respuesta.

– No he tenido oportunidad de comprobar nada. En realidad, la prueba me ha sido facilitada en papel, según me asegura un alumno, obtenida desde su impresora. No es que desconfíe, parecía sincero, pero hago como Santo Tomás y prefiero meter el dedo en la llaga. No llego a imaginar las motivaciones de un acto de vandalismo semejante.

– No es la forma de actuar de un *hacker* o *crackero* convencional. Entran, curiosean y, en el peor de los casos destruyen, o se apropian de información reservada. Son nuevas formas de la posesión. En el colmo de la vanidad dejan su firma, naturalmente supuesta. Estaría por asegurar que no se trata de un ataque aleatorio. Si confirma la existencia de ese documento, vendrán más.

El viejo profesor les observaba distraídamente. Parecía absorto en la contemplación del vino al trasluz, en la ligera veladura que le había dejado su paso por el roble, según rezaba la etiqueta del reverso. Les miraba por la lente del vino, crisol de las culturas del Mediterráneo, único asunto en el que todas estaban de acuerdo. Asaltaba su mente la eterna batalla de la razón contra el oscurantismo, los intentos de dominación del Código, la lucha por conseguir el monopolio de la transmisión del pensamiento y sentía renacer nuevos bríos y razones para oponerse. Presentía el peligro de un ataque a gran escala con las modernas tecnologías, la manipulación del libre pensamiento, la aparición de un hegemón, de un Leviatán irresistible de pensamiento único. Se decidió con un gracioso giro de muñeca y cató el vino.

## I JORNADA

### LAUDES

#### *Donde Ibarra cree que todo ha sido una farsa.*

Por el centro del arroyo flotaba la resaca de la noche. El río de agua arrastraba vasos de plástico y serpentinas de colores entreveradas de otras materias menos nobles. El manantial surgía con fuerza de un chorro constante que hacía batirse a la fiesta en retirada. Algunos grupos desperdigados cruzaban peripatéticos mirando las alturas de los edificios. Los empleados de la limpieza ponían el colofón y las últimas copas de la madrugada se tomaban de tapadillo con los postigos echados. Ibarra sorteaba a duras penas el caprichoso regato que cambiaba su curso jugueteón. Mantuvo la mente lúcida toda la noche, poniendo tiento en la cata del vino, porque no se le fuera la mano y la boca detrás, dejando al descubierto sus peores gracias. De paso, su lucidez le permitía salir definitivamente de dudas. Quedó en consultar aquella página esa misma noche, para comentar al día siguiente con Bárbara cualquier posible hallazgo. Ambos encontraron una feliz coartada para verse, guardando las formas de la cortesía del primer encuentro. Amparados en la complicidad del misterio, la emoción y la intriga, se alargó la conversación de la velada. Excusándose en sus años, el viejo profesor anunció su retirada en concluida la cena, lo que no impedía que la juventud sacara partido y apurara la velada. Y así fue como terminaron buscando refugio lejos de la farándula carnavalesca, para seguir hablando.

El llavín giró desplazando el resbalón de la cerradura y el postigo cedió con un gemido añoso. Del portal surgía un tramo de escaleras flanqueado por una balaustrada de hierro forjado y arabescos de latón bruñido. Subió a grandes trancos los escalones con una ligereza y jovialidad desconocida, hasta llegar a su despacho y pulsar el botón del arranque de su PC.

Del interior de la torre empezó a salir el rasgueo característico del disco duro al reinicializarse. El reloj de arena pensaba y dejaba a intervalos aparecer el cursor, que se desvanecía con guiños nerviosos. Cuando la flecha apareció en medio de la pantalla, la dirigió al icono de Internet Explorer haciendo rodar el ratón sobre la mesa. Tocó con el índice un doble clip y el buscador Google apareció en la pantalla.

Los libros estaban divididos en capítulos que se volcaban en páginas HTML distintas. No se podía desconectar en todo su proceso de búsqueda, se quedaría atrapado en ese capítulo concreto. No veía la necesidad de aquella aplicación. El icono del *sponsor* aparecía en cada nuevo pantallazo en sus rutilantes siglas. El menú ascendió en ramificaciones arborescentes desde literatura, novela, picaresca, hasta el título de la obra buscada. Fue pulsando una a una las páginas con la varita mágica del cursor, con ese doble clip que obraba el milagro de su resurrección, hasta encontrar la familiar letra gótica rotunda. Había revisado aquella edición en sus mínimos detalles, si tan sólo una coma hubiera cambiado de lugar, lo advertiría. Repasó no obstante los tres primeros tratados. El interés narrativo decaía a partir de la aventura con el escudero. La hidalguía decadente, el honor de farándula y la pureza de sangre eran flagelados con crítica acerada. No encontró ningún cambio. Siguió con la aventura del buldero y llegó a la del alguacil, del tratado séptimo, con el mismo resultado. Dejó a Lázaro bien aposentado con sus consentidos cuernos, hasta la nota final: volver al inicio. No había nada más, ningún octavo tratado se añadía, ningún pícaro vendedor de *pizzas* motorizado hacía su aparición. Sacó las páginas que le entregara Soler y buscó alguna señal que le orientara: nada. Respiró tranquilo. Se había propuesto encarar la revisión con parsimonia, comprobar la introducción de algún desliz en el texto. Se tensionó cuando llegaba a los últimos renglones, acrecentando sus nervios, que se relajaron en un suspiro final.

Aquel Soler se la había jugado. No llegaba a entender que por una broma semejante se arriesgara a un suspenso. Tal vez quiso lucir sus habilidades narrativas para llamar la atención. Lo había logrado. Le quedaba una obligación incómoda: cumplir con su palabra. Al principio le pareció un hecho incuestionable, se lo dijo con claridad. Luego, sopesó la calidad del examen, pero no podía desdeñarse. ¡Al cuerno con esas gaitas! Si se castigaban el ingenio y la excelencia, la mediocridad reinaría



sobre un páramo reseco. Además, estaba el hecho del giro que dio a su destino, conocer a Bárbara. Si se comportaba así con su buen hado, la suerte le volvería la espalda. Era irracional, pero por si acaso.

Movía distraídamente el cursor sobre la pantalla, sin tomar ninguna determinación, cuando el reloj de la iglesia desgranó las cinco campanadas. Se sobresaltó: ¡Su cita con Bárbara! No quería aparecer con cara trasnochada, tenía que descansar. Con rápidos movimientos cerró una tras otra las páginas abiertas, llegó al inicio y pulsó cerrar. Su ordenador cumplió las secuencias para las que estaba programado: *guardando su configuración*. Un rasgueo de guitarra desafinada y un guiño final de despedida antes de quedar inmóvil en su único ojo oscuro.

En la calle, el agua de la manguera terminó por arrastrar el último vestigio de la fiesta. Los restos del botijo se resistían a bajar con el reguero. Sólo el chasquido de la tolva del camión de la basura trepaba por las paredes, reforzando su efecto de cañón por el dédalo de callejuelas solitarias.



## II JORNADA

### TERCIA

*Donde aparecen nuevos indicios y se conciertan para investigar el luctuoso suceso del estudiante narcoléptico.*

El teléfono zumbó como un moscardón cabreado deslizándose con pequeñas vibraciones por el cristal de la mesilla. La vigilia de la noche terminó por dejarle grogui. Después de muchas vueltas de desvelo, encontró acomodo en un sueño placentero, en el que Bárbara deambulaba con soltura por su casa poniendo búcaros de flores rojas y amarillas en todos los rincones. El zumbido se le materializó en el sueño creando la ilusión de un insecto que se coló entre las flores. Manoteó para espantarlo y la lamparilla cayó con estruendo sobre el pavimento. La pantalla del móvil parpadeaba con *flashes* de luces intermitentes. Lo recogió del suelo y pulsó la tecla verde.

– ¿Te he despertado?, lo siento.

– No, de ninguna manera, estaba a punto de levantarme.

Soltó Ibarra sin mucho convencimiento en un arranque de cortesía mañanera al reconocer la voz.

– Perdona mi impaciencia, duermo poco. Para mí las diez de la mañana son ya las tantas. Llevo desde las ocho en prudente espera, pero ya no podía aguantar más.

Empezó a situarse en el universo. Reparó en el estropicio de la lámpara de noche y se calzó las zapatillas. Abellán prosiguió ante su silencio.

– ¿Cómo se llama ese muchacho alumno tuyo?

No llegó a encajar la pregunta, aún luchaba por desprenderse de los vapores del sueño placentero interrumpido por la vibración de su teléfono móvil.

– ¿Qué muchacho?

– Ese Lázaro motorista -se le ocurrió decir por toda aclaración.

– Soler.

– El nombre, ¿lo recuerdas?

Nunca utilizaba el nombre de pila de sus alumnos, el apellido ponía una discreta distancia, un pequeño muro de contención para evitar que se desbordaran en excesivas confianzas.

– No, nunca uso sus nombres.

– ¡Maldita moda de las siglas!

La exclamación le hizo despertar del todo. Tenía buenas noticias. Su búsqueda de la noche anterior había descartado la intrusión en la biblioteca. Se apresuró a comunicarlo.

– Ya no hay caso, lo he comprobado, nadie ha violentado ese libro, todo ha sido una falsa alarma.

Los pequeños silencios a través del teléfono móvil se interpretan muchas veces como fallos en la cobertura. Se cercioró de haber sido escuchado.

– ¿Me ha oído?

– Con toda claridad. Entonces, puede que sean imaginaciones mías.

– ¿Qué sucede?

– Anoche, en el Barrio, un muchacho disfrazado de andrajos, como un Lazarillo, cayó fulminado. Lo trae el periódico, pero sólo pone las iniciales de su nombre.

– ¡Voy enseguida!, el tiempo de ducharme y tomarme un café.

– ¿Sabes dónde estoy?

– En su despacho, naturalmente.

– No, en mi casa. No tardes.

La ducha y el café le puso los pies en el mundo, la cabeza le empezó a funcionar con precisión. Era extraño que a las dos de la madrugada se acabara la fiesta. El enamoramiento es una especie de debilidad mental que te deja indefenso, inerme, ¿cómo no había reparado en ello? El incidente enfrió seguramente los ánimos. No era posible que a las dos de la mañana los empleados de la limpieza baldearan la calle, un viernes de carnaval.

Desde la barra, tomándose el segundo café, contempló al pequeño grupo de curiosos. Señalaban con gestos inequívocos el recinto del atrio, la plaza como un foso amurallado adosado a la iglesia. La noticia la

recogía el periódico local, la prensa nacional no se hacía eco. Era una breve nota de cierre de edición incluida de urgencia en el último minuto. No aclaraba mucho. La inicial del apellido coincidía, el nombre no conseguía recordarlo. El viejo profesor repasaba el periódico a conciencia. Cinco líneas perdidas entre las páginas finales: a él le costó encontrarla.

Bárbara le franqueó la puerta con gesto preocupado. Vestía un suéter rojo y unos pantalones ajustados que marcaban el rigor de sus rotundas caderas, pero llevaba aún las zapatillas de andar por casa.

– Te espera en el gabinete, no te vayas sin verme.

– Pero... ¿no habíamos quedado?

– Hay cambio de planes, pasa, te espera impaciente.

La puerta estaba abierta. Paseaba sombrío, las manos cruzadas a la espalda, la cabeza inclinada como si se mirara la punta de sus zapatos. Era aquella la sala de recibir visitas del profesor, con una puerta de cristales emplomados en un lateral que daba al dormitorio. El balcón se abría a la plaza recoleta donde hubo años atrás un discreto jardín romántico, arrasado ahora por el cemento de una actuación urbanística de dudoso gusto. Había elegido aquella casa nada más verla, ¿o era la casa la que le había elegido a él? Perdió gran parte de su encanto con la recuperación de la muralla de la ciudad, pero apreciaba aquel espacio decimonónico del gabinete exterior y la habitación anexa; ya no se hacían casas así. Los libros desbordaban los anaqueles. Le hizo ademán con la mano de que pasara.

– Ya lo he comprobado, es nuestro hombre.

– ¿Soler?

– El mismo, Vicente Soler, ¿un muchacho más bien bajo y de pocas carnes?

– Sí, se ajusta a su descripción.

– ¿Quién le sigue en la lista de apellidos de tu clase?

– Un tal Solera. Una pica de alto de más de un metro noventa, se les ve siempre juntos.

– No hay duda, acabo de hablar con él, está muy confuso. Se encontraba en el cotarro, Solera hacía el papel del Ciego.

Se dejó caer en el sillón como noqueado: ¡Pobre chico!, acertó a balbucear. Parecía pedir una explicación cuando Abellán continuó sin reparar en su pregunta.

– Han diagnosticado un coma alcohólico, algo muy socorrido una noche como esa. Tenía una afección de corazón que desconocía. Pero todo fue una complicación desafortunada. Creían que actuaba. Iban haciendo la parodia del robo del vino, ya sabes, a través del tapón de cera que se funde con el calor. En este caso era un hábil artilugio preparado por el propio Soler.

– ¡Dios mío, pobre muchacho!

Abellán prosiguió sin perder el hilo de su relato, Manuel Solera estaba resultando muy comunicativo.

– Se disputaban el jarro del vino cuando Soler se cayó al suelo. La escena era seguida como una farsa. Arrimaron una camilla, de otra farándula que por allí había y continuaron la broma. Unas chicas disfrazadas de enfermeras se pusieron a cuidarle entre el regocijo general. Hasta unos curas falsos le dieron la extremaunción, resultando al final una broma macabra. El verdadero, el párroco que andaba por allí enredado en el desalojo del recinto, ni se enteró. Se perdió un tiempo precioso. Cuando llegó el SAMU, Vicente Soler era cadáver.

– ¿Cómo es posible?

– Es la versión íntegra que acaba de darme su amigo por teléfono, en los veinte minutos de tu trayecto.

– ¿Cómo ha sabido..?

– Muy sencillo, una llamada al periódico interesándome como profesor del chico. Fue un farol, pero di en la diana. El redactor que está cubriendo la noticia me dio su teléfono. El domingo saldrá un reportaje más extenso. Mi deducción fue acertada, el suceso no podía despacharse con una nota de urgencia al cierre.

Bárbara entró con una pesada bandeja de alpaca, les traía café. La puso encima del escritorio y preguntó volteando el rostro en dirección a Ibarra.

– Lo tomas solo, ¿verdad?, ¿una o dos cucharitas de azúcar?

– Dos, por favor.

Agarró la taza que le tendía pensando en el anuncio del recibimiento, en ese imprevisto que impedía su proyectado aperitivo, quién sabe si una posterior comida a solas y alguna pregunta por formular que le rondaba la sentina del alma. Se limitó a remover el café y a dar las gracias.

Abellán parecía haber terminado su disertación y se inclinaba goloso sobre unos bizcochos de soletilla que había en la bandeja. En realidad se hacía el distraído, se apartaba intencionadamente de la escena, por si ambos tenían alguna mirada de inteligencia que intercambiar, alguna palabra furtiva. Su idea del cortejo se había quedado tan anticuada como el lenguaje por signos del abanico y, aunque lo sabía y estaba al tanto de la procacidad y urgencias de la época, se emocionaba con los recuerdos de su juventud, de los bailes de salón con orquesta y las madres al tanto del menor desliz, vigilando la honra de la familia. No era el caso de su hija, que vivía sola en aquel Madrid de locos, libre como una gacela, con sus treinta y cuatro años cumplidos y sin galán conocido. A su edad él ya era padre y quería tener la oportunidad de conocer a sus nietos. Pero los quería cerca, allí, al lado del mar, lo que no sería posible sin un tirón adecuado de su hija para que volviera. Aquel joven profesor le gustaba, compartía su interés por la misma disciplina, no estaba baqueteado por líos de faldas ni aventuras truculentas, se había documentado. Su buena suerte se lo puso a tiro, con Bárbara a punto de llegar y un tema de conversación pendiente, la tentación era irresistible. Al azar hay que ayudarle oportunamente, se decía, mientras buscaba una excusa para dejarlos solos. Sorbió el café y se acordó de su vejiga. Era la coartada perfecta de un venerable anciano que avanzaba con dignidad por su década de los sesenta. Soltó el bizcocho que picoteaba y con un gesto impreciso de la cabeza, como una ligera reverencia, pidió disculpas, haciendo creer que su fisiología le reclamaba.

– Disculpadme un momento, tengo que entrar en la habitación.

Traspuso la puerta de cristales emplomados que sujetaban una vidriera modernista de impreciso significado, en azules marinos y rosas de amanecer. Ella se volvió de la bandeja donde se demoraba en componer arreglos innecesarios y se encontró con la mirada de Ibarra, que interrogaba sobre el cambio de planes que le había anunciado en la puerta.

– Tengo que volver esta tarde sin falta, cosas del trabajo. Nuestro mejor cliente tiene un problema grave. Un conato de incendio ha disparado el sistema de seguridad, hay que recuperar algunos datos.

– ¿Un fin de semana, en domingo?

– Así es la vida en la empresa privada. Si no lo haces tú lo hará otro y el cliente te vuela. No son los ritmos de la universidad, de placenteros

y seguros fines de semana, es la selva de la competencia, del más difícil todavía, del jódete y baila...

Ibarra tuvo la sensación de que despertaba de un grato sueño y que la pesadilla de la realidad se imponía, de que sus mundos estaban separados por la distancia física, por los inconvenientes de dos sistemas de trabajo incompatibles en sus tiempos: la parsimonia del quehacer universitario y el vértigo de esa profesión de soluciones instantáneas. Bárbara se apiadó de su expresión de desamparo y le entregó con calculado gesto furtivo, deslizándole como de tapadillo, su tarjeta de visita. La bomba del agua despeñaba en gorgoritos su carga por la garganta de la cañería. Se escuchó una puerta cerrarse y otra que se abría.

– Tú tienes los fines de semana libres, devuélveme la visita.

Y agarró la bandeja, dándole tiempo a deslizarle un mohín de esperanza, cuando su padre empujaba cauteloso el postigo de la cristalera temiendo que su fingida meada no hubiese sido lo suficientemente cálida y larga. Venía con un interrogante pendiente del dedo índice de su mano derecha.

– ¿Qué me decías por teléfono de que no había caso?

– Lo comprobé con detenimiento, anoche. No hay cambiada ni una sola coma en el texto y la supuesta continuación no es tal.

Las palabras finales dejaron la bandeja sin movimiento, se demoró interesada. Se giró y quedó a la espera de una mayor aclaración. Se había hecho alguna composición de lugar sobre la forma de operar del intruso de la biblioteca. El misterio de aquella continuación despertó su curiosidad.

– ¿Crees entonces que se trató de una manipulación del propio Soler?

– ¿Qué otra cosa pudo ser?, no se me ocurre otro móvil.

Abellán reanudó sus cortos paseos pensativo. Los pequeños detalles no terminaban de encajar. No tenía sentido la historia si los pequeños detalles no cuadraban. Bárbara depositó la bandeja en una silla y no pudo contenerse, se le brindaba la oportunidad de intervenir.

– El hecho de que no lo encontraras no implica necesariamente que no exista. Tu papelera, por poner un ejemplo sencillo, no tiene el texto a la vista, pero guarda todo lo que arrojas en ella y, mediante el procedimiento adecuado, resucita. Es cuestión de una clave.



Había elegido intencionadamente un lenguaje coloquial, su padre se perdía en los arcanos de la jerga informática. Su comentario le puso las orejas tiesas. Se agarró al argumento con renovados ímpetus.

– ¿Eso es posible?–. Y prosiguió sin esperar respuesta-, porque hay algunos flecos sueltos que están esperando respuestas, un encaje adecuado.

Se detuvo intencionadamente para concitar la atención del auditorio. Pidió a su hija que se quedara, que su ciencia les sería de mucha utilidad. Conseguido el efecto deseado, se decidió a continuar.

– Está el pequeño detalle de la desaparición del jarro. No pongas esa cara de asombro, no te lo había dicho. Según comentario de Manuel Solera, con el que tendremos que hablar con mayor detenimiento, el botijo de la parodia del vino se perdió. Es evidente que los botijos no caminan solos, alguien lo cogió. Lo encontraron al rato, en un rincón del recinto. Fue cuando Soler pegó un respetable trago y empezó a encontrarse mal. Ya habían bebido ambos repetidas veces y pasado un tiempo suficiente para cualquier efecto secundario del líquido. Pudo ser una inocente broma lo de esconder el jarro, pero queda una duda razonable: transcurrió el tiempo suficiente para que alguien introdujera alguna pócima. ¿Por qué se visten de esa guisa los dos amigos inseparables? Probablemente, Soler estaba obsesionado con el hallazgo de ese documento, y era carnaval. La idea de disfrazarse así puede ser una simple asociación de ideas o, de otra parte, la continuación de una farsa, enredo o componenda de mayor alcance. Como verás, no es tan sencilla la conclusión apresurada de que todo consiste en una serie de casualidades. Nada es casual, incluso los hechos que aparcamos en las categorías de lo fortuito o aleatorio por falta de elementos de juicio para relacionarlos.

Para Ibarra resultaba algo forzada la argumentación de Abellán. Era descabellado suponer que, en el fragor de aquella multitud que ocupaba las calles, alguien consiguiera localizar a la pareja, introdujera una sustancia en el interior del botijo y, además, ¿por qué? No existía móvil, sólo una serie de conjeturas deslavazadas. Bárbara encontró de nuevo la oportunidad de intervenir en el breve silencio que siguió al parlamento de su padre.

– Es una posibilidad remota, pero habría que comprobarla. Si pudiera disponer de una copia de esas páginas, en el pie, aparece la secuencia

completa de la búsqueda. Los libros estarán referenciados con una clave numérica, de una programación *JavaScript*, pongamos por caso. La comparación del código de la página real con la ficticia, nos puede orientar sobre si estamos ante una hábil fotocomposición o encontramos otra dirección que nos lleve al texto que aseguró encontrar ese alumno tuyo. Es una idea que me asaltó anoche.

No había caído en esa sencilla cuestión, la secuencia de números de la URL era considerable. Se había fijado al menos en las siete primeras cifras y coincidían, no siguió comprobando. Ese desliz le turbó, pero no dijo nada. Abellán asistía interesado al giro que tomaban los acontecimientos. Si como su hija aseguraba, en el ejemplo de la papelería, se podían ocultar escritos con la posibilidad de resucitarlos con una clave adecuada, y existía el método para comprobarlo, esa era la investigación correcta. Ibarra se defendió de las miradas inquisitivas que le dirigían.

– El razonamiento, para mí, es otro. Me pregunto qué interés puede tener el reescribir un texto, el recrear la técnica del palimpsesto. Si, como es aceptado por todos los expertos, surge ante la escasez de pergamino, esa limitación técnica es ahora impensable: la capacidad de los modernos equipos es infinita, o casi infinita. Sostengo que estamos construyendo una montaña de un grano de arena.

Abellán le pidió la respuesta que estaba tratando de eludir.

– ¿Has comprobado ese extremo?

– Sí, bueno, no exactamente. La secuencia de números era larguísima y creo que lo dejé al séptimo u octavo, no recuerdo muy bien, estaba cansado. Los primeros coincidían y supuse que el resto también.

Nada se perdía extremando el rigor, había que agotar todas las posibilidades. Si actuaban en equipo, que cada cual asumiera el trabajo para el que estaba más capacitado, eso era lo razonable. Abellán distribuyó las tareas.

– Tú, Bárbara, podías seguir esa línea de investigación. Ibarra podrá ocuparse de obtener más datos de ese alumno compañero de Soler. Yo me reservo el análisis, las hipótesis y su comprobación. Si no os parece mal.

En la tarjeta de visita estaba el correo electrónico de Bárbara. Quedaron en comunicarse y en que Ibarra le mandara los datos que necesitaba para empezar su investigación. Tenía por delante unos días de tra-

bajo intensivo, con aquella incidencia de su mejor cliente, pero ya encontraría un hueco en su tiempo, era una tarea rutinaria. Toda una semana rescatando datos. El pavor se advertía con claridad en la voz del administrador único y consejero delegado de Martínez & Martines, cuando le comunicó que todos los equipos habían quedado desconectados. En su ignorancia no podía comprender que ningún dato se perdería, pero le dejó hablar, aceptando ese regreso inmediato que le reclamaba. En definitiva, de eso vivían, del espanto y desconocimiento ajeno. El disco duro de la unidad central era una caja blindada y la desconexión programada al sobrepasar la temperatura los parámetros de seguridad, una rutina de la instalación. Si hubiera insistido en quitar importancia al caso y quedarse tranquilamente hasta el domingo, en cierto modo, desmerecía su trabajo y su minuta mensual. Puso en positivo el desafortunado accidente que frustraba las expectativas de su fin de semana y le salió una jugada redonda. La furtiva tarjeta que le pasó, con ese aire de misterio calculado, encajaba en la atmósfera que se desarrollaba de fondo, era el complemento perfecto para atraerle a su terreno. Un fin de semana en Madrid, sin ese cerco al que le sometía su padre. Las urgencias de casamentero que desplegaba, no se lo había dicho, se adivinaban en sus mínimos gestos. Su desmañada excusa del lavabo, la retirada después de la cena, eran empujones que harían huir al profesor por muy despistado que pareciera. No compartía la vehemencia que le entró a su padre con lo de los nietos, no entraba en sus proyectos. Tampoco esa relación trasnochada de un noviazgo aburrido. Le atraía la aventura y ese encuentro en Madrid empezaba a sugerirle algunas ideas atrevidas.

Los pensamientos de él seguían por un camino distinto, daba vueltas al encargo recibido y a su cumplimiento. Si no se dictaminaba la autopsia, y el sepelio se realizaba con normalidad, el velatorio se dispondría en la tarde del sábado y allí estaría, con toda seguridad, Manuel Solera. El ambiente del duelo da ocasión y tiempo para entrar en detalles de lo sucedido, sondearía sobre el contenido de aquel jarro y su pérdida. Estaba por asegurar que Abellán fantaseaba más de lo prudente. Comprobó que la tarjeta de visita seguía en su bolsillo. ¿Sería apresurado desplazarse a Madrid el siguiente fin de semana? Colaboraban en aquella investigación, era una razón, aunque débil, no engañaría ni a un escolar. La comunicación a través del correo electrónico le dejaba sin argumentos,

pero la invitación seguía allí, en su bolsillo. El domingo le mandaría un correo con los datos y, a partir de ahí, dependía de ella. Su contestación, si se producía, le daría pie para introducir algún comentario personal. Nada de importancia, alguna pregunta sobre los estrenos de teatro de la capital, de la solución a su problema de trabajo, de si su agenda no estaba ocupada para el fin de semana. La imaginación empezaba a desbordársele.

Don Julio Abellán, catedrático emérito, no podía ocultar su satisfacción. Su sigilosa red, no virtual, cerraba el copo con precisión atrapando a los dos pececillos. Eran mañas de un abuelo sin nietos ansioso de ellos, ¿qué otra cosa le quedaba en la vida?, verlos correr por la playa y contarles cuentos. Mantener el interés por aquella historia era circunstancial, una oportunidad no buscada, pero lo suficiente para producir el encuentro. Luego, la naturaleza decidiría, la segura atracción surgiría, ya que sin su intervención, rayaba en lo imposible que se produjera.

## II JORNADA

### SEXTA A COMPLETAS

#### *Donde se confirma la rotura del jarro y otros pormenores.*

La salida de Bárbara del aparcamiento en batería de la plaza le dejó una extraña sensación de ausencia. Abellán le palmeó la espalda, satisfecho al despedirle. Le entregó un billete donde con una picuda caligrafía había anotado el teléfono de su otro alumno, Solera, para facilitarle las pesquisas esa tarde o el domingo siguiente, sin falta. Anticiparse en la búsqueda, antes de que metiera las narices la policía, era una cuestión vital, le dijo como en una sentencia. Todo podía distorsionarse si, como aseguraba, aquello no era un simple accidente. Acometió los gastados escalones de la iglesia de Santa María y se dejó llevar por las calles solitarias del Barrio con las dos notas en su bolsillo. Se le acrecentó la sensación de desamparo de las despedidas. Tentado estaba de ponerse al ordenador y dejar explayarse sus sentimientos en un correo, como una carta de soldado, perdido entre el zumbido de las balas. Pero eran esas ensoñaciones que nunca llegan a cumplirse, que sirven de bálsamo para curar las heridas del alma, en un soliloquio interior para el consuelo. Inició un recorrido sin rumbo, por calles empedradas y aceras carcomidas por el uso, hasta desembocar en la plaza del Atrio. Se acodó en la balaustrada y quedó absorto en su contemplación. Los empleados de la limpieza cumplieron con su trabajo a conciencia, no quedaba rastro de la orgía desenfundada del carnaval. Se imaginó la escena que le relató el profesor Abellán, el barullo de las enfermeras cuidando al enfermo y los curas falsos dándole la extremaunción. Siguió recorriendo con la mirada todos los ángulos de la plaza: quedó limpia como una patena. Cuando se dio cuenta estaba bajando la rampa de acceso. En la esquina del paredón le llamó la atención una pequeña protuberancia en el suelo. Se acercó y recogió el culo del botijo: el chorro de agua no pudo arrastrarlo, pesaba demasiado. El hallazgo le en-

tretuvo en otras disquisiciones. Era improbable que aquel trozo de barro conservara vestigios del contenido, parecía lavado por el baldeo de la noche anterior. Subió de nuevo con su trofeo. Al menos, tenía la primera prueba material del caso, motivo para justificar el encargo de las pesquisas y ocasión para mandar esa carta que le quemaba la yema de los dedos, que mandaría comentando el suceso. Volaría con la urgencia de las cosas inaplazables, a la velocidad de la luz, por los caminos inateriales de la Red, antes de que llegara Bárbara a Madrid, y allí se le quedaría esperando. Desearle que hubiera tenido un buen viaje, darle la secuencia completa de las URLs para que las comprobara, comentarle el asunto del culo del botijo y, ya lanzado, concertar una cita para la próxima semana. Su optimismo se elevó por encima de los aleros de las casas. Se dispuso a tomarse un aperitivo y unas tapas en la barra del bar que frecuentaba, antes de acometer las gestiones que tenía programadas.

Fue una fugaz impresión, cuando lo vio sentarse en la mesa del fondo, la del rincón, en dos pasos desmañados desde la barra. Miró con discreción, algo familiar creía encontrar en aquel rostro enjuto. Su aspecto, aunque decadente, conservaba una solemnidad de tiempos pasados. La raída camisa lucía pulcra con su pajarita de minúsculos lunares blancos. Una chaqueta gris oscuro, de pequeñas solapas anticuadas, soportaba con dignidad el paso del tiempo. Sentado, la mesa tapaba el resto del cuerpo. Un bastón, apoyado en el ángulo de la pared, hacía presagiar alguna debilidad de las piernas. Le pareció advertir un raro equilibrio en su desplazamiento, en los dos pasos que separaban la mesa de la barra. Tomó un sorbo de cerveza y se sonrió para sus adentros, estaba entrando al trazo del ambiente de conspiración que se había formado, con el insólito trofeo de sus pesquisas oculto en el extremo de la barra y aquel solitario cliente que daba cuenta de su almuerzo. Su aspecto era en verdad estafalario, nadie usaba ya la pajarita. Aquel hombre empezó a mirarle con insistencia. Seguramente se descarró más de la cuenta en su observación, que, sin embargo, creyó discreta. Echó mano al bolsillo y se puso a mirar las dos notas. La tarjeta destacaba con grandes caracteres el nombre de Bárbara Abellán y, en letra cursiva de menor tamaño, rezaba: *consultora de seguridad en redes*. Sus teléfonos y direcciones, profesional y particular, así como el correo electrónico, su e-mail, decía aquel texto. Volvió a mirar al rincón y el de la pajarita apartó la vista sorprendido. En el trozo de papel que le

entregó Abellán, figuraba un número de móvil bajo el conocido nombre de Manuel Solera. Empezaba a sentirse incómodo, pagó la consumición y buscó refugio en el despacho de su casa.

Con las dos notas sobre la mesa, dudaba qué gestión haría primero. Se decidió por la llamada: para el correo quería esmerarse, controlar con precisión el lenguaje. El teléfono comunicaba y pulsó la tecla de arranque del ordenador. Introdujo la nueva dirección en su agenda y empezó a escribir sobre la página en blanco. El teléfono móvil sonó con su zumbido característico de moscardón cabreado.

– ¿Me acaban de llamar desde ese número, quién es?

– Soy Andrés Ibarra, de la universidad. ¿Eres Manuel Solera?

Un breve silencio siguió a sus palabras. Le pareció escuchar una ahogada congoja a través del auricular. Dejó pasar unos segundos para que se calmara. Se notaba la tensión en el paréntesis de silencio.

– Disculpe, profesor, no le había reconocido, sabrá ya lo de Soler...

– Sí, lo he leído en la prensa esta mañana, me ha dejado anonadado, por eso te llamaba.

– Una desgracia, una estúpida y trágica desgracia, profesor.

– En el periódico dice bien poco, una nota de cierre de edición, de ahí el motivo de la llamada, para interesarme por la hora del entierro, me gustaría asistir.

– Tenemos que esperar, señor Ibarra, se va a practicar la autopsia. La familia está destrozada.

No estaba tan claro entonces el motivo del fallecimiento, aquel pretendido coma de alcoholemia que comentó Abellán. En cierto modo era normal, las circunstancias de la muerte daban lugar a la especulación. Fingió sorpresa en su pregunta.

– ¿Una autopsia...?

– Sí, para aclarar las causas de la muerte –de nuevo escuchó el entrecortado ahogo en su voz–, cayó literalmente en mis brazos.

– Me gustaría hablar contigo, Solera, personalmente, antes de que se reanuden las clases el lunes. Si no tienes inconveniente, esta tarde o mañana, como mejor te venga.

– Cuando usted diga me parece bien, aunque, preferiría el domingo. Entiéndalo, quisiera descansar y aclarar las ideas, casi no he dormido en toda la noche con el lío del hospital y... la policía.

Miró el culo del botijo que reposaba sobre su mesa y se sobresaltó al escuchar la palabra “policía”. Aquello era una prueba, debería ponerla a disposición de la investigación. Recordó la mirada del hombre de la pajarita, ¿le examinaba a él o al trozo de barro que depositó en la barra? Empezaba a inquietarse. Escuchó la respiración al otro lado de la comunicación, tenía que concretar una cita.

– El domingo, perfecto, no hay problema.

Lo pensó mejor, no pondría lo del hallazgo del trozo de barro. De hacerlo dejaba constancia en el correo, extremaría la prudencia. Antes debería comentarlo con Abellán y decidir entre los dos qué hacer. Concertaron la cita y se encaró con la pantalla de su ordenador. Terminó por poner escuetamente los datos que necesitaba Bárbara. Eran dos secuencias de números idénticas. La luz de la habitación decreció en los últimos minutos y pulsó el interruptor de la lámpara de mesa. Miró por la ventana, se había nublado. Cogió distraídamente los folios que le diera Soler y comprobó de nuevo el último número de la secuencia ¿qué era, un tres o un nueve? No estaba claro. Se ajustó las gafas. Aclaró a continuación de lo escrito:

*Comprueba con un 9 al final de la serie numérica, además de con el 3 de la página verdadera. No estoy muy seguro. La duda está en los papeles de Soler, el marco de impresión no estaría ajustado o el folio entró mal encarado.*

¿Se atrevía con una nota final amistosa y la conformidad de una cita para el siguiente fin de semana? Su seguridad de hacía unos momentos flaqueaba. Inició una despedida de compromiso:

*Te deseo éxito y no demasiado trabajo con el problema de tu cliente.*

Se decidió en el último instante, dejando de lado su temor al ridículo, esa sensación que lo paralizaba, ¿qué perdía con una sencilla nota? Tecléo por fin:

*¿Cuándo te veré?*

Mandó el correo y se desconectó, esperó un minuto a recuperar el tono de su línea: el profesor no usaba móvil. Le respondió con un “mi querido amigo”, estaba de buen humor.



– He concertado la cita con Manuel Solera para mañana domingo, estaba muy afectado.

– Bien, trata de obtener el máximo de información.

– Otra cosa, la autopsia, lo habrán decidido con posterioridad a mi conversación con el muchacho. Me parece normal, dadas las circunstancias.

– Sí, pero abunda en la duda que mantenemos, no estará tan claro el diagnóstico inicial. Mañana lo traerá la prensa.

– Se me olvidaba, encontré un trozo del botijo en la plaza del Atrio, lo tengo en mi casa, no sé qué hacer, ¿lo llevo a la policía?, es una prueba.

– Sería lo razonable, pero no hay ninguna prisa, ¿te ha visto alguien?

– No creo, no había un alma en la calle.

– Entonces, déjame pensar. Habrá que entregarlo, pero... hay tiempo de aquí al lunes, no nos precipitemos. Tenme al corriente de tu conversación con el chico. El domingo por la tarde escucho música con una razonable copa de coñac, la única que me permito en toda la semana. Es un *Peinado* de cien años, sublime. No es brandy, no, el único que en España puede poner la denominación de la comarca de Coñac, ya te explicaré cuando vengas. Y, a todo esto, ¿te gusta el coñac?

Le traía malos recuerdos la espirituosa bebida. En su primer año de estudiante, en Madrid, recaló en una pensión lúgubre en la calle de Atocha, una especie de casa de la Troya en todos los aspectos. La regentaba una patrona sorda, viuda de un militar según ella decía; y querida, amante o amancebada según aseguraban sus pupilos. El rito iniciático consistía en llevar al neófito pardillo de copas, pagadas a sus expensas, para superar la prueba de acogida. La calle de la Ballesta era, entonces, lugar de barras americanas, de encuentros fortuitos de media hora a quinientas pesetas el revolcón. Y allí se dejó de una tacada, el frenillo, el estipendio de todo el mes y cogió una monumental borrachera de coñac *Fundador*, de las de guardar cama varios días. Desde entonces no lo había vuelto a probar. La sola mención de la palabra le trajo un regusto amargo a la boca y el recuerdo de aquella noche aciaga. Pero se sorprendió diciendo que sí, aclarando, que no era muy adicto a las bebidas de alta graduación. Le dio cuenta de haber cumplido con el envío de los datos a Bárbara y con estas y otras consideraciones se despidieron.

No consiguió concentrarse en el trabajo en toda la tarde. Era bien anochecido cuando decidió salir a despejarse, dar uno de sus paseos peripatéticos para ordenar las ideas y, de paso, cenar algo. No le apetecía ponerse a cocinar, además, había olvidado comprar el pan. Caminaba distraído repasando el catálogo de preguntas que formularía a Manuel Solera. Le inquietaba la entrevista con el alumno, temía una escena de lágrimas por el amigo desaparecido, no soportaba esas situaciones. Se alejó del Barrio y se fue en busca de una taberna que recordaba, donde servían unas cazuelitas calientes. Necesitaba meter algo en el estómago, la comida del medio día se resolvió con una escasa ración de ensaladilla rusa, agobiado con las miradas inquisidoras del hombre de la pajarita. Empezaron a caer unas gotas gruesas y aligeró el paso. Bajo el soportal del teatro se arracimaba protegiéndose de la lluvia un grupo de espectadores. La cartelera anunciaba con grandes titulares una zarzuela.

A su vuelta había cesado la lluvia, pero un aire húmedo de levante le traspasaba la ropa. Se abotonó el tabardo y enfiló en dirección a su casa. Las calles estaban solitarias. Subió con decisión hasta su despacho, quería comprobar si tenía ya una contestación a su correo. No era probable, si Bárbara no era una adicta compulsiva a conocer de inmediato las misivas recibidas y, aunque transcurrió tiempo sobrado para su llegada a Madrid, estaría preocupada por los datos de su cliente. Su carpeta de correo estaba vacía. Alcanzó un folio para poner en orden las preguntas que formularía al día siguiente y estaba impreso. Lo cogió de un montón de exámenes corregidos. Le llamó la atención el tipo de letra, no parecía habitual. ¿Qué era aquello?, ¡unos versos!, parecía un soneto, sí, era un soneto. No recordaba aquel papel. Conforme lo leía, en su cara se pintaba una mueca de sorpresa:

*Apártese sin demora de este asunto.  
Deje rodar, lo que es redondo y rueda.  
No se meta en lamentos de difunto.  
Ni es preciso morir, ni que otro muera.*

*Acuérdese tan sólo de las gracias  
de ese ojo del culo, que Quevedo,  
elogió con su gracejo en el pedo.  
Y no repare Vd. en más desgracias.*

*Este trozo de barro que me llevo,  
no ha de servirle ya de pebetero,  
ni iluminar las sombras del sendero.*

*Es sólo barro, que cocido alcanza  
la dureza de un propósito certero:  
El que espero alcanzar yo, sin tardanza.*

Aquel montón de exámenes no contenía aquel papel cuando los dejó encima de su mesa, no era posible, lo recordaría. Pero nadie entraba en su despacho, vivía sólo, la mujer de la limpieza acudía dos días a la semana: los martes y los jueves. Miró recorriendo la habitación, buscando algún indicio, no sabía qué, un desorden en sus papeles o en sus libros. Todo aparentaba normalidad, pero el culo del botijo no estaba en su lugar, había desaparecido. No tenía que estrujarse mucho las meninges, el texto lo decía con claridad, alguien entró esa tarde en su ausencia y se lo llevó. Le entró una risa nerviosa, cuando le puso mentalmente título a la peripecia: “El misterio del botijo desaparecido”. Se fue calmando conforme comprendió que su seguridad era escasa, que entraban por aquella puerta como Pedro por su casa. Dejó sólo el resbalón de la cerradura, no solía echar el paletón ni la aldaba antigua que reposaba encajada en el marco de la puerta. Bajó cauteloso y cerró con dos vueltas completas del llavín. Luego, desplazó aquel trozo de hierro que chirriaba y lo encajó con esfuerzo cruzando los dos postigos. Aquel portalón estaba hecho a prueba de arietes, el resbalón se podía abrir con una simple tarjeta de plástico.

La noche la pasó en duermevera: atisbando los crujidos de la casa, sobresaltado por el roer de las polillas, imaginando pasos furtivos en la escalera. Cuando le venció el sueño estaba amaneciendo. La claridad del día le despertó, el sol estaba en todo lo alto. Se le quedó prendido al despertar la punta de un extraño sueño que se repetía: un retorcido personaje lo perseguía y, cuando iba a alcanzarle, se trasmutaba en un atildado caballero. Su discreta cojera, apoyada en un bastón, parecía elegante y su sonrisa quedaba enmarcada por una pajarita de payaso con enormes lunares de colores. Llegaba tarde a la cita y se vistió apresuradamente con la ropa que dejara en la silla la noche anterior. Cuando llegó, Manuel Solera le estaba esperando.

Los escasos árboles de la plaza recogían una lluvia mansa pero constante. Las raíces aéreas de un magnolio brillaban en sus nervaduras como músculos de atletas tensados por un sobrehumano esfuerzo. Desmochada de su verdor íntimo anterior, de su recoleta estampa de plaza casi romántica, mezclaba en una “u” que se miraba en el mar, algunos edificios de muy diverso pelaje. La casa del profesor Abellán permanecía con los postigos echados. Unas rendijas de luz, en el gabinete, eran el único signo de vida: ni un alma por la calle. El timbrazo sonó en el interior de la casa perdiéndose en un eco de estancias vacías. Unos pasos suaves se acercaron, un leve parpadeo en la mirilla y se descorrió un cerrojo. Cuando le franqueó la puerta, el zaguán le pareció distinto sin la presencia de Bárbara en sus ajustados pantalones y su suéter rojo marcando sus formas femeninas. El batín gris, con un cíngulo ajustando la cintura, no era una metáfora del otro recibimiento. Le echó una mano de confianza por el hombro, arrastrándole hasta el interior del gabinete.

– Me llamó Bárbara, hizo el viaje bien, algo pesado por la lluvia. No ha dejado de llover en toda la tarde, una copa de este coñac te hará entrar en calor. Vienes mojado, quítate el chaquetón y ponte cómodo. ¿Te caliento la copa?

Tenía preparado un pequeño infiernillo de alcohol. Sin esperar respuesta, se puso a flambear el cristal de una copa Napoleón. Escanció un generoso chorro y lo miró al trasluz antes de ponérselo en las manos con gesto satisfecho.

– Me queda esta última botella, la conservo como oro en paño. Como te anuncié, a mi me lo contaron, el bodeguero de este néctar de dioses ayudó con nuevas cepas a los franceses, cuando la epidemia de mildiu en Europa. A cambio le permiten utilizar en su etiqueta la denominación de “coñac”. Al resto, como sabes, se le llama “brandy”. Bueno, cuéntame.

Ibarra entró por derecho, se sacó los versos del bolsillo y dijo sin más preámbulos.

– El trozo de jarro ha desaparecido de mi despacho: a cambio, me han dejado este soneto. No hay duda de que alguien entró en mi ausencia. Léalo, no sé si tomarlo como la broma de un chusco o como un aviso. Este asunto está tomando un cariz truculento.

Se quedó dando vueltas a la copa sin atreverse a probarla, mientras Abellán repasaba con gesto de jolgorio aquellos versos. Se decidió por fin y se la puso en los labios. Un agradable calorcillo le bajó por el gaznate y le llenó de aromas de roble viejo la garganta y la nariz. Los vapores de aquel coñac se expandían desde la copa como si hubieran destapado un pebetero. Cuando esto sucedía, mientras entró en contacto de nuevo con aquella bebida que le dejó literalmente KO hacía más de veinticinco años, a su interlocutor se le pintaba una enigmática expresión de recuerdo.

– Siempre fue un mal poeta. En prosa escribía mejor. Pero se emperró en que después del siglo de Oro se acabó la poética.

– ¿Reconoce al autor?

– Me recuerda vagamente el estilo desaforado de un viejo conocido. Hace muchos años que se le perdió la pista, nadie se acuerda ya de sus extravagancias.

– ¿Qué pasó?

– Desapareció después de un incidente. Se corrieron rumores, no quedó muy claro. El caso es que sus locuras empezaron a molestar. Se habló de una enfermedad de los huesos, una especie de artrosis progresiva. En conclusión, que le arreglaron la pensión y lo botaron con cajas destempladas. No se sabe si vive o cuál es su paradero. Algunos respiraron aliviados. A veces me acuerdo de él, con su cara de pájaro..., parecía picotear en todas las conciencias. La octava jornada de Lázaro está mejor, pero esa muletilla... ¿te has fijado? En el segundo verso enlaza, sucesivamente: rodar, redondo y rueda. En el cuarto verso: morir y muera. Son tics que no desaparecen fácilmente del estilo.

– ¿Cree que estamos ante el mismo autor?

– ¡Quién puede afirmarlo, ha pasado tanto tiempo! En todo caso, me extraña mucho que maneje ordenadores, porque este soneto está con letra de ordenador, no es de máquina de escribir.

– Es un tipo poco frecuente, *book antiqua*, casi nadie la usa, pero muchos ordenadores la tienen, el mío por ejemplo.

– Así que nos hemos quedado sin la única prueba material. ¿Qué sacaste en conclusión de la entrevista con tu alumno?

– Poco más de lo que ya sabíamos. Algún detalle sin importancia. Lo que le comenté de la autopsia, se confirma. Me dio reparo el hurgar en la

herida. La policía le dijo que estuviera a disposición, que no saliera de la ciudad y esas cosas que parecen sacadas de una novela negra, pero que, por lo oído esta mañana, aparecen en la realidad.

– ¿Le toman por sospechoso?

– No exactamente, pero tienen que comprobar, como afirma Manuel Solera, que el jarro del vino lo preparó Vicente Soler.

– No me lo habías dicho.

– A eso me refería cuando le hablé de los detalles sin importancia.

– Es una coartada de difícil comprobación, ¿no te parece?

– No, si se llega a establecer dónde compró el botijo, el vino, y los tenderos terminan por reconocer al difunto en una fotografía: eran de estaturas muy dispares, nadie olvidaría un detalle así.

La música, que permanecía en un fondo de obertura, arrancó con una briosa marcha, le pareció reconocer la Marcha húngara de Berlioz, de la Condenación de Fausto. El viejo profesor se animó a dirigir la orquesta y separó la mano derecha del sillón con un discreto movimiento de compás. Ibarra tenía perdida la cuenta del tiempo transcurrido desde el último concierto en vivo. Recordaba las matinales del Real y las colas interminables para sacar las entradas. Otra de sus aficiones abandonadas, sacrificadas al conocimiento científico, a la disciplina que terminó por ocupar todo su tiempo. La conversación languidecía, Abellán quedó embebido en la música, y él probó de nuevo aquel líquido con tonalidades de oro viejo y aroma penetrante. El segundo trago terminó por reconciliarle con su infausto recuerdo, con la aventura de aquella noche en la que perdió el virgo con una asturiana de hermosas caderas, sin llegar a las exuberantes carnes de las mujeres de Rubens, de los cuadros que contemplaba los domingos en el Museo del Prado, con su carné de estudiante: gratis. Eran los únicos desnudos permitidos en la época. Todo parecía tan lejano: las cartas en papel pautado consolando a su madre, sus recomendaciones de que comiera bien, de que no fumara mucho, de que se abrigara; “que los fríos de la sierra de Madrid son muy traicioneros”. Descendió la fanfarria del metal en un trémolo, una rápida repetición de notas familiares y Abellán despertó de su ensueño, agarró la copa y bebió con deleite.

– ¡Ni una palabra sobre la desaparición de ese trozo de barro! Aunque al menos, tres personas ya lo sabemos; nuestro misterioso personaje

se cuidará mucho de divulgarlo. Su desaparición, es prueba inequívoca de lo que ya sospechábamos, que se añadiera alguna pócima al contenido inicial. La autopsia, con toda seguridad, descubrirá la sustancia. Si no te sientes seguro en tu casa, aquí tienes las puertas abiertas, con toda confianza.

– Sus intenciones parecen “cordiales”, al menos en lo que respecta a mi persona. No pretende más accidentes, parece que se conforma con un solo fiambre. Pero si le soy sincero, anoche dormí mal, atranqué la puerta con todos sus pestillos. La suelo dejar con el primer resbalón y eso es fácil de abrir con una simple tarjeta de plástico. Es... una puerta antigua, no encaja bien. Pero le agradezco el ofrecimiento, ya se me ha pasado el sobresalto.

El lunes no se acercaría por el despacho de la Universidad. Aquel febrero inhóspito lo desalentaba. Se quedaría en su gabinete, tenía que reflexionar sin interrupciones inoportunas, se movería con mayor libertad.





## CAPÍTULO I

Los lunes tenían ese sabor indefinido de parecer el final de algo y el principio de nada. La jornada previsible le enfrentaba al atasco matinal de las nueve, a llegar con el tiempo justo para la reunión del Departamento y pasar unas horas depresivas. Ningún acontecimiento pondría una nota de color. Después de la comida, raras veces, descubría un “ruiseñor” en la fronda del campus. Cuando eso sucedía, encontraba el ánimo suficiente para empezar a remontar la semana.

Sus previsiones se cumplían con inexorable exactitud: el atasco de las nueve estaba servido. Se puso en la cola y le echó paciencia al asunto. Aprovechó para repasar los hechos.

De momento, contaba con un fiambre, la incertidumbre sobre la causa de la muerte y la posibilidad fáctica de que terminara todo en un desgraciado accidente. Una bella mujer en Madrid, la incógnita de una historia de amor, con una visita no concertada que daba pie para jugar con la imaginación. Un viejo profesor que iluminaba posibilidades insospechadas y un tullido, decimonónico poeta, con un pasado misterioso.

El atasco empezaba a diluirse y avanzó un trecho, pero se detuvo en seco de nuevo. Su soliloquio se fue por otros derroteros.

En la reunión: volver a solicitar un ordenador decente, un lugar mínimo que le dejara espacio para trabajar y el reparto más equitativo de las cargas docentes. Poca cosa, casi un imposible.

Un mínimo respiro en el flujo de coches le decidió y, ganándose una sonora pitada, consiguió colarse por el lateral.

El pasillo de puertas grises lo recibió con su acostumbrada monotonía y su regleta vacía le pedía a gritos un nombre que le identificara. La mantenía así, conscientemente, para seguir denotando su transitoriedad en el despacho. Con el retraso y todo, era otra vez el primero. No era una novedad, estarían en la cola que se acrecentaba por momentos. Colgó el abrigo, dejó la cartera y pulsó mecánicamente la tecla de arran-

que de su ordenador. El pasillo cobró vida con pasos acelerados y el ruido de puertas que se abrían o cerraban, la suya propiamente dicha, por la que entraba Ana Abellán frotándose las manos friolera.

– Menudo tiempesito, se ha puesto de nuevo a llover, ¿qué tal el fin de semana?

– Ya sabes, escribiendo.

– ¿Cómo va tu novela?, ¿florecerá esa flor por primavera?

– Ni pensarlo, está aún muy verde.

Ana le animaba con sincero entusiasmo a que escribiera. Lamentaba su voluntario encierro de los fines de semana, su negativa a darse un respiro, su empeñamiento en seguir intentando ese éxito que se le negaba y le daba muchos duelos, algunos quebrantos y escasas alegrías. Se le estaba poniendo una expresión de perro sin amo, inmerso en los argumentos de aquellas novelas rara vez publicadas y que, de publicarse, pocos leían. A ella, particularmente, no le desagradaba ese su estilo decadente, aunque todas, sin excepción, incluían personajes tristes, mucha filosofía y poca acción. Le faltaban ese pellizco de emoción que impulsa a seguir leyendo, que te enreda en escenarios fastuosos y en situaciones fuera del alcance del común de los mortales. Pero él encontraba consuelo en aquellos fines de semana en su voluntario claustro, dialogando con sus fantasmas, sacándolos a la luz del papel, para no terminar asfixiado en aquella atmósfera de la profesión, que se le iba haciendo irrespirable.

– Deberías decidirte por el *thriller*, ahora es la moda, cuanto más estrafalario, mejor. Si yo tuviera esa afición por escribir, cogería... por ejemplo, ese relato tuyo de la residencia de ancianos, donde todos languidecen en las mecedoras y se cuentan sus vidas, y le metía caña. Pondría una rubia de metro ochenta o más, rusa o escandinava, para darle exotismo. La chica, que puede ser enfermera, les pone con la leche a los abuelos sus buenas dosis de viagra y se los va beneficiando uno a uno para entretener sus noches de guardia. Al día siguiente, cuando la rubia sale del turno, aparece siempre un fiambre, un abuelo en su cama con una cara de felicidad indescriptible. Muerte natural, dictamina siempre el forense, porque es natural que un abuelo de setenta o más años la diñe después de una noche como esa. ¿Qué te parece?

– Delirante, Ana, cuando esté preparado para eso te avisaré y me das algunas ideas.

– Y a todo esto, ¿a qué hora es la reunión del Departamento?

– A las diez, nos queda poco tiempo.

– ¿De qué va la cosa esta vez?

– Lo de siempre. Catálogo de agravios por la falta de medios, estudio y propuestas. Se nombrará una comisión que emita un informe de necesidades y, el mes que viene, vuelta a lo mismo. Yo llevo mi conocida queja sobre la falta de espacio y la petición histórica de un nuevo ordenador. Esto es una reliquia del siglo pasado, ¡mira, ya se ha colgado de nuevo!

– ¡Arriba ese ánimo! Tienes un argumento, unos personajes, eres dueño de sus destinos, ¡hazlos vivir!

Jorge, absorto en la peripecia de sus personajes, preocupado por lo que Ana acababa de transmitirle con su contagioso entusiasmo, no se percató de que hablaban de él. Su despiste lo dejó sin argumentos cuando ya habían decidido que la persona idónea para “vehiculizar” aquellas necesidades y emitir un informe estaba allí, frente al director del Departamento: Jorge Aguilera. Lo malo de aquello eran las bromas que seguían. Ana, por el pasillo, parloteaba.

– Pues a mí me pones un ordenador de última generación y rosas rojas y amarillas en el despacho, frescas, todos los días.

Ana era más bien menuda, pero tenía todo lo que corresponde tener a una mujer, y en su sitio: una cabeza muy bien amueblada y el humor suficiente para no naufragar en aquel “mar de los sargazos”. Su buena disposición fue el “ruiseñor” que le salvó de la depresión aquella mañana. Después de la reunión tenían media hora de asueto, se fueron juntos a tomar un café.

– Ahora en serio, Jorge, formalizas muy bien, describes con acierto, pero tus personajes parecen sacados de la Comala de Juan Rulfo, son...¿cómo te diría?, “muertitos”. No me lo tomes a mal, que te lo digo con toda el alma. Si pudieras sacudirte ese aire de angustia vital y te airearas un poco, te dieras un garbeo por la vida, les desprendías las telarañas y el polvo que acumulan. Y de paso, te das un revolcón, que te estás desperdiciando en lo mejor de la vida.

Jorge le sonrió con afecto y para dejarle claro que no se lo tomaba a mal, le dio un discreto apretón en el brazo aproximándole fugazmente a su cuerpo. Ana se dijo para sí: *¡A ver si se anima este pedazo de esta-*

*fermo!* La cosa no pasó a mayores, claro, allí en medio del campus. Pero a Ana, que enlazó su discurso con sinceridad, le faltó decir que para el revolcón no tenía que irse muy lejos. De todas formas, le había dado algunas pistas, lo del polvo era un aviso para navegantes. Jorge no se dio por aludido, le profesaba una cordial amistad. Y así podían haber quedado las cosas, sin entender muy bien él, sin atreverse a más explicaciones ella, si no fuera porque Jorge se acordó en aquel preciso momento de la cita pendiente que tenía con su particular corrector de textos: un lector de ocasión que hacía voluntariamente, y sin retribución, el trabajo de leer lo que escribía. Se lo dijo como si la llevara a una fiesta.

– Si quieres, esta tarde, te invito a una cerveza.

¡Acabáramos!, parecía que su discurso causaba algún efecto, que Jorge empezaba a descender del guindo. Pues sí, le diría que sí, pero antes se tomaría cumplida venganza.

– Y...¿se puede saber a dónde?

– Nada importante, cerca de mi casa, tengo que entregarle el borrador del primer capítulo a mi corrector de pruebas. Dicho así, parece pretencioso, pero no, se trata de un buen amigo que me orienta y me da su opinión.

– ¡Ajá!, la conocida excusa para embaucar a la inocente caperucita. Luego, me imagino que estando cerca de tu casa, habrás preparado una cena con velitas y todo.

A Jorge se le subieron los colores. Se apresuró a aclarar muy serio:

– ¡Ana, no pienses así de mí!, ¿yo un vulgar conquistador?

– No, si pienso, si pienso, me das mucho que pensar.

El que se quedó pensativo fue Jorge, que pareció entender por fin que Ana quería insinuarle algo. Le había costado entenderlo y no le desagradaba en absoluto, porque estaba empezando a cansarse de su papel de escritor fracasado. Si su buena amiga quería hacer de Pigmalión con él, igual daba resultado y sus personajes se sacudían las telarañas y él, el polvo. Entraría en su casa esa corriente de aire fresco que necesitaba, que espantara los fantasmas de su fantasía, acartonada en aquel revolcón de la calle de la Ballesta con la asturiana, que terminó contando en su novela después de muchas dudas.

El corrector de pruebas le estaba esperando cuando llegaron juntos de la universidad. Ocupaba la mesa del rincón, cerca de la barra, con el

bastón discretamente apoyado en la esquina y su pajarita de lunares blancos. Esta vez había seguido su consejo, aquel que con insistencia le recordaba en toda ocasión:

*Los personajes de las novelas -le decía- hay que sacarlos de la realidad, de la calle, de la oficina. Se describe mejor un personaje cuando es un rostro conocido. El autor tiene luego la libertad de arroparlos con rasgos de carácter de aquí y de allí, para conseguir su propósito en la trama, pero, fíjate bien, no se puede hacer un monstruo de Frankenstein con un rostro-. Esperaba que no le supiera mal el papel de cojo maldito que le había asignado en su relato.*

Sergio había sido militar de carrera y devino en lector empedernido de novelas que devoraba con particular entusiasmo, sobre todo a raíz de que le pasaran a la reserva. De su oficio conservaba ese empaque marcial, que deslucía una discreta cojera, de la que bromeaba diciendo: “Sentado no se me nota nada”. Entretenía su soledad enfrascándose en la ficción, porque la realidad no le reportaba mayores sobresaltos ni emociones, y su temperamento necesitaba, aunque sólo fuese de mentira, la acción que le llevó a la milicia. Encontró consuelo en aquella amistad casual, que le dio oportunidad de sacar a la superficie todo lo que había leído, sin demasiado orden ni concierto. Pero sus lecturas, abundantes y diversas, le habían dejado un poso de extraña sabiduría. Halagado por el oficio encomendado que, aunque oficioso, se tomaba con la mayor seriedad del mundo, se ocupaba con entusiasmo de desvelar los entresijos de la nueva narrativa, por mejor orientar las veleidades literarias del que tomó finalmente como su pupilo estable y exclusivo.

Se puso en pie ceremonioso, para saludar con una ligera inclinación de cabeza y recibió de manos de Jorge el fajo de folios prometido. La presencia de Ana, que no se esperaba, le encendió el verbo, por aquello de brillar delante de las damas, y se arrancó con el discurso que traía preparado, con más florituras de las previstas.

– Existe una inflación notable en el género, como cuando se puso de moda el realismo fantástico, que aparecían barcos varados en los jardines de las casas con su velamen al viento. Su inicio, como sabéis, fue más sobrio, con Juan Rulfo. Y de él bebieron muchos, aunque no lo confiesen. Con lo que ahora llaman *thriller*, que es un cajón de sastre donde se intenta meter de todo, pasa algo parecido.

Se tomó un respiro, alcanzó el vaso del vino y tomó un sorbo sin dejar de observar el grado de atención de su auditorio. Como seguían pendientes de la continuación, de las expectativas que había despertado con su arranque, prosiguió.

– Todo empezó con una novela de éxito, “El nombre de la rosa”, de Umberto Eco. Pero si me apuráis, me atrevo a remontarme hasta el mismísimo Cervantes, con su Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, su antecedente más remoto. En las dos, como puede comprobarse fácilmente, hay elementos comunes de mayor y menor sutileza.

Realmente consiguió su propósito. Ana abrió unos ojos de sorpresa donde chispeaban los brillos de un divertido estupor, y Jorge, que se temía lo peor de aquel énfasis histriónico, empezó a rascarse discretamente el lóbulo de la oreja. Pero Sergio Álvarez se encontraba lanzado en su arrebatado oratorio.

– Está esa tradición narrativa que apoyándose en las bibliotecas, en los libros, en las prohibiciones y la quema de volúmenes, denuncia la intransigencia, el monopolio de la razón por el poder establecido. Lleva aparejado, de fondo, un relato costumbrista, con la crítica correspondiente a la época de que se trate. Se acompaña también de una sutil historia de amor más platónico que carnal, como la de Adso en la cocina del monasterio con una pobre muchacha, y la de Don Quijote con su omnipresente Dulcinea del Toboso. Todos los elementos de esa tradición narrativa están en una sola novela actual.

Dejó en el aire el dedo índice al final de su parlamento, queriendo significar que no había acabado, pero que se aceptaban propuestas, el nombre de esa novela a la que se refería. Ana y Jorge se miraron interrogándose sin atreverse a arriesgar título alguno. Sonrió, se dio tiempo para apurar el fondo del vaso y apostilló.

– La Sombra del Viento, de Carlos Ruiz Zafón. A esa novela de aventura y misterio la salvo de la pira, como se libra de las llamas el Amadís de Gaula en el Quijote. Las demás pueden por mi gusto alimentar esa hoguera de las vanidades, pues nos llevan por todos los aeropuertos del mundo, por todas las ciudades imaginables, en pos de una secta misteriosa para salvarnos de un peligro universal. Pretenden entrar en el paradigma de la globalización viajando, añadiendo un montón de páginas innecesarias en sus itinerarios dislocados. Los protagonistas de los que

hablo no salen de los límites de Barcelona en la de Zafón; como no salen del convento Adso y Guillermo de Baskerville en el relato de Eco. Don Quijote resulta incluso más viajero.

Ana se quedó con las ganas de aplaudir y soltar un ¡bravo! de entusiasmo, al menos para premiar el ardor oratorio que desplegaba aquel hombre. Se contuvo al observar el gesto preocupado de Jorge, que andaba rumiando si podía encarrilar esas sus primeras páginas hacia esa fuente de inspiración. Pero no había terminado.

– La otra tradición, en la que debieran inscribirse la mayor parte de los *thrillers*, es la novela policíaca o género negro. La funda Edgar Alan Poe, con “Los crímenes de la calle Morgue” y encuentra un digno continuador en los relatos de Sir Arthur Conan Doyle. Se inicia en la primera mitad del siglo diecinueve, con la aparición de los primeros departamentos de investigación criminal en París y Londres. Concluyo, por tanto, que hay que decidirse, que no se puede encender una vela a Dios y otra al diablo.

El camarero se acercó cuando Sergio se retrepó en la silla, satisfecho, levantó la mano en señal inequívoca de que había terminado, reclamando otra consumición. Ana, por fin, pudo pedir su ansiada cerveza, pues le había quedado la boca seca, como si fuera ella la oradora. Para Jorge, la duda estaba en si acertaba esta vez con el argumento de su novela o recibiría los parabienes amables de consolación, esas palmadas en la espalda que venían a decir: Persevera. Se justificó, señalando los folios en los que se había acodado Sergio sin mucho miramiento.

– Ten en cuenta que se trata de un primer borrador...

– Si tiene envidia, eso se nota en las diez primeras páginas.

Bebieron, y Sergio se despidió con algunos circunloquios sobre la belleza de Ana, a la que pedía permiso para retirarse, pues no quería demorarse en el trabajo encomendado, que iniciaba esa misma noche. Ceremonioso, tratando de controlar aquella cojera de herida en acto de servicio por la patria, según peroraba, cogió su bastón y salió airoso. La pequeña mentira piadosa le evitaba el desdoro de la cruda realidad, que, aunque épica, no era heroica en el sentido patriótico: el salto desde un balcón para evitar las iras de un marido celoso.

Quedaron solos, reflexionando cada uno por su lado; Jorge, en cómo iniciar esa invitación a su casa que le tenía trastornado, indeciso y sudo-

roso; Ana, calculando si el galán se armaba por fin de valor, ya que, en caso contrario, tendría que ser la inocente caperucita la que se lanzara al ruedo. Utilizar el socorrido recurso del agravio comparativo, no es que fuese una salida muy airosa, pero a veces daba resultado. Cuando a una mujer como Ana se le metía una cosa entre ceja y ceja, no había fuerza humana ni de la naturaleza que pudiera impedirlo.

– Debería enfadarme contigo.

Lo cogió fuera de juego y eso, el factor sorpresa, optimiza las posibilidades.

– ¡Enfadarte!, ¿conmigo?, ¿por qué, Ana?

– Pues por tu falta de confianza. Recurras a un extraño para que repase tus borradores y, a mí, tu fan más incondicional, la que se ha leído toda tu obra publicada y leerá la por publicar, ¿la dejas al margen de esta primicia?, no es justo.

– Traía solo una copia y me había comprometido, pero eso tiene fácil arreglo, te sacó otra. Mi casa está aquí al lado, es solo un momento.

– Entonces.. te espero aquí, o...

– ¡Mujer, que cosas tienes!

– Lo digo por aquello de guardar las formas.

Las formas sociales hacía rato que se habían sobrepasado. Las de Ana, subieron aquella angosta escalera hasta el primer piso donde Jorge escribía sus novelas, se miraba en aquel espejo en cuyo azogue quedó prendido el espíritu de su madre y a veces recitaba en voz alta a los clásicos. Como ahora, que recordaba a Jorge Manrique, las “Coplas a la muerte de su padre”, no sabía por qué, sonándole en el oído: “..Cuan pronto se va el plazer / cómo después de acabado / da dolor / como a nuestro parecer..”, y le franqueó la puerta para que pasara, dudando si había retirado los ceniceros rebosantes de colillas por la mañana o si la cama quedó destripada y sin hacer, con las prisas de todos los lunes.



### III JORNADA

#### DE LAUDES A COMPLETAS

##### *Una semana de averiguaciones.*

El sol compareció de buena mañana, elevándose desde el mar, incandescente. Al principio era como un pequeño rubor en el horizonte entre la neblina del amanecer. Asomaba luego un arco de rojo intenso y se elevaba después emergiendo como un Titán de las profundidades. Lo contemplaba detrás de los cristales de su balcón todos los días claros, desde que desmocharon los árboles de la plaza: algo había ganado con aquella poda del jardinero, el espectáculo era de gran belleza. Al final, tenía que reconocer que nada es del todo malo ni del todo bueno. En esta ocasión, la mutilación de los árboles que recogían la plaza en un pequeño claustro de sombra y silencio, le descubrió la salida del sol por el mar. No es que fuera una intención del planificador, más bien era fruto de esas cosas no queridas y, cuando parece que se está haciendo mal, termina resultando bien. El disco perfecto se fue achicando y ascendiendo con mayor rapidez, al tiempo que se desvanecía el rojo fuerte en una luz blanca que era imposible mirar ya sin dañarse la vista. Entonces fue cuando decidió prepararse el desayuno. Su voluntario día de asueto lo inició como si fuera un domingo y, como estaba de buen humor con aquel soberbio amanecer sin mácula de nubes, pensó que tenía que amenizarlo con una música apropiada, animosa. Eligió la *suite de "Carmen"* de Bizet, sus primeras notas empezaron a sonar cuando llegaba a la cocina. Se preparó con rapidez un vaso de leche y unas tortas de aceite sevillanas, lo puso todo en la bandeja y volvió al gabinete. La Orquesta Sinfónica de Viena dirigida por Hans Hagen ponía los primeros compases a la novela de Próspero Mérimée, a la ópera del mismo título. El prelude iniciaba su *Allegro*, la inspiración de Bizet se debía a una antigua canción provenzal de Navidad.

No tenía idea de por donde empezaría sus pesquisas. Su recuerdo más cercano de su colega se perdía en aquella tarde de la despedida, con el ambiente revuelto por su excéntrica nota de adiós. Puso a todo el Departamento a caer de un burro, en cuartetas bien rimadas, al estilo del “Martín Fierro”: no dejó títere con cabeza. Se desquitó a su gusto y estilo dando un portazo definitivo, no se le volvió a ver por la Universidad. Pero recordaba vagamente algún comentario, de alguien que le había visto... de esto hacía varios años. La música le ayudaba a pensar, se iban encajando algunos recuerdos. Era verano, sí..., no caía ahora en quien fue el mensajero, aunque el anuncio que traía hablaba del Barrio... eso era, estaba sentado al fresco de la noche en una conocida terraza. Tenía que encontrar aquellos versos de su despedida, los firmaba con nombre y apellidos, no quería cometer ningún error, su apellido no era corriente, nunca lo utilizaban. En realidad, le llamaban siempre por el apodo que hizo fortuna y así se quedó para siempre con el sobrenombre de El Vate. No fue su única ocurrencia de despedida la que hizo en verso. Cuando algo le incomodaba, para resaltar el tono de su protesta, se dirigía en rimas por escrito a sus ocasionales enemigos. Desde el Departamento se le pidió que, al menos, sus escritos oficiales fuesen en prosa. Su contestación, esa vez, fue demoledora:

*Nada hay en la Ley o el Reglamento que me obligue a utilizar la prosa: el oficio de papel, no es su instrumento. Usted lo sabe muy bien, no es otra cosa que patada en su culo de jumento.*

Y se quedó tan pancho el tío. La verdad es que se estaba poniendo un poco cansino con aquella manía que le había dado. Cuando estas cosas fuera de lo común pasan en los organismos oficiales, solo hay una solución: el recurso a la locura. Y por loco quedó y le dejaron tranquilo, aliviándole progresivamente de carga lectiva, hasta que se quedó como una sombra en el campus. Los alumnos, sin embargo, le jaleaban las gracias y llegaron a producirse clases memorables que dio en verso de cabo a rabo. Desde entonces, los muchachos le pusieron el apelativo de El Divino, y hasta le llevaban coronas de laurel que él se ponía en la cabeza mientras dictaba sus alocadas clases magistrales. Su punto de locura no estaba falto de ingenio, esa era en el fondo su

protesta: ver medrar a mediocres papagayos con las artes del halago y la puñalada traperera.

Ese era su débil punto de partida, el Casco Antiguo, que, por otra parte no era tan descabellado. Estaba la guía telefónica, que de poco servía de un tiempo a esta parte, con la proliferación de compañías. La guía de Telefónica ya no contenía a todos los usuarios de teléfono fijo, sin contar a los que con carácter exclusivo utilizaban el móvil.

El *Allegretto Moderato* del Carillón inundaba de música festiva la habitación, cuando el profesor Abellán dio por concluido su desayuno y sus cavilaciones: había que pasar a la acción.

No eran para tanto las prisas de Martínez & Martines, pero tuvo que rehabilitar una parte de los archivos dañados, recuperar algunos datos y echarle un poco de cuento a la cosa, con gesto de preocupación incluido, para tener operativa toda la red interna el lunes en la mañana. La cara de su cliente se relajó cuando le dio la noticia por teléfono de que todo el sistema estaba en perfecto orden y funcionando. Tuvo que rechazar por tres veces consecutivas su invitación a cenar, con mucha cautela y diplomacia, porque veía venir a aquel rijoso, de BMW de alta gama y tarjeta VISA oro: si le quitaban los signos externos de su poder, se quedaba en bien poco. Evitaba con esta retirada a tiempo un problema mayor, que tuviera que pararle los pies de alguna insinuación atrevida y se quedara sin su mejor cliente. Mantenerlo a prudente distancia le daba más trabajos que atender su consultoría, pero así estaban las cosas en el negocio y todo se lo cobraba en la factura de fin de mes.

Estaba cansada, los ojos le escocían, su deseo más preciado, su ideal de la felicidad en aquel preciso momento se resumía en un catálogo de pequeños y sencillos lujos: llegar pronto a casa sin demasiados atascos, encontrar un hueco para aparcar, darse un buen baño de sales escuchando cualquier música relajante y tomarse un vaso de leche bien caliente. El primero de sus deseos no se cumplió, era pedir un imposible en hora punta. Tuvo suerte con lo de aparcar, un vehículo salía en aquel preciso momento y se coló en el hueco sin atender las demandas de otro conductor que exigía un derecho preferente. Entró en el portal con un gesto de desdén de su mano ante la sonora pitada que le propinaba el usurpado: ¡Que te den..!, y llamó al ascensor. Cuando pulsó el mando a

distancia de su cadena musical, tuvo suerte, las notas de “*Amore grande amore libero*” empezaron a darle la medida de la sencilla felicidad que esperaba. Cubierta de espuma, dejándose llevar en la somnolencia de la música, meciéndose en las pequeñas ondulaciones del agua, se acordó del correo pendiente y no pudo evitar un leve gesto de fastidio. El encanto quedó roto y ya nada podía recomponerlo, alcanzó el albornoz y salió del baño. Mientras arrancaba su equipo, mojó el primer bizcocho en la leche, sin escuchar la voz de su otra conciencia que le advertía de la trasgresión de su régimen, que iniciaba con calculada puntualidad todos los lunes y abandonaba el jueves o el viernes ante la primera tentación de una cena fuera de casa. Se le pegaban todos los excesos en el mismo sitio, en aquellas caderas que a Ibarra le parecían una bendición de la geometría. Ya lo sorprendió merodeando con ojos esquivos por aquella parte de su cuerpo, contra la que luchaba a brazo partido buena parte de la semana, sin conseguir rebajar sus exuberancias. Su cuenta de correo empezó por anunciarle: *Tiene 20 correos en su bandeja de entrada*. Los iba tirando directamente, sin leerlos, a la papelera: suprimir, suprimir, suprimir... Y siempre lo mismo, de los veinte e-mails, solo uno le interesaba, el que le mandaba Ibarra. Mordisqueó con gesto pícaro el segundo bizcocho, ¿qué le diría?: Le mandaba las claves para la búsqueda, una breve nota de cortesía y... ¿a ver?, ¡qué discreto!, “¿cuándo te veré?”, no demostraba demasiado desparpajo el galán y eso que se ganaba el pan con sus clases de literatura, ¡qué poco expresivo! No era mucho, pero era algo, una rendija de luz por la que podía colarse, con paciencia, un camello. Dio la orden de imprimir y su impresora obedeció al instante. Rescató el papel de la bandeja y siguió pegando pequeños mordiscos a su bizcocho -mientras leía lo de “¿cuándo te veré?”, cada vez más pequeños e intencionados.

Se quedó pendiente del hilo de esperanza de aquel e-mail, dando unas clases rutinarias desprovistas de emoción. La suya estaba al tanto de una respuesta que deseaba inmediata. Se consolaba pronto pensando en aquel incidente que la tendría ocupada. Pero se conectaba puntualmente, cuando volvía de sus desequilibradas cenas, de aquellos menús señalando las tapas en las vitrinas de las barras con un dedo desgano. Su organismo estaba adaptado a aquel desorden y no le pasaba factura

en ningún kilo de más. Su metabolismo se había estabilizado en los ochenta kilos, que para su estatura y edad no estaban nada mal. Conservaba además, su pelo intacto, que se le desgrefñaba en rizos naturales por la frente, cuando la visita al peluquero se demoraba más de lo debido. Le delataba, del paso inexorable de los años, unas breves canas que no se preocupaba en disimular, compareciendo por encima de las orejas. La semana transcurría con la lentitud de un tiempo congelado, escurriéndose los minutos como en la burbuja cerrada de un reloj de arena: vuelta hacia arriba, vuelta hacia abajo y siempre lo mismo. Se conectó mecánicamente y empezaron a caer e-mails no deseados con puntuales diacronías en su bandeja de entrada. Conforme caían, sonaba una nota musical de campanillas, un toque de atención del cartero virtual, a cada carta, a cada correo, a los que ahora se les dice “e-mail”. Todos eran condenados sin dolor al olvido de la papelera, sin abrir, como esas cartas publicitarias que engrosan el cesto de los papeles. Pero la contumacia de los que quieren ser leídos a toda costa se adhieren con requerimientos pegajosos, con sucesivas tentaciones de “ábreme”, que iba sorteando con habilidad de maestro consumado, para no quedar contagiado de virus informáticos. La barra azul progresaba, su avance le anunciaba el último correo, cuando su nombre y apellido apareció en el reglón: *barbaraabellan*. Un clip le anunciaba un documento adjunto. No se había olvidado:

*¿Disculparás mi tardanza? Hoy jueves, por fin consigo desliarme de compromisos inaplazables, de esta locura de prisas abisales. Tu alumno tenía razón, no mentía. Te adjunto un clip con la octava jornada de Lázaro. La encontrarás con la clave que termina en 9, que dicho sea de paso, es múltiplo de tres. Pudo ser un hallazgo casual del muchacho, porque no es la forma habitual de acceder a esa página, como bien sabes. No me queda tiempo para más averiguaciones, este fin de semana me resulta penoso desplazar-me, estoy muy cansada. Me da pánico enfrentarme a la estampida del viernes por la tarde en la carretera. ¿Sabes cuántos Talgos y Alaris salen de tu estación hasta la mía?, tienes un surtido menú de horas donde elegir. Si te decides a*

*comprar ese billete, mándame una extensa carta de soldado, que te prometo leerla mientras espero.*

Primero estaba lo del billete, luego esa carta de soldado con ritmo lento de habanera, de las que surcaban los mares navegando al son de las mareas hasta ultramar. Esas cartas que recibía su madre, con las que se extasiaba en su lectura y que a veces se le quedaban en el regazo, de aquel capitán de la marina mercante en sabe Dios que puertos. Lo de esposa de marino imprimía carácter, sentada en su butaca, contemplando el navegar pausado de los veleros por las litografías del comedor, esperando que alguno de aquellos barcos se lo llevara hasta algún puerto cercano. El espejo de su madre le avisó de que era llegado el momento, la sonrisa atrapada en el azogue se iluminó cuando prendió la luz del cuarto y se ajustó el cuello del tabardo frente a ella. Tenía el aire dichoso de los anuncios telegráficos, de los que decían que arribaba al puerto de Cartagena a descargar petróleo en la refinería, que no se podía desplazar durante la maniobra, pero que tenían dos días. La madre hacía en un vuelo la maleta de su ropa de niño, pero se extasiaba doblando primorosamente su mejor lencería, aquella que inundaba la habitación de ese aroma íntimo a mujer, que le llegaba hasta el quicio de la puerta donde se apoyaba, contemplando con sus ojos de niño sorprendido el vuelo de los vaporesos encajes.

De la estación, recordaba aquel humo añoso pegado a las cerchas del techo, su arquitectura decimonónica, las largas despedidas, la máquina del expreso bufando impaciente... No era este espacio aséptico de ahora, que en nada desdecía de la sala de espera de un dentista, de un hospital, de un aeropuerto cualquiera. Esa imagen de su primera salida a Madrid, cuando la llegada de los trenes no tenían la pulsión de la alta velocidad, de la velocidad alta y de tantas otras vanidades del siglo, se le quedó grabada como en un daguerrotipo, sobre un fondo de cobres sin brillos.

Arrancó el número del expendedor y esperó paciente. Cavilaba sobre el contenido de su carta, cuando la pantalla electrónica anunciaba su turno. La voz que parecía atravesar un metálico artificio le decía: “Ya no hay vagones de fumadores, tampoco en la cafetería, ya no se puede fumar en los trenes”. Le quedaba el consuelo de que el recorrido no

llegaba a las cuatro horas, no tenía otra opción que masticar como un poseso una buena ración de chicles de menta.

Le preocupaba el inicio de aquella carta. Los e-mail tenían ese tono directo, sin circunloquios, sin despedidas, sin encabezamientos de cortesía: Querida Bárbara, Estimada amiga, Bárbara dos puntos... todos le parecían ridículos. La libertad total de la comunicación en la Red había hecho tabla rasa de los convencionalismos. De su madre conservaba un pequeño tratado con modelos de cartas y empalagosas fórmulas de arranque y despedida, era el manual perfecto para escribir sobre los cuadernillos a cuatro caras, de papel pautado y con buena caligrafía. El lenguaje escrito no se diferenciaba apenas ya del oral, se escribía como se hablaba, o casi lo mismo. Las abreviaturas y las siglas, los aparatosos modismos eran moneda corriente. Cada cual incorporaba al lenguaje nuevos significantes que a veces tenían fortuna y se quedaban en la jerga de la comunicación electrónica, la vulneración de ese código cultural del que se lamentaba Umberto Eco y con el que Abellán coincidía. Su carta sería ortodoxa, un anacronismo en la Red. El recurso a la ironía y a los clásicos salvaría la cuestión del encabezamiento:

*Viví sin vivir en mí, hasta llegar el consuelo de ese e-mail viajero que llegó a mi palomar, del que toda dicha espero. Ya no me puedo achantar, salgo en el tren postrero.*

*Bárbara, te confirmo mi llegada a la estación de Chamartín, el viernes a última hora y con regreso el domingo, también en el último tren. Dejo la suerte de mi vuelta a la capital, después de muchos años, en tus manos. No dudo de que sabrás organizar un animado programa para este provinciano que se perdería sin remedio si tú no le guías.*

*Mis recuerdos se quedaron prendidos en las piedras del Madrid de los Austrias, enredado en el ambiente de conspiración de los mesones, allá por los inicios de los años setenta. También en una plaza recoleta, cercada de teatros y bares de tapas, donde había un café teatro, que seguro ya no está. Completaba el recorrido de mis excursiones urbanitas un famoso local, refugio de la bohemia trasnochadora, que con vocaba todos los años un certamen de novela corta. Allí na-*

*cieron mis primeros arrebatos literarios, concursando sin éxito un año. No lo volví a intentar. La entrada te recibía con una profusión de frases ingeniosas, como ésta, que siempre recuerdo, no sé por qué y que terminé colocando en mi habitación de estudiante, decía: “Cuando una musa te dé un hijo, que las otras siete estén encinta”. Como podrás comprobar por ti misma, nunca conseguí preñar a musa alguna.*

*¿Préñome yo de vanas esperanzas cuando esto escribo? Vuelvo a Madrid con una extraña sensación, como si de una asignatura pendiente se tratara, dejada para septiembre, que algunas veces me sobresalta en mis sueños. Tengo ese extraño palpito de estar colgado en un temario que no consigo aprobar.*

*De tu calificación depende el que esto escribe y se despidе, hasta la noche del viernes.*

Al menos, los ripios le quedaron originales, simpáticos. Esperaba buena acogida a su confesión sincera, las mujeres como Bárbara reciben con maternal entusiasmo estas debilidades del corazón de un hombre. Llamaría al profesor Abellán, que andaba perdido toda la semana, absorto seguramente en uno de esos ejercicios mentales de introspección, de búsqueda del extraño personaje componedor de sonetos. Le llamó a su teléfono fijo, pero no estaba. Le dejó un escueto recado en el contestador dándole cuenta de su viaje a Madrid, el hallazgo del documento en la Red y la imposibilidad de Bárbara de desplazarse ese fin de semana. Le quedó algo desmañado, pero ya estaba hecho, él fue quien los presentó a fin de cuentas. Se quedó horrorizado al percatarse de qué era lo que faltaba en su programa: su indumentaria, algo decente para presentarse ante Bárbara en la capital. Le quedaban la mañana y la tarde del viernes para enmendarlo: ir de compras no era su afición preferida.

El profesor no podía coger aquel teléfono, por la sencilla razón de que su cuerpo estaba en el interior de la iglesia de Santa María y su alma se extasiaba en un nirvana interior, en un estado de paz indescribible. Salvando las diferencias, podía decirse que no era descartable un lejano paralelismo con la ilustración que hizo Sidney Paget de Sherlock



Holmes, para su famoso relato, “La liga de los pelirrojos”. El grado de embeleso, al menos, eran equiparables en ambos. La Orquesta Barroca Valenciana interpretaba a Vivaldi. Pero su abstracción no era tanta como para impedir un minucioso recorrido de observación a los profesores de música. El primer violín daba el La y todos afinaron sus instrumentos. El violinista canoso de piel negra hacía su música hierático, sin demostrar emoción, ejecutaba los movimientos sin un solo gesto, como el que lava: eran muchos años interpretando “Las cuatro Estaciones” de Vivaldi. El violonchelista fruncía el ceño cuando atacaba con el arco en un gesto de concentración profunda. Pero la violinista joven de las gafas sentía una indisimulada envidia del solista y hasta parecía querer meterse en su piel cuando tocaba, de pie, vibrando en cada arpeggio, avanzando un discreto paso de emoción, tenso como su arco, gimiendo con cada nota y gesticulando ostensiblemente con las cejas y la boca. Aplaudió con sincero entusiasmo la interpretación del solista ruso.

Absorto aún en la emoción del concierto, mientras entraba en su casa, el contestador le avisaba de que tenía un mensaje nuevo. El farragoso comunicado del viaje a Madrid de Ibarra no le sorprendió en absoluto, de alguna manera se lo esperaba. Se frotó las manos con satisfacción y se dispuso a celebrarlo por partida doble con una copa de su mejor coñac, aquel “Peinado” de cien años que estaba dando las últimas boqueadas, con tantas oportunidades que tenía últimamente para brindar. Ese fin de semana quedaba solo, libre de cualquier compromiso o intromisión, con un programa bien trazado de pesquisas decisivas. Si su extraño amigo estaba en la ciudad, si aún vivía, y no tenía ningún dato que confirmara lo contrario, daría con él. A pesar de sus extravagancias dejó una dirección en la Universidad, no era tan lerdo como para desaparecer en el humo de los versos de su despedida, quedaban siempre cosas que resolver o comunicar. No estaba ya allí, era de esperar, pero dejó un rastro que podía seguirse circunscrito en un triángulo equilátero. En el interior de los límites que definían los tres lados de ese triángulo había algo de lo que no se separaba en los últimos años. Su descripción, su genio vivo, eran conocidos por los camareros de los contornos, lo había comprobado, así como otras dos direcciones donde tampoco ya estaba, pero estuvo.

Sobre una fotocopia ampliada tamaño DIN A3 del plano que consiguió en la oficina de turismo había marcado los previsible itinerarios. Le salió una nube de puntos primero, al situar las tres direcciones y los lugares donde le conocían, pero todas podían circunscribirse con un triángulo casi perfecto. Sus indagaciones le habían llevado buena parte de la semana, con la fotocopia del plano callejero en el bolsillo y un rotulador rojo con el que marcaba; un exceso de cafés y más de una docena de botellines de agua a medio consumir que había ido dejando en las barras de los bares. Los escasos comercios y tiendecitas que aún quedaban abiertas le eximieron de la consumición, pero tuvo que comprar unos botones pegados en un cartón, un paquete de folios y alguna chuchería para los nietos. Se las regaló al primer chiquillo que encontró por la calle, se enriquecerían si esperaba entregársela a los propios.

La pregunta que se reformulaba sin descanso durante todo el concierto, era: ¿Qué le hace mantenerse dentro de esos límites?, tenía que existir una causa, trataba de encontrar la razón de sus movimientos. Terminó alisando el plano sobre la superficie de la mesa, de los dobleces que le hizo para llevarlo en el bolsillo de la chaqueta. Con la mano extendida lo repasó varias veces hasta que dobló el vicio adquirido por el papel y se quedó contemplando aquellos puntos rojos que había marcado. En el puesto de periódicos de la plaza, donde terminó comprando la prensa aquellos días, le reconocían. Tuvo que inventar algunas historias sobre la marcha para justificar sus preguntas. La gente, allí, seguía manteniendo ese espíritu de barrio, siempre dispuesta a comunicarse entre los vecinos. En el caso que le ocupaba era un conocimiento impreciso, recordaban el haberle visto alguna vez, pero sin más señas que pudieran orientar sobre su paradero. Su cojera, su eterna pajarita, eran aspectos que no pasaban desapercibidos, pero estaba claro que no era uno del barrio de toda la vida, más bien un asiduo visitante o, mejor dicho, una sombra que se desplazaba por aquellos contornos sin más conversación que la necesaria para solicitar el periódico, demandar un café o comprar unos folios en la minúscula papelería. Ponía una distancia intencionada. Su soledad, seguramente, le había retraído aún más en su mundo interior.

Cabía otra estrategia menos científica, la de apostarse en aquellos sitios que más frecuentaba y esperar su aparición. Aquella solución le desanimaba. Dejarlo a la casualidad de un encuentro fortuito no suponía

el reto intelectual de descubrir el sitio exacto, donde sin lugar a dudas comparecería desentrañando la razón de aquellos desplazamientos alrededor de ese algo que daba sentido a los puntos sobre el plano callejero. Tenía que confeccionar otra lista teórica, sus visitas no habrían agotado todos los lugares posibles. Esta sería sistemática, sin las omisiones en que con toda seguridad incurrió en sus erráticos paseos. Algún lugar le había pasado desapercibido.

La mano alzada de Bárbara tremolaba por encima de su cabeza haciéndole señas inequívocas de dónde estaba. Se subió el cuello del abrigo para tratar de descomponer un poco el aire estirado que le habían adjudicado en aquella tienda, por una amable señorita que se empeñó en vestirlo como uno de aquellos maniquís del escaparate. Se sentía incómodo dentro de aquella ropa nueva. Le parecía escuchar hasta el ruido del apresto de sus calzoncillos al rozar con la camisa; le había equipado de punta en blanco la que terminó resultando una interesada vendedora.

– Tengo el coche aquí aparcado, ¿qué tal el viaje?

– Muy bien, casi no te enteras: una comedia intrascendente en la televisión, un café, un repaso a la prensa y..., ya estaba aquí. Perdona, deja que encienda un cigarrillo que me estoy fumando encima, ¡ya no se puede fumar en los trenes!

Varios encendedores chispearon por todo el andén encendiendo cigarrillos en las bocas de otros tantos viajeros bajo el síndrome de abstinencia, Ibarra no era el único caso. La treta de fumar en el lavabo quedó frustrada por el inquisitorial aviso de la voz que se disparaba a la primera voluta de humo: “Se recuerda que está prohibido fumar en este tren”, o algo parecido. Se sintió vigilado, perseguido. Bárbara le aceptó un cigarrillo y le confesó, cómplice, que por eso se iba en coche, no soportaba las prohibiciones. Ibarra sondeó el terreno tratando de situarse.

– ¿Queda cerca de tu casa el hotel?

– Cerquísima, no tendrás ni que salir a la calle.

– ¡Tan cerca está!

– ¡Tonto!, te hospedas en mi casa, tengo sitio de sobra.

No reconocía aquella parte de la ciudad, de inmensas torres de oficinas donde ya se habían apagado las luces. Solo el río de vehículos que salían de la estación era un signo de vida, aquel contenedor de negocios

se estaba quedando vacío. La plaza de Castilla era un Finisterre en sus años de estudiante, un no más allá. Giraron por el lateral del Palacio de Congresos y apareció la inmensa mole de cemento del Bernabeu.

– ¿Vives aquí, en la zona *vip*?

– No es para tanto, hay un poco de todo. Pero no te emociones, no es ninguno de esos palacetes de la Castellana, ya no queda ninguno. Un piso discreto, de alquiler, cerca del Paseo de la Habana.

Aventuró un comentario para demostrar su conocimiento de la ciudad, él también estuvo allí de niño, cuando su padre desembarcó definitivamente y le destinaron a las oficinas de la naviera, poco antes de jubilarse. Fueron dos años nada más, regresó luego solo, de estudiante. Su madre pareció recobrar parte de la juventud que se había dejado en aquellas esperas interminables, en aquellos encuentros furtivos de puerto en puerto. Le duró tan poco.

– Aquí cerca había un bar muy típico, mi padre me trajo alguna vez, llevaba yo aún pantalón corto, le gustaba el ambiente decadente del lugar, parecía una de esas tabernas con sabor a puerto de mar.

– Aún está, tienen una merluza exquisita, yo vivo casi al lado.

– ¿De veras, lo dices en serio?

– Como que tenía pensado que me invitaras a cenar, para pagarme el hospedaje.

– Eso está hecho, ¡qué coincidencia!

– Hemos llegado, es éste de ladrillo rojo.

Era un edificio algo anticuado, posiblemente de los años cincuenta. El ascensor conservaba esas puertas de camarín que le recordaban las de la casa donde vivieron en Madrid. Fue tan breve aquello, sobre todo para su madre, su padre no encontró ese acomodo en tierra firme que tanto esperó su esposa, se le fue en un vuelo, en dos años como un suspiro. Después de todo, fueron años intensos, más tiempo de convivencia que en el resto de su anterior vida en común. Iban al teatro, al cine, a los conciertos. Parecían dos jóvenes enamorados cogidos del brazo.

– Esta es tu habitación –le dijo Bárbara depositando el neceser encima de la cama–, espero que te encuentres cómodo. El cuarto de baño es para compartirlo, hay un aseo al lado de la cocina. Cuando coloques tus cosas te enseñe la casa, no hay mucho que ver, pero es confortable.

La casa estaba en perfecto estado de revista, no como la suya. Se notaba esa mano femenina en los mínimos detalles: algún centro de flores secas, portarretratos con fotos de juventud en la playa con amigos y unas acuarela de Montmartre imitando a los pintores de la escuela impresionista de París, ponía su nota de color, abigarrando de rojos y amarillos los suaves tonos pastel de las paredes. Los muebles eran escasos, tenían un cierto aire minimalista.

– ...Y este es mi despacho, donde paso muchas horas al día.

– ¿Trabajas en casa?

– No siempre, hay que salir a las oficinas de los clientes, pero buena parte de mi trabajo lo desarrollo aquí. El paradigma del nuevo emprendedor, búscate las habichuelas como puedas. Tiene la ventaja de que desgrava, el alquiler lo meto en mis gastos.

– Tienes un buen equipo.

– Sí, un Pentium 4 a 3,3 GHz y equipado con ADSL de 4 megas, lo normal para trabajar desde casa.

– Mi 486 a 33 MHz te parecerá una reliquia del pasado, lo utilizo para escribir y el correo electrónico. Me dio vergüenza reconocer, a estas alturas del siglo, que tenía dificultades para hacer ese rastreo a fondo desde mi casa, a veces se me queda colgado, pensando en las musarañas. Para mi trabajo me sobra, no necesito más.

– Pues coge tu abrigo y sígueme, el programa empieza en este preciso momento, llegamos justo al espectáculo de las doce, a ese café teatro que mencionabas en tu e-mail.

Por el camino se le iban desbordando los recuerdos de aquel rincón por el que entraba algo de aire del exterior, con aquellas sesiones para un público minoritario ávido de todo lo que sonaba a extranjero. Allí se fue una tarde, solitario, a ver “Historia del Zoo” de Edwards Albee. Bárbara hablaba sin tregua de la vida en Madrid. Cuando le confesó el contenido de la obra que había visto en aquel café a mediados de los setenta, se le escapó a ella una sonora carcajada.

– Nada que ver, eso es el paleolítico, en Madrid hay de todo, pero si yo te contara... Aquí, ahora, el ambiente es distinto, ¿cómo te diría? Igual te lo aclara un ejemplo. Una chica como yo, liberada, profesional, con algún recurso, pues nada... los que no están pillados y bien pillados, se han hecho gais, el resto, no merece la pena, ¿qué me dices?

– Me dejas de una pieza.

– Pues eso, que hay que volver a provincias para encontrar algo decente. Aquí es, déjame que me concentre, algún espacio habrán dejado libre en una acera. ¡Esto es la selva!

La mesa estaba reservada. Cuando se sentaron, el foco iluminaba una figura de mujer, iba de luto de los pies a la cabeza, enfundada en una larga capa con capucha. Bárbara le susurró al oído.

– No te lo pierdas, todos los viernes a esta hora, estrena un poema.

La figura se acercó a primer plano, lo que pudieran ser las candilejas y empezó a recitar:

*Este rincón feraz, donde ha tenido  
refugio el gorrión, mullido el nido.  
Higuera que de brevas bien repletas  
devorabas, de laudes a completas.*

*Remanso, que en arrobos del ombligo  
-tierna primicia de las horas muertas-,  
bajabas con sosiego hasta las puertas  
para catar la dulce miel del higo.*

*Hoy, ribera en este otoño tuerta  
de lujuria, ¿dónde te has ido?  
alejándose tan presto de esta huerta*

*sin escuchar aquel rumor del coño,  
de ese riego generoso y socorrido  
que llegaba ayer hasta... mi coño.*

Los aplausos atronaban la sala con bravos incluidos de sus incondicionales, mientras, como el que no hacía tal cosa, se abrió aquella capa y apareció como su madre la trajo al mundo, en pelotas. Ibarra no salía de su asombro.

– ¡Ha recitado un poema al coño!

– Al suyo-apostilló con intención Bárbara.

– Eso he dicho.

– No es lo mismo, digo que no es un canto general, sino particular, al suyo propiamente dicho.

– Pues, ¿qué diferencia hay?

– La diferencia que comentábamos por el camino entre una y otra época. De la épica del discurso de lo común, de lo trascendente, se pasa a un diálogo más personal, íntimo del yo, el signo de los tiempos: no es de lo nuestro de lo que se habla, sino de lo mío.

La vuelta a la capital le estaba deparando alguna sorpresa, ¡cómo había cambiado el cuento! En fin, los tiempos progresan que es una barbaridad, por menos de eso les hubieran corrido a cachiporrazos en su época. Apuraron sus copas y cogieron los abrigos. A Bárbara le apetecía darse una vuelta por la noche madrileña y él se dejó llevar. La conversación pendiente sobre la aparición del palimpsesto quedaba para mejor ocasión, tenía sólo cuarenta y ocho horas para ponerse al día de la movida, los prolegómenos eran prometedores.

El viejo profesor, mientras tanto, repasaba guías, las páginas amarillas y cuanta documentación tenía a mano, para confeccionar esa lista de todo lo que de interés cabía en aquel triángulo. Lo fue anotando por calles, con su ubicación precisa. La expresión cibercafé le llamó la atención, ¿qué era aquello?, ¿un lugar para tomar cafés a toda leche? Cuando lo llevó a su mapa quedaba estratégicamente situado. Aquel viejo amigo seguiría tan raro, que no era de extrañar diera vueltas alrededor de aquella noria, de esa nueva palabra que le asaltó desde las páginas amarillas. La Cibernética, su prefijo ciber, era añadido a la palabra café. Pero para él, la cibernética siempre había sido “la ciencia que estudiaba el mecanismo de las conexiones nerviosas de los seres vivos” y, ahora, también, “los mecanismos de comunicación entre los seres vivos y las máquinas”. El café puede alterar el organismo, excitar los nervios, pero esa acepción le parecía descabellada. Lamentablemente se estaba perdiendo una buena parte de la realidad desde que dejó el contacto con los estudiantes. Estas cosas las saben los chicos, la manada de aburridos doctores que le visitaban no hablaban nunca de cibercafés ni de nada parecido. Estaba en lo cierto, la culpa la tenía la ausencia de los nietos. Si él tuviera ya, como era lo debido, un par de nietos de ocho a doce años, como correspondía a su edad, estas cosas no le pasarían, le tendrían cumplidamente informado. Se acordó de Ibarra, de su viaje a Madrid, tenía sus esperanzas puestas en aquel muchacho; bueno, ya tenía sus

años, pero para él seguía siendo un muchacho. Su hija parecía interesada y, aunque estaba de muy buen ver, ¡qué demonio!, se le estaba pasando el arroz.

No le quedaba más remedio que acercarse el sábado, husmear qué se cocinaba en aquellos cafés modernos y sacar conclusiones. Aparte de lo que ya tenía anotado de su paseo por la realidad, del recorrido por las guías, sacaba en consecuencia que, aparte de los “pubs” que sólo pudo ver en sus fachadas y letreros, por estar cerrados de día, le quedaban tres lugares de interés, de los que podían destacarse dos: un centro social de recursos y exposiciones para los jóvenes y el archivo municipal. El archivo era un lugar discreto visitado raramente por algún investigador despistado, el centro para jóvenes sería un bullicioso espacio de encuentro, no se dejaría caer por allí.

Con estas consideraciones decidió irse a la cama. Apuró el fondo de la copa, que había ido estirando con pequeños y espaciados sorbos, y un último pensamiento de esperanza le acompañó en el breve trayecto hasta su dormitorio: que aquel muermo de profesor se decidiera de una vez a darse ese revolcón con Bárbara y, ¡qué fuese lo que Dios quisiera!, le daba igual niño o niña.

Los sueños del viejo profesor estaban a punto de cumplirse, los dos bailaban bien agarrados sin atender a la música que se iba por otros derroteros. La dosis justa de alcohol en el cuerpo, las tres de la madrugada y a salvo del bullicio que desbordaba todas las calles; el ingenio a flor de piel, la frase atrevida a punto de pronunciarse; ni en los augurios más optimistas de Abellán se contemplaba una estampa como aquella. Cesó la música y tardaron unos segundos en separarse, se miraron, sobaban las palabras, pero había que pronunciarlas.

– Recojo los abrigos.

Sorteaban los grupos de jóvenes achispados, las motocicletas atronando el aire de la noche, las parejas que se besaban en medio de la calle sin atender a otra cosa, ajenas a la abigarrada mezclanza de tipos que salían y entraban en los locales, por los que irrumpían al exterior, en vaharadas, los más variados estilos musicales. En el coche se besaron largamente. Cuando ella encendía el contacto, él le salió con aquella frase de compromiso, para evitar una posible tensión posterior:



- Será un peligro dormir en la misma casa.
- ¿Has dicho casa o cama?, la mía es amplia, la tuya es la de los invitados, mucho más incómoda, no hay dudas en la elección, en la mía.

Espulgó entre sus discos del sello Zafiro y se decidió por “El capri-cho español” de Nikolai Rimsky-Korsakov, era muy temprano, el sol no despuntaba por la imperceptible línea del horizonte. Se fue dirigiendo la orquesta en dirección a la cocina con amplios ademanes de las dos manos, estaba de excelente humor, había dormido cinco horas de un tirón. El llanto de un niño le desveló, era un presagio de lo más esperanzador. Se fue provisto de una buena ración de magdalenas y un tazón humeante de café con leche hasta depositarlos en la mesa del gabinete. Al lado, puso el callejero, al que echaba unas furtivas miradas entre hambrientos bocados. Se espantó las migas de las solapas de su batín y se esparrancó en el sillón dejándose llevar por los acordes de la música. Esperaba un amanecer glorioso, un día en el que pondría definitivamente cerco a sus hipótesis, desvelando el misterio que se encerraba en aquel triángulo. El sol inició su ascendente salida del mar y, concluido el conocido espectáculo, se fue decidido a darse una buena ducha caliente y a vestirse de domingo, aunque era sábado, porque al fin y al cabo se avecinaba un divertido día de fiesta.

Entrada la mañana, en la neblina de un sábado gris y húmedo, Bárbara no precisaba accionar el mando a distancia de su cadena musical, las canciones le salían espontáneas desde muy adentro mientras preparaba el desayuno, las tarareaba sin reparar en que su bello durmiente podía despertarse: acababan de dar las doce.

Remoloneaba entre las sábanas sin tomar la decisión de levantarse, estaba totalmente desnudo. Alcanzó el pantalón, sentando en la cama, y acertó con las perneras que se le resistían. La camisa la encontró colocada en un florido galán de noche, no recordaba haberla puesto allí. Se pasó la mano derecha alisando la maraña de sus cabellos y dio una voz de aviso aclarando que precisaba de ese cuarto de baño compartido.



## CAPÍTULO II

La nota estaba encima de la mesa, el atasco le partió literalmente por la mitad esa mañana, Ana le recibía con cara de reproche y no tenía el informe de necesidades preparado: un inicio de semana perfecto.

– Que te espera en el despacho. -Le dijo Ana sin dirigirle apenas la mirada.

Estaba bastante claro. Se había blindado el fin de semana a cal y canto, apagado el teléfono móvil, la clavija del fijo desconectada, y se dejó llevar por la ficción de su relato. Cuando tomó de nuevo contacto con el mundo exterior, tenía el buzón lleno de mensajes y el contestador de reproches, todo un poema. Lo sabía, no se puede servir a dos amos a un tiempo, la literatura y el amor: era misión imposible. *¡Qué tripa se le había roto esta vez al calvo pesado!* El informe de necesidades era una pantomima para entretener al personal, sólo cuestión de cortar y pegar, hacer un refrito de memorando, valorarlos y priorizarlos. Tenía la plantilla en el ordenador, en media hora lo corregía. Tocó discretamente con los nudillos y pasó sin más preámbulos.

– Siéntate, Jorge.

Al mirarle comprendió que no se trataba de la dichosa lista de necesidades, su calva relucía con el fulgor de las grandes solemnidades.

– Tienes que sacarme de un pequeño apuro, está a punto de llegar y tengo una reunión en el Rectorado. Atiéndele y a ver qué quiere. Utiliza mi despacho, estaréis más tranquilos.

– Pero... ¿de qué se trata?

– Nada de importancia me imagino, un comandante de la guardia civil, de la Brigada de Delitos Tecnológicos, o algo así. A mí lo de la informática me suena a chino, me cogió ya tarde. Tú no tienes clase hasta las doce; si se alarga, pídele a Ana que te sustituya.

Pues buena estaba Ana, como para pedirle un favor. Se esperaba un contraataque en toda regla. Lo más seguro es que le destrozara la nove-

la, se la llenaría de llamadas en rojo y notas al pie, le sacaría punta a todo. Le estaba bien empleado, ¿cuándo escarmentaría? Al principio todo eran facilidades para meterse en tu cama, luego, venía el monopolio. Los fines de semana, a darse un garbeo por ese pueblecito tan típico, en un hotelito con encanto. Y claro, así no se podía escribir. Una novela necesitaba concentración, tiempo, sangre sudor y lágrimas, como en la guerra; sólo que en este caso no todo agujero era trinchera. Le sacaron de su ensimismamiento sus palabras de despedida.

– Bueno, aquí te quedas, ya me contarás.

Tenía tutoría esa mañana y se trajo el fajo de folios para corregirlos, echarles un vistazo. Sin exámenes de por medio, esas tres horas eran un remanso de paz. Pues nada, a aguantar a la benemérita, que allí estaba él lo mismo para un roto que para un descosido.

*¿Qué le traía a todo un comandante de la guardia civil?, ¿delitos en la Red?, ¡qué pintaba él en aquella historia!, vaya con la guardia civil, se metía en todo.*

Se le fue pasando el mal humor conforme descargaba la adrenalina que acumulaba en el inicio de la jornada del lunes.

Siempre había pensado en la guardia civil con tricornio, no podía imaginárselos de otra manera: ese sombrero de tres picos, acharolado, que causaba impresión. Era su distintivo, una reminiscencia del pasado. Y ahora que lo tenía delante, de paisano, con una chaqueta de cuero marrón, aspecto deportivo y no más de treinta y cinco años, pensó que algo había cambiado en el país sin que él se percatara. La guardia civil caminera del “Romancero gitano” de Lorca, se batía en retirada, los caminos de la Red eran los recorridos de estos modernos cibernautas, ¡qué diría Federico si levantara la cabeza! Se presentó de palabra, acompañándose del gesto, de su carné que sacó de la cartera. La guardia civil nunca necesitó de presentación, se les veía venir a la legua. Sus capotes verdes hasta los pies, sus tricornios de charol, el granadero a la bandolera, no precisaban de más explicaciones: era la guardia civil y, punto.

– Usted me dirá, don Rufino tiene una reunión en el Rectorado.

Le escuchaba con atención y no salía de su asombro. De modo que el sistema de seguridad había sido atacado y utilizado ordenadores del Departamento para fines ilícitos, no lo podía creer. Trataba de responder

con normalidad, pero unas cosquillas en el estómago le advertían de que aquello no iba muy bien, cuando se mete la guardia civil de por medio...

– Claro que usamos una clave de acceso personal, pero la realidad es que todos sabemos las claves de los demás, se trata de una cuestión de confianza entre compañeros.

El comandante le pidió una explicación de esa práctica cotidiana. Jorge Aguilera se sinceró, no podía mentirse a la guardia civil española.

– Las claves siguen un sencillo protocolo, se precisan dos entradas para acceder al sistema y existe una limitación por materias según el tipo de clave. La primera, de cuatro letras mayúsculas, se forma con una letra fija y, normalmente, le siguen las iniciales del nombre y apellidos del usuario. La contraseña es una serie alfanumérica de al menos seis signos que tienen que contener un número, una cifra. Su formación, ya se puede imaginar, el nombre o primer apellido del usuario y, por regla casi general, termina con el uno o con el dos. Con este sistema, saber la clave de cualquiera puede ser un juego de niños. El equipo queda bloqueado por el usuario habitual, pero es sencillo desbloquearlo si se conoce la clave.

Sintió aquellos ojos color almendra taladrándole, mirándole fijamente mientras pronunciaba marcando las palabras.

– Pues ha sido desde su equipo y... con su clave.

¡Era eso! El maldito de Rufino le había puesto al pie de los caballos, y de la guardia civil nada menos. Se quitó de en medio sin advertirle que le buscaban a él, que era desde su equipo.

El comandante prosiguió después de examinar con detenimiento, en una breve pausa intencionada, la expresión de su oponente.

– Necesitamos retirar la unidad, traigo un mandamiento judicial.

Ya no le cabía ninguna duda, alguien le había utilizado como carnaza, como chivo expiatorio. Y ese alguien tomaba café con él, se cruzaban en el pasillo y se daban los buenos días. Se atrevió a preguntar.

– ¿Se puede saber de qué tipo de delito se trata?

No se molestó en tranquilizarle, en resolver sus dudas, poner un gesto de humanidad en sus palabras. Según previenen las ordenanzas, el reglamento, no se daban pistas a los encartados.

– Tenemos que analizar el disco duro, la información que contiene y si se ha efectuado desde aquí o, cabe la posibilidad, a control remoto. No

puedo desvelar la información hasta tener los resultados. En todo caso, el juez que se encarga de la instrucción. De momento traigo esa orden, requisar la unidad, ¿tiene usted la amabilidad de decirme dónde está el equipo?

El aspecto externo había cambiado, era evidente, pero el espíritu del cuerpo se mantenía, era esa forma de decir: “tenga usted la amabilidad”, que te helaba la sangre, vamos, que se le encogían a uno las pelotas. Se levantó y se escuchó decir mecánicamente.

– Acompañeme, es aquí al lado.

Por el pasillo le preguntó si tenía que prestar declaración, si se sospechaba de él, cuál era su situación personal. Estaba hecho un lío, se imaginaba conducido por la guardia civil, esposado como un delincuente común. Aquel témpano de hielo no soltaba prenda, su respuesta, en lugar de tranquilizarle, le alarmó más.

– Sólo preciso su filiación completa, su domicilio y teléfonos, saber si se ausentará de la ciudad y el modo de localizarle. De momento solo eso.

Ni una sola palabra de consuelo. Esas cosas que se dicen para rebajar la tensión: *no se preocupe, solo se trata de un mero trámite, de una comprobación rutinaria*. Ana hablaba por teléfono, se despidió con rapidez cuando les vio entrar.

– Te llamo luego, tengo visita.

Se levantó para salir, parecía algo nerviosa ¿o, eran imaginaciones suyas? El oficial la paró en seco.

– Será solo un momento, desconectar unos cables, no es necesario que se moleste, puede continuar su trabajo.

La dejó planchada en la silla con el bolso en la mano. Parecía como si le hubiera ordenado aquel tristemente famoso: “¡Se sienten, coño!”. Jorge Aguilera no encontraba el rincón donde meterse, esfumarse, pasar desapercibido. Fue cuestión de un minuto, aquel hombre conocía su trabajo. La unidad central quedó libre de la maraña de cables que la asediaban, de la carcasa, que dejó a la vista un universo de piezas interconectadas. Sacó un minúsculo destornillador del bolsillo y se hizo con el disco duro.

– Firme la conformidad y le doy copia del recibo. Con una tarjeta y su número de identidad me basta, ¿lleva su carné?

Echó mano a la cartera y mostró su DNI. Se quedó expectante, como si en ese preciso momento tocara lo de los grilletes, las esposas de acero blanco.

– Eso es todo, le mantendré informado.

Introdujo la pieza en un sobre acolchado que cerró cuidadosamente y se despidió con un lacónico “Buenos días”. En la mesa quedó la torre destripada, sin alma ya, descerebrada. Ana se disparó de la silla.

– ¿Qué es lo que pasa, Jorge?

– Eso quisiera saber yo, Ana. Un enredo de padre y muy señor mío.

– Pero... ¿qué te ha dicho ese hombre?, ¿por qué se lleva tu ordenador?

– Ese hombre es nada menos que un comandante de la guardia civil, ahí donde lo ves, con su carita de imberbe.

Se derrumbó en la silla. Ana se acercó solícita, sinceramente preocupada. El enfado del fin de semana, todos los reproches que tenía preparados con retintín y encono, desaparecieron.

– Algo te habrá dicho, no se puede entrar en la Universidad sin permiso del rector, estamos en democracia.

– Traía un mandamiento judicial, el rector lo sabe y lo tendrá autorizado. Lo que me saca de quicio es que el baboso de Rufino también lo sabía y se ha quitado de en medio como una rata. No se manda a todo un comandante de la guardia civil a retirar un ordenador. Han extremado las cautelas, entraban a un recinto universitario. Rufino ya lo sabía cuando me mandó llamar y no me dijo una sola palabra, ¡será cabrón!

– Pero te habrá dado una explicación, un algo, de qué se trata.

– Ya lo has oído, que me mantendrá informado. Sí, cuando me empapele, sin comérmelo ni bebérmelo.

– Mira, tú te vienes conmigo, te tomas una tila, te calmas y me lo cuentas todo. Debe de tratarse de un error.

Por el camino se le agarró del brazo en un gesto fraternal. Jorge se fue calmando al sentirse apoyado por otra persona, al comprobar el calor y la confianza. Al menos Ana, le creía inocente.

Al traspasar el bullicioso recinto de la cafetería había recobrado buena parte de su aplomo. Desechó la tila y pidió un café solo, necesitaba estar despierto, no relajado. De un momento a otro esperaba una llamada del calvorota de Rufino aparentando ignorancia, fingida sorpresa ante lo que ya seguramente sabía. Le puso en antecedentes en un escueto comunicado, tampoco él tenía más información.

– Han utilizado mi contraseña para acceder al sistema y, seguramente, desde mi propio equipo.

– ¿Para qué?

– Eso es lo que no ha quedado claro, para nada bueno, como puede imaginarse; no ha soltado prenda. Es de la Brigada de Delitos Tecnológicos.

– La primera noticia que tengo, que la guardia civil ande husmeando el ciberespacio. Eso es nuevo ¿no?

Se calmó totalmente. ¿Qué podía temer?, era inocente, cualquier persona podía acceder, las claves eran el secreto a voces peor guardado, era público y notorio. Ana reaccionó, se le encendió una luz.

– Necesitas una coartada. Esas marranadas se hacen con nocturnidad y alevosía. Tenemos que establecer todos tus movimientos y las personas que atestigüen dónde estabas.

– Ana, que me paso media vida solo, escribiendo en mi casa.

– Ves, ya te lo tenía dicho, eso es pernicioso. Empezaremos por la tarde noche del viernes, tienes dos testigos, tu amigo el de la pajarita y yo. Y si me hubieras cogido el teléfono, del sábado y del domingo, también. No te preocupes, estoy dispuesta a declarar que estaba contigo, no tengo dudas de tu inocencia.

– Espero que no sea necesario, pero te lo agradezco.

– Sí, tú fíate de la Virgen y no corras. Estas cosas hay que hacerlas con profesionalidad. ¡Menudo marrón, los civiles! o, ¿sería más adecuado decir verderón? Esta tarde nos ponemos manos a la obra. Tu amigo, ¿no es militar?, me pareció escucharte un comentario; nos puede ayudar, sabrá de estas cosas.

– ¿Sergio?, no creo que esté muy al tanto. Lo suyo son las novelas, se habrá leído los sesenta títulos de Sherlock Holmes, lo que le convierte en una autoridad en el género. En ese sentido, sí es un experto.

– Pues eso, le llamas y quedamos con él y, de paso, me das lo que tengas escrito del fin de semana, que me he quedado en ascuas con lo de esa chica que te persigue en la ficción.

– No será necesario, los lunes quedamos. Me trae su lista de observaciones y espera la segunda entrega, la producción del fin de semana. No se le escapa el más mínimo gazapo. Los anota con llamadas a pie de página y el párrafo dudoso lo subraya. Eso sí, es muy educado, nunca



pontifica. Me dice: Habrás notado que..., ten en cuenta..., repasa el párrafo subrayado... Y notas por el estilo.

El móvil le vibraba en el bolsillo, lo cogió con prisas, con un gesto nervioso de desasosiego, daba el último tono cuando consiguió pulsar la tecla verde. Ana esperaba expectante, el gesto de preocupación de Jorge no le hacía presagiar nada bueno. Cuando colgó, estaba más blanco de lo habitual, se le fue el poco color que tenía en la cara.

– ¿Qué pasa?, ¿alguna novedad?

– ¿Puedes darme la clase de las doce?, el programa lo conoces de sobra, en la B12. Tengo que ir al Rectorado, me ha llamado Rufino, el muy ladino se hace el sueco.

El rector era un buen tipo. Se acordaba del sobresaliente con el que le calificó un seminario del doctorado y hasta le mencionó uno de sus trabajos publicados. Ese era el recibimiento que necesitaba. Lo tranquilizó y le puso en antecedentes del caso, de lo que Rufino ya sabía y no le dijo ni palabra: *¡menudo zorro penquero estaba hecho el tal Rufino!* Unas fotos de pornografía infantil detectadas en un rastreo rutinario encendieron las alarmas y se dio aviso a la autoridad. Cuando el rector mencionó la palabra “pedófilos”, se volvió instintivamente a su jefe inmediato con intención malsana, tratando de vengarse con su mirada cargada de intención de la trastada que le había jugado con su silencio. Pensó que “pedófilo” tal vez no, pero un pedorro lameculos sí, de ese calificativo no le apearía el resto de su vida.

– Como Rufino te habrá comentado, los correos partían de tu ordenador y con tu clave. En ningún momento pensé que fuese cosa tuya, pero nos teníamos que asegurar, es un asunto muy feo que pone a la Universidad en un serio compromiso. De momento, la máxima discreción y a esperar qué resulta de la investigación. Ya sé, me he informado de cómo funciona lo de las claves de acceso, tendríamos que ser más rigurosos. En fin, que he dado instrucciones para que te manden un ordenador de los nuevos. En buena lógica, sería estúpido actuar así, a pecho descubierto. Los que esto hacen tomarán sus precauciones, digo yo. Concluyendo, que desde mi punto de vista, con esa tesis precisamente tú estarías fuera de sospechas.

Salió reconfortado. La sensación de alivio le dejó un agujero en el estómago, era hora de comer, casi las dos. Ana le estaría esperando, la

invitaría fuera del recinto, tenía que agradecerle su apoyo y la sustitución en la clase. No le guardaba rencor por el blindaje del fin de semana, era una chica estupenda. Se sintió generoso, la llevaría a un buen restaurante, junto al mar, algo de marisco y un buen pescado, pero se acordó de que era lunes: mal día para conseguir pescado fresco. Que eligiera ella, era la homenajead. Su pasión por la literatura, la que le mantenía los fines de semana encerrado, si bien no le reportaba ningún beneficio, tenía la virtud de hacerle gastar menos que a un ciego en novelas. Se podía permitir una alegría y, de paso, compensar a Ana de sus desplantes. Un ordenador nuevo. “No hay mal que por bien no venga”, dice el refrán castellano, la sabiduría popular. Ana estaba en ascuas, deseosa de noticias. La invitación parecía estar preñada de buenos augurios.

– De modo que el tío lo sabía y se calló como un zorro.

– Como te lo cuento, la explicación del rector no deja lugar a dudas.

– Te saldría con alguna excusa.

– Ni palabra, sonreía todo el rato con esa sonrisa blanda, como si nada, como si acabara de llegar y enterarse. Lo mejor del asunto es que el razonamiento del rector casi me deja fuera del caso, ¿qué te parece?

– Fatal, a ver si ahora las sospechas recaen sobre mí, compartimos el mismo despacho.

– ¿En unas fotos de “pedófilos” una mujer?, ¡ni hablar!, en más del noventa por ciento de los casos se trata de hombres, las mujeres no tenéis esa curiosidad malsana, bueno, esas aberraciones. Y de paso un ordenador de última generación, de trinca. Si me lo cuentan no me lo creo, ¡dos años detrás de ese ordenador! Así es que coge el abrigo, que nos vamos a celebrarlo por todo lo alto, a Visa abierta, sin racanerías de menú del día y vino con casera.

La conversación se les fue por el proyecto de novela, desechada ya la preocupación por el incidente del disco duro secuestrado. Ana no volvió a insistir en lo de la coartada, quedaba carente de sentido. La verdad es que sonaba a argumento trasnochado de novela barata. Lo ocurrido aquella mañana daba alas de veracidad a la ficción que se desarrollaba en el relato de Jorge, parecía una providencial casualidad. Los dos se animaron con las posibilidades que se les planteaban y la oportunidad de aprovechar en lo posible aquella experiencia. Dejaban volar la imagina-

ción, no había mucha gente en el restaurante, los barcos se mecían con una breve brisa de poniente y la tarde terminó por quedarse apacible. Tomaron el café y encendieron un cigarrillo. Fue Ana la que rompió el breve silencio que se produjo cuando el camarero llevó los cafés.

– Anoche, dándole vueltas al argumento, me parecía algo descabellado ese recurso literario tuyo de una intrusión en la biblioteca virtual. Ahora que la realidad ha superado a la ficción, no termino de situarme. La verdad, no somos plenamente conscientes de la fragilidad sobre la que nos asentamos. La Red se está convirtiendo en un campo minado, ¡qué cosas!

A Jorge Aguilera se le había olvidado el incidente, sus preocupaciones giraban en torno a su obra, en los cambios que la propia acción de narrar imprimía a sus personajes.

– Lo complicado se plantea a partir de ahora, hay que ir cerrando todos los interrogantes planteados, resolviéndolos, haciendo emerger a los personajes que se han ido sugiriendo a lo largo del relato. Hasta ahora solo he abierto puertas, lo difícil será cerrarlas satisfactoriamente. A veces me asaltan dudas, no sé si hice bien en meterme en este berenjenal, mi estilo es otro.

– Ni pensarlo, no tengas dudas, te desenvuelves muy bien.

El calorcillo que entraba por el cristal de la ventana caldeaba el ambiente, una especie de sopor de la digestión y el vino empezaba a subírseles a la cabeza, sobre todo a Ana, que ya imaginaba otra de sus travesuras.

– Me falta la segunda parte para opinar con más conocimiento de causa, y esta vez quiero la primicia. Tu casa está cerca y tenemos tiempo hasta las ocho, no me negarás que es una buena idea. Saca la Visa y paga, que la tendrás toda mohosa de no darle el sol, yo recojo los abrigos.

No era tan mala idea, le estaba entrando uno de esos sueños que le animaban a la siesta, aunque no confiaba en dormir demasiado. Los camareros parecían esperar a que se marcharan, se habían quedado solos en el local.

Cruzaron el puerto ante una fila de mástiles que apenas cabeceaban y se adentraron en la ciudad. Remontaron las añosas escaleras de madera y Jorge inició un intento de aproximarse al ordenador, pero Ana le hizo desistir y le llevó en otra dirección, sabía el camino, para leer aquellos folios sobraba tiempo.

A Sergio no le extrañó esta vez verlos llegar juntos, sonrientes, amarrotados, parecían contentos. Pero Jorge le advertía al oído de la promesa de silencio hecha al rector, de no contar nada de lo sucedido aquella mañana con su ordenador y, menos aun, de la intervención de la autoridad. Ana sonreía y asentía. Se había quedado en la cama leyendo la segunda parte, la primicia de lo producido el fin de semana por Jorge. Cuando llegó al soneto le llamó, Jorge estaba en la cocina preparando el café. Era atrevido, divertido, escatológico, por fin se había soltado el pelo. El final de la jornada en Madrid era lo que buscaba, efectivamente, se terminó encamando con la protagonista, se veía venir. Se lo dijo entre bromas y veras, que en la ficción se lo permitiría, pero que en la realidad era otro cantar y, puestos a encontrar metáforas con el soneto, que le quería jardinero de un solo jardín. Jorge pensaba en aquellos momentos que, mientras le dejara escribir, no pondría objeciones al monopolio. No era un zascandil, la relación que le proponía era razonable, no le quedaba tiempo para otras aventuras. Sellaron el compromiso allí mismo, en la cama, antes de tomar aquel café que se les quedó helado, el soneto obró el milagro de la resurrección de Lázaro, del bíblico, no del de Tormes: Lázaro se levantó y anduvo.

Sergio se apoyaba en su bastón, esta vez no lo dejó discretamente en el rincón como solía hacer, parecía rumiar sus pensamientos. Entró directamente a la cuestión.

– Tenemos una historia que contar, aquí hay materiales para una novela. Creo que lo conseguiremos esta vez -y aclaró un posible malentendido-, no quiero decir que lo anterior no estuviera bien, de ninguna manera. Lo que quiero expresar es que ésta tiene recorrido narrativo. Moverse entre las quince o veinte páginas, tiene su mérito, no lo discuto, pero la técnica de las doscientas y más páginas, hay que empezar a prepararla desde el principio. Sólo me he permitido algunas cuestiones incidentales, de cara al futuro desarrollo, nada de importancia.

Ana se quedó en un tris de hacer ese paralelismo con la ficción que la realidad de los acontecimientos de la mañana traían casi como comentario obligado, pero se contuvo a tiempo. Jorge se sentía definitivamente atrapado en aquella novela que le empezaba a traer más dolores de cabeza de los inicialmente previstos, de las cien páginas que se había propuesto como extensión máxima de su relato. El entusiasmo

de Sergio, la implicación de Ana, la colaboración que ambos le ofrecían, le obligaban a seguir, no tenía escapatoria esta vez, estaba pillado. Su inspiración se acababa pronto, no conseguía alargar la secuencia de sucesos. Sus personajes se iban desluciendo y apagaban sus brillos en el folio sesenta y no le quedaba más remedio que rematarlos de mala manera, de forma apresurada, antes de que se les fueran de muerte natural. Tenía razón Sergio, hasta las veinte páginas llegaba con soltura, luego se ahogaba.

– A partir de ahora se nos plantea la disyuntiva de los dos géneros. Me da la sensación de que has elegido conscientemente la veta clásica, pero hay que desechar todas las tentaciones que surgirán de entremezclarlos para dar vivacidad a la acción. Tenemos otro problema, el de los personajes, que se me antojan insuficientes.

Ana no compartía del todo sus palabras. La verdadera emoción, lo que realmente atrapaba de ese tipo de argumentos, era la posibilidad de desplazarse sin límites entre los dos mundos, era un hallazgo narrativo de primer orden. Apuntó su opinión con un matiz inocente, sin querer desatar la polémica.

– Para mí, lo verdaderamente importante es que los personajes sean creíbles, no importa lo estrafalario de las situaciones. Muchas veces, y aunque parezca un tópico, la realidad supera con creces la ficción.

Y a punto estuvo otra vez de poner sobre la mesa el ejemplo real que les tuvo preocupados toda la mañana. Refrenó los caballos a tiempo ante la mirada inquisidora de Jorge, su pacto de silencio. Aunque se había propuesto escuchar, intervenir lo menos posible, medió en el discurso.

– Sólo por exigencias del guión, como decían nuestras actrices en los años setenta, para despojarse de la ropa. Lo que termina sucediendo, casi siempre, es la falta de consistencia que esa justificación ofrece. La veta clásica, sí, eso me había propuesto.

El autor tiene la última palabra, sin su consentimiento no era posible continuar. Sergio se sintió reforzado en sus opiniones y se animó a proseguir con el catálogo de sugerencias que tenía oportunamente anotadas, esta vez en los márgenes y hasta en el dorso del papel. Concluía con una de esas frases lapidarias que no dejaban margen a la digresión.

– Estando conforme el creador, no caben discusiones, estamos ante el primero de los supuestos, dame esos folios.

Se produjo el intercambio, entre los ya corregidos y las páginas a las que Jorge no tuvo la oportunidad de echar ese último vistazo de revisión. Ana, que esta vez pudo anticiparse, se imaginaba la cara de asombro del militar ante la deriva de los acontecimientos en la segunda entrega, y se relamía de gusto y por anticipado de la sorpresa de aquel digno defensor de los enredos clásicos cuando leyera el segundo soneto. Se le vino a la mente el refranero, el dicho popular: “Pueden más dos tetas que dos carretas”, que le pareció muy oportuno para glosar la situación. Todas aquellas notas y recomendaciones, estaba segura, no podrían competir con ese otro poder, el de la persuasión subliminal de las percepciones sensoriales, más potentes que la nómina completa de los académicos de la lengua juntos, llegado el caso. Los argumentos que se daba se veían reforzados con los acontecimientos que los dos compartían de forma exclusiva y que Sergio ignoraba. Ese punto de encuentro le abría nuevas oportunidades de llevar el agua a su molino. Los hombres se enredaban en las grandes palabras, en las gestas épicas ante molinos de viento, mientras ellas hilaban fino amparadas en el sentido común del calor del hogar. Bien pensado, Sancho pudiera haber sido una mujer en la época actual, lo que no pudo ser en la suya, por impedimentos culturales del siglo en que se desarrolla. De nada servía luchar contra la dialéctica arrolladora del verbo masculino cuando se siente en mitad del ágora, ese espacio público que pretende monopolizar en exclusiva. Sus armas eran otras y no le cabían dudas de que terminarían venciendo, como en el final de la Historia, que no podía ser otro que el predominio de la razón femenina: el fin de las guerras.

En lo que sí coincidía Ana con Sergio era en la escasez de personajes que se proponían, y que, según palabras de Jorge, ya se encontraba con dificultades para manejarlos a todos. La idea de que se encerrara todos los fines de semana con esa Bárbara virtual y se enviara en arrebatos amorosos de pacotilla, la empezaba a trastornar, tendría que ponerle remedio. La terapia adecuada estaba en marcha, pero el problema era la dosis y, tampoco tenía dudas sobre el escenario. Aquella casa de fachada blasonada, de lúgubres habitaciones y tortuosos pasillos, era más apropiada para una película de vampiros que para el sano esparcimiento de poner colorido y emoción a los escarceos amorosos, al pleno disfrute de sus ejercicios gimnásticos. La cama, que en su época tuvo que sostener dosel, estaba

segura, producía esos chirridos añosos que la desconcentraban y ponían sobresaltos inesperados de alma en pena en los momentos sublimes. La solución estaba pensada, pero se imaginaba las resistencias de Jorge a descansar un fin de semana, lejos del ambiente opresivo de la casa, en ese hotelito con encanto que ya tenía seleccionado.

Sergio se despidió como solía, cuando tenía en su poder la continuación de la historia, alegando urgencias por empezar su repaso, con galantes reverencias y expresiones de cortesía. Se decidió a plantearlo cuando se quedaron solos.

– Deberías tomarte un respiro, para meditar con sosiego, sin esa presión que te asalta los fines de semana. El camino que elijas de aquí en adelante te va a condicionar el resto de la novela.

– Lo tengo todo aquí -dijo señalándose con el índice la sien-, sólo me falta ponerlo sobre el papel, lo que necesito es tiempo.

– No lo tengo yo tan claro. Sergio no ha leído esa segunda parte donde se da un giro apreciable en la trama, las dos posibilidades siguen abiertas. Y está la cuestión de los personajes. Y digo yo que cómo vas a encontrar tipos interesantes metido entre esas cuatro paredes, sin salir a ver mundo. En eso te puedo yo ayudar con más conocimiento de causa.

Otra vez la conocida canción, la eterna disyuntiva del ser o estar. Para él la cosa estaba meridianamente clara, tenía vivido lo suficiente y leído lo bastante como para que la inspiración le pillara trabajando. Era necesario sudar cada renglón, cada página, no había obra sin esfuerzo. Pero su resistencia estaba a punto de desmoronarse. No conseguiría romper ese asedio a sangre y fuego, le habían puesto cerco a su soledad y la capitulación estaba a punto de producirse, era cuestión de días, horas o tal vez minutos.

– Te seré sincera, tienes que serenar el curso de los acontecimientos, planearlos, comentarlos y contrastar con otras opiniones, antes de que tu discurso los lleve a un callejón sin salida, ¿me explico? Las recomendaciones de Sergio, a toro pasado, no son la solución.

La muralla estaba a punto de derrumbarse.

– No es una negativa, pero sería una semana perdida, sin poder escribir.

– Hay ordenadores portátiles, querido, papel y bolígrafo si me apuras, no pienses que te voy a dejar haraganear todo el fin de semana.

– Tengo un pequeño problema.

– Tú no te preocupes, yo me encargo de la intendencia.

– No es eso, el comandante me pidió que estuviera localizado y si pensaba salir de la ciudad y esas zarandajas. Tendré que comunicárselo.

– Si solo es eso, le llamas y asunto resuelto, no veo yo el problema.

– Lo malo será si se trata de salir del país, ahí ya no sé qué decirte, pero me parece que no, que eso sería harina de otro costal.

Sus planes no alcanzaban distancias de avión ni preparativos excesivos, no era cuestión de dilapidar el tiempo, sino, todo lo contrario, de aprovecharlo al máximo. Se sonrió, la partida estaba ganada, era aquí al lado, casi no hacía falta salir de la provincia.

– Pues asunto resuelto, no es necesario recorrer miles de kilómetros, hay muchos sitios al alcance de la mano. ¿Recuerdas aquel anuncio..?, sí, el de “Conozca usted España”.

– Un poco anticuado, ¿no?

– Se ha vuelto a poner de moda. La gente está estragada de paraísos de plexiglás y exotismos de cartón piedra. Hay que volver a recorrer los eternos caminos de la patria, aprovechando la mejora de las carreteras, los hoteles íntimos en lugares recoletos... ¿cuánto tiempo hace que no sales?

– He perdido la cuenta, Ana, ya ni me acuerdo.

– ¿Lo ves?, te hace falta un repaso de actualidad, un baño de realidades.

Su padre sí que había viajado por los siete mares, recorrido el mapa de punta a punta, pero lo de ver mundo no lo tenía del todo claro, agua sí, toda el agua salada en treinta y cinco años de oficio. Se le coló en la novela sin meditarlo demasiado, fue un impulso repentino, ya estaba hecho. Aparte del cuaderno de bitácora, los telegramas a la compañía y las cartas a su madre, no llegó a dejar por escrito recuerdo alguno. Y tuvo tiempo, ese tiempo que a él le faltaba, le oprimía de urgencias cada fin de semana y se le iba por el sumidero de su vida cotidiana en semanas descoloridas. Ana quería pintar aquellas paredes grises de su existencia de rojos y amarillos, de los colores con los que se coloreaban sus sueños, los que le faltaban a sus personajes, que le nacían ya muertos, tristes, sin peripecia vital. Ana tenía razón, al menos se le veía



cargada de buenas intenciones. De alguna forma, su influencia de los últimos días hizo entrar algo de aire fresco en su relato. Nada se perdía, un fin de semana si acaso.

– De acuerdo, pero no reserves hasta confirmar que puedo salir, no quiero malentendidos ni más problemas.

– Mañana te doy una lista de lugares, lo decidimos y se lo cuentas al “picoletto” ese.

– Me da apuro, esto va a ser como si lo radiáramos, ¿no te parece?

– Por mí, como si lo televisan y lo pasan por el “Gran Hermano”. Somos ya mayorcitos, no tenemos que pedir permiso a nadie.

– Pues yo sí, ¿cómo lo ves?

La decisión estaba tomada, solo era cuestión de matizarla, corregirla con ese imprevisto de no poder salir del país, el hotelito del Alentejo en Portugal tenía que tacharlo, no era cuestión de arriesgarse y que Sergio encontrara una excusa de última hora. Se la dejaría caer encima de la mesa con gesto inocente, y que él creyera que elegía.

La lista de Ana contenía cuatro propuestas jerarquizadas por el recorrido en kilómetros. Tendría que comprobar los itinerarios por carretera, disponía del CD ROM, pero el ordenador prometido por el rector no estaba aún instalado: Las cosas de palacio van despacio. Pensó que era preferible consultar la guía tranquilamente en su casa, sin agobios. La más cercana contenía una propuesta de un hotel rural en plena Sierra de Cazorla, el nombre del paraje era sugerente: Noguera de la Sierpe. La segunda y la tercera iban bajo el mismo epígrafe de las Alpujarras, y se desglosaban entre la opción más cercana de las almerienses, y las granadinas, pocos kilómetros más distante. La última era un hotel urbano, junto a la Mezquita de Córdoba, en plena judería. Le atrajo el nombre del pueblo, Cádiar, en el límite de las dos Alpujarras, y la propuesta de hospedaje en la Alquería de Morayma. La leyenda o historia de la desdichada Morayma se adjuntaba en un folleto:

*Morayma, hija de un general famoso, casó con Boabdil y a los pocos días fueron separados por Muley Hacén, que*

*encarceló al heredero del trono en un carmen cercano a la Alhambra. Boabdil, desterrado y sin trono, inicia su diáspora a las Alpujarras.*

La reseña estaba puesta con toda intención, la alquería tomaba el nombre de aquella esposa de Boabdil. Seguramente le señalaba el lugar de sus preferencias. Si era así, no se opondría, parecía un lugar tranquilo lejos de obligadas visitas a monumentos o parajes, situada a los pies de la Sierra de la Contraviesa, lugar de uvas de un excelente blanco y no menos sabroso clarete natural. Tierra de buenos vinos, de uvas Macabeo, blancos y afrutados. Ana remoloneaba aparentando consultar unos papeles, pero esperaba en realidad la conclusión de su meditado análisis. Necesitaba conocer el lugar cuanto antes, el guardia civil tenía que dar su conformidad.

– Esta alquería de las Alpujarras parece un lugar tranquilo.

– A más no poder. Desde la terraza, por las noches, se divisan las luces de los pueblos que parecen trepar por la sierra. Un lugar de ensueño. Además, su gastronomía conserva muy bien las tradiciones árabes, tienen un postre de higos que, según me han dicho, justificaría el viaje.

– Si a ti te gusta, no se hable más, por mí conforme. Tengo que hacer esa llamada cuanto antes, no sea que nos ponga alguna pega. Es un teléfono de Madrid, le llamo en un momento.

Marcó el número y quedó a la espera. La voz femenina identificó corporativamente a la institución y le preguntó el nombre. La del comandante tardó un minuto escaso en atender la llamada, se escuchó clara al otro lado de la línea.

– Debí de interpretarme mal, profesor Aguilera, yo no puedo impedir su libertad de movimientos, sólo un juez puede hacerlo. Le pedí me informara, por si teníamos que practicar alguna diligencia; ya no será necesario, queda descartada su intervención. Pensaba llamarle esta misma mañana. Como me imaginé, utilizaron uno de sus trucos para ocultar al verdadero remitente, su equipo ha sido un mero instrumento de otro exterior. Algo así como un prisionero que reenvió a otros correos. Le devolveremos su disco, limpio del parche, con nuestras más sinceras disculpas. Suele suceder en la mayoría de los casos, era una comprobación rutinaria.

No sabía qué decir, terminó dándole las gracias. Hubiera jurado que sus palabras del lunes pasado eran de otro tenor. Mejor así, sería el acojono de verse involucrado en una red de pederastia. Lo peor era la ironía de Ana, a toro pasado todo parece evidente.

– Muy raro me parecía a mí, acuérdate de la Constitución, de los derechos y libertades fundamentales, del de libre residencia y circulación por el territorio nacional y para salir de España. Sin una acusación formal eso no era posible.

– Sí, tú riéte, ahora todo parece elemental, pero yo no me enfrentaba a un guardia civil desde mi época de estudiante.

– ¡Ya salió aquello!, la épica de la revolución estudiantil. Si a ti te pilló de refilón, cuando ya estaba todo solucionado. Es como lo de mayo del 68, si echas las cuentas, media España estuvo allí.

– Lo importante es que todo ha sido una falsa alarma, alguien utilizó mi ordenador como una especie de Caballo de Troya, un troyano, ¿no le llaman así? Bueno, ¿nos decidimos por la alquería de esa Morayma?, a mí me parece bien. Tengo que llevar el coche al taller a que le echen un vistazo, no sea que nos deje tirados.

– ¿En ese cacharro?, ¡ni hablar!, vamos en el mío y, no te preocupes, conduzco yo. A ti se te habrá olvidado, no sales a la carretera. El viernes te traes preparado el equipaje. No te vuelvas loco, el pijama, algo de ropa interior y las cosas de aseo. Añade alguna prenda de abrigo, las noches son frías al pie de la sierra.

Desde la Rábita, la carretera ascendía y se demoraba en curvas tortuosas. Pasaban por una comarca vinícola, las cepas se orientaban en las laderas, buscando la solana, de un valle que se bebía las brisas del mar. Los nombres de los pueblos le traían reminiscencias de vinos de taberna: Albuñol, Albondón. Venían en su mapa como enclaves importantes. En Cádiar preguntarían por el desvío a la Alquería de Morayma, su destino del fin de semana.

Entraron por un camino empinado rodeando una loma. Conducía hasta una construcción de paredes encaladas, de una sola planta, una especie de cortijo restaurado. En lo que parecía una recepción, las hornacinas excavadas en la pared contenían aperos, cántaros de barro crudo, tinajas alpujarreñas esmaltadas. En el techo de vigas desiguales, el cañizo del

terrado se recubría con yeso de un blanco inmaculado que recogía las últimas luces de la tarde. Un minúsculo mostrador, repleto de folletos, permanecía solitario. La ventana se abría al valle y en su antepecho lucía una cantarera de madera con sus tres cántaros ajustados en sus vanos redondos. Lo observaban todo con curiosidad. El tiempo allí parecía haberse detenido en los ritmos lentos que marcan las faenas del campo. Un ordenador, al fondo del mostrador, daba la única nota de modernidad. Unos pasos y la cortina al descorrerse perturbó aquel silencio casi monacal.

– No les esperábamos tan pronto, ¿han tenido buen viaje?, si me dan un carné de identidad relleno la ficha, firme aquí y arreglen sus cosas, como si estuvieran en su casa.

Les entregó un llavín de hierro del que colgaba un disco de madera con el número de la habitación.

– ¿Cenarán esta noche en la casa?, nuestra cocina es de platos locales, les gustará. Todo está hecho sin prisas, con productos naturales de la tierra, pura artesanía.

Ana le miró animándole a que dijera que sí, que se quedaban, pero invitándole a que fuera él quien tomara la decisión. Jorge salió de su silencio contemplativo.

– Sí, estamos algo cansados del viaje.

– Pues a partir de las nueve, mientras se acomodan, terminamos los preparativos de la cena. No esperamos muchos clientes, está la cosa floja con estos fríos de febrero. Parece que el tiempo mejora, mañana tendrán un buen día para visitar la zona.

La habitación disponía de una enorme cama con cabecero de hierro forjado y una colcha listada en blanco y azul. Por la ventana, empezaban a encenderse luminarias que trepaban por la sierra, ascendiendo por tortuosos caminos que, desde aquella distancia, parecían surcos en la tierra. Los cultivos en terrazas escalonaban un cerro cercano. El vuelo apresurado de una bandada de pájaros se enredó en el olivo del patio y empezaron un lastimero piar buscando acomodo para pasar la noche. Las flores de los almendros sembraban copos suspendidos de las ramas.

– ¿Qué me dices?, ¿no es este el paraíso perdido que añoramos dentro?

Jorge estaba en la ventana. No osaba romper el encanto de aquel atardecer que rolaba lento por el valle poniendo sombras en el campo,

encendiendo luces en los pueblos, con su silencio manso de sacristía, de lugar prístino, como si el recuerdo de las ciudades fuese un fragor lejano y olvidado.

– En un lugar como éste me gustaría escribir; es... no llego a precisarlo, como nacer de nuevo. No me lo imaginaba tan... ¿bucólico? Da la sensación de que el mundo se haya quedado detrás de esos valles, muy lejos.

Se lo dijo mientras dejaba en el cuarto de baño su neceser. Ana se ocupaba ya de ordenar el contenido de su maleta durante la serena contemplación que le tenía ensimismado en la ventana.

– No te he visto repasar la prensa esta mañana. ¿No te lo he dicho?, viene un reportaje completo sobre la red esa de pederastas: por lo visto era algo serio, ¡de buena nos hemos librado! Te he traído el periódico, lo lees ahora con calma, mientras tomamos un aperitivo.

– ¿Cómo no me has dicho nada?

– No quería preocuparte, todo pasó ya, afortunadamente. No te puedes imaginar la de gente que anda implicada: padres de familia, profesores, jóvenes de un montón de países. Lo de los jóvenes me resultaba duro de creer, les llaman “pedófilos de desarrollo”, de esos que se envician después de haberlo visto todo y entran en las parafilias. Se ponen en contacto a través de los *chats* y se meten en “salas” donde se ofrece el “producto”, una marranada. Afortunadamente, según me dijiste, las mujeres tienen cosas más importantes de qué ocuparse. Sólo una de cada diez y, por lo visto, es por dinero. Alguien tenía que conservar el juicio en este mundo de locos.

– Comprenderás ahora mi preocupación, hasta consulté el nuevo Código Penal. Aparte de las multas, pueden caerte de tres meses a un año de prisión y sólo por poseer imágenes pornográficas de niños. La distribución es otro cantar, hasta ocho años de prisión. Y ahí estaba yo como un pardillo, con esas imágenes difundidas desde mi ordenador. No sé si lo leeré, me pondrá de un humor de perros.

– Como quieras. ¿Te vas a pasar todo el tiempo en esa ventana?, saca al menos las camisetas de tu maleta, que se arrugan y aquí no tenemos plancha.

– Perdona, me quedé eclipsado contemplando el atardecer, transmite una sensación de paz... Hacía tiempo que no experimentaba nada parecido, ¡chica!, es... como si te limpiaran por dentro.

– Pues aligera, que son las ocho y media y me quiero duchar.

– ¡Tranquila!, ¿a qué vienen esas prisas?, aquí el reloj hay que dejarlo en la mesilla de noche. ¿Ves?, me lo quito.

El comedor contenía una docena de mesas con hules de cuadros, estaba completamente vacío. En la puerta, dudaban dónde aposentarse, eran las nueve y cinco minutos. De la cocina llegaba un trajinar de cacharros, de sonidos metálicos y voces apagadas. El recepcionista, convertido ahora en camarero, asomó con un delantal de peto que le llegaba casi a los zapatos, debajo asomaban las mangas de su camisa blanca.

– Pueden elegir, creo que cenarán solos, los clientes que esperábamos no llegarán hasta mañana, un imprevisto. Todo el comedor a su entera disposición. ¿Les traigo la carta o prefieren que les oriente?

La sopa de puchero, las berenjenas a la miel, y el conejo con hierbas del monte, era cena suficiente para los dos. De su cuenta, para acompañar, el camarero se permitió añadir un tomate partido con sal y aceite de almazara, y unas patatas a lo pobre de guarnición. Todo de la huerta, recién cogido aquella mañana. Y, ya puestos, lo del vino no podía ser menos, que los caldos del país eran dignos de probar. Lo sirvió en una jarra de barro, glosando una frase de la “Zapatera prodigiosa”, acentuando su gracejo andaluz.

– ”Vino de uvas negras, como el corazón de algunas mujeres que yo conozco”.

Jorge se volvió curioso, conocía con precisión esa frase del Zapatero, cuando vuelve disfrazado de trotamundos y le lanza esa inactiva a la Zapatera.

– Ha leído a García Lorca, esa frase es de la “Zapatera prodigiosa”.

– ¿Qué otra cosa se puede hacer aquí?, además, Federico es la gloria de Granada y están ustedes en las Alpujarras granadinas, no se confundan, pasado Cádiar se entra en las de Almería. Me ha cogido al vuelo, usted también anda leído. Cenen a gusto, no hay prisa, me tienen a su exclusiva disposición.

Se mantenía a prudente distancia, pero esperaba con cierto interés el final de aquella cena. Cuando retiraba los platos les preguntó por el postre. Ana se anticipó pidiendo aquella crema de higos. Jorge pensó para sus adentros, con una sonrisa furtiva, que buena andaba la noche: conejo e higos, era una premonición, un prolegómeno de lo que seguiría.

– Un manjar, y no es que yo lo diga, todo el mundo lo celebra cuando lo prueba. No han podido hacer mejor elección.

Y se fue ufano en dirección a la cocina. Ana aprovechó para, agachando la cabeza, deslizarle en tono confidencial.

– Este quiere pegar la hebra, se ve que no tiene muchas oportunidades de hablar de literatura. ¡Allá tú!, yo estoy de vacaciones.

– Habrá tiempo para todo. Además, hay que hacer la digestión, bajar la cena. Un buen orujo no me vendría mal, el picante del conejo me está dando saltos en el estómago.

– Será liebre.

– Es el picante, Ana, que me sienta como un tiro, pero estaba tan sabroso. La penitencia viene luego. Por ahí llega.

El camarero carraspeaba para advertir de su presencia, traía como en un rito los dos postres de higos. Los dejó solemne sobre la mesa y se estiró esperando el seguro elogio.

– Exquisito.

– Una verdadera delicia.

Se estiró aun más, pareció crecer un palmo.

– Y porque no es la época. En verano, hacemos un sorbete de higos chumbos ¡que quita el sentío! ¿Un licorcito?, invita la casa. Sin prisas, por mí no se apuren, el tiempo aquí es lo único que sobra.

A Sergio se le ocurrió que, si no era con aquel locuaz camarero, pocas oportunidades tendría de descubrir nuevos “tipos”, como Ana le urgía de necesidad imperiosa para completar los personajes de sus novelas. Si se lo reprochaba, se lo recordaría.

– Y ¿dónde se surte para sus lecturas?, la biblioteca municipal no tendrá muchos títulos.

Aquel muchacho vio el cielo abierto, le daba la entrada perfecta que estaba esperando. No tenía muchas oportunidades de conversar del tema con forasteros y allí no se encontraban muchos expertos.

– ¿Cómo lo sabe, la han visto?

– No, pero me lo imagino, no será muy distinta de otras que conozco.

Ana frunció el ceño, el tema estaba planteado, se temía una intrascendente conversación por caminos trillados, manidos. Se armó de paciencia y recordó lo de los licores.

– A mí no me vendría mal ese licorcito, algo suave, dulcecito...

– Perdone, señora, con la conversación se me fue el santo al cielo, ¿qué les apetece?

Y les soltó toda la retahíla de bebidas espirituosas, dulces y secas, locales y foráneas, para terminar recomendando un orujo de higos hecho en la casa. A Jorge, lo de los higos ya le sonaba a epidemia, pero Ana se decidió sin dudarle.

– Les traigo unas copas y la botella, tomen lo que quieran.

Se acercó al aparador y regresó en un vuelo. Jorge le invitó a que se sentara, si lo creía prudente, pues no le parecía adecuado verle allí de pie. Aceptó encantado, no sin antes soltar una de esas frases de compromiso.

– No es lo habitual, pero estamos como en familia, la cocina ya ha cerrado y no creo que llegue nadie a estas horas. Como le decía, la biblioteca se acaba en un suspiro. Algunos libros me compro pero, sobre todo, está Internet, y esa biblioteca es inagotable. Estaba a punto de irme de aquí, se lo aseguro, fue un descubrimiento providencial.

Ana se llevó la copa a los labios y probó con cuidado, estaba realmente bueno. Su dulzor no empalagaba, era agradable y ocultaba, bajo el sabor del higo, los cuarenta grados cumplidos que tendría. Le entró un reconfortante calorcillo por el cuerpo. Después de un par de tragos, se metió en la conversación.

– De modo que es un experto internauta. No lo había pensado, pero parece interesante eso que ha dicho, se podría solucionar la incomunicación de estos pueblos.

– No lo sabe usted muy bien y aquí estamos al principio, hay que subir por las Alpujarras Altas para darse cuenta: una incomunicación de siglos. El poco de turismo paró la desbandada general, pero el paisaje es muy chico, los pueblos se agarran a las laderas de los cerros, la agricultura es de subsistencia, en terrazas labradas a mano.

Su entusiasmo empezaba a desbordarse en explicaciones sobre la economía local, que demostraba conocer, no era el rudo muchacho de pueblo que ha completado a duras penas los estudios básicos. Les estaba dando un anticipo del paisaje, del paisanaje, de la historia, con conocimientos que iban más allá de la lectura de aquellos folletos que se amontonaban en la recepción. La conversación se adentraba por otros derro-



teros, tenía que llegar a la escritura, a Jorge se le calentó el pico con el orujo de higos, el picante del conejo lo tenía ya amortizado.

– ¡No me diga!, ¿que escribe usted novelas?, ya me había parecido a mí. Yo hago mis pinitos, no crea, pero a eso no le llamo yo publicar, que para mí es verlo escrito en un libro, sobre el papel. Tenemos una página *web* unos amigos, colgamos artículos, cuentos de tradición oral, gastronomía local, esas cosas. La gente la consulta, claro, es un sitio relacionado con las Alpujarras y aparece en cualquier búsqueda en Internet, un pequeño truco para que te lean. Llevamos más de doscientas visitas, pero no es lo mismo. Me da la sensación de estar escribiendo sobre el viento.

Le consoló con la realidad editorial, que bueno estaba el panorama: la dificultad de publicar, las tiradas que se devolvían a la editorial desde las librerías sin abrir los paquetes, tal como se recibían. La Red era el futuro, la total libertad. Los problemas eran de otro calibre: quedas perdido en la inmensidad de un océano que crece sin parar, que te encuentren se convierte en una posibilidad cada vez más remota. Si su última novela no lo remediaba, se veía en Internet colgando sus escritos, contando las visitas como otros tantos lectores, como aquel muchacho que escribía y soñaba con verse en letras de imprenta, sobre el papel. No en ese inmenso palimpsesto sobre el que se escribía y reescribía y todo quedaba, nada se perdía.

El muchacho le hablaba de otro mundo, de un tal FUCKOWSKI, que colgaba sus memorias, sus experiencias de programador, en entregas sucesivas de delirantes historias reales, una versión actualizada de la picaresca. Ana, que se animaba con la tercera copa, se interesó por la historia.

– Es muy conocido entre la gente del gremio. Sus historietas son chispeantes, llenas de humor y una tierna amargura. Son relatos cortos de no más de una docena de páginas. Estamos siempre pendientes de la siguiente entrega. Hasta ahora, habrá publicado... unos quince títulos.

Le prometió darle la dirección de la *web* donde colgaba sus arrebatos nihilistas, la amarga queja sobre el mundo que le tocaba vivir, la crítica a la extensa nómina de incompetentes que se apuntaban a las nuevas tecnologías sin tener pajolera idea, para seguir viviendo del cuento, a expensas de los curritos de siempre. Jorge quedó interesado, le confesó, con la cuarta copa de orujo de higos en el cuerpo, que un tipo como ese

necesitaba introducir en la novela que estaba escribiendo, y terminó contándole a grandes rasgos su argumento. Tuvo que retenerle en la silla, pues a punto estuvo de levantarse para conseguirle el dato. No era necesario, no traía portátil y difícilmente podía acceder a la página. Pero el muchacho recordó que en la recepción conservaba copia de uno de aquellos relatos emblemáticos, y que se lo daría con mucho gusto al pasar camino de la habitación, por si quería echarle un vistazo antes de dormir.

La botella había quedado lo suficientemente perjudicada como para tomar la decisión de levantarse, y Ana ya le requería con suaves pataditas debajo de la mesa, apremiándole. Recibió dos folios con una letra minúscula, el relato tendría ocho páginas en formato normalizado. Lo leería antes de acostarse.

Las irregulares losetas le hicieron trastabillar y no acertó al primer intento de colocar el llavín en la cerradura. Serenó el pulso y franqueó la puerta con una mojigata pantomima a la que Ana respondió con una reverencia versallesca. Estaban algo achispados. Cuando prendió la luz leyó en voz alta el título: *La delgada línea marrón*. Pero tuvo que arriarse a la lamparilla de noche y calarse las gafas para poder descifrar aquella letra. Leyó en voz alta:

*“Existe una línea marrón que divide a la humanidad en dos grandes grupos: aquellos que nacen por encima de la línea de flotación y tienen una vida, y los que nacemos hundidos en la mierda y tenemos que darnos de ‘ostias’ para salir a respirar”.*

– Léelo tú, entro al baño a desmaquillarme. Mañana le echaré un vistazo, ese principio promete.

Le dio tiempo de sobra a leerlo. Las mujeres cuando entran al baño a desmaquillarse, se les para el reloj. Pero se quedó pensando en aquel estilo directo y desenfadado que tanto interesaba a los jóvenes, ese lenguaje escatológico, mitad jerga urbana mitad terminología profesional. La crítica de fondo se edulcoraba con notable desenfado expresivo. El sopor del orujo le atacaba los párpados, apagó la lamparilla y apoyó la cabeza en la almohada. Cuando Ana salió deslumbrante del baño, con su vaporoso picardías blanco, roncaba como un bendito.

## IV JORNADA

### *Donde el profesor Abellán descubre el paradero del Vate loco.*

Salía atildado de la habitación cuando las últimas notas del quinto movimiento, “Fandango Asturiano”, hacían vibrar las membranas de los altavoces de su tocadiscos. No se había molestado en actualizarse, su colección de LPs sonaba a la perfección. Lo malo eran las agujas de aquel aparato, ya resultaba complicado encontrarlas. Apartó el cabezal con cuidado y recogió el disco con la punta de los dedos pasándole una bayeta electrostática: la superficie negra del disco quedó impecable. Lo guardó en la funda y lo depositó en su lugar del estante. En la puerta, se detuvo en el paragüero que contenía una docena de bastones, se dejó llevar de su optimismo y eligió la empuñadura que representaba una cabeza de pájaro. La filigrana de la talla le recordaba la cabeza del personaje que pretendía encontrar. Se había propuesto dos visitas rutinarias, en las que no confiaba demasiado, y la tercera, la del cibercafé que le tenía intrigado.

Era aún temprano, le daba tiempo a demorarse en un recorrido de meditación por el paseo de la playa, le ayudaría a poner en orden las ideas de la noche, contrastarlas a la luz del día, por si había fabulado más de la cuenta. Pero la mente se le fue a la pareja de pimpllos que triscaban por Madrid, su hija no le había llamado, no sabía si interpretarlo como una buena señal. Concluyó que sí, que si no le habían llamado era signo inequívoco de que todo rodaba a pedir de boca. Su optimismo de aquella mañana lo ponía todo en positivo.

Caminaba recreándose en la vista del mar, en un bando de gaviotas que se disputaban algún despojo en la playa con agudos chillidos que taladraban el aire limpio de la mañana. Cuando se fue acercando a su altura, levantaron el vuelo. Se dio la vuelta y se encaminó con paso decidido a confirmar sus primeras pesquisas. Comprobaría el horario, segu-

ramente no abrían hasta las nueve. Se plantó delante de un letrero de metacrilato transparente que anunciaba los horarios. En efecto, rezaba la placa: *lunes a viernes de 9 a 14 h y sábados de 9 a 13 h*. Le daba tiempo de tomarse un café, el desayuno lo había digerido ya.

Escuchó desde la barra el largo chasquido del portón al abrirse. Podía imaginarse el amplio zaguán al que daría paso aquella puerta reconstruida que, con toda seguridad, no era la original del palacio. Pagó el café y se dispuso a localizar al empleado municipal que acababa de abrir el recinto.

No se había equivocado. El zaguán, de suelo empedrado, estaba formado por tres crujías abrazadas por arcos de medio punto de amplia luz. Los arcos se asentaban en contrafuertes sobre capiteles toscanos. Al fondo, dos tramos de escaleras laterales ascendían a las plantas superiores. Aquel espacio funcionaba como patio de iluminación interior. El lugar era de una sobriedad casi monacal: los frisos lisos y sin adornos, las molduras sencillas, ningún ornamento vegetal aparecía a la vista. Su estructura y composición le llevaba a calcular una datación no anterior al siglo XVII. En su atenta inspección no se percató del empleado que se acercaba a sus espaldas.

– ¿Le puedo ayudar en algo?

Se volvió pensando en cómo entablar conversación para preguntar por el personaje de sus cavilaciones.

– Muy amable, esta construcción será del siglo XVII, ¿me equivoco?

– Creo que acierta en lo fundamental, pero está construido sobre otra obra del siglo XVI y, según tengo entendido, con aportaciones posteriores del XVIII y del XIX. Lo que sí le puedo asegurar es que su restauración actual se inició en 1989 y terminó en 1992. Tenemos el archivo histórico, una sala de lectura y otra para investigadores. Hasta la una, que cerramos los sábados, estamos a su disposición.

Se pasó el bastón de mano y se llevó el índice de la derecha a la sien, como si se rascara levemente, en un gesto de duda y meditación.

– Verá, no sé si me podrá ayudar, la pregunta no tiene mucho que ver con su cometido aquí. Abusando de su amabilidad, si me lo permite...

– Si está en mi mano, con mucho gusto le respondería.

– Se trata de un viejo amigo. Le perdí la pista hace años, pero tengo entendido que vive en este barrio y, conociendo su afición a la lectura, a

consultar documentos, pensé si podría confirmar esa información que no me aclara demasiado..., ya sé que es pedirle algo que está fuera de sus obligaciones. Cualquier orientación me servirá, no tengo dirección ni teléfono, ese dato impreciso...

– El público que viene aquí, o es gente de paso que curioseas y se va, o es asiduo. Algunos desaparecen y no vuelven más. Pudiera ser, estoy en este servicio desde que se abrió, si me da algún dato.

Abellán se animó con el anuncio y se esmeró en definir: la edad, el porte, la cojera característica, su cara de pájaro rematada con una nariz ganchuda. A cada nuevo dato le respondía con una señal de asentimiento.

– ¿Le conoce..?

– Le recuerdo como si lo estuviera viendo. Sí que frecuentaba la sala de lectura, pero hace unas semanas que no aparece. Se trata del segundo tipo de usuarios que le comenté. Leía la prensa, consultaba los boletines oficiales y, creo recordar, solicitó unos libros de medicina – y añadió con gesto de orgullo–, tenemos una notable colección de la especialidad, algunos incunables, o al menos a mí me lo parecen, por lo antiguos, ¿sabe? Si vuelve, ¿quiere dejarle una nota?, con mucho gusto se la entregaría, no es molestia.

Se apresuró a desestimar el ofrecimiento mintiendo deliberadamente.

– Ya sería totalmente innecesario, estoy de paso, mañana me vuelvo a Cartagena.

Al ordenanza le llegó un recuerdo urgente que se sintió en la necesidad imperiosa de comunicar.

– Allí hice el servicio militar, en la marina, sí señor, del tercero del 69, ¿no será usted militar?

Abellán volvió a mentir sin mover un solo músculo de la cara. El primer embuste le llevó al siguiente. Esperaba no enredarse más de lo prudente. Aquel hombre parecía dispuesto a contarle la peripecia completa de la mili. Recordaba con precisión los nombres de sus jefes y oficiales, seguramente que conocía alguno. Optó por desencantarle.

– No me resultan conocidos. Estuve embarcado mucho tiempo y con base en el Ferrol, ya sabe, cosas del servicio. Me establecí finalmente en Cartagena, es un clima más benigno.

– ¡Dónde va a parar!, muy parecido a éste.

Se quedó dudando un instante, parecía dispuesto a ayudarle, la coincidencia en lo de la mili tiraba mucho.

– Si se pasa por aquí antes de la una.. puedo preguntar, ¿quién sabe?, aquí se conoce todo el mundo. Yo no vivo en el Barrio, pero tengo trato con la gente.

Le aseguró que volvería, a las doce y media en punto, pero se trataba de su tercera mentira de aquella mañana. Traspasó la puerta con el propósito firme de no volver, le horrorizaba verse descubierto en aquellos embustes infantiles en los que había incurrido. El otro centro estaba enfrente, le echó un vistazo desde la puerta y se fue, aquello no podía ser un lugar donde el “Vate” encontrara acomodo. Bajaba por el empedrado denostando su desafortunada ocurrencia de soltar aquello de Cartagena, no era necesaria, una estupidez poco racional. Le dificultaba esa segunda visita que le podía reportar alguna información. Se paró para situarse, consultó su plano y el nombre de las calles en los letreros de las esquinas y se orientó en busca de su cibercafé.

Allí no había café ni nada parecido. Se atolondró cuando traspasó la puerta y se enfrentó a las mesas alineadas con ordenadores. A esas horas de la mañana un solitario joven tecleaba con dedos convulsos, esperaba y volvía a teclear. Se sintió algo perdido. El empleado repasaba papeles detrás de un pequeño mostrador. Alzó la cabeza y le interrogó con el gesto, sin pronunciar una sola palabra. Tenía dos opciones: disculparse y decir que se había confundido o ganar tiempo solicitando usar uno de aquellos aparatos. Se decidió por lo segundo, nada perdía.

– Tengo que escribir unas cartas, me puede poner en marcha un equipo, soy algo torpe en la computadora.

– Son tres euros la hora y diez céntimos por folio de papel impreso.

Desestimó la primera oferta de que le situara en medio de la sala. Eligió el rincón desde el que podría observar la puerta de entrada y ocultarse prudentemente detrás de la pantalla, pasar desapercibido. El empleado se encogió de hombros y le puso en marcha la unidad pedida. Abellán dio una explicación que no le solicitaban, sobre su necesidad de concentrarse sin que nadie le distrajera. Sus palabras fueron recibidas con sucesivos encogimientos de hombros -¿Será un tic, o a este hombre le da todo igual?-. Pensó que era lo segundo cuando le dejó aposentado y se fue al mostrador a seguir con sus papeles. Tenía

que simular escribir algunas cartas, ¿de qué tipo?, ¿comerciales?, ¿privadas? Puso la fecha del día y se arrancó con un: “Estimado amigo”. Se quedó en blanco, ¿a quién escribía? Daba igual, aquella máquina de encoger los hombros no demostraba un especial interés por su persona. Entró una pareja, tenían pintas de estudiantes, con sus carpetas bajo el brazo, saludaron y se sentaron delante de un ordenador. El empleado apenas levantó la vista, manipuló algo detrás del mostrador y siguió en su tarea. Volvió a la carta: “La fecha que me propones para tu visita me parece adecuada, avísame de la hora de llegada de tu tren y te estaré esperando. La sala dispone de equipamiento completo para tu conferencia, no es necesario que traigas tu portátil. Igualmente si utilizas transparencias, no hay problema, yo me ocupo de todo”. ¿Qué más le ponía? La puerta se abrió de nuevo, esta vez era un jovencuelo con pendientes en las orejas que se dedicó con pasión y sin tregua a matar extraterrestres. Puso un nombre supuesto al pie de lo escrito y lo mandó imprimir. El del mostrador alzó una ceja al escuchar el sonido de la copiadora que lanzaba el folio. Pulsó que no al requerimiento de guardar lo escrito y abrió otra página: “Querida Bárbara”. ¿Qué esperaba allí sentado?, era cuestión de pagar los tres euros y los diez céntimos de la carta y marcharse. ¿Qué le retenía sentado? No llegaba a precisarlo, pero cuando intentaba hacer el movimiento de levantarse algo le retenía pegado a la silla. Era una de esas intuiciones que no acaban de explicarse racionalmente. Escuchó la puerta de nuevo, esta vez se abría con cautela, no con el impulso fiero de unos brazos juveniles. Asomó un bastón y, luego, aquella cara de pájaro: ¡Era él! El corazón le dio un vuelco imprevisto y notó el pulso que se le aceleraba. Se ocultó detrás del ordenador. Aquel hombre se apoyó en el mostrador y solicitó algo. Mientras le atendían, recorrió el local con una mirada furtiva. Recogió una caja y echó mano al monedero. ¡Se le escapaba!, parecía dispuesto a salir de inmediato. Sacó la cartera, preparó un billete de cinco euros y se dispuso a seguirle nada más traspasara aquella puerta. En su atolondramiento se olvidaba del folio escrito que le alcanzaban con desgana. Esperó con nerviosismo el cambio y acertó a salir a la plaza cuando su hombre iniciaba el ascenso del tramo de escaleras que dirigía a la ermita, a un dédalo de callejas empinadas. Cruzó la plaza dispuesto a seguirle. A pesar de la edad, de su evidente

cojera, se movía con soltura de su bastón y de su pierna maltrecha que daba un grotesco giro para afianzarse en el cemento de los escalones. Le estaba ganando distancia. Aceleró el paso y llegó, agitado el resuello, al amplio rellano que se bifurcaba en varias direcciones cuando la fugaz silueta trasponía la esquina. No le había perdido, viviría por allí cerca. Se agarró a una reja y recuperó el aliento, ya era cuestión de preguntar; las vecinas que barrían las puertas serían de gran utilidad, lo tenía comprobado, eran altamente comunicativas. Dejó unos segundos de tregua.

Desde la atalaya de la calle se divisaba la bahía, luego se perdía su visión por la doble hilera de casas de una sola planta alineadas en paralelo al mar. El “Vate” había desaparecido. Una mujer de edad imprecisa barría pacientemente un tramo de acera. Se acercó mirando distraído las fachadas de las casas.

– Buenos días, creo que ando un poco perdido.

La mujer dejó de barrer y se apoyó en la escoba. Le miraba con curiosidad, aquel forastero de calva reluciente tenía un aspecto simpático. Esperaba su pregunta.

– La calle, ¿cómo se llama?

Quería ganarse su confianza antes de entrar en preguntas más directas. La mujer le respondió sin dejar de observarle.

– Es curioso, hubiera jurado que vivía aquí, pero el nombre de la calle... no estoy seguro, claro, después de tanto tiempo.

Terminó por interesarle en la pequeña intriga de sus medias palabras. Se le ofreció sin reservas, en la calle se conocían todos los vecinos. Cuando le empezó a dar las primeras señas de identidad aquella mujer hizo un gesto evidente de desagrado, que dejaba traslucir sin lugar a dudas que le conocía.

– Casi se tropieza con él, acaba de pasar. Es esa casa del final, enfrente, la que no tiene macetas -y añadió con una mueca-, no ha dado ni los buenos días.

Abellán se justificó desgranando una secuencia de dudas: de si serían horas para visitas, del tiempo transcurrido... Consultó el reloj para dar veracidad a sus palabras. Arriesgó un comentario para sonsacar algo. Parecía que estaba dispuesta a las confidencias, pero tenía que descartar la existencia de una gran amistad.



– Estoy de paso por la ciudad y se me ocurrió acercarme, pero no sé, hace mucho tiempo que no nos vemos, igual ni me reconoce. Hicimos la mili juntos en Cartagena.

El comentario causó efecto.

– Pues no sé si le abrirá. Ya le he comentado, ni saluda al pasar. No es que moleste, todo lo contrario. Su amigo es una persona retraída, huraña, de poco trato con la gente. La soledad, señor, es muy mala, a veces se trastornan las cabezas.

– ¡No me diga..!

– Como le cuento, se encierra a cal y canto, nadie sabe qué pasa detrás de esa puerta. Los vecinos murmuran, ya sabe, se dicen cosas extrañas. Pero no me haga mucho caso, será su carácter.

Mientras la mujer hablaba, pensaba con rapidez en una estrategia para traspasar el blindaje de aquella puerta. Ella seguía parlotando sin darse una tregua. Intentó varias veces una despedida, ¡pero ni caso!, pegaba la hebra pasando de un tema a otro, ahora se quejaba del abandono de la calle sin asfaltar que llenaba las casas de polvo. Se desasíó como pudo de aquel marcaje implacable y se fue dando sucesivos asentimientos de cabeza. Se quedó callada apoyada en su escoba, observando. Sentía aquellos ojos fijos en su nuca. Volvió la cara para comprobarlo y allí estaba plantada en su escoba. La saludó con otra ligera inclinación de cabeza. Se demoraba conscientemente por ver si se decidía a entrar en su casa, vano empeño. Tomó la decisión de acercarse a la puerta, hacer como que llamaba y retirarse luego, la mujer no le perdía de vista. No llegó a rozar la madera con los nudillos, la puerta se abrió sigilosamente.

– Te estaba esperando, pasa de una vez.

Le asaltó un penetrante olor a cerrado, de cripta recién destapada. En la mesa de la entrada se amontonaban restos de comida, la caja de una pizza a medio consumir y el paquete que acababa de comprar en el cibercafé: era un pack de diez CD– R. Le soltó sin invitarle a que se sentara:

– Estás perdiendo facultades, ya desesperaba de que me localizaras.

Lo miró sorprendido. De modo que estaba al tanto de sus idas y venidas. Intentó una disculpa, pero no le dejó terminar.

– No te molestes, sobran las explicaciones, los dos sabemos muy bien de qué se trata.

Descorrió una cortina lateral señalándole una silla vacía. En la pequeña estancia, que tenía aspecto de despacho o lugar de trabajo, reinaba un discreto orden. Un moderno ordenador desentonaba con estridencia sobre el fondo de los estantes donde reposaban viejos lomos de libros perfectamente alineados.

– Siéntate, he limpiado la silla, ya te he dicho que te esperaba.

Su carácter no había cambiado, era cortante como el filo de un cuchillo, nunca se perdía en circunloquios innecesarios. ¿Hasta dónde sabía y llegaba su implicación en los episodios?, era cuestión de sondearlo, no debía arriesgarse.

– Te buscaba, es cierto, llevo una semana preguntando.

– A estas alturas está enterado todo el Barrio, te vengo observando. Cuando te vi entrar en el cibercafé me decidí a propiciar el encuentro, antes de que el estropicio que andas organizando no tenga solución. Este es un lugar discreto, de momento, habla sin miedo.

No sabía por dónde empezar. Los textos apócrifos eran el arranque, el caso de la muerte de Soler se lo reservaba para el final. Lo comentó a grandes rasgos, sin demasiada precisión, necesitaba enterarse de hasta qué punto estaba comprometido. Armando Cimadevilla sonreía condescendiente.

– ...Eso es todo, el soneto me hizo pensar en su autoría, tu estilo es inconfundible.

– Al menos no te has oxidado del todo en ese puesto de caridad, de consolación, la pedrea de la lotería con la que te han premiado. Debías haberlos mandado a la puñetera mierda.

– Siempre tan radical, Armando. A veces, el camino más largo resulta ser el más corto. Los prudentes rodeos..., la cortesía académica...

– Sabes que no es mi carácter, no soporto la hipocresía.

Aquella penetrante atmósfera se fue atenuando, se iba habituando al olor mohoso de los libros, que ponían contrapunto a la comida a medio corromper de la mesa del comedor. Señaló el ordenador con un movimiento displicente de la mano.

– No te imagino sentado en ese teclado, parece un buen equipo.

– Me gano la vida, la pensión no da para mucho, ¡a la fuerza ahorcan! Me he tragado todos los cursos que dan en las academias, pensaba que empezarías por ahí.

Agachó la cara como si se avergonzara, un velo de angustia le ensombreció el rostro. Se sobrepuso con esfuerzo y miró fijamente a Abellán.

– Lo trágico es lo de ese muchacho, lo de Soler. Era un colaborador inteligente, la octava jornada de Lázaro de Tormes la introdujo él en la Biblioteca, yo confeccioné el texto. Os avisé claramente en el soneto, nadie está a salvo. Cometió un error imperdonable: el atrevimiento de la juventud; pensar que todo era un juego le costó caro. Nunca debió trasladar a su examen ese texto. La provocación posterior, sus visajes remedando a Lazarillo... Hay que advertir a su amigo, el que le acompañaba vestido de ciego, puede estar también en peligro. Yo no controlo la situación, me han utilizado, necesitaba ese dinero.

Se fue escurriendo en el sillón que ocupaba hasta casi desaparecer. Su escuálida figura mostraba toda la fragilidad que ocultaba bajo esa apariencia de agresividad. Abellán no pudo evitar un extraño sentimiento de ternura.

– ¿Qué podemos hacer?

– Lo controlan todo, la comunicación por correo electrónico no es un método seguro, hay que extremar las precauciones. Ese profesor amigo tuyo, ¿es de confianza?

– Total, pongo la mano en el fuego por él.

– Ni el cibercafé, ni mi casa incluso... Esta será tu última visita. Me nuevo bien por el Barrio. Si tu amigo no echa todos los pestillos, el primer resbalón es fácil de abrir. Mis avisos los recibiréis a través de poemas rimados, es todo lo que puedo hacer. La hora de la cena es el momento oportuno, de nueve a diez puedo entrar, avísale; luego, que eche todos los cerrojos. Acuérdate del acróstico.

Soler era un asiduo del Barrio y terminaron por coincidir un día. Le gustó aquel chico. Al principio comentaban sobre informática y acabaron hablando de putas. No sabía cómo llegaron a intimar, sería por lo de las putas. Él arrastraba esa secuela de años, de cuando no se tomaban precauciones. Le aconsejó vivamente sobre la necesaria protección, de su enfermedad no le dijo nada, daba miedo. Era la lacra del pecado, del vicio que le trajo de cabeza toda su vida. Ahora era un amargo recuerdo. El muchacho necesitaba dinero y el trabajo le desbordaba, no podía atenderlo solo, le requerían con urgencias imposibles. Le descargó de la ar-

dua tarea de introducir aquellos textos laboriosamente confeccionados: para Soler era coser y cantar. Así podía dedicarse por entero a cumplir los encargos, las páginas de aquel palimpsesto destinado a sustituir todo lo incómodo en la red. Al principio colaboró con entusiasmo, se desquitaba del desprecio recibido. Ahora estaba asustado de verdad. Aquello no era el juego que parecía al principio, la trama en la que estaba metido hasta las trancas tenía otros propósitos que no alcanzaba del todo a comprender. Lo de la Biblioteca le sonaba a ensayo, a prueba, no tenía demasiado sentido un esfuerzo semejante sin una empresa de mayor calado. Julio Abellán quiso saber más y Armando Cimadevilla se encerró en un silencio hosco, irreductible.

– No es necesario, de qué serviría, no se puede luchar contra una sombra, contra el viento. Tienen la fuerza, la razón absoluta, el máximo convencimiento. Cabe esperar que se conformen con ese sacrificio casi ritual, que se olviden de mí, de nosotros, soy una pequeña pieza de un gran puzzle que manejan desde hace siglos. Mis errores los estoy pagando con creces.

No hubo manera de sacarle de su mutismo, sus últimas palabras fueron dichas como si hablara consigo mismo, no se dirigía a nada en especial, era un poder difuso y sin concreción. Empezó a temer seriamente por la salud mental de su amigo, lo creía enredado en sus propios desvaríos, en aquella soledad que voluntariamente había elegido. La locura era el final de ese camino que hacía tiempo recorría. Por otra parte, pensaba Abellán que algo muy lúcido destilaba aquel soliloquio: el reconocimiento de los errores no es la conclusión de un loco. Nada se podía hacer, sino esperar aquellos versos atormentados. Todo estaba dicho. Armando se sumergió en aquel sillón hasta casi desaparecer, mascullaba frases sin sentido. Dijo adiós sin mucho convencimiento de que le escuchara, cogió su bastón y el sombrero y salió de aquella casa.

El sol estaba en todo lo alto, de la calle habían desaparecido las mujeres que barrían, ni un alma transitaba, solo los hirientes reflejos de las fachadas de las casas que refulgían en sus abigarrados colores. Comenzó a bajar con cuidado por un empedrado desigual, por escalones de puntales diferentes y huellas escurridizas. Solo le faltaba dar un trompicon y despeñarse desde aquellas alturas, llegaría rodando hasta la plaza.

Descansó en un rellano recuperando el aliento y le asaltó la idea de un peligro: los amantes de Madrid, ajenos a todo, presentaban un blanco perfecto, si es que Armando no deliraba. Tenía que darles aviso. Estaba llegando a la plaza, torció a la derecha y desembocó en calles transitadas. Más sosegado, reconfortado por la afluencia de viandantes en la arteria principal, tomó decidido la dirección del mar.

En el contestador tenía varios avisos. Eran ellos, sus voces no denotaban la más mínima alarma, le pedían respuesta, hablaban de otros hallazgos. ¡Si él les contara, menudo encuentro! Se reservaría las partes más escabrosas de la historia, de momento no debía alarmarles, necesitaba tiempo para meditar, para deducir de aquellas palabras misteriosas a qué posible organización, secta o mafia se enfrentaban, si no eran las elucubraciones finales de un loco. Del teléfono no le dijo nada, pero si lo controlaban todo, ningún medio sería seguro. Llamaría desde una cabina al móvil de su hija, era lo más prudente, no debía correr riesgos innecesarios, el espacio radioeléctrico de los móviles no es tan fácil de controlar. Si su teléfono fijo estaba pinchado, ya tendría ocasión de comprobarlo con una conversación intrascendente. De todas formas, sería prudente en sus palabras. Comprobó que tenía monedas suficientes y salió de nuevo a la calle. El contestador le saltó al quinto tono. Mejor, así podía advertirles: “La mañana ha sido totalmente satisfactoria. No es precisa una llamada de respuesta, descansad, prefiero la versión oral íntegra de vuestro fin de semana que espero a la vuelta, ¿puedo ser más expresivo?”.

La taberna, en su interior, había sido remozada, la fachada seguía lo mismo, como la recordaba. Se encontraba abarrotada de público, no le encontraba explicación. Las carreteras de salida iban a tope en la diáspora semanal casi obligada, pero Madrid sigue vomitando gente y más gente, todo estaba lleno. Bárbara reservó prudentemente, su mesa estaba preparada al fondo. El camarero les recitó la carta de memoria, la merluza era de pincho, recién pescada. Ambos aceptaron la recomendación y añadieron unos aperitivos de berberechos y quisquillas. Se sentía obligado a estirarse en la invitación, el fin de semana estaba resultando glorioso. Acabado el desayuno habían reanudado la búsqueda, las pági-

nas surgían al sortilegio de los múltiplos de tres, esa era la clave. El pitido intermitente de un móvil le apartó del recuerdo que conservaba Ibarra de la taberna. Bárbara recibió el mensaje.

– Era papá, parece un conspirador de opereta, hablaba casi en clave.

– ¿Qué decía?

– Que no le llamemos, que prefiere la versión oral íntegra. Habla de una mañana satisfactoria. No sé, el número era desconocido, no me llamaba desde su casa.

– ¿Es eso normal?

– No, siempre me llama desde casa.

– Querrá decirnos algo, ¿has borrado el mensaje?

– Lo podemos escuchar de nuevo. Nunca los borro hasta que el buzón rebosa y no me queda más remedio, ¿le llamo?

– Déjame pensar... mejor no. Si se trata de un aviso hay que escucharlo de nuevo. Algo habrá en el mensaje que nos oriente, ¿decía algo extraño, poco habitual en él?

– El final del mensaje..., bueno, todo el comentario, ni saludos ni despedidas, parecía en clave.

– ¿Qué decía al final?

– Interrogaba, algo así como... ¿puedo ser más expresivo?

– Eso no es normal, nos está mandando un aviso.

– ¿No estaremos exagerando la nota?, igual se trata de una broma.

– No creo, las continuaciones de esas páginas me dan qué pensar, esto no es una casualidad. Lo escuchamos de nuevo y tomamos una decisión. Aquí llegan las quisquillas, disfrutemos de la comida, luego ya veremos.

Ya no les fue posible deleitarse, como tenía programado Bárbara, en la excelencia de aquella merluza. Aunque Ibarra trataba de trivializar con otros comentarios intrascendentes, las preguntas le surgían en la mente sin encontrar respuestas adecuadas. El profesor Abellán estuvo ilocalizable buena parte del fin de semana y eso era insólito en él. Su búsqueda tuvo resultados que no era prudente comentar por teléfono, lo que inducía a pensar que estaban sometidos a algún tipo de control. Era evidente, el profesor y ellos mismos podían estar en situación de riesgo. El pequeño sobresalto que siguió el curso de sus pensamientos no pasó inadvertido a Bárbara.

– Estoy intranquila, no me gusta nada ese mensaje de papá.

Ibarra trató de serenarla, aunque no resultaba muy convincente, tampoco él lo tenía claro. Puso el cubierto sobre el plato dando a entender que había terminado. El camarero se acercó solícito.

– ¿No es de su agrado? Si quiere, le encargo otra cosa.

– Estaba muy buena, no es eso, la ración era abundante y no tengo demasiado apetito. Puede retirarlo. Tomaré un café solo.

Escucharon por tres veces consecutivas el mensaje, el móvil de Bárbara tenía el dispositivo del altavoz. Manipuló las teclas buscando la hora de la llamada, el número de teléfono y los anotó en su agenda. Se realizó desde un lugar cercano a la vivienda de su padre, los dígitos cuarto y quinto eran de la zona, posiblemente desde un teléfono público, de una cabina. La hora aparecía a continuación de la fecha: 13.25. Había dejado el bolso en la habitación mientras se arreglaba en el cuarto de baño, no escuchó la señal acústica. Su resolución era firme, pulsó la tecla “salir” repetidas veces y la pantalla quedó iluminada mostrando un logotipo. Ibarra se fue tras ella después de un instante de vacilación, la encontró haciendo la maleta.

– Nos vamos en mi coche, ahora mismo, la carretera estará despejada.

No puso objeción y traspasó la puerta en dirección a la habitación de invitados a recoger sus pertenencias. Cuando llegó al salón, Bárbara le estaba ya esperando. No era necesario pronunciar ninguna palabra, la decisión de Bárbara estaba tomada. Le siguió hasta el ascensor y bajaron a la calle.

A las cuatro de la tarde de un sábado, el Paseo de la Castellana presentaba una imagen idílica, una docena de vehículos circulaban sin agobios ni estridencias. El coche se deslizaba encontrando a su paso los semáforos abiertos, casi un milagro, hasta llegar a la Plaza de Atocha, en la que viró para enfilarse la carretera de Valencia. Cuando las últimas casas se iban perdiendo, rompió el silencio.

– No debemos preocuparnos, tu padre estará tranquilamente en su gabinete escuchando música. Le daremos una agradable sorpresa, ya lo verás.

Aminoró la marcha, una señal de obras reducía la velocidad máxima hasta sesenta kilómetros a la hora. Giró un instante la cabeza para agrade-

cerle el comentario, pero su cara denotaba una honda preocupación. Continuó, tratando de despojar sus palabras de cualquier atisbo de sospecha.

– ¿Te quedarás hasta el lunes?, deberías descansar, es un viaje largo y el atasco del domingo puede ser monumental.

– Me estoy planteando algunas cosas, puedo tomar una decisión imprevista, hasta cogermé unas cortas vacaciones. ¡Esta vida de mierda..!

Recuperaron la velocidad de crucero, Bárbara no apuraba el acelerador, los ciento veinte kilómetros por hora eran su límite. Ibarra se relajó, temía una conducción imprudente, aquel golf GTI superaría con creces los ciento ochenta a la hora.

– Tengo que repostar y tomamos un café de paso, me ha dado un pequeño sopor; no dejes de hablarme, de darme conversación.

Desvió la atención contándole su primera llegada a Madrid. Le habló de su madre, de aquellos dos años de felicidad con su padre desembarcado, con un horario de oficina de nueve a dos, con tiempo suficiente para recuperar todas sus ausencias.

– Y tú madre, ¿cómo lo soportó?

– Volvió a su mecedora, a mirarse en aquellos cuadros de barcos. Parecía esperar una carta, un telegrama... ¡qué sé yo! Mi regreso a Madrid, de estudiante, le hizo retraerse más en su soledad. Yo aprovechaba cualquier puente para verla, me daba unos tutes de tren... Lo de ahora es una broma comparado con aquellas noches en el expreso...

– Estamos llegando, serán cinco minutos.

Las últimas luces del atardecer daban a la plaza un aire íntimo, recogido. Los pájaros buscaban refugio en la fronda disputándose los mejores posaderos. La música del tocadiscos del profesor traspasaba las ventanas, pero sonaba algo fúnebre. Bárbara abrió la puerta y el sonido se escuchó con fuerza. El profesor Abellán estaba dormido en su sillón. Ibarra se acercó a bajar el volumen y comprobó la carátula del disco. Efectivamente, no se había confundido, era el *Réquiem* de Mozart. Bárbara trataba de despertarle sin éxito cuando la cabeza se le venció, desmadejada, sobre el pecho. Su grito de espanto sonó por encima de los acordes del réquiem: estaba muerto.

La abrazó fuerte para que se calmara. La congoja le salía del pecho en borbotones acompasados. Finalmente consiguió depositarla en uno de



los sillones. Agarró la cabeza con cuidado y puso dos dedos de su mano derecha sobre la vena aorta, buscando los impulsos del ventrículo izquierdo de su corazón. No tenía pulso, el corazón se había parado. Intentó reanimarle con el boca a boca. Su aliento despedía un penetrante olor a coñac, la botella de “Peinado” estaba vacía sobre el escritorio.

– Llama a urgencias, al 091, parece un paro cardíaco.

Bárbara reaccionó y se puso a llamar por el móvil. Ibarra depositó el cuerpo del profesor en el suelo e inició la primera serie de un masaje cardíaco apretando a impulsos regulares de su mano derecha el dorso de la izquierda y, a continuación, la respiración boca a boca: aquel olor le traía el recuerdo de su borrachera juvenil. Siguió con el masaje hasta caer extenuado, el profesor no reaccionaba.

– Ya vienen, ¿reacciona?, déjame probar a mí.

Ibarra quedó sentado en el suelo. Cuando Bárbara se acercó al cadáver de su padre, el olor del coñac casi le marea.

– Ha bebido, desprende un terrible olor a coñac.

Los sanitarios se llevaron al profesor en la camilla. Bárbara subió a la unidad móvil con ellos, pero Ibarra se quedó atendiendo a la policía, una pareja del 091 se había desplazado hasta la plaza. El disco giraba con la aguja dando pequeños saltos en estrías sin sonido, levantó el cabezal y lo dejó en el soporte.

– ¿Qué ha sucedido?, ¿estaba solo?

Guardó el disco en la funda y se quedó fijamente prendido de aquella nota de la contraportada de la carátula. El policía esperaba una respuesta.

– Sí, acabamos de llegar de Madrid, el profesor vivía solo.

– Me permite echar un vistazo, es pura rutina.

Asintió con un gesto de cabeza. El otro agente que permanecía en la puerta entró y saludó marcialmente llevándose la mano derecha a la gorra. Ibarra respondió al saludo.

– Buenas noches, pase usted por favor.

Salió del gabinete para cerrar la puerta de la calle, que dejó entornada el último policía, con el disco aún en la mano. Pugnaba por leer aquellas líneas del final de la carátula, alguna palabra llamó su atención, no podía precisar qué era. La escasa luz del hall no se lo permitió, además, no llevaba las gafas. En el gabinete, el segundo agente miraba con gesto de curiosidad la botella. Le preguntó al verle entrar.

– ¿Bebía el profesor?

Se sintió molesto con la pregunta, pero trató de darle la información que sabía, una impresión aproximada.

– No era abstemio, creo que lo normal.

Señaló la botella de nuevo, sin tocarla, llamando la atención sobre su falta de contenido.

– Este coñac ha sido apurado hasta la última gota.

Recordó la visita del domingo, la invitación que le hizo de aquel coñac y su contenido, se lo comentó Abellán, era su última botella.

– Esa es la última botella de su coñac preferido, el pasado domingo me invitó a una copa, me fijé, estaba por debajo de su mitad. Si lo que quiere saber es si el profesor Abellán era alcohólico, les tengo que responder rotundamente que no. Tomaba una copa de ese coñac los fines de semana, escuchando música. Eso hacía cuando lo encontramos en ese sillón.

Se demoraban en su examen, pero no tocaban nada, ¿qué esperaban? Ibarra estaba preocupado por Bárbara, quería estar a su lado, apoyarla en aquel momento terrible. Llevaba el disco en la mano y miraba un lugar donde dejarlo, la estantería estaba en perfecto orden, completa, no había hueco vacío. Terminó depositándolo encima del tocadiscos. Se volvió y les preguntó decidido:

– Si me dicen lo que buscan igual puedo ayudarles, tengo que ir al hospital.

– Esperamos a la brigada científica, están avisados, no tardarán.

El inspector le hizo algunas preguntas mientras otros dos agentes tomaban fotos y buscaban huellas. Les contó lo que sabía, cómo le encontraron, su intento de reanimarle del paro cardíaco.

– Entonces, estaba en el sillón, no en el suelo.

– Efectivamente. Como usted sabrá mejor que yo, es imposible dar un masaje cardíaco a una persona sentada en un sillón, le desplazé hasta el suelo, ¿hice mal?, ¡trataba de salvar su vida!

– Hizo usted lo correcto, no se excite, reconstruyo la escena del... suceso.

El de las huellas introdujo la botella de coñac en una bolsa de plástico y la cerró, miró al de las fotos, que guardaba la cámara, y dijo al que interrogaba a Ibarra:

– Hemos terminado, mi teniente, cuando usted mande.

Les acompañó hasta la puerta y cerró. Volvió sobre sus pasos a la estantería de los discos. Hizo un examen minucioso, todos parecían colocados en su lugar. Comprobó los discos de Wolfgang Amadeus Mozart: Sinfonía nº 40 en sol menor; KV 550, Sinfonía nº 35 en Re Mayor KV 385 “Haffner”... En aquel espacio se podía encajar con dificultad otro. Intentó meter el disco del réquiem y desistió. El profesor era un hombre meticulado, por deformación profesional; era probable que llevara un fichero de autores. Lo descubrió al primer vistazo, era una de esas cajas verdes con fichas rayadas de bibliografía. Se fue directamente a la eme, allí estaban catalogados los discos de Mozart, el réquiem no tenía ninguna ficha.

El dorso de la carátula contenía una referencia histórica al final de una breve biografía, las líneas que llamaron su atención las leyó ahora provisto de sus gafas:

*Un misterioso personaje visitó a Mozart para encargarle un réquiem, era el emisario de un aristócrata melómano y masón, el Conde Walsegg, que pretendía estrenar la obra como suya y había rodeado el encargo de un misterio difícil de descubrir...*

Esa era la palabra que atrajo su atención: “masón”. Había adquirido un conocimiento preciso de la estructura de la masonería. Fue con motivo de una tesis doctoral, nadie quería completar la tríada de doctores y se la endosaron a él, como siempre. Llegó a interesarse con el encargo, se tragó las trescientas páginas de la tesis y consultó parte de la bibliografía. Podía considerarse un experto, conservaba una copia en su despacho de la universidad. Lo que en un principio era una obligación enojosa se convirtió en una oportunidad de conocer el trabajo de las logias españolas. La tesis pretendía demostrar que la masonería funcionaba como una estructura de paz. Su repaso le llevó a tirar por tierra algunos de los tópicos de la leyenda negra que el franquismo desplegó contra la masonería: la injusta Ley de 1.940 de “Represión de la Masonería y el Comunismo”, la persecución a que fueron sometidos los masones, las mentiras sobre sus actividades secretas. Como toda institución medieval, conservaba ritos, simbolismos, distintivos y vestimentas especiales

para sus actos. La propia universidad, en sus reuniones solemnes, se revestía con casullas de colores, birretes con flecos, puñetas de encaje y, a nadie escandalizaba ni llamaba la atención. Aquel disco había sido puesto allí con intenciones aviesas, tratando de señalar en esa dirección. Los cofundadores de la UNESCO, de Naciones Unidas, de la Cruz Roja, eran los masones, nadie se preocupó de lavar su memoria en la transición política. Aquel joven doctorando se empeñaba sin demasiado éxito en defender esa tesis, terminó por prosperar el criterio de los otros profesores, la tesis no obtuvo el *cum laude*. Se ocupó de sondear los motivos de aquella calificación. Le abrió los ojos el difunto Abellán, el resto de los que sabían, callaban intencionadamente. Recordaba sus palabras: “Querido amigo, ¿por qué razón te han mandado a ese tribunal? Nadie quería enfrentarse a esos meapilas y no disponíamos de ningún despistado mejor a mano. Si hubieran tenido un tercero afín, le hubieran suspendido. Yo recomendé tu nombre. Te agradecemos la defensa, la tesis se ha salvado”. Recordaba con claridad sus palabras finales, utilizó el plural en el agradecimiento. Entonces, ¿Abellán era masón?, probablemente.

Bárbara le estaría esperando, tenía que ir a ese hospital. Buscó un lugar donde dejar el disco y lo colocó entre otros de Beethoven. Necesitaba la llave, con las prisas de la evacuación Bárbara no habría reparado. Detrás de la puerta de entrada, en un colgador, encontró lo que buscaba. Cerró la puerta y se fue derecho a la parada de taxis más cercana.

Don Julio Abellán parecía dormir plácidamente: las manos cruzadas sobre el abdomen, una media sonrisa beatífica en la comisura de los labios, los ojos más entornados que cerrados..., propiamente podía afirmarse que estaba dormido, no muerto, si no fuera por las coronas de flores que le flanqueaban y dejaban bien a las claras su nuevo estado. Presidía sus honras fúnebres sin solemnidades excesivas, después de que los informes de toxicología confirmaran una dosis de alcohol en sangre suficiente para tumbar a un cosaco. La confrontación de las huellas dio como resultado que nadie más había empuñado aquella botella y el asunto quedó zanjado desde el punto de vista policial, dadas las evidencias del rastro que dejó el contenido en el vidrio: coñac y solo coñac.

El inspector llegó a pensar que eran demasiadas coincidencias en el transcurso de una semana: dos casos de muerte fulminante por ingesta

de alcohol. Pero se conformó al reconocer los caprichosos comportamientos de las estadísticas en tramos puntuales, la cantidad de asuntos que reclamaban su atención y la falta de un requerimiento familiar que le atosigara. Archívó de momento los expedientes sin descartar la posibilidad de su recuperación. Su instinto le decía que cuando dos casos encajan tan a la perfección, debe pensarse que han recibido alguna ayuda del exterior. Dejó la mente abierta a otras evidencias que, de producirse, le harían rescatar del olvido las preguntas que le intrigaban. Su obligación terminaba dando cuenta a los interesados de la providencia de archivo.

Las horas marcaban tediosamente su paso, cuando el flujo de condolencias se relajó hasta quedar en un goteo esporádico y se abrió ese largo paréntesis de cansancio donde se esconden los recuerdos. Quedaron solos frente al finado. La espera se hacía doblemente enojosa por esa ocurrencia del difunto de dejar este mundo un sábado, sin servicio de enterramiento los domingos. También, por la espera legal de las veinticuatro horas, que les hubiera llevado a otro imposible: anochecido no se entierra.

Andrés Ibarra no se separó de Bárbara más tiempo que el preciso para tomar un café, reponer el suministro de tabaco o por urgencias fisiológicas de consumación personal inexcusable. Y, aunque los colegas de la universidad no llegaban a entender su presencia como doliente directo, recibiendo pésames al unísono de la única hija, a la que no conocían, aquella presencia terminó justificándose por sí misma como presentador de ocasión que orientara la desorientación de tantos.

El Barquero Caronte cruzaba con su embarcación la laguna Estigia llevando almas a la torre custodiada por el terrible Cancerbero, en una reproducción esquematizada y brumosa de la tabla flamenca de Patinir, que presidiendía la antesala del tanatorio. ¡A qué otro mito clásico podía recurrirse para el tránsito de esa otra alma que no permitía la mediación de agente espiritual alguno! El servicio fúnebre tuvo cumplido conocimiento de aquellas últimas voluntades, cuando se le pidió cortésmente que retirara determinados símbolos que no habían sido solicitados. Faltaba, eso sí, la moneda en la boca del difunto para poder pagar el viaje, práctica común entre los antiguos griegos. La espera de veinticuatro horas de exposición del cadáver para los actos sociales y póstumos no había cambiado desde la época de Homero.

Aquellas últimas voluntades habían sido expresadas con claridad y tiempo a la única persona que podía ya cumplirlas, heredera universal de sus bienes presentes y futuros, por algunos derechos de autor que aún coleaban. Así tuvo Ibarra confirmación, por aquellas decisiones que se iban tomando, de las conclusiones apresuradas a las que llegó cuando leyó la contraportada de la carátula de aquel disco que no encajaba en la disquetera. Parecían consistentes con ese deísmo que admite la existencia de Dios, pero que no reconoce su intervención en los actos humanos y rechaza el culto externo. Quien hubiera puesto en el gabinete de Abellán aquel microsurco quería dejar constancia de ese desencuentro. El texto, le traía a la memoria pasajes de aquella tesis:

“Las condenas de Clemente XIII en 1738 y de Benedicto XIV en 1751 eran los antecedentes más remotos que podían establecerse históricamente, no era posible remontarse a los primeros documentos del siglo XIV como algunos pretendían. El vocablo que los designaba en francés, “francmasón”, hacía referencia inequívoca a los privilegios que ostentaban aquellos constructores no sujetos a las ordenanzas municipales, que conservaban los secretos de la construcción de las catedrales. El desencuentro definitivo se culminaba con la encíclica de León XXIII en 1884, *Humanus genus*, en la que se termina comparando a la francmasonería con el mismísimo diablo. Pero las verdaderas razones había que buscarlas en el espíritu de la propia Ilustración, en el liberalismo ideológico de la burguesía, en la libertad absoluta de conciencia y de creencias que practicaban los masones y que tan mal sentaba a la autoridad de la curia. Monopolizar el patrimonio de la “verdad” era una lucha de siglos que se resquebrajaba en favor de la razón, el dominio del Código del que hablaba Abellán, y que empieza a conseguirse cuando la Ilustración termina por desplazar los últimos coletazos de la Inquisición. La antorcha de la libertad se había apagado en las propias carnes de sus defensores, bajo distintas argucias y burdas justificaciones, durante siglos de oscuridad y silencio. Se encendió para luchar contra la herejía, la disidencia, cuando los cátaros defendían la pureza absoluta de costumbres, por un clero que se perdía en la posesión de los bienes materiales y en la corrupción de sus costumbres. Fue Gregorio IX el que encomendó a los dominicos sostener con mano firme aquella tea encendida contra el conocimiento. El régimen liberal la apaga definitivamente en 1820, del

fugaz fagonazo de su restablecimiento por Fernando VII en 1814. Aquella tea se resistía a dejar de alumbrar, tratando de burlar la supresión decretada por José Bonaparte en 1808 y de su confirmación por las Cortes de Cádiz en 1813. Los masones habían tenido constancia en sus carnes del rescoldo de la llama que se aviva con la ley de 1940 decretada por el franquismo”.

Era posible pensar, entrado el siglo XXI, en pleno auge de la era del conocimiento, un reavivar de esa hoguera. Abellán así se lo temía y creía, siempre vigilante bajo su apariencia de abad bondadoso. Ibarra se sentía en ese momento portador del testigo en una carrera de relevos que no tenía fin. Hasta la inoportuna llamada de Martínez & Martines cancelando aquella cuenta que era el buque insignia de la menuda empresa de Bárbara les llegó a producir un alivio liberador. Tuvo tiempo de reconsiderar su situación en las horas muertas, y lo que se propuso como un compás de espera, unas cortas vacaciones de reflexión, se fue convirtiendo en algo definitivo.

Sólo faltaba que se colara en aquel sepelio, después de la retahíla de personas ilustres, el huidizo “Vate” sin nombre ni rostro conocido. Eran las cuatro de la madrugada del lunes cuando Armando Cimadevilla asomó su cara de pájaro en el velatorio. Ibarra reconoció al punto la pajarita de lunares y la cojera apoyada en el bastón, que recitaba ya ante una insomne Bárbara su filípica de pésame.

– Mis más sentidas condolencias.

Se inclinó sobre la mano que le tendía Bárbara, sin llegar a rozarla, en un amago de reverencia. De pie, como si ensayara un paso de minué, con ambas manos sobre el bastón, podría imaginarse que quisiera emprender el vuelo. Miró en rededor tratando de descubrir alguna presencia no deseada, pero se aseguró en una larga espera, nadie les importunaba en esa hora tardía de la madrugada en que parecía dispuesto a quedarse. Se fue hasta la vidriera que separaba el catafalco de la sala de duelos y se quedó observando. Se sentó luego y dijo aquellas palabras enigmáticas:

– Habrán pasado por aquí, la posibilidad remota de una conversión les pone cachondos.

El relato de la entrevista mantenida hacía poco más de veinticuatro horas con el difunto Abellán no les llegó a sorprender demasiado, eran

las novedades que les anunciaba en su mensaje de voz. Sus palabras posteriores, como una confesión antigua, le trajo a Bárbara un remoto recuerdo de la infancia, donde encajaba aquel perfil desmedido en unos rasgos más jóvenes, aunque menos angulosos.

– Cuando desaparecieron los riesgos y la situación se normalizó, perdí el interés. Recuerdo aún la habitación junto al gabinete donde se desarrollaban las tenidas. Usted era una niña con trenzas que jugaba en el jardín de la plaza.

A Ibarra ya no le cabían dudas, habían sido compañeros de Logia. Bárbara recordó como en un sueño aquella habitación prohibida, camuflada en el fondo de la pared del dormitorio tras la perspectiva de un trampantojo: una simulación de ventana similar a la que realmente se abría en otro paño de la pared.

– No revelo ningún secreto, el Manuscrito Regius de 926 no es de una exigencia extrema desde hace tiempo. Si así fuera, según su artículo quinto, mi cojera no me hubiera permitido el acceso -y aclaró seguidamente sus palabras-. Me refería al punto tercero y a la obligación de sigilo sobre los compañeros y los secretos de la cámara. Tendrán que entrar en esa habitación de todas formas, ya es inevitable. Ustedes dos son limpios de corazón, yo contaminaría el recinto.

Añadió después de un breve silencio de reflexión con las cejas fruncidas, como si quisiera recordar una imagen lejana:

– Detrás del dibujo de la ventana, algún resorte oculto abrirá esa puerta. Cuando llegábamos los compañeros se encontraba abierta. Su madre de usted se la llevaba a jugar a la plaza, ¿lo recuerda?

Asintió sin levantar la cabeza, recordaba aquel halo de misterio que precedía a aquellas reuniones furtivas. Le turbó durante algún tiempo el secreto de la cámara, luego lo olvidó. Ahora las imágenes le volvían nítidas. Para Armando Cimadevilla, el ambiente de intimidad del mortuario le trasladó a los años de la clandestinidad, su conciencia se agudizaba a esas horas intempestivas de la madrugada:

*Hasta 1979 no se legalizó nuestra actividad y fue necesaria una sentencia del Tribunal Supremo, incluso después de la aprobación de la Constitución de 1975. Las inercias desatadas durante treinta años de persecución por el tristemente*



*famoso tribunal de represión de la masonería y el comunismo, pesaban en la memoria de muchos. Los poderes fácticos se movían a sus anchas. Nuestra adscripción a la masonería irregular; nuestro conocido anticlericalismo, no era bien recibido. El secretismo de nuestras reuniones no era producto del ritual, sino una necesidad realmente sentida. No somos proselitistas, nunca nos hemos ocupado de nuestra expansión exterior; así les quedaba el campo libre para propalar toda clase de infundios y mentiras. Aún hoy, a pesar de que se puede consultar en Internet una considerable cantidad de artículos sobre la masonería, la gente recibe la palabra rodeada de prevenciones y prejuicios. Se habló de mi expulsión, mi conducta personal empezó a ser poco recomendable. Les evité el mal trago y solicité mi baja alegando motivos de salud y pérdida del interés por la causa. En cierto modo, el ideal social masónico estaba cumplido con la normalización democrática. Esa había sido mi verdadera lucha. Mi adscripción era conocida, me captaron desde el otro lado. La conversión les pone... pretendían reconducir mi vida, apartarme del error y del pecado. En esta lucha hay que tomar partido, estás de un lado o del otro, no se permite la neutralidad.*

Su confesión laica le quitaba un peso de encima, allí delante del cadáver del compañero del que siempre había admirado su rectitud intelectual y cívica, precisaba de aquel ritual de desahogo. En cierto modo se sentía culpable, sus advertencias no llegaron a tiempo, el brazo secular se puso de nuevo en marcha. Tenía que avisarles de un peligro real, aquello había llegado demasiado lejos. Recobró una actitud de normalidad, lejos ya del recuerdo, tratando de ser convincente.

– No acepten esa versión amañada, la fatalidad de un accidente unido a una ingesta excesiva de alcohol, su padre era un hombre moderado. El truco les ha salido bien en dos ocasiones, pero no repararán en otros métodos más expeditivos. Tomen precauciones, no se confíen y, acuérdense del acróstico, trataré de tenerles informados. Tengo un taxi esperando, el sol saldrá pronto, les dejo. Les repito mis más sentidas condolencias.

Salió con el mismo aire furtivo de su imprevista aparición. Ya en el inmenso recibidor vacío, se paró un instante ante el cuadro de Caronte y se fue con la sensación de que pronto tendría un lugar en aquella barca. Bárbara confió su cabeza sobre el hombro de Ibarra y se dejó llevar por un sopor en el que la realidad y el sueño se entremezclan sin una línea nítida de separación. Le preguntó en un susurro:

– ¿Qué ha querido decir con eso del acróstico?

– No lo sé con certeza, posiblemente que se comunicará con nosotros a través de una clave.

– Un acróstico... ¿es una clave?

– En cierto modo sí, contiene un texto, una frase, un nombre, que no es evidente en una lectura convencional.

– ¿Cómo?

– Creí que lo sabías. Se trata de un poema, que leyendo las letras iniciales o finales de cada verso de forma descendente o ascendente, contiene una frase con sentido. Era una sencilla estratagema para firmar unos versos, por ejemplo, y mantener oculta la personalidad del autor.

El día se acercaba limpio de nubes, pero el viejo profesor no tendría ya oportunidad de ver aquel amanecer en su contemplación panteísta del ciclo vital de la naturaleza, de la promesa de luz que le llegaba con la salida del astro rey.

La cámara estaba perfectamente camuflada detrás de aquella ventana pintada, parecía preparada para un ritual iniciático. El libro quedó abierto sobre el atril, como si se iniciara una tenida. La regla de veinticuatro divisiones representaba la igualdad; la escuadra era el símbolo de la rectitud moral que debe presidir la conducta de todo compañero; la plomada es sinónimo de jerarquía; el compás, de la perfección y de la armonía. Este atributo del maestro estaba sobre el libro abierto que mostraba el código moral masónico cuyo primer punto rezaba: “Venera al Gran Arquitecto del Universo”.

Bárbara nunca había traspasado el umbral de aquella puerta. La presentía, la llegó a imaginar muy distinta de aquella sobriedad espartana. Ahora tenía la sensación de estar profanando el templo. Ibarra se movía con soltura, reconocía cada uno de aquellos instrumentos, su simbología y parte en el ritual. Le daba explicaciones a cada nuevo hallazgo. Ella

asentía con respeto, pero allí no había nada de interés, ningún misterio oculto, de hecho, las reuniones del profesor hacía años que se desarrollaban en el gabinete.

El timbre de la puerta les hizo sentir un ligero sobresalto. El inspector arreciaba en sus llamadas, el primer toque tímido no se escuchó con claridad en el fondo de aquella habitación oculta. Se excusó de su visita sin una previa llamada de aviso, no era nada premeditado, pasaba por allí y se decidió a saludar, a comprobar que estaban bien. En el gabinete, la claridad de la mañana entraba a raudales por los ventanales de los balcones. Bárbara se acercó a correr algunos visillos, la luz era excesiva, hiriente.

– Perdonen la intromisión, he dejado pasar unos días de respeto, tendrían asuntos que resolver...

– Siéntese, por favor, está todo un poco revuelto, andamos aún arreglando algunas cosas. Mi padre vivía solo.

– Ya lo sabía, me lo dijo el señor Ibarra. El caso es que tengo algunos interrogantes para los que no consigo una respuesta adecuada.

Ibarra se anticipó para sondear el alcance de aquellas preguntas, estar en cierto modo preparado.

– Creíamos que habían archivado las diligencias.

El inspector se agarró a la misma cautela.

– Se trata de un formulismo. Todo parecía indicar un paro cardíaco y... bueno, ya saben, lo de esa cantidad excesiva..., trato de confirmar un comentario, hablé con el policía, me dijo que el profesor no bebía, al menos en esas cantidades...

Se anticipó de nuevo, el comentario a que se refería el inspector lo formuló él.

– Puede estar seguro, yo mismo se lo hice saber al agente que le precedió. El profesor tomaba una copa de coñac escuchando música. Era un hombre de costumbres muy ordenadas. Una sola copa, los sábados o domingos, en este gabinete, eso hacía cuando lo encontramos en el sillón.

Calculaba sus palabras. Ponerle en antecedentes de lo que podía estar sucediendo le parecía prematuro, eran simples conjeturas que no apuntaban en ninguna dirección precisa, ¿a quién podían acusar? El inspector llegaría a pensar que eran unos lunáticos, no tomárselos

en serio. La policía actúa ante hechos reales, evidencias contrastadas, ¿qué tenían ellos? Era preferible dejarle llegar a sus propias conclusiones.

– Es curioso, no dejo de pensar en ese otro caso, hace unas semanas ¿lo leyeron en el periódico?, ese estudiante de la universidad...

– Lo conocía personalmente, era alumno mío.

– Que coincidencia, el mundo es un pañuelo, ¿lo conocía también el profesor?

– Antes del suceso no, estoy por asegurarlo, lo leyó en el periódico y me preguntó. El profesor ya no daba clases, no tenía contacto con los alumnos. Lo comentamos ese fin de semana, se mostró interesado.

Ibarra empezaba a entender que aquel inspector sabía más de lo que aparentaba, que su interrogatorio respondía a un esquema perfectamente trazado. Bárbara le dejaba hacer, mientras no recibiera una pregunta directa, no pensaba intervenir.

– El caso es... he repasado mis notas, el periodista que cubrió la información me habló de una llamada a la redacción, de un profesor del chico, ¿fue usted? No se alarme, me parece algo normal, trato de confirmar ese dato.

Tenía que decir la verdad, no incurrir en una torpeza de ese tipo, tan fácil de desmontar.

– No, fue el profesor Abellán el que llamó.

– ¿No me ha dicho que ya no daba clases?

– Así es, fue una inocente mentira, se presentó ante el periodista como profesor del muchacho para justificar su petición de información. Era un atento lector de la prensa, nada le pasaba desapercibido. Su interés por todo lo referente a la universidad le llevó a preguntar, la gacetilla que apareció el sábado era muy confusa.

– Comprendo. Me confirma usted su impresión de que no hay relación entre un caso y otro, que todo es una simple coincidencia.

Esta vez, las palabras de Ibarra sonaron solemnes, era la oportunidad de llevarle a su terreno.

– Yo no he dicho eso.

No podía precisar si la expresión que siguió a su contestación era de sorpresa o de júbilo. Tenía que extremar el cuidado. Bárbara se rebulló en el sofá, pero se aguantó las ganas de refrendar la afirmación de Ibarra.

Siguió un breve silencio en el que simulaba consultar unas notas, pero era evidente que todas sus preguntas estaban ya preparadas.

– No comprendo, ¿sospechan algo?, no lo advertí en sus declaraciones.

El plural le dio por fin la oportunidad de intervenir.

– Contestamos a todas sus preguntas, ¿qué otra cosa podíamos saber?, usted es el experto, si no encuentra algo anormal... ¡Se imagina a toda la prensa especulando sobre posibles conexiones entre una y otra muerte! Mi padre era una persona que valoraba mucho su privacidad, yo no me hubiera perdonado que hurgaran en su intimidad.

– En ese caso, permítanme que sea algo más explícito: ¿qué les induce a pensar que no fue algo fortuito?

Para Ibarra era el momento adecuado, se lo había comentado a Bárbara en las largas horas de espera, su sospecha de que el disco no pertenecía a la colección de su padre, la miró y ella asintió entornando los ojos. Fue un leve parpadeo, pero suficiente, le daba licencia.

– Verá, nosotros nos hemos formulado también algunas preguntas, pero comprenderá que no juguemos a los detectives, estas cosas son para profesionales.

Acompañó sus palabras con la acción y sacó el disco que despertó sus sospechas. Lo puso encima del escritorio.

– Este microsurco sonaba en el tocadiscos del profesor cuando llegamos de Madrid. Lo he comprobado, el profesor Abellán llevaba un fichero de su música, éste no se encuentra catalogado entre sus fichas.

Bárbara se dispuso a completar la jugada con otra evidencia, la que debía borrar esa impresión nefasta de que su padre era un bebedor empedernido, no lo soportaba.

– Se lo hemos repetido varias veces, que mi padre no era un alcohólico, pero las evidencias apuntaban en esa dirección. Tome buena nota ahora. La botella que estaba vacía encima de su escritorio le aseguro, que era la última que tenía en la casa, sólo se permitía una copa de ese coñac, un sábado o domingo en que escuchaba música clásica. Si tiene la curiosidad de comprobarlo, esa marca no es frecuente en el mercado, no la encontrará en ningún establecimiento de los alrededores. A la botella le quedaban escasamente dos copas. Es imposible dar un nivel en sangre de esa magnitud con una copa y media de coñac, en el supuesto de que hubiera bebido todo su contenido.

No tenía mucha idea de música clásica, pero el *Réquiem* de Mozart era conocido por cualquier profano. Observó con detenimiento la carátula, esos discos tenían más de veinte años de antigüedad, los CDrom habían desalojado esa antigualla en poco tiempo relegándolas al olvido.

– ¿Me permiten comprobar ese fichero?

Repasaba las fichas rayadas de 15 x 10 cms. y no pudo reprimir el recuerdo de sus años de estudiante, de cuando consultaba bibliografía o tomaba notas para alguna cita. Los ordenadores habían hecho tabla rasa de todo ese material, el universo del profesor seguía anclado en un pasado que parecía remoto, aunque sólo hubieran transcurrido unos pocos años.

– En efecto, no está la ficha del réquiem. Si el profesor era meticuloso con su archivo, como parece, ¿cabe pensar que alguien ajeno puso ese disco?

– Es posible -se apresuró a decir Bárbara-, mi padre era una persona muy ordenada, esos discos sólo se encuentran ya en los anticuarios, en comercios de lance. Dejó de comprar discos hace varios años, su colección era suficiente para escuchar uno distinto cada día a lo largo de todo un año.

Para el teniente Jiménez, aquel nuevo dato del disco le sonaba a algo leído en una de esas novelas de detectives que devoraba con interés en su juventud. Hacía tiempo que la realidad vivida desbordaba ampliamente esos relatos. Se mataba por dinero, poder, ajustes de cuentas, aparte del rastro de sangre que dejaba la violencia de género. No era el caso, aquí no había un móvil, una razón para el crimen, ¿quién podía arremeter contra un inofensivo profesor de universidad? Había comprobado algunos datos antes de la visita. El patrimonio personal del profesor no llegaba para mover a la codicia: aquella casa a su nombre, un pequeño paquete de acciones y una cantidad a plazo fijo que no alcanzaba los doce mil euros. No aparecían signos de violencia, nada estaba fuera de lugar, excepción hecha del disco. Era una razón muy débil, el profesor podía muy bien haber olvidado anotarlo. Cabían dos posibilidades, si el resto de los discos estaban debidamente catalogados en fichas y ese era el único que faltaba, o acababa de comprarlo, lo que suponía una coincidencia macabra en vísperas de su muerte o, por el contrario, alguien lo puso en el giradiscos. Se decidió en ese preciso instante, nada perdía, si acaso un

par de horas. Planteó su estrategia en términos probabilísticos, estaban hablando entre universitarios.

– Comprobar todos los discos me puede llevar horas, si me ayudan terminaremos antes.

Ni un solo disco del estante estaba sin catalogar, excepción hecha del réquiem. El inspector Jiménez tomó unas notas, unas cifras y un cálculo apresurado. La probabilidad del olvido era ínfima teniendo en cuenta los cuatrocientos sesenta discos de la colección. Lo pensó mientras escribía. Recordó la tienda especializada en libros y discos antiguos que le cogía a un paso de la comisaría, ya no quedaban tiendas de aquellas, incluso esa tenía puesto el letrero del traspaso, pronto pondrían un banco o una tienda de informática. No le ocuparía mucho tiempo, el dueño era un simpático anciano que entretenía su ocio mirando pasar las muchachas desde la puerta de su establecimiento. No recordaba otra, tendría que averiguarlo, no quedarían muchas de ese tipo. Esa idea lo puso en movimiento, después, ya vería.

La salida del inspector les dejó sumidos en sus propios pensamientos. El resto de información de que disponían podía dosificarse oportunamente, no abrumarle de entrada con un montón de datos. Sólo habían ocultado la parte más escabrosa: el palimpsesto de la biblioteca, que le sonaría a chino, el arrepentido Armando Cimadevilla, que debía volar libre para transmitir información, y la habitación oculta, que era una cuestión personal del profesor. Todo a su debido tiempo. Mientras siguiera la pista del réquiem, estaría entretenido. El instinto de Bárbara le decía que volvería con nuevas preguntas, tenían que estar preparados.

– Pronto tendremos que darle nuevos datos, ese perdiguero sigue una pista, no creo que se conforme con lo del disco. Habrá que facilitarle otras informaciones y, en ese caso, tenemos que examinar la situación.

– En eso pensaba.

– ¿Qué podemos hacer?

– No hay otro camino que decir la verdad. Cuando lo pregunte, cuando vuelva o nos llame. Si le soltamos de golpe esa conspiración nos toma por locos. Todo apunta en una dirección que... nadie daría un céntimo por esa historia. Si metemos a Cimadevilla... peor, no le costaría nada con su reputación hacerse el loco y perderíamos la oportunidad de su colaboración.

– Eso mismo creo yo. Pero está lo del examen, ¿puede llegar a saberlo?

– Las dos personas que lo sabían, desgraciadamente, ya no pueden revelar su secreto. Quedamos tú y yo. Podemos facilitarle algunas páginas y la clave para encontrarlas, pero nos falta conectarlas con el caso.

– Déjame pensar... es totalmente plausible...

– Si no te explicas.

– Es sencillo. Mi padre nos dio el encargo de comprobar la página de Soler que llegó a sus manos, no sabemos cómo. Es público y notorio que no tenía conocimientos de informática. Recurrió a nosotros, pero no hemos podido hacerlo hasta ahora, después de la visita del inspector Jiménez. Tiene sentido. Llevamos varios días de sepelio y en poner orden en la casa. Cuando hemos conseguido un respiro y con la nueva perspectiva que se plantea... ¿parece convincente?

– No es descabellado, no. Pero sería más creíble si nos anticipamos, quiero decir que le llamemos nosotros.

– Hay un pequeño problema.

– ¿Cuál?

– La fecha de las páginas, hay que sacarlas de nuevo. Aquí no hay ordenador.

– En mi casa, tengo que recoger algunas cosas, no quiero dejarte sola ni un solo momento. Me acompañas. Mientras tú obtienes esas páginas con la fecha actualizada me traigo ropa y documentación que necesito. No hay tiempo que perder, presiento esa llamada inminente.

Los furgones de reparto ocupaban buena parte de la calle a pesar de la prohibición de aparcar. Le indicó el hueco en un callejón sin salida donde camuflarse de la vigilancia constante de los agentes municipales. No se libraban de una multa casi segura. Estaba el problema del ordenador y se le ocurrió trasladarlo, el acarreo de tanto bulto no les dejaba otra opción, tenían que evitar visajes innecesarios. Se puso de inmediato a la tarea de elegir camisas, pantalones y ropa interior; sin demasiado miramiento las introducía en dos bolsa de deporte abiertas sobre la cama. Dejó un prudente espacio para meter algunos libros que necesitaba y el borrador de un ensayo que se le había quedado atrancado con tanto acontecimiento; esperaba poder repararlo en las cortas vacaciones de Semana Santa si aquel embro-



llo le dejaba algún tiempo libre. Entró en el despacho cuando Bárbara sacaba las primeras páginas.

– Esto se ha ido incrementando, surgen como setas, la biblioteca está plagada de textos apócrifos.

– Selecciona una muestra, no tenemos tiempo, en tu casa podemos continuar.

Cuando hubo repartido la docena de libros que precisaba entre las dos bolsas, tiró de las cremalleras que se resistían. Bárbara le llamaba desde el despacho.

– Tienes correo en tu bandeja de entrada, ¿quieres abrirlos?

– Hazlo tú misma, no será nada de interés. Ve desconectando los cables, yo empiezo a bajar estas bolsas.

Sacó un listado del correo por la impresora y se disponía a desconectar el equipo cuando le llamó la atención el asunto que destacaba en la tercera línea: *acróstico. Acuérdense del acróstico*. El clip denotaba la presencia de un documento adjunto, la página inferior estaba en blanco. No pudo resistir la tentación y pulsó con el botón izquierdo del ratón el icono que representa el sujetapapeles metálico. Mientras lo examinaba se fue al archivo y dio la orden de imprimir. El texto de unos versos empezó a salir por la impresora:

*Jorobado, maltrecho y pendenciero,  
Ordenaré sin temor esta sangría.  
Recordaré la gloria de ese día  
Generando sinergias, si es que muero.*

*Entraré en la severa sacristía.  
Echándome cerrojos -ya no tolero-,  
Levantaré sin sudor la celosía  
Velando la tragedia de tu duelo.*

*Incendio que sin llamas ni consumo  
Exaspera de rubor y de impotencia,  
Jorobas sapienciales de la ciencia,  
Orgía de mi razón, de tanto humo.*

No recordaba con claridad la explicación que le dio Ibarra en el tanatorio, se encontraba agotada. Se le quedó grabada la palabra “acrós-

tico” y la noción de alguna clave oculta, el resto lo había olvidado. Lo puso con las hojas que tenía acumuladas en la bandeja de salida, un fajo de más de treinta páginas. La fecha actualizada daba credibilidad a su coartada, no quedaban indicios de un conocimiento anterior. La emprendió con la desconexión de los cables, dejando separadas la pantalla, la torre y la impresora, con los que formó un haz que rodeó con el del ratón, más delgado y manejable. Andrés Ibarra apareció bufando, cuando ya le tenía preparada la impresora en el rellano de la escalera. Le hizo un gesto de resignación y la cargó escaleras abajo.

Salir del laberinto de calles prohibidas, circulación restringida y coches de reparto impidiendo la salida, ocupaba toda su atención y se olvidó del acróstico. Las recomendaciones servían de poco, tentó a la suerte por segunda vez y se coló por un atajo. El agente no estaba, se había escapado de nuevo esa mañana. Tampoco le habían multado en el aparcamiento del callejón. Su padre no lo hubiera aprobado con su sentido estricto del cumplimiento de las normas. *¡Pobre papá!* Afloró esa sensación de ausencia que no llegó a sentir en la larga espera, teniéndolo delante con esa media sonrisa de satisfacción. La muerte era el último acto de la vida, no tenía sensación de culpa o de pecado, su padre se lo inculcó desde niña. La entrega al trabajo era la ofrenda principal, los actos cívicos la mejor conducta moral. Andrés Ibarra la sacó de sus pensamientos.

– ¿Miraste el correo?

Se acordó del acróstico cuando la pequeña plaza aparecía a la vista y un providencial aparcamiento libre concitaba toda su atención. El coche que les precedía no giraría a la derecha, no le ganaría la mano, se evitaban el pesado acarreo del equipo. Torció a la izquierda y respiró aliviada: la suerte seguía de su parte.

– Tienes un poema, lo he sacado por la impresora, casi no me dio tiempo a leerlo, está en la carpeta azul.

– ¡El acróstico!

– Posiblemente. No son versos de amor los que te mandan. Tienen toda la pinta... de un jeroglífico o algo parecido. Son tétricos, despiden ese olor de azufre —el recuerdo del padre le asaltó de nuevo—. ¡Pobre papá!, se está perdiendo lo más interesante.

– No perdamos tiempo, bajemos todo esto.

Mientras Bárbara buscaba un emplazamiento provisional para el equipo y empezaba a conectar aquel galimatías de cables que daban vida a todo el conjunto, le entregó la carpeta azul que contenía aquellos versos atormentados. Desplazó la porcelana de una mesilla y la distribuyó en los escasos espacios libres de la estantería mientras Ibarra se enfrascaba en la lectura de los tres cuartetos de la composición. Leyó de un primer vistazo el mensaje oculto, era evidente, pero no encontraba qué relación podía tener. Fue desgranando cada verso, cada estrofa, tratando de encontrarle sentido. Subrayó algunas palabras sueltas, aparte del mensaje principal podían darle alguna clave. Bárbara le miraba con las manos en la cintura una vez terminada su faena.

– ¿Qué dice ese insensato?

La llamó para que se acercara y señaló las primeras letras de cada verso para destacarlas.

– Léelo desde el principio al final, las letras en vertical, ¿qué dice?

Bárbara fue deletreando hasta que lo dijo de corrido:

– Jorge el Viejo, eso creo que dice.

– Exacto, pero no acierto a entender..., tengo que pensar con más detenimiento, las adivinanzas no son mi fuerte.

Para Bárbara los crucigramas eran su afición preferida, mantenían la mente despierta, un entretenimiento que utilizaba para ejercitarse y conservar la forma, la musculatura intelectual. Pero éste iba al revés, del texto al contexto. No se trataba de buscar una palabra de un determinado número de letras, la frase venía dada.

– Siempre que se cita un nombre en los crucigramas tiene que ver con los clásicos. Piensa tú, que tienes toda la antigüedad metida en la cabeza. Un personaje de la literatura tal vez...

– Se me ocurre una nómina de Jorges lo bastante amplia...: de Bohemia, Bulgaria, Georgia, Gran Bretaña, Rusia y Sajonia, con sus correspondientes ordinales. La lista es larga. De Sajonia, Jorge el Barbudo; de Servia el Negro y el Sincero, pero... con el sobrenombre del Viejo, no recuerdo a ninguno.

– No tiene que ser histórico necesariamente y... ¿de ficción?

– Sí, claro, de ficción es más complicado aún, tendríamos un listado muy extenso.

– Pero relacionándolo con las palabras claves del texto, de la situación... ¿qué Jorge puede ser?

– Puede ser un buen método, sí, he subrayado algunas: severa sacristía, incendio, impotencia y ciencia, orgía de la razón...

– Y, ¿biblioteca?

– No viene en el texto.

– No viene, pero está implícito, todo gira alrededor de una biblioteca.

Andrés Ibarra se propinó una fuerte palmada en la frente que resonó con fuerza y casi le hace volar las gafas por los aires.

– ¡Qué torpe!, las palabras claves son “biblioteca” e “incendio”.

– ¿Ya lo tienes?

– Naturalmente, ¿qué otro podía ser?

– ¡Venga, suéltalo!, me tienes en ascuas.

– Jorge es el guardián ciego de la biblioteca de la abadía, a la que se termina prendiendo fuego, cuando Guillermo de Baskerville y Abso de Melk descubren el laberinto. Le llamaban el Viejo dada su avanzada edad.

– ¿De qué estamos hablando?

– Es una novela muy famosa de Umberto Eco, el “Nombre de la rosa”, ¿no la has leído?

– No, reconozco mi ignorancia, ¿cuándo se publicó?

– Creo que por el año 84 aproximadamente, tú serías una niña.

– No tan niña, tenía catorce años, pero mis lecturas eran otras. Dejemos eso, ¿a qué nos lleva tu descubrimiento?

– Habla de un incendio sin llamas, lo que viene a ser una metáfora adecuada para designar éste de sustituir los textos originales por otros apócrifos o ¿quién sabe? si hacerlos desaparecer. La biblioteca se esfuma sin necesidad de incendiarla. Es evidente, pretenden destruir la biblioteca virtual.

– El objetivo final parece claro, algo de eso nos hemos imaginado ya. Hace un rato, cuando consultaba esas páginas, me asaltó una idea que me intranquilizó.

– ¿Qué idea?

– Tiene que ver con el hipertexto, que facilita la lectura de páginas relacionadas. Las notas a pie de página o de final de capítulo se hacen innecesarias. Esa facilidad, que nos permite acceder a toda una serie

de temas conectados, que se relacionan, sin levantarnos de la silla..., desde el punto de vista de la seguridad, pues, constituyen un problema.

– ¿Qué problema?

– La contaminación por un virus puede convertirse en epidemia. No se trata de un virus propiamente dicho, sino de un ataque oportunista a un fallo en la entrada de datos de un usuario.

– ¿Cómo se puede evitar?

– Es una idea, no la he desarrollado. Sería algo así como poner cortafuegos, puertas blindadas que se cierran automáticamente para evitar la propagación del fuego, bueno, del ataque del intruso.

– Claro, así se propaga el incendio en el *finis Africae*.

– Habla en cristiano, yo te estoy haciendo asequible la comprensión de mi idea, no te hablo con la jerga de la profesión.

– Perdona, pensaba en voz alta. Me refiero al recinto más oculto de la biblioteca del monasterio, donde Jorge guardaba los libros prohibidos, aquellos a los que sólo tenían acceso el bibliotecario y él. Se denomina así en la novela: *finis Africae*.

Bárbara ya tenía decidido tomarse cumplida venganza de la erudición que desplegabá con sus conocimientos de literatura. Mientras él se imbuía de textos clásicos, ella manejaba otras técnicas. Quería poner las cosas en su sitio. Si su investigación, como era evidente, precisaba de la colaboración entre expertos, se iba a enterar este presuntuoso.

– Iniciaría su ataque con un *forceful browsing*.

– No me entero de nada.

– Es muy sencillo. Utilizando esta técnica, un atacante puede acceder a partes restringidas, ocultas a priori de un servidor *web*. Este tipo de ataque se produce cuando se escribe directamente la URL, se fuerza, en lugar de acceder a través de los enlaces predeterminados.

– ¡Ah!

Estaba dándole una dosis de su misma medicina, pero aún no había terminado.

– Se utiliza una *cuqui* para el forzado.

– ¡Ya..!, una *cuqui*, una galleta. No se me ocurre otra broma que el episodio del atragantamiento del señor Busch en su rancho de Texas, eso es historia. ¿No puedes ser más explícita?

– Naturalmente, si te dejas de chistes malos. Con esa *cuqui* se intenta suplantar la sesión de un usuario autorizado. La predictibilidad para mantener sesiones debe ser compleja. Si un intruso puede predecir esos códigos, pues, ¡apaga y vámonos! La seguridad es toda una ciencia.

– Ya lo veo, ya.

Lo tenía a punto de caramelo, rematar la faena, ponerle un par de rejonos de castigo, le haría descender del Olimpo en el que estaba instalado. A cada cual lo suyo.

– Caben dos posibilidades.

– Estoy impaciente, me rindo a tus conocimientos. No me mortifiques, Bárbara, yo también te quiero.

*Muy bien, así te quería yo ver, pero otra vuelta de tuerca no te vendría nada mal.* Se recreó en la suerte como un torero, dispuesta a ejecutar el acto supremo.

– Digo que pudo actuar con una inyección de SQL o, si nos ponemos clásicos, a través de un Caballo de Troya, un troyano.

– Me rindo sin condiciones.

– En el primer supuesto, claro está que en términos especulativos, probablemente en su día accedió mediante un ataque de inyección SQL. No está al alcance de cualquiera, se precisan conocimientos técnicos, no son rutinas aprendidas en el cibercafé. Se trata de acceder a la base de datos y modificarla a tu antojo. Después se deja instalada una puerta trasera, para entrar en lo sucesivo con toda comodidad -como el concepto no estaba del todo claro, continuó Bárbara-. En toda página web suelen existir campos donde se permite la entrada de datos al usuario para efectuar consultas. En alguna de esas entradas pudo introducir un código SQL. Se pueden utilizar sentencias en este lenguaje que, concatenadas con las de la página, te permiten el acceso a la fuente original. Así, pudo terminar introduciendo esos textos y, en el peor de los supuestos, podrá modificar lo que se le antoje en el futuro.

Él era un usuario aventajado utilizando los programas necesarios a su trabajo, en defenderse de toda clase de virus, y en alguna que otra rutina aprendida sobre la marcha. La informática era una herramienta, no la ciencia, una utilidad importante, era cierto, pero aquello sobrepasaba su nivel de conocimientos. Lo del troyano lo tenía oído, era elocuente su denominación. Utilizaba el lenguaje de la informática como tantos

otros, dando por sabida su función, sus efectos y desconociendo el mecanismo, la técnica. Esperó pacientemente a que prosiguiera, no quería otro revolcón.

– El segundo ataque, la otra posibilidad, se introduce a través del correo electrónico. Se denomina “técnicas de ingeniería social”. Se aprovecha la confianza de un informático que maneje el sistema. Se manda un programa aparentemente benigno con unas funciones ocultas, un caballo de Troya, un troyano. Esto está más al alcance de cualquier avisgado.

Andrés Ibarra, a esas alturas de la disertación, alucinaba en colores. No era un armisticio, se trataba de una capitulación en toda regla, la rendición sin contrapartidas. Bárbara ya tenía tomada una decisión.

– Tengo que trabajar en ese *fire Wall*, tú podrías hacer algo útil mientras tanto, ¿no crees?

Lo tenía totalmente domesticado. Asintió con humildad, estaba suave como un guante de cabritilla.

– Repasaré con detenimiento la novela, si está siguiendo esa trama, sería de gran utilidad. Puedo preparar también la comida, no se me da del todo mal la cocina, te sorprenderías con alguna de mis especialidades, el arroz, por ejemplo.

Bárbara encendía ya el equipo, prendida en su obsesión por desmontar aquella trama, de sacarse la espina clavada en lo más hondo del alma. Si habían asesinado a su padre, fuera quien fuese, los encontraría, desmontaría sus propósitos y los entregaría en bandeja al inspector que husmeaba la pista del microsuro y del alcohol. Tenían que seguir dosificando la información, comunicarle lo que sucedía en aquellas páginas que se trasmutaban al conjuro de los múltiplos de tres, entregárselas con la fecha actualizada. Se lo recordó, cuando hurgaba en la biblioteca tratando de encontrar la novela de Umberto Eco entre los libros de su padre.

– Ocúpate de llamar al inspector, ¿lo has olvidado?

Continuó en su trabajo de restablecer la cuenta de correo de Andrés, configurar un nuevo acceso a Internet y dejar aquel vejestorio de ordenador a pleno rendimiento. Él se sacó la tarjeta de visita del bolsillo, comprobó el número y marcó.

El inspector Jiménez era de esa escuela que no dejaba cabo suelto ni dato por comprobar. Su bloc de notas era su ordenador personal, en el que registraba esos pequeños detalles que pasan desapercibidos. Metía esa información en el cacumen y la dejaba dar vueltas hasta que encajara y se ordenara como las piezas de un rompecabezas. Era su método. Las pruebas materiales, los indicios fuertes de una investigación, a veces conducían a callejones sin salida. Dos muertes por ingestión de alcohol en el breve espacio de una semana, una botella de una marca de coñac que no conocía y un obsoleto microsuro eran las piezas que, en un principio, constituían hechos independientes. Encontrar el fino hilo conductor que los conectaba era su trabajo. Se desvió por una calle lateral para evitar pasar por la puerta de la comisaría, donde dos agentes montaban guardia, y se encaminó al establecimiento que lucía aquel letrero anunciando el traspaso. El anciano comerciante le recibió con un saludo jovial dejando el arrimo de viejos libros que parecía ordenar.

– ¿Qué le trae por esta su casa, inspector?

– Necesito asesoramiento técnico sobre un disco de música clásica.

– Está usted en el lugar indicado, tengo una buena selección. Ya es material de coleccionistas, los nuevos discos compactos arrasan, de estos se venden muy pocos.

– Estoy interesado en el *Réquiem* de Mozart, ¿lo tiene?

– ¡Qué casualidad!, tenía un ejemplar, lo vendí hace unos días.

Se demoró distraído repasando los lomos de una vieja enciclopedia, no quería dar más datos de los necesarios. Si el profesor compró aquel disco, lo recordaría.

– ¡Qué contrariedad!, pensaba regalárselo a un buen amigo que se resiste a la modernidad, un viejo profesor, seguramente que es cliente suyo.

– Pudiera ser.

Le dio una descripción pormenorizada, omitiendo que la obtuvo de su observación en el tanatorio del cuerpo yacente de Julio Abellán. Aquel buen hombre se esforzaba en recordar, pero su gesto denotaba a las claras que no le conocía.

– La última tienda que me hacía la competencia cerró hace unos meses y ni por esas, el negocio no marcha. Ya ve el letrero, tengo que cerrar. No, la persona que compró ese disco era muy distinta, nada que



ver. Era un hombre mayor, eso sí, pero flaco como el palo de una escoba, no era calvo, aún lucía pelo en su cabeza. Tenía un aire..., ¿cómo le diría?, una indumentaria poco usual.

– ¡Ya!, no son los jóvenes precisamente los que visitan el establecimiento. Iría bien vestido, con su corbata.

– Pues no, a eso me refería, llevaba pajarita, lo recuerdo muy bien. Eso fue lo que me llamó la atención.

Terminó comprando un comic de Asterix, tenía que aparentar normalidad. Se despidió deseándole suerte en el negocio, en el traspaso, tratando de borrar el verdadero propósito de su visita: una cortina de humo para no dejar rastro. Le quedaba comprobar lo de la botella y eso pensaba hacerlo cómodamente sentado en su despacho, tomando un tentempié, con la guía telefónica y una cerveza bien fría.

Ojeó distraídamente la media docena de notas que se le habían acumulado encima de la mesa y las apartó para mejor ocasión. Buscó en las páginas amarillas. La lista de licorerías, coloniales y tiendas de barrio, estaban siendo arrasadas por las grandes superficies; no le ocuparían mucho tiempo, sólo una media docena sobrevivían. Tampoco tardarían mucho tiempo en colgar el letrero de se “vende” o se “traspasa”. Era como una epidemia. Las tres primeras no tenían noticias de una marca de coñac semejante; en la cuarta les sonaba, pero no la vendían. La quinta se ofreció amablemente a efectuarle un pedido si alcanzaba una caja completa y declinó el ofrecimiento. En la sexta recordaban tener alguna botella en existencias, pero no le daban noticias de la última que vendieron. Aquel coñac era una reliquia. De momento ni confirmaba ni desestimaba su hipótesis, tendría que seguir indagando.

Para el inspector Jiménez la experiencia de la calle era la mejor escuela, se había forjado en esa lucha diaria, y la metodología científica la pasaba previamente por el tamiz de la memoria, de su personal archivo. Podría decirse que terminó por aplicar lo que consideraba su propio método, una adecuada mezcla de conocimientos teóricos y la sagacidad en comprender el comportamiento humano: las debilidades de la carne, la ambición de poder y dominación, el deseo desordenado de poseer riquezas. Podía concluirse que casi todos los vicios terminaban confluyendo en el dinero, en el vil metal. Para que las ideas se le ordenaran adecuadamente, cuando no encontraba el camino que refrendara sus

intuiciones, las metía en la “lavadora” y las dejaba dar vueltas. En su cabeza, giraban el tiempo necesario para encontrar el orden, encajar en ese rompecabezas en el que los hechos aislados y sin conexión aparente terminan formando el mapa de las miserias humanas. Cuando se le planteó el segundo caso en tan breve intervalo de tiempo, en que el alcohol hacía acto de presencia con consecuencias fatales, buscaba la respuesta a una pregunta que no tuvo oportunidad de comprobar: *¿qué sustancia en combinación con las bebidas alcohólicas potencia sus efectos para llegar a ser mortal y no dejar rastro?* Sin tiempo material para sentarse y comprobar la bibliografía especializada, para consultar a los expertos, dejó girar la pregunta en su cabeza. Ahora venían a confirmar esa intuición nuevos datos, que le afianzaban en su pregunta, si cabe, aun con más fuerza. Terminó por consultar sus manuales, pero cualquier sustancia terminaba dejando en las vísceras un poso identificable para el forense, que éste hubiera plasmado en el informe de medicina legal que siguió a la autopsia practicada al estudiante. No entraba a perder el tiempo en imaginar pócimas exóticas o elíxires de alquimista, algo que quedaba muy bien en las novelas, pero que no tenían cabida en el listado tasado de sustancias conocidas. En el segundo accidente no fue necesaria, ni solicitada por la familia. El hecho de tener una edad avanzada, antecedentes cardíacos y encontrarse sentado tranquilamente en el salón de su casa parecía descartar toda sospecha. En cualquier caso, estaba por asegurar que el resultado de la autopsia hubiera sido el mismo. La pregunta se le hacía de nuevo presente. Repasó a grandes rasgos el grado alcohólico por volumen de las distintas bebidas. Razonaba, que si una cerveza o el *calimocho* con el que llenaron el botijo podían tener entre cuatro o seis grados; un vino común, de once a trece y un coñac podía sobrepasar los cuarenta, tenía ante sí una amplia gama de posibilidades. Algunos destilados clandestinos podían alcanzar los setenta grados y, esa era una concentración letal para los no iniciados. Ambos tenían una cierta sensibilidad a la sustancia, de alguna forma, conocida o presentida. El profesor, según le aseguraban con insistencia, era una persona moderada y tomaba una copa a la semana, como si se tratara de un cordial, de un tónico. Con independencia de las bebidas utilizadas, dejando aparte su grado alcohólico, lo que termina prevaleciendo es la cantidad final ingerida y eso se puede conseguir por distintos procedimientos.

Seguía calculando que cinco litros de cerveza equivalían aproximadamente a medio litro de un coñac normal; se le escapaba lo espirituoso de aquella marca tan difícil de encontrar, tan exclusiva. El inspector Jiménez ponía cerco a su hipótesis. Sabía por experiencia, sin necesidad de consultar ninguno de aquellos libros, que la tolerancia de dos sujetos puede ser muy distinta. Depende del peso, del mayor o menor hábito y de la capacidad del hígado para su metabolismo. Había visto a hombres como castillos derrumbarse, mientras otros de mucha menor envergadura seguían bebiendo como si nada, y ese misterio no conseguían explicarlo esos manuales. La tolerancia de uno y otro sujeto dependen también de factores no siempre conocidos: *¿conocía el atacante la debilidad de los sujetos sobre los que actuaba? Posiblemente.* Se respondió retórico. La pregunta se le hacía de nuevo presente: *¿qué sustancia..?* Le sonó como un clic en la cabeza, algo acababa de encajarse definitivamente en su sitio. Repitió mentalmente la respuesta que se había dado y, luego, para comprobar cómo sonaba la veracidad de su aserto, se la dijo en voz alta:

– Una sustancia que potencia los efectos del alcohol, sin dejar rastro, es más alcohol, en una concentración o cantidad suficiente.

Satisfecho con el resultado de su conclusión, puso mentalmente la pieza encontrada del puzzle en su sitio y se dispuso a distraerse, a no embotarse girando alrededor de aquella noria. Alargó la mano y cogió de la bandeja las notas de sus avisos pendientes. Cuando tropezó de nuevo con el apellido Ibarra, cayó en la cuenta de que era el profesor: le había llamado. Marcó el número del teléfono fijo y se encontró con un fax o una de esas malditas conexiones a Internet. Probó con el móvil anotado a continuación y la voz conocida respondió al segundo tono.

– ¿El profesor Ibarra, supongo? Al habla el inspector Jiménez, creo que me ha llamado.

La explicación que siguió a su presentación le desarmó del buen humor que le dejaron sus bien hiladas conclusiones. *¿Qué significaba esa trampa de escritos que se modificaban como por ensalmo?* Llegó tarde a la Era de las Nuevas Tecnologías. En cierto modo le desasosegaban, le ponían de mal humor. No conseguía recordar qué botón tenía que pulsar para poner en funcionamiento aquel equipo que le dejaron en la oficina y terminó mirándolo con recelo. Cada día le propinaba un pe-

queño empujón, hasta que lo relegó a un lugar discreto, casi inadvertido, entre el armario metálico y el archivador. Esperaba paciente el día de su jubilación, que se aproximaba lento pero inexorable, defendiéndose como podía de los requerimientos de aquella herramienta impuesta y a la que no encontraba ninguna utilidad. Le acababan de amargar el día. Pero terminó escuchándose decir que les visitaría esa misma tarde, si no representaba molestia y podían recibirle, perdiéndose en circunloquios sobre el giro imprevisto que tomaban los acontecimientos. De sus conclusiones no dijo nada, necesitaba tiempo para pensar, no entraba en sus cálculos una deriva semejante.

A Bárbara lo que verdaderamente le exasperaba era la lentitud de aquel cacharro, que ya se había ganado con creces un lugar en un anaquel distinguido de las reliquias telemáticas. Pensaba y pensaba con la parsimonia de su memoria Ram insuficiente, de una conexión telefónica gratuita y con su reloj de arena enseñoreándose por la pantalla. Tenía que tomar esa decisión, colocarle unas placas de memoria adicional, contratar una línea ADSL y perder de vista el dichoso relojito. Se tomó un respiro. Andrés Ibarra seguía enfrascado en la lectura.

– ¿Cómo lo llevas?

– Estoy terminando, pero aparte de una ligera referencia al acróstico en la página 606, no encuentro dónde ensartar ese hilo conductor que pueda conectarles.

– ¿Hablabas con Jiménez?

– Me ha dicho que se pasará estar tarde. No sé, parecía confuso cuando le comenté lo del palimpsesto.

– Cualquiera, a ti te parece lo más natural del mundo. ¿Qué era eso del acróstico?

– Mejor te leo el párrafo y me das tu opinión: *...un inmenso acróstico que no dice ni repite otra cosa que lo que aquellos fragmentos me han sugerido, como tampoco sé ya si el que ha hablado hasta ahora he sido yo o, en cambio, han sido ellos los que han hablado por mi boca.*

– Me sugiere muchas cosas.

– ¡Ya!, la inefable intuición femenina.

– Pues sí, y la autoridad que me da estar dejándome las pestañas repasando páginas y más páginas de este maldito embrollo.

Reculó precavido ante el rebote. Cuando se enfadaba era capaz de hacerle pagar caras sus insinuaciones. Pero esta vez no se ensañó.

– Me vendría bien que me explicaras el contexto.

*Han pasado varios años desde el siniestro. Adso de Melk reflexiona ante las ruinas de la abadía y recoge pedazos de pergaminos, tapas de libros a medio quemar, retazos de aquella biblioteca que contuvo todo el saber de su tiempo y llena dos sacos de arpillera. Duda de todo, se plantea preguntas, sólo su corazón le contesta desde la piedad.*

– Pues está muy claro, el ataque será limitado.

– ¡Cómo es posible!, afirmaste que no habías leído el libro.

– El libro no, pero la película sí, en una reposición reciente. No me atrevía a reconocerlo, me daba apuro parecer una iletrada de esas que esperan a que hagan la película en lugar de leer la novela.

– Juegas con ventaja, tu intuición se apoya en datos.

– ¿Qué esperabas? Y, hablando de datos, ¿te has leído las páginas que te voy pasando?

– Casi todas, les voy echando un vistazo, no puedo leer dos cosas a un tiempo, mi neurona no da para más.

– ¡Déjate de chistes malos!, me refiero a una recurrencia, algo que se repite con precisión matemática.

– Todos son clásicos.

– Algunos no.

– ¿De veras?

– Lo recurrente está en la temática, todos tienen que ver con el humor, con la risa, con la picaresca. Uno muy reciente habla de la risa en la literatura, ese no es un clásico, comenta a los clásicos. Por eso digo que el ataque será limitado. Ese libro misterioso de la novela, ¿de qué trataba?

– Es la Comedia de Aristóteles, el tratado sobre la risa que tanto denuesta el viejo Jorge.

– ¿Lo ves? Se puede confeccionar una secuencia que va desde el “Libro del buen amor” del Arcipreste de Hita hasta el premio Nóbel que escribió ese panfletillo, de... “Izas, Rabizas y Colipoterras”.

– No te agrada don Camilo, eso está claro.

– No me gusta el machismo ibérico, en cualquiera de sus exageradas manifestaciones.

– Dejémoslo, me pongo a repasar esa cronología, un listado bien ordenado nos podría ayudar.

– No te pierdas la apostilla al “librito” de tu premio Nóbel, destila conocimiento y una extraña ternura por esas mujeres. ¡A que resulta que nuestro misterioso sujeto es un putero como la copa de un pino!

– No te extrañe, con esa facha no habrá tenido mucho éxito con las mujeres.

Se quedó prendida de un lejano recuerdo, casi de un sueño, cuando su madre la dejó en la plaza y se fue de estampida hacia la casa. Se quedó mirando con sus ojos de niña sorprendida mientras las amigas saltaban a la comba. Le vio salir con pasos apresurados de su grotesca cojera, blandiendo su bastón al viento. Su padre estaba derrumbado en el sillón del gabinete, sumido en grave cavilación.

– ¿Qué pudo pasar?

Le salió la reflexión en voz alta, Ibarra se perdía de nuevo.

– ¿Cuándo?

– Recordaba su expulsión, su abandono de la logia como él dice, a mi me da que le echaron.

Aquel episodio con ribetes de foto antigua, en tonos sepias, envuelta en la neblina del tiempo, era un recuerdo confuso de la niñez. Para Ibarra suponía la oportunidad de lucir sus conocimientos. Ese era su terreno, creía tener una explicación razonable.

*Desde antiguo, la masonería operativa y más tarde la regular especulativa, no aceptaba ni acepta entre sus miembros a mujeres. El principio tradicional no dejaba lugar a la duda, la condición para el ingreso era inflexible: “ser hombre libre y de buenas costumbres”. El precepto se recoge de forma explícita en la Constitución de Anderson (1723). Era innecesario enfatizarlo cuando el oficio era la razón de la existencia y las obras arquitectónicas realizadas exclusivamente por hombres. Pero a partir de 1877, el Gran Oriente de Francia y con él la mayoría de las logias de la Europa continental de tradición latina, no aceptan la exigencia de creer en princi-*

*pios revelados, prevaleciendo la libertad sobre la espiritualidad. Lo que era acorde con el laicismo que se abre paso con la Ilustración y las revoluciones burguesas. Ese mayor liberalismo se expresa en no ser absolutamente necesaria la creencia en el Gran Arquitecto del Universo, que se concretaba en tener algún principio deísta o teísta y, también, en no reconocer la supremacía de la Gran Logia Unificada de Inglaterra. El interés se traslada a la articulación de un compromiso social y político, no partidista, y a reconocer la presencia de la mujer en logias mixtas o sólo de mujeres. El anatema de los ortodoxos no se hizo esperar, fueron tachados de irregulares. En la masonería regular siguen sin aceptar a las mujeres.*

Concluía, por tanto, que esa era una posible razón para el desencuentro, pues la polémica aún no había cesado. Bárbara aprovechó para sacar su humor más negro.

– Te agradezco la conferencia, eso puede ser una justificación en toda regla. Dijo que se fue por sus errores, tradúcelo por “pecados” y, aquí, en esa época, se pecaba contra el sexto.

Ibarra no había terminado, su tesis era de más altos vuelos. Quedaba la segunda parte. A ella se dedicó con entusiasmo ante los ojos atónitos de Bárbara.

*La doctrina de la Iglesia sobre la sexualidad era otro punto crucial. Según los historiadores, Jesús había tenido cuatro hermanos y al menos dos hermanas, otros afirman que tres. Entre sus apóstoles se encontraban hombres y mujeres. Pero la Iglesia niega este hecho histórico para mantener el dominio exclusivo del varón en el ritual y la virginidad como dogma. Las instituciones antiguas traen una larga resaca de un código patriarcal tribal, con un doble objetivo: el dominio del varón sobre la mujer y la pureza como control de pertenencia de la descendencia al grupo familiar. La piedad, que el ya anciano Adso pone por encima de cualquier otro sentimiento religioso, tiene consecuencias sobre la misma fe. La doctrina institucional enfatiza la castidad hasta el punto de manipular el decálogo. Este sostiene en el sexto mandamien-*

*to y prohíbe “adulterar” no tener relaciones carnales con la esposa o el esposo de otra persona. Pero la institución eclesíástica lo traduce por “no fornicar ni cometer actos impuros”. El adulterio se traslada al noveno, que es lo que se prohíbe en el sexto, que lo que originariamente prescribe es “no apropiarse de lo que es de otro”, en lo que entran las tierras, el ganado y la mujer, que se considera una propiedad del varón desde tiempo inmemorial.*

*La Iglesia sostiene que no está en la tradición que un Papa renuncie, pero al menos hay descrito un caso, el de Celestino V (Pietro Angeleri), elegido en junio de 1294 y que abdicó en diciembre de ese mismo año. Le sucedió Bonifacio VIII, que encerró a su predecesor para que nadie pudiera utilizarle en un cisma. No se permite la autopsia de los Papas. Una radiografía de la tumba de Celestino V descubre un clavo en su cabeza, de siete centímetros. Era el Papa Angélico que esperaban, en una secuencia de la novela de Umberto Eco, en un diálogo entre Ubertino y Guillermo de Baskerville.*

*A partir del siglo IV, los Concilios Ecuménicos imponen sus dogmas: Nicea I (325), Constantinopla I (381), Éfeso (431), Calcedonia (451)... y un largo etc. Las leyes que emanan de estos concilios generales son irreformables una vez confirmadas por el Papa. La autoridad de los dogmas se impone por encima de la tradición. Resumiendo, esos cuatro concilios de los siglos IV y V son más importantes que los cuatro evangelios.*

*Giordano Bruno es quemado vivo por la Inquisición en Campo dei Fiori, una plaza romana. Atado a un palo, desnudo y con una presa en la lengua para impedirle hablar. Es el nacimiento de la Edad Moderna, que traería la Ilustración, la Enciclopedia y que acabaría con la Inquisición. Las instituciones cambian de nombre, los dogmas tienen vocación de eternidad.*

Irradiaba como una luz, una especie de aura parecía nimbar su cabeza y su verbo fluía con el convencimiento de una fuerza interior desconocida por Bárbara hasta entonces. Se dignó bajar a la tierra.



– Estoy convencido de que esa lucha por el conocimiento, por el triunfo de la ciencia sobre la oscuridad, de la libertad sobre el dogma, fue la razón de ser de mi buen amigo, de tu padre, del profesor don Julio Abellán.

– Casi logras emocionarme. Pero la ciencia es, ante todo, neutral. Nuestro método deber ser científico. ¿Pretendes enlazar tu primer y segundo discurso?

– Intento hacerte comprender que si esos fines no forman ya parte del ideario de una institución concreta, parecen venir desde la noche de los tiempos, en oleadas, pretendiendo confundir la historia, cambiar los textos y tratando ahora de controlar la libertad en la Red.

– No es posible.

– Eso creía yo hasta ayer mismo. Hoy, tengo mis dudas.

– La Red es incontrolable. Con sus luces y sus sombras... no todo es oro, está claro, pero sería un esfuerzo inútil. Se ha escapado de las manos de sus propios creadores. El acto volitivo de su creación no tiene marcha atrás. Es..., como la Creación o, si lo prefieres, como el Big Bang.

– Alguien pretende controlar la expansión de la libertad.

El timbre de la puerta sonó por dos veces con un repique de atención, el primer toque sencillo no llegaron a escucharlo. El inspector Jiménez esperaba pacientemente a que le franquearan la entrada.



## CAPÍTULO III

El ruido de los tambores terminó por amargarle su tercer día de inspiración, de aquellas vacaciones de Semana Santa que se prometía felices. Le seguía la fanfarria de las trompetas en estridencias de metales desafinados e hirientes. Cuando el timbal bramaba sordo y se respondía a sí mismo con su segundo tono – ¡temblaba el misterio!– le respondían en tropel la jauría de todos los palillos. Era humanamente imposible concentrarse en el trabajo. Deambuló por todas las habitaciones de la casa tratando de encontrar el oasis del silencio, pero se le había metido aquella percusión en la mollera, incrustada como un clavo. Una procesión y otra, ¡aquello no tenía fin! Su agnosticismo derivaba, en ese punto, en un ateísmo beligerante: soñaba con desayunarse un par de acolitillos de buena mañana y seguir por toda la jerarquía hasta el baranda mayor, el mismo “Anticristo” que dirigía la orquesta. Entonces, desplegaba sus teorías cívicas y de buena vecindad, de libertad para todos, cuya conclusión no era otra que: las procesiones y los eventos festivos de aquella ciudad bien podían celebrarse en el recinto adecuado, sin merma del libre albedrío del que quisiera hacer otra cosa. En definitiva, *¡Que se dejen de joder al prójimo!*

Ana trataba de consolarle sin mucho éxito recomendándole ejercicios de relajación, abstraerse del ruido que le obsesionaba y, ¡ni por esas! Terminaban en aquella cama quejumbrosa emitiendo quejidos de alma en pena, poniendo su particular contrapunto sonoro a la sonoridad de la calle.

Su producción se había estancado. Los quince folios diarios que vomitaba su impresora, que Ana recogía en primicia y que, una vez debidamente acotados de observaciones y corregidos, bajaban hasta el rincón del bar donde esperaba impaciente su revisor particular, Sergio Álvarez, aquel chorro de inspiración devino en un par de folios enrevesados que iban directamente a la papelera. Las notas, las ideas que le insuflaran los

aires de las Alpujarras, se desinflaron en un viento flojo como la bufa de la gamba.

Con decisión, Ana puso término a aquel desastre, al rosario de impías jaculatorias de Ibarra y empezó a llenar una maleta. En sus paseos extraviados le miraba sin entender.

– ¡Que nos vamos!

– ¿A dónde?

– A un remanso de paz, donde la huerta mira al mar desde sus torres desmochadas, aquí mismo.

Y es que, se disparaba, teniendo que retroceder, abandonar el campo. Si la celebración litúrgica de unos predominaba sobre todas las cosas, si todo valía, él expresaba su particular deseo: colgar a los promotores de aquella sangrienta y obscena representación por los mismísimos cojones. De modo que la libertad de conciencia y de credo se resumía en eso, en una trágala insufrible. Para colmo, el cartelito que habían puesto en los escaparates de los comercios: “Exaltación de la saeta y la mantilla española”. Era un retroceso histórico en toda regla. Reproducían los versos de Machado: *¡Oh la saeta el cantar / al cristo de los gitanos, / siempre con sangre en las manos / siempre por desenclavar!* Todo lo confundían. Enfatizaban la estrofa parodiando su “exaltación de la saeta”, sin entender lo más mínimo la aguda crítica de aquellos versos. Se apropiaban de los poetas que ellos habían contribuido a silenciar y luego manipulaban el sentido de su desacuerdo. La mantilla, reducto de las más puras esencias de la iconografía patria, invadía de nuevo las calles. Recordó las madrugadas del sábado guardando cola en las puertas de las discotecas, el abandono popular que siguió a tan siniestra conmemoración y ahora volvían por sus fueros. Era lo que él decía, si se abandonaba el campo, recuperaban terreno. En ningún lugar civilizado se permitía ya aquello. Era volver a la Edad Media, a un paganismo que precisaba de la intermediación de la imaginería para transmitir emociones; en definitiva, de una idolatría organizada y consentida. Pero Ana se había empeñado en una prudente retirada, ¡qué se le podía hacer!

Se fue tranquilizando cuando accedieron a la carretera. Al enfilar la segunda rotonda se había calmado: el sonido de los tambores dejó de retumbarle en la cabeza.

– ¿A dónde me llevas?

– Si dejas de jurar y despotricar, te lo digo.

– Ya me estoy calmando, me han puesto de los nervios, para el psiquiátrico.

En ese momento pasaban por la misma puerta. Ana pensó en bromear y decirle que en realidad era allí a donde le llevaba, pero se contuvo a tiempo, no fuera que aquella boca se convirtiera de nuevo en una excomunión.

– ¿No conoces las torres de la huerta?

No tenía conocimiento de que estuvieran habitadas. Sabía lo normal, lo que todo el mundo. Su función de torres defensivas de refugio y de aviso en los ataques de los piratas berberiscos a la costa, sobre todo en los siglos XVI y XVII. Su estructura cuadrada, raras veces almenadas y otras desmochadas, con ventanas adinteladas, sillares y fábrica de mampostería. Estaban declaradas BIC: *¡para lo que les servía!* Por encima del talud, a dos metros de altura, algunas ostentaban una puerta de acceso imposible refrendando su carácter defensivo. Adosadas a huertas, pequeños caseríos y en otros casos aisladas: éstas eran las que mostraban una fisonomía descarnada o en estado de inminente ruina. Se divisaban desde la carretera, las más mostrando serios desconchones y desperfectos en un descuido incomprensible: *¡y estaban protegidas!, para eso no había presupuesto.* El ataque venía ahora desde tierra adentro, de la rapiña de un proceso constructivo despectivo e insolente con el legado histórico, que veía solares donde otros sentían latir la naturaleza, el paisaje o el patrimonio construido. Los nuevos piratas no eran berberiscos: eran autóctonos.

Giraron por la margen derecha de la carretera nacional en dirección norte. El camino se adentraba por lo que fueran fincas de labor, la huerta tradicional, ahora ocupada por la moda y el capricho de los adosados. El cemento estaba ganando la batalla, pronto no quedaría ninguno de aquellos almendros solitarios, ni algarrobos desperdigados, ni centenarios olivos de ramas torturadas y dolientes. Eran apreciables las medianías de las parcelas, restos del abanalamiento de las tierras y algún pequeño huerto cultivado. La visión de una finca cuidada, la blanca fisonomía de la cuadrada construcción recientemente remozada, le hizo retroceder en sus malos augurios. La torre, que destacaba de otras construcciones adosadas de menor porte, remataba sus tres alturas con un añadido, a

modo de campanario, que dejaba a las claras su extravío de la estructura original. Una cruz presidía el pináculo de teja plana, remate insólito, tal vez único, en todas las que tenía vistas. Pero su aspecto pulcro y enjalbegado le sosegó el ánimo. Ana aparcó en la amplia explanada de cascajo, donde las ruedas sonaron como el rumor de las olas arrastrando guijarros en la playa. Se fue decidida, haciendo tintinear con la mano extendida un manojo de llaves. Ibarra estaba perplejo, desconocía de Ana más cosas de las que sabía. Nunca le habló de aquel retiro, de esa isla de felicidad donde esperaba ver avanzar su argumento en páginas de sólida factura.

Callaron por fin los tambores y ya no supo distinguir si “era el jilguero o la alondra”, trasladado a la Verona de Montescos y Capuletos en brazos de la leyenda que recogiera Boccaccio y terminara en tragedia por el ingenio de Shakespeare. Ana le esperaba en la habitación parodiando la postura de una maja desnuda: se había quitado la ropa. La noche resultó prolífica, al menos preñó a la mitad de las musas de su parnasillo, en folios de apretada escritura. Ana, en la habitación contigua, emitía un acompasado y relajado soprido: el máximo ronquido que se permiten reconocer las mujeres.

Cuando el flujo de los folios empezó a decrecer y Ana bajaba con las manos vacías hasta el rincón de la barra, Sergio Álvarez entró en grave meditación. A las estridencias del martillo neumático, que no paraba en todo el día y parte de la tarde, le seguía el ruido de los *atambores*. Pronto llegaría el buen tiempo, y los fines de semana, en que Andrés Ibarra disponía de más horas de concentración, se vería de nuevo interrumpido por la algarabía de la fiesta nocturna. La Pascua florida no daría ya aquella flor, pero, si seguían así, se toparían de lleno con el desenfreno de los decibelios a toda pastilla de los altavoces, de la *ecpirosis* del solsticio de verano. Aquella corporación municipal se había convertido en una compañía de títeres, dejando las cosas serias: el urbanismo y los servicios públicos, en manos de promotores privados, como correspondía a la mentalidad del nacionalcatolicismo y su exultante exhibición por la calle, en chaqués, mantillas y peinetas. Echó mano de su agenda de teléfonos y encontró la solución. De la milicia conservaba algunas relaciones y se dispuso a usarlas. Tuvo que aguantar las consabidas bromas y alguna confidencia subida de

tono. Su fama de asaltaconventos era conocida y jaleada entre la camaradería varonil de la profesión, y en tocando a las aventuras amorosas, la solidaridad y el apoyo eran una cuestión de honor. Consiguió la casa apartada de la huerta y entregó las llaves a Ana con el acuerdo conspiratorio de la producción literaria, dejando a su buen criterio la dosificación adecuada de sus otras mañas, para cuando flaqueara la inspiración. En ese entendido se despidieron y se confabularon, para salvar el atasco del carro narrativo de su común pupilo.

Esperaba tranquilo, Ana no tardaría en llegar con la producción en aquella huerta, que imaginaba abundante. Entretenía su ocio riendo para sus adentros de aquella mascarada de túnicas y cíngulos de penitencia, cuando la vio subir el tramo de escaleras con aires de princesa, luciendo todos los colores del arco iris. Venía hermosa y agitaba con visos de triunfo, a modo de saludo, unas hojas en el aire. Se levantó ceremonioso, su plan había dado resultado.

– ¿Ha descubierto el blasón? -le dijo a modo de saludo-. Está en la entrada de la torre, a la que se accede por el interior. Espero que no lo hayan quitado con las reformas.

– No creo -dijo una Ana victoriosa poniendo encima de la mesa las hojas-. No ha dejado un solo minuto de trabajar.

– Esto tiene masa física, espero que contenga peso específico.

– No te lo vas a creer, pero el relato ha dado un giro insospechado.

– Te lo dije, son los fantasmas de ese antepasado de mi amigo, esperaba que los albañiles no los desalojaran. ¿Cómo está?

– Relajado y feliz, lo he dejado escribiendo.

*Le terminó contando parte de la historia de aquella torre, que albergó a un miembro del Santo Oficio a finales del siglo XVII y la leyenda que se corrió por toda la huerta de que las almas en pena de los ajusticiados por su intervención visitaban las estancias con alaridos de ultratumba. Abandonada durante mucho tiempo, por aquellos ruidos misteriosos, cayó en la ruina, que ahora remediaba este otro antepasado convirtiéndola en su segunda residencia.*

*Los Autos de Fe reportaban ingresos extraordinarios a las arcas del Santo Oficio, que los comisarios detraían y confis-*

*caban del patrimonio de los represaliados. Tenían que pagar a sus expensas los cuantiosos gastos de aquella maquinaria implacable que, cuando se ponía en marcha, era imparable: el olor a chamusquina conseguía apaciguarla. No se saciaban con las penas de azotes, vestir el sambenito o sufrir el destierro, que se imponía a los reconciliados. La gruesa estaca del Quemadero al que se ataba al reo tenía que arder con aquella luz que iluminaba las conciencias y prevenía a los pecadores reconduciéndolos por el camino de la virtud. Un Auto de Fe sin hoguera era como un jardín sin flores. El ajusticiado perdía todos sus bienes y aquellos encomenderos se daban buena maña para enriquecerse a costa de la desgracia de indefensas viudas y críos despojados. El estigma de la hoguera alcanzaba a los supervivientes y les marcaba de por vida. Las piedras de aquella torre estaban impregnadas de ese humo, y la argamasa con la que se unían, entreverada del sudor de los deudos que pagaban ese tributo de horror y sangre.*

– Si se vuelven revoltosos, hay que asperjar con agua bendita, la del santuario cercano dicen que es infalible. No sé yo si en esto de las aguas milagrosas hay categorías, ésta dicen que es muy efectiva.

Le recomendó muy vivamente que tendrían que volver antes de la dominica *in albis*, en que la huerta se poblaba de gentes en romería, con sus curas a la cabeza contando feligreses. Se desquitaban así de la sequera del carnaval, apreciando la cantidad de devotos romeros, sin reparar en que el mismo pueblo llano participaba de uno y otro evento. El relajo del carnaval daba paso a la semana de penitencia y al colofón de la romería.

Así quedaron, cuando Sergio Álvarez mostraba ya síntomas de impaciencia por ponerse a leer y Ana tenía que ocuparse aún de comprar las provisiones a por las que había salido. Era ese ejercicio de simulación que tienen que aparentar muchas veces las mujeres, para hacer posible los imposibles, con el milagrito de cada día. Andrés miraba la huerta en un relajo de su inspiración, cuando Ana volvía, cargado el maletero de bolsas del hipermercado. Por todo agradecimiento a sus desvelos le soltó casi un reproche:



– ¡Cuánto has tardado!

Pero Ana tenía ya preparada coartada y justificación en las colas de las cajas, que a esa hora adquirirían proporciones desmesuradas.

– No sabes la de madrileños que se han dejado caer estas vacaciones, habrán dejado Madrid vacío.

Y se fue a la cocina a preparar la cena. Andrés le siguió remoloneando, trataba de decirle algo, se le veía dubitativo. Dio un rodeo indagatorio:

– La torre está vacía, están estucando las paredes, un trabajo fino. Se nota que tus amigos tienen posibles, no sabía de esas amistades...

– Te sorprenderías de la cantidad de habilidades de que soy capaz.

– Sí que he quedado sorprendido, ¿has visto el escudo blasonado?, está a la entrada de la torre. La leyenda pone los pelos de punta, nada menos que de un comisario del Santo Oficio.

– Vete a saber, a los nuevos ricos les gusta presumir de antepasados.

– Estos no son como para enorgullecerse, para ir enseñándolos por ahí.

– Por eso lo habrán escondido en la torre. Tú aplica el refrán de “a caballo regalado no se le mira el diente”, y no seas tiquismiquis. Ocupate de dar vuelo a ese relato, lo demás déjalo de mi cuenta.

No le llegaba a desestabilizar aquel letrado, estaba curado de espantos. Era la noticia que martilleaba en todos los telediarios, parecía que no ocurría otra cosa en el mundo. Optó por dar otro rodeo.

– ¿Has comprado el periódico?

– No, se me ha olvidado.

Y siguió sin darle más importancia preparando una ensalada. Andrés la seguía en sus precisos movimientos, parecía conocer aquella cocina, lo encontraba todo a la primera. Se decidió por fin.

– Lo he visto en un avance informativo, creo que el Papa está muriéndose de pie. Es algo escabrosa la exhibición pública de esa agonía. Es un débil anciano que se muere, ¿no tienen piedad?

Ana presentía que algo le rondaba la cabeza. Tenía que hacerle desistir de esa obsesión, la trama argumental podía sufrir un serio descabro. No era la dirección que debía tomar, esa novela estaba ya escrita. Dejó de remover la ensalada. La tentación podía llegar a ser fuerte, el ambiente que seguía a la muerte de un Papa, la cobertura de la noticia,

ocupaba toda la primera plana de los noticiarios. Sergio se lo advirtió: *si termina influido se perderá, no viene otra cosa en los diarios*. Se adhirió a su sentimiento de piedad.

– Es solo eso, un ser humano que sufre, no deberían someterlo a ese calvario, es patético.

– Muy pronto habrá cónclave: *cum clavis*, ¿sabes qué significa?

– Sí, algo así como una reunión del Colegio Cardenalicio a puerta cerrada, hasta que salga la fumata blanca.

– Más de un centenar de cardenales deliberando, votando, hasta obtener una mayoría de dos tercios. El ritual es muy preciso, la televisión no habla de otra cosa. Me recuerda algo, no sé muy bien dónde lo he leído.

Ana ya no se pudo contener, se secó las manos en el delantal y se le encaró abiertamente.

– Yo sí lo recuerdo y deberías alejarte de esa historia. Habla de una situación similar, con un cardenal camarlengo que asume funciones extraordinarias. Confirma la muerte del Papa dándole con un martillo de plata en la frente por tres veces pronunciando su nombre y la anuncia, retira el Anillo del Pescador y lo machaca con el mismo martillo. Esa novela está ya escrita, no insistas, sabes muy bien de qué trata.

Sondeaba, para aliviarse de la tensión que sentía en ese momento, la decisión que le llevaría por uno u otro derrotero: elevarse a las alturas o precipitarse en el barro. El momento histórico le daba ocasión para fabular sobre todas las intrigas que se desatarían en el Vaticano. La reprimenda surtió efecto.

– No se me ha pasado por la cabeza, ha sido ese noticiario, la imagen de un hombre sin voz, extenuado, la que me ha movido a compasión. No tengo intención de aprovecharme de ese dolor humano que respeto, como lo hará toda esa caterva de fariseos que se lanzará sin vacilación sobre los despojos. Era una reflexión. La Iglesia ha perdido una de sus grandes batallas: la inclusión en la Constitución Europea del reconocimiento del cristianismo como parte fundamental del legado histórico y cultural de Occidente. El retroceso inexorable de las vocaciones, la batalla pura y dura por el monopolio de la enseñanza religiosa en las escuelas, la pérdida de interés de la juventud por las prácticas religiosas... Todo se une, tienen que aprovechar ese caudal informativo que les depara la muerte

de un Papa, lo están paseando moribundo camino de su gólgota. El laicismo avanza, la ciencia vence en su largo pulso de siglos, han perdido la batalla. Pensaba en eso, no trato de recrearme en una orgía de sangre y en un americano que viene a solucionarlo todo.

– Harás muy bien. Pero no te descuides, la diplomacia vaticana es muy sutil, la más antigua de las cancillerías del mundo. Estoy de acuerdo contigo, no necesitamos de ningún vaquero que venga a sacarnos las castañas del fuego.

La simbología era un elemento obligado. Esos tratados estaban plagados de signos, de expertos semiólogos que los descifraban descubriendo a los asesinos. La acción se terminaba cuando el último signo era descubierto. Tenía razón su buen amigo Jorge, Umberto Eco había iniciado magistralmente el género, pero existía esa “delgada línea marrón...” que los diferenciaba. La sonrisa no le pasó desapercibida, Ana le observaba con precaución dispuesta a la réplica.

– Me alegro de que te lo tomes con humor, que no te paralice la responsabilidad.

– Me acordaba del chico de las Alpujarras y de los relatos de Fuckowski, leí uno muy gracioso..., maneja muy bien los símbolos del lenguaje actual de los jóvenes. Eso me preocupa, el entramado de signos.

– No sé si te habrás dado cuenta, pero tienes en tu mano la simbología fundamental, la más antigua de la cultura mediterránea que enlaza oportunamente con la trinidad, las trilogías de las que hablas.

Se giró sorprendido, Ana le orientaba sobre algo que él pasaba por alto, que se le había escapado. Le interrogó con la mirada, no se atrevía a preguntar abiertamente. Ella le respondió.

– El vino, al que siguen dos elementos más y que forman una trilogía, están en la base de la subsistencia del Mediterráneo. ¿No te has parado a pensar?, ahí está la clave. La simbología aristotélica de los elementos básicos: la Tierra, el aire, el agua y el fuego, están ya muy sobados en otros textos. Te falta el pan y el aceite de los santos óleos. Esos son tus tres argumentos de muerte y resurrección.

Era magnífico tener lectores que interpretaran con acierto aquello que no se terminaba de expresar con claridad. Si su primera lectora lo autorizaba, tenía el camino expedito.



## V JORNADA

### *Después de la Dominica in Albis*

El inspector Jiménez apretó el timbre por tercera vez dejando transcurrir los segundos. Su insistencia tuvo el efecto buscado, sabía que le esperaban, la amplitud y profundidad de aquella casa le era desconocida. La observación que hizo del gabinete y del amplio zaguán de acceso le daban idea de unas proporciones poco usuales en comparación con los pisos modernos. Escuchó unos pasos acercarse y adoptó una actitud distraída. Desechó la mueca extraña que el solo recordatorio de la palabra -¿cómo era?- le pintaba en el entrecejo. Encontró una regla nemotécnica para acordarse, la asociaba con “palo santo”, eso era, “palimpsesto”. Consultó su enciclopedia, la referencia era breve y clara: *Códice o documento de pergamino que ha sido raspado para poder escribir de nuevo sobre él*. No necesitaba de más erudición. El otro anuncio le perturbaba, no le era asequible, los caminos de la Red eran un arcano para él. No obstante, donde el conocimiento no le llegaba, ponía su intuición. La fue rumiando por el camino, con el paso demorado y distraído al que recurría cuando meditaba en algo. En lenguaje llano no podía significar otra cosa, según las palabras del profesor Ibarra, sino que alguien pretendía remedar aquel recurso de la antigüedad con las modernas tecnologías, ¿qué otra cosa podría ser? En esas estaba cuando se abrió la puerta, Bárbara le recibía con una amplia sonrisa.

– Pase, le estábamos esperando.

Recorrió con un experto vistazo el gabinete mientras saludaba con un apretón de manos a Ibarra. Advertía cambios, algún pequeño desorden en la estricta armonía que recordaba. El ordenador y algún objeto trasladado de sitio no se ajustaban en su memoria fotográfica. Lo dijo para iniciar la conversación.

– El ordenador, ¿es nuevo?, quiero decir que no estaba antes.

Ibarra se apresuró a darle la explicación que enlazaba con la búsqueda de los textos apócrifos de los que le hablara por teléfono, del encargo recibido del profesor y de la necesidad de dotarse de los medios necesarios para comprobarlo. Había meditado su argumentación, era impecable en la secuencia de hechos, no tenía ningún resquicio por el que se colara la astucia deductiva del detective.

– Tiene buena retentiva visual, está en lo cierto. El profesor no era muy amigo de los medios informáticos, lo hemos instalado esta mañana, para obtener esas paginas de las que le hablé. Puede usted comprobarlas, tenemos un surtido representativo, pero hay más, no hemos llegado al final, surgen aplicando al código de la URL, al dígito final, un múltiplo de tres. Aquí tiene.

Y le entregó la carpeta de tapas azules, de la que oportunamente había separado los últimos versos del Vate loco. Era prematuro para desvelar aquel otro enredo, primero tenía que digerir el palimpsesto antes de entrar en el acróstico. El inspector Jiménez se puso a mirar distraídamente aquellas hojas. Se trataba más de una cortesía que de un atento examen, no era un experto, le permitía pensar sobre el camino a seguir. Cerró con gesto pausado la carpeta y la dejó reposar en el sofá sin apartar la mano de encima, como queriendo dar a entender que su revisión no había terminado. Les miró de frente, sin pronunciar palabra, esperando una explicación. Se creó un silencio incómodo. Tanto Bárbara como Ibarra esperaban alguna pregunta, una petición de aclaración, no querían ser los primeros en abrir el coloquio. La información debía dosificarse según sus requerimientos, como si las conclusiones a las que llegara fueran propias y no inducidas. Ibarra optó por una pregunta intrascendente que no comprometía a nada:

– ¿Qué le parece?

El inspector se atrincheró en la retranca gallega de sus ancestros, como es de conocimiento público, responder a una pregunta con otra.

– ¿Cómo empezó este galimatías?

A Bárbara le pareció oportuno afianzar la estrategia común, desplegar el argumento consensuado con Ibarra sobre el encargo recibido del profesor Abellán. Lo dijo como si se tratara de cosa sabida.

– Ya sabe, mi padre nos pidió ayuda para indagar en la *web* sobre un texto apócrifo insertado a continuación del *Lazarillo de Tormes*. No le

dimos importancia hasta que sucedió... Creí que se lo habías contado -dijo mirando a Ibarra-. En cualquier caso, ese es el principio y, como verá, no se trata de un solo texto, existen multitud de páginas trucadas.

El inspector Jiménez separó la mano que apretaba la carpeta como un pisapapeles y utilizó las dos en su parlamento, las palmas hacía arriba, denotando con intención ensayada que no ocultaba nada, que sus preguntas eran inocentes. Ibarra conocía el recurso al gesto de exhibir las manos para reforzar la dialéctica y se puso en guardia, pero no encontraba la forma de avisar a Bárbara. Carraspeó como si algo se le hubiera atravesado en la garganta. El inspector lo miró simulando que no era consciente del aviso y prosiguió tratando de dar credibilidad a su ignorancia en todo lo concerniente a la informática, para lo que no tenía que esforzarse demasiado.

– Comprendan mi desorientación, no domino las nuevas tecnologías, es como si me hablaran en chino mandarín. Si pudieran ser más explícitos, se lo agradecería.

Bárbara, como experta, creyó llegado su momento.

– No sé si se lo he dicho, pero profesionalmente me dedico a esto, soy experta de seguridad en redes. De ahí que mi padre recurriera a una opinión autorizada.

El inspector Jiménez ensayó una sonrisa de admiración, como una leve reverencia que acentuó con un gesto de su mano derecha que parecía rendirle pleitesía, que la animaba a continuar. Bárbara prosiguió.

– Estamos en el inicio de la indagación, no podemos ofrecerle una conclusión clara, solo la constatación de la existencia de esas páginas, que, como ya habrá podido entender, no deberían estar donde están. En eso – añadió señalando con la mano a Ibarra–, el experto es él. Ha colaborado en la selección de alguno de los textos que ahora aparecen trucados.

Esta vez, la genuflexión la dirigió al profesor, que le respondió con una leve inclinación de cabeza. Parecía animarle a que hablara, que podía ser su turno, pero Ibarra dejó que Bárbara continuara.

– En lenguaje llano, con palabras sencillas, puede decirse que un intruso ha conseguido vulnerar la seguridad de la biblioteca virtual y añade a placer apostillas a los textos clásicos con total impunidad. Qué alcance o propósito pueda tener nos es desconocido. Lo que si puedo

decirle, por experiencia, es que no parece a simple vista la forma de actuar de... -dudó unos segundos, no se atrevía a pronunciar los nombres en lengua inglesa que los identificaba- se les llama *hackers* o *crackers*, a los intrusos que merodean por páginas ajenas. Entran y roban datos, destruyen archivos enteros, pero no está descrito que se dediquen a parodiar a los clásicos, a enmendarles la plana. Es insólito... esta forma de actuar me desorienta.

– Creo que voy entendiendo. Y esa biblioteca virtual, ¿no será la de la Universidad?

– En efecto, ¿la conoce?

– Es inevitable, leo la prensa todos los días, como es lógico pensar. Mi conocimiento viene de ahí, de las noticias que se publican. Creo que tiene un gran número de lectores esa biblioteca.

Se quedó reflexivo, algo rumiaba para sus adentros. Añadió:

– ¿Queda constancia de los lectores? Me refiero a si esas técnicas modernas de consulta es... cómo le diría... en mi época de estudiante se rellenaba una ficha cuando se retiraba un libro. Eso es a lo que me refiero, a la posibilidad de consultar esos datos y confeccionar una lista de sospechosos. Tal vez digo una sandez, pero cruzando los datos puede que lleguemos a un nombre, a una dirección, ¡qué sé yo!

Aprendía rápidamente, a Bárbara no se le había ocurrido, era una técnica rudimentaria pero no descabellada, tenía sentido.

– Es posible, pero existen procedimientos más expeditivos.

– Perdome mi entusiasmo; la ignorancia, como dice el dicho popular, es muy atrevida. Creo recordar cientos de miles de visitas a alguna de esas obras, no me haga mucho caso. Lo leí hace unas semanas, unas estadísticas sobre el número de lectores de esa biblioteca. Además, está el inconveniente de la territorialidad, se accede desde cualquier parte del mundo. ¡Ahí es nada, menudo caso! -Se rascó levemente con el dedo índice de la mano derecha en la extensa tonsura de su coronilla, le ayudaba a reflexionar-. Y, a todo esto, ¿habrán dado aviso a la Universidad?, hay que ponerlo en su conocimiento...

Ibarra carraspeó de nuevo, como pidiendo paso.

– Comprenderá que no hemos querido alarmar sin tener antes la evidencia, que, como ya sabe, se nos confirma en el día de hoy. Naturalmente, es cosa obligada, aunque... usted tendrá alguna actuación que hacer.



– No le quepa la menor duda, profesor, tenemos especialistas. A mí me cogió algo mayor. Lástima, hubiera sido el caso para poner colofón a mi carrera -adoptó un tono confidencial-, me jubilo pronto. Disfrutar de los nietos, esa será mi ocupación principal a partir de unos meses.

Parecía que la visita tocaba a su fin. El inspector cogió la carpeta azul que reposaba en el sillón. Luego interrogó mostrando el legajo de folios.

– Creo que esto es para mí, necesito algo más que mi torpe explicación. Por cierto, hice algunas averiguaciones. Ya saben, sobre el disco y ese coñac raro de encontrar. Tenía usted razón, se trata de una marca exclusiva. Lo del disco... no sé si nos llevará a alguna parte...

Lo dejó caer sondeando el efecto de sus palabras. Se cruzó la carpeta bajo el brazo y, acto seguido, se agarró la barbilla en un acto reflejo de meditación. Se demoró algunos segundos.

– Un curioso personaje compró ese disco hace unos días, el *Réquiem* de Mozart. No crea, no ha sido nada difícil, pura coincidencia. La única tienda que tiene aún esos discos, no se lo van a creer, está al lado de la comisaría. Una chiripa, pura suerte. Era el único que le quedaba, lo que descarta otras posibilidades y, además, la otra tienda de discos cerró hace unos meses. ¿No les parece providencial?

– Ha dicho, curioso personaje, ¿no es cierto?

– Sí, eso he dicho. Me informó el dueño, un simpático abuelete, es buen observador. Le hizo un retrato completo, llamó su atención la pajarita, es una prenda de vestir que ya no se lleva, ¿les dice algo ese detalle?

Una mentira deliberada les podía poner en evidencia, nunca se sabe hasta dónde puede llegar un policía obstinado. Ibarra miró con insistencia a Bárbara, que recibió el mensaje y giró la cara con un leve sobresalto de sorpresa, como si recordara algo. Ensayaba un recurso teatral, un efecto estético y visual. Avanzó una mano como pidiendo tiempo para pensar.

– Aquel señor que llegó al duelo entrada la madrugada... ¿llevaba pajarita?, estoy por asegurarlo. Dijo ser un colega de tu padre...

– Sí, se presentó como un antiguo compañero de mi padre, ya jubilado. Llevaba pajarita, no corbata, ahora lo recuerdo con claridad. Era ya muy tarde, compréndalo inspector, estaba extenuada.

– ¿Recuerdan algún detalle más, algo que me oriente? Si ese disco, como las evidencias parecen apuntar, llegó al gabinete de su padre de la

mano de ese amigo o colega, es probable, es lógico pensar que fue la última persona que lo vio... ¿con vida?

A Bárbara se le ocurrió el detalle del taxi, esa información no les comprometía a nada y, de otra parte, daba ocasión al inspector para ensayar su método, sus minuciosas pesquisas. Necesitaban tiempo para pensar. Lo dijo sin demasiada convicción.

– Creo recordar... cuando se despedía, dijo que le esperaba un taxi. Hizo el viaje de ida y vuelta en taxi, según sus palabras.

Ibarra corroboró con evidentes asentimientos de cabeza.

– Sí, yo también lo recuerdo.

– Entonces, no se hable más, los taxistas tienen un sexto sentido para recordar situaciones como estas. El problema está, ya lo podrán imaginar, en acertar con el taxista que hizo el servicio. Es cuestión de tiempo. ¿Algún dato más?

Los dos denegaron con la cabeza. El inspector inició una retirada estratégica, tenía ya argumentos suficientes para recuperar el caso. Estaba por asegurar que no le daban toda la información, que la dosificaban oportunamente, no llegaba a calibrar el porqué. Sus razones tendrían. Tal vez esa insistencia suya en reafirmar su ignorancia en las nuevas tecnologías. Se paró en el recibidor, cuando Bárbara hacía ademán de franquearle la puerta de salida.

– ¡Qué coincidencia!, no han reparado...

Dejó en suspenso su alegato, lo venía rumiando largo rato esperando la ocasión para soltarlo. Bárbara se detuvo en su gesto de girar el pomo de la puerta. Ibarra esperaba precavido. Esa actitud inocente, cándida, de aparente ingenuidad, le recordaba a un actor de una serie de televisión. El inspector sobreactuaba ahora, claramente, resaltando las actitudes del personaje que parodiaba.

– Es una simple curiosidad. El muchacho, ese alumno suyo, Soler ¿no iba disfrazado de Lazarillo? Su amigo, Manuel Solera, ¿hacía de ciego? Lo digo por ese texto que está en el inicio de la farsa, según me cuentan: “El Lazarillo de Tormes”. Deberían pensar en eso. La sustancia, pondría la mano en el fuego, fue alcohol y solo alcohol, una cantidad suficiente. Les anuncio que el caso queda de nuevo abierto. Les ruego que hagan memoria, cualquier cosa me puede ser de utilidad, aunque crean que es un detalle sin importancia.

Nada más cerrar la puerta a Bárbara se le desató el manojito de nervios que estaba conteniendo a duras penas. Una congoja extraña le subía y bajaba por el pecho. Se desahogó, libre ya de los miramientos que la presencia del inspector le imponía.

– Es él, no hay duda, el disco lo delata. Finge, miente, se descaró insolente aparentando inocencia, se burló en nuestra propia cara. Es un ser maligno, taimado. Mi padre lo descubrió, ahora estoy segura, por eso lo mató.

Mientras Ibarra trataba de contener el aluvión de sentimientos que Bárbara dejaba salir por fin, liberando la presión de la olla que bullía en su interior al encontrar contra quién proyectarlos, el inspector Jiménez se encaminaba con paso seguro a la parada de taxis de la estación del ferrocarril.

No hacía la calle desde muchos años atrás, su trabajo quedaba casi reducido a las cuatro paredes de su despacho. Aquel caso le hizo renacer antiguas querencias, el instinto de seguir una pista, ensayar de nuevo su olfato. No tenía ninguna necesidad, podía haberlo encargado a cualquiera de sus subordinados, pero se estaba convirtiendo en un reto personal. En aquella parada estaría lo más granado de la profesión esperando al TALGO de las ocho. Tenía tiempo de sobra.

La tertulia de taxistas entretenía la espera arremolinados en grupo. Se plantó en medio del corro sin más preámbulos y enseñó la chapa de su cartera. Las risas cesaron. Más tarde, su descripción hizo aflorar de nuevo las sonrisas.

– ¡Es el Lorito!

Y otro, sentenciando con autoridad:

– Un clásico de la noche.

– ¿Le conocen?

El que habló primero le aclaró al inspector:

– Pregunte al Pernaes, es su mejor cliente.

Era pronto para el Pernaes, tenía el turno de noche. Se dirigió directamente al más locuaz, aquello no tenía más recorrido.

– Me hará el favor de entregarle mi tarjeta. Mañana a las doce, ¿será buena hora? En cualquier caso que me llame, es un asunto oficial. Si pueden comunicarse por radio, le dan aviso. Cosa de trámite, que no se preocupe.

Y se fue dejando tras de sí un reguero de comentarios. Los más hablaban de oídas, de las anécdotas que contaba el Pernaless, pero otros le conocían de buena tinta en sus periplos nocturnos.

El Pernaless se presentó a las doce en punto, como un clavo. Venía compuesto y repeinado a la cita. No era la primera vez que comparecía, la noche daba para aventuras de todo pelaje. Al teniente no le conocía, él no picaba tan alto. Tocó discretamente con los nudillos en la puerta entreabierta y, acto seguido, hizo ademán de entrar:

- ¿Da su permiso, mi teniente?
- Pase, Gregorio, pase y siéntese.

Se quedó con el trasero en el filo de la silla, expectante, atento a las preguntas de la autoridad. No le había llamado por su nombre de guerra, sino por el de pila. Una fineza propia de los oficiales, los números de la policía no se andaban con esas galanterías. Los compañeros le habían informado de qué iba la cosa, era normal entre colegas. Desde buena hora de la mañana se ocupó en hacer memoria, tenía para escribir un libro, ¡menudo pájaro el Lorito! El teniente no tuvo ni que preguntar, cuando levantó la vista de los papeles que firmaba, el Pernaless se puso a cantar:

*Los jueves a las doce empezaban el periplo. Lo recogía en las escalinatas de la plaza. Llegaba puntual, atildado, con su pajarita que parecía se iba a echar a volar; bajando las escaleras con ese giro grotesco de su pierna maltrecha tanteando los escalones. No tenía que preguntar, se iban a visitar las putas callejeras del extrarradio, el centro quedaba aún concurrido a esa hora. Las examinaba y tanteaba a todas mientras les repartía unos bombones. Entonces escuchaba los comentarios más procaces y atrevidos mientras las chicas le seguían el juego y le urgían a que bajara del coche con ofrecimientos y fantasías eróticas. Cuando se cansaba, repartía su propina, dejaba caer unos billetes pequeños. En ese momento era cuando tenía que arrancar hasta el club de carretera. Una hora larga de espera. Lo que ocurriera dentro del club no era de su competencia, se quedaba escuchando la radio con el taxímetro en marcha. A las dos y media*

*regresaban a la Plaza de Correos y allí repetía la ceremonia de los bombones y los tanteos. No se demoraba mucho, a las tres de la madrugada tenía cita en un club cercano. Hacía algún tiempo que se entendía con la Argentina, un pedazo de jaca de metro ochenta, una belleza de la Pampa según tenía oído. Y allí se despedían hasta las cinco o las seis de la mañana, en que tenía que recogerle y ayudarle a remontar aquellas escaleras empinadas. Le dejaba en la calle de la Ermita, allí se despedían. Los entresijos de sus citas en el interior del club, lo juraba por todos sus difuntos, no eran de su incumbencia y, aunque eran presumibles, nada podía afirmar. Lo de la Argentina se lo comentó un travestido que atendía la barra, muy dicharachero, una noche que acompañó a un cliente que se empeñó en invitarle; total, que se tomó una cerveza y pegó la hebra con el maricón. Le llamó la atención la Argentina. La camarera le dijo – "Esa, tiene novio" – , y así se enteró, por casualidad. Hubiera podido preguntar cuando le llamaban para llevar a las chicas de retirada. Pero concluía que en esos ambientes cuanto menos se sepa mejor y tampoco lo veía muy profesional, sobre todo porque le podían ir con el cante a don Armando, el Lorito. Que no se podía uno fiar de ese personal.*

El Pinales terminaba su alegato, la retahíla que traía estudiada para el teniente. Concluyó sacándose el asunto de encima, pues, si de confidencias se trataba, era el caso que la Argentina debía saber lo suyo. Y así se lo dijo, como lo llevaba pensado.

– Así es, mi teniente, que esa mujer podrá darle mayor información, que yo, se lo juro por mis niños, no me he dejado nada en el cuerpo.

Para Jiménez era suficiente, pero le solicitó un móvil de contacto, por si precisaba alguna información adicional. Lo despidió en la puerta sin reparar en los sucesivos ofrecimientos de colaboración y en que estaba a su entera disposición. Le resultaba impropio acercarse al club de tapadillo y menos exhibiendo la placa, había perdido el hábito. Pero la curiosidad era cada vez más fuerte. Se sorprendió en sus propios pensamientos eligiendo un sombrero y una gabardina adecuados: sugerir sin

necesidad de pronunciar palabras la presencia inequívoca de un agente de policía.

Nadie transitaba la plaza cuando traspuso la puerta del club. No se quitó el sombrero. El travestido de la barra pegó un respingo y se le acercó solícito.

– ¿Qué le sirvo, caballero? -Parecía como si arrastrara la última “o” por la barra y le diera brillo.

– Una cerveza. Bien fría, por favor.

– Helada -dijo con intención, y para sus adentros: “Helada me ha dejado el tipo del sombrero, ¡la pasma!”- ¡Niñas, moved el culito, que hay clientes!

La que parecía la Argentina se bajó del taburete e inició una maniobra de acercamiento. Se acodó en la barra y o miró fijamente. Su acento porteño lo sacó de dudas, era ella.

– ¿Se le ofrece compañía, caballero?

– Siéntese y tome algo.

– Gracias, muy amable. Antonia, una copa. No le he visto por aquí, es la primera vez que nos visita, a mí no se me despinta una cara.

Se decidió a sondear por derecho, no estaba para muchos circunloquios.

– Verá, si pudiéramos hablar en privado, lo prefiero, ¿tienen algún reservado?

– Sin duda, pero le advierto que la copa dentro le reportará treinta euros, el doble que en la barra -El teniente ni pestañeó-. Como guste. Antonia, de las de dentro, un benjamín.

Cuando le descorrió la cortina para que pasara, se quitó el sombrero. Dejó la gabardina encima de un diván de colores inciertos, a la escasa luz indirecta que irradiaba de una especie de hornacina, adquiría irisaciones sospechosas. La Argentina puso la cerveza sobre una mesa baja, le hizo ademán de que esperara y apareció con una copa burbujeante en la mano. Era, sin duda, una de esas mezclas extrañas de gaseosa con colorante que facilitan la ingestión de una copa tras otra sin perder la cabeza. El teniente pensó que la parafernalia, los trapicheos del oficio, no habían evolucionado desde que él dejara la calle. El ritual de la copa, las frases hechas, las insinuaciones en gestos y exhibición de piernas y escotes eran clásicas en el ramoneo del cortejo cabaretero. Le hizo un ademán

inequívoco de que no precisaba aligerarse de ropa, que realmente su propósito era conversar. Le habló con una voz neutral.

– He venido a visitarla por razones de trabajo.

La Argentina venía ya advertida, la camarera le hizo un gesto expresivo poniéndose el dedo índice en el ojo derecho. Le susurró al oído discretamente que anduviera con cuidado, que tenía toda la pinta de un agente de la policía.

– Le parecerá extraño, hubiera podido citarla en mi despacho. No quise alarmlarla y tampoco trastocar su horario de mañana: me imagino que se acostará tarde. Se trata de una comprobación rutinaria. Me han dicho que la visita un tipo...

La Argentina asentía con gestos solemnes de la cabeza a cada nuevo dato. Le conocía. No parecía entusiasmada con el personaje. Le preguntó si había hecho algo o andaba en algún lío inconfesable...

– No pretendo alarmlarla, pero le aconsejo que no le acepte una salida del club, aquí estará segura. Me he visto en la obligación de advertirla. Anda mezclado en algún asunto extraño, no es el caso comentarlo, pero... nunca se saben los extravíos de una mente solitaria... En fin, que le recomiendo precaución y, si no le sirve de molestia, que me tenga informado si ocurre algún incidente.

La Argentina le dio un leve golpecito en la rodilla, amistoso, y cruzó las manos sobre el regazo. El inspector Jiménez la contempló en esa actitud recatada. No tendría más de treinta años y sus facciones, grandes pero armoniosas, le miraban con franqueza. Esperó, parecía dispuesta a soltarle alguna confidencia.

– Algo raro sí que es, pero conmigo se comporta como un caballero. Reparte bombones a las chicas y a veces, no se lo pierda, me recita poemas mientras... ya sabe, me despojo de la ropa. Poemas de amor, atrevidos a veces, pero nunca con obscenidades. Algunos me hacen llorar, no crea que soy una inculta, hice el secundario y me gusta la poesía. ¡La vida, capitán, da tantas vueltas!

El teniente asentía con pequeños movimientos de cabeza. Alcanzó la cerveza y tomó un sorbo. El paisanaje sí que había cambiado. En sus tiempos, la Argentina sería con toda seguridad una chica de Cuenca, de Murcia o de Albacete, a la que el novio dejó preñada y se fue a hacer las Américas. Nada que ver con el florido y exótico ramillete de todas las

nacionalidades que merodeaban por la barra. La Argentina se le quedó mirando esperando una pregunta, la policía siempre interrogaba.

– Lo de “raro”, ¿lo dice por su aspecto estrafalario?

– Aquí estamos curadas de espantos, capitán. Lo de feo, que bien mirado lo es con ganas, no es un impedimento, se cierran los ojos y se piensa en otra cosa. Lo digo..., las chicas se ríen, pero a mí ha llegado a impresionarme. Recibe mensajes del otro mundo cuando... entra en éxtasis. Al principio creí que eran susurros, palabras extrañas que se dicen en estos casos, pero no. Recibe órdenes, instrucciones. ¡Me entra una cosa por el cuerpo, como un repeluzno!

– ¿De qué tipo?, ¿las recuerda?

– Usted se pensará que a qué vienen estos remilgos míos, pero me da reparo. Antonia, la de la barra, las anota con precisión en una libretita. El tedio, la falta de algún acontecimiento de interés, ¡qué se yo!, cualquier cosa nos entretiene. Yo prefiero olvidarlos y que sea lo que Dios quiera. Me arregla la semana, es generoso, no puedo prescindir de su aportación de los jueves: ¡usted no sabe cómo está esto!, hay mucha competencia.

La Antonia llegó a la comisaría como un caballo percherón, subida en unos tacones que daban vértigo. Enredó en la puerta preguntando por el capitán, hasta que se hizo comprender. Un número pasó el aviso y el teniente dio su visto bueno. La Antonia miró por encima del hombro a los policías de guardia con aire de suficiencia y subió las escaleras con un taconeo que se escuchó en la prevención del sótano. Los dos reclusos que esperaban para declarar se levantaron del camastro, como si la propia Venus hubiera llegado a visitarles.

– ¿Se puede, mi capitán?

– Pasa, Antonia, y no me armes más alboroto.

Cuando estuvo a su altura le señaló una silla. Cruzó unas piernas perfectas, cuidadas, pero venía pintada con todos los colores de guerra posibles, parecía una máscara. El teniente se entretenía en unos papeles, se daba tiempo. Escuchó claramente el rebullir de aquellas caderas buscando acomodo en el asiento. Podrían dar el pego al más experimentado, pero su voz de falsete la delataba. Antonia padecía incontinencia verbal, le gustaba un cotilleo más que a los chotos la leche. Era su carácter, su forma de expresar a las claras que era mujer, que lo del apéndice carnal



que le tocó en suerte había sido un error de la naturaleza. La breve espera la inquietaba, se inclinó sobre la mesa dejando al descubierto el canalillo, unos rotundos pechos de silicona que hubieran bastado para contentar las exigencias de un par o más de mujeres. Lo decía con desparpajo, que ella lo tenía todo grande.

– Aquí me tiene, capitán -Antonia hacía notar de nuevo su presencia.

– Sí, ya te he visto, Antonia. Serénate, que me habrás puesto en pie de guerra a toda la comisaría. Es sólo un momento, un par de firmas.

Se pasó la lengua por los labios, insinuante, y se ajustó el bolso que se le escurría por el hombro. Llevaba su libretita de notas. Aunque no hacía falta, la memoria le funcionaba a la perfección. Cuando el teniente la miró con un signo inequívoco de que la escuchaba, Antonia se disparó como una ametralladora.

– ¡Ay, mi capitán, qué peligro tiene ese hombre!

– ¡Mujer, no será para tanto!, en peores plazas habrás toreado.

– Verá, el señorito es algo viciosillo, ataca a la Argentina a la reversa.

– ¿Cómo dices?

– Por detrás, mi capitán, no se me haga usted el inocente. No es que lo critique, no es ese mi comentario, ¿hablar mal de la entrada principal?, ¡ni pensarlo! Lo que no está bien, digo yo, es que la usen a una de antena parabólica.

Aguantó la risa como pudo. El gracejo chispeante que desplegab su voluntaria comunicante era contagioso. Manoteaba ahora con desenvoltura cuando se desprendió del bolso y lo dejó en el suelo.

– Lo que le digo es que enchufa la banana y parece que estén radiando el parte en Radio Nacional de España.

No pudo contener esta vez la carcajada. La Antonia le miró con una severa amonestación, porque, aunque no lo pareciera, estaba hablando muy en serio.

– No se ría, capitán, que algunas veces me pone los pelos de punta.

– Y si se puede saber, ¿cómo sabes tú esas cosas?

– Tomamos nuestras precauciones, nunca se sabe. La habitación de al lado, como si lo vieras por televisión, en pantalla panorámica. No crea que siempre, sólo en casos como éste.

En sus treinta y cinco años de servicio no había escuchado nada parecido. Tenía noticias de aberraciones para todos los gustos, de peti-

ciones extravagantes que hasta tenían su oportuno suplemento pecuniario. Pero aquella forma de comunicarse con el más allá le era del todo desconocida.

– Me dijo la Argentina que tomabas notas de las comunicaciones.

– No siempre, cuando el trabajo me lo permite, ¿quiere verlas?

Y rebuscó en el bolso hasta dar con un pequeño bloc.

– Tenga, es que mi bolso es como el Arca de Noé, capitán -se excusó ante la espera y el arrimo de barras de labios y lápices de ojos que dejó sobre la mesa.

El teniente leyó al azar alguno de los episodios. Se notaba a las claras que la fantasía de Antonia ponía algo de su cosecha, pero eran altamente ilustrativos. Cuando le dijo que aquello era una prueba que necesitaba, se le negó en redondo.

– Compréndalo, capitán, son para mis memorias. Saque una copia, no me deje sin mi libreta. Cuando me retire pienso escribirlas: ¡un escándalo! -Y manoteó como abanicándose con las dos manos delante de la cara.

Accedió comprensivo, aquello precisaba de un detenido estudio, si es que llegaban a tener algún sentido aquellas frases inconexas, parecían los desahogos de un iluminado, los desvaríos de un loco.

El intenso perfume a un Chanel cinco adulterado impregnó de nuevo la escalera y el taconeó volvió a poner en pie a los del sótano. A los guardias de la puerta tuvo el atrevimiento de dejarles su tarjeta de visita, la del club.

El resto de la mañana se la pasó dándole vueltas a las anotaciones de la libreta de Antonia. Le asaltaba una risa tonta cada vez que se acordaba del episodio de la parabólica y no lograba concentrarse en aquellos textos herméticos, necesitaba la opinión de un experto. Pero la pregunta era: ¿qué experto?, tal vez la de un psiquiatra clínico. El temor al ridículo le paralizaba. La credibilidad de aquellas notas quedaban cuestionadas si se tenía en cuenta la calidad del confidente, su procedencia y método de obtención, la capacidad de fabulación de Antonia. Lo más oportuno sería localizar al autor, comprobar su estado mental y hacerle algunas preguntas. Era el momento de dar entrada en la investigación a sus muchachos, que le llevaran al poeta putañero. No sería difícil, con esas pintas. La calle donde el Pinales le dejaba los jueves, después de sus periplos nocturnos, no tendría más de seis casas, era cuestión de preguntar. Se

decidió, hizo una llamada y efectuó el encargo. Esperó ya tranquilo: “aquel embrollo se resolvía apretándole las clavijas al tío de la pajarita y ¡Santas Pascuas!, ¡ya estaba bien de tantos paños calientes!”. Repasó de nuevo el texto que tenía sobre la mesa y exclamó:

“¡Mariconadas!, esto no es más que una mariconada”. Había llegado al límite de su paciencia y le salía la vena cuartera. Cuando algún asunto se le encasquillaba, echaba de menos los métodos expeditivos de su juventud y estaba en un tris de desplegarlos. En sus buenos tiempos, con una buena mano de hostias a la Antonia, se evitaban muchos gastos en idas y venidas. Miró alrededor, asustado por sus propios pensamientos, como si la intensidad de sus deseos se hubiera transmitido al aire y se propuso recuperar el aplomo: le quedaban unos meses para jubilarse, no era cosa de marrarla en un asunto de tres al cuarto. Pidió un café y apartó las notas como si las barrera de la mesa.

María de la Encarnación García, como rezaba su partida de bautismo, estaba a punto de un ataque de nervios. Paseaba por el exiguo camerino con riesgo de dejarse un ojo en alguno de los percheros donde colgaba sus capas de lentejuelas, aquellas que le tapaban las carnes durante sus recitados y que abría a su término. Era la primera vez que la dejaba plantada, nunca le había fallado. Recibía los versos la madrugada del jueves, casi amanecido, y tenía todo el viernes para ensayarlos. Desde que llegara al entendimiento con aquel espanto de hombre, hacía ya más de dos años, el éxito le sonreía. Su público esperaba el estreno de esa noche, la sala estaba a reborar. Esa tarde, mientras consultaba en su correo electrónico el recibo de los versos comprometidos cada semana, una y otra vez, recordaba la escena de su encuentro:

*Si usted quisiera, yo podría escribirle los más encendidos versos de amor, las más escatológicas fantasías eróticas. Tengo experiencia, puedo asegurárselo.*

Le puso en el dorso de la mano un beso húmedo que se secó en la capa con disimulo. El personaje era algo repulsivo. Pero le dijo que sí, por quitárselo de encima. Y empezaron a llegar los versos, según lo convenido, uno cada semana. Se decidió un viernes en que la inspiración no le llegaba, y el público se enganchó. Terminó por despreocuparse de la

penosa tarea de rimar a fecha fija y se dedicó por entero a declamar los que recibía. Nunca le reclamó su autoría, los recitaba como propios, el autor se conformaba con un razonable estipendio que regularmente le mandaba a lista de correos, puntualmente, para asegurarse el siguiente envío. No volvieron a verse jamás, cumplían mutuamente lo acordado. Era un negocio justo. Ella abandonó definitivamente el arte de la métrica, lo suyo era la escena. Su reto artístico, el estreno de cada semana, se anunciaba con grandes caracteres debajo de su nombre. Y ahora no le quedaba otro recurso que reestrenar, resucitar alguno de sus viejos poemas: aquello la intranquilizaba. Era el ingenio de aquel loco para enardecer al público, su estilo atrevido, el que no tenía parangón, la clave de los aplausos que cosechaba sin falta todos los viernes. Sus versos palidecerían, no tenían posible comparación. Se decidió a rescatar del olvido alguno de los primeros estrenos con la esperanza de no ser descubierta. Era su último cartucho: el primer aviso, la luz roja que anunciaba que faltaban cinco minutos para la representación acababa de parpadear en el marco de la puerta. Los recordaba con precisión, pero ensayó en voz alta el primero de los que tenía seleccionados comprobando su efecto, la sonoridad de los versos. Se quitó la bata ligera con la que se maquillaba, se enfundó una capa azul turquesa con primorosas filigranas en las mangas, respiró hondo, levantó la barbilla con aire desafiante y accedió al pasillo cuando la señal luminosa daba su último guiño y la voz del presentador anunciaba con fanfarria circense su nombre artístico: Candelaria, la del Puerto.

Al teniente no le agradaba que le llamaran a esas horas de la noche. Se estaba acomodando al horario regular de la oficina, al prelude de su bien ganada jubilación y cogió el teléfono con desgana. En zapatillas y pijama, saboreando su mejor güisqui de malta, se dejaba llevar por la peripecia de una película del Oeste, su género de evasión favorito. Su voz sonó claramente malhumorada. La de su interlocutor acusó el tono de reproche y comenzó con una precavida disculpa:

– Perdone, mi teniente, ya sé que no son horas, pero creí oportuno informarle. El tipo que nos mandó buscar... lo encontramos más tieso que una mojama -la voz vaciló al otro lado de la línea-. Un pequeño inconveniente... la descripción que nos dio, que no se ajusta... bueno, tiene poco que ver.

– Mándame un coche patrulla, estoy allí en quince minutos.

– No se moleste, mi teniente, estamos esperando al juzgado de guardia... está todo bajo control.

– ¡Que me mandes un coche te digo, coño!

Quería mirarle la cara a aquel cabrón, ver con sus propios ojos el escenario donde conspiraba y urdía sus hazañas y, de paso, cerciorarse de si podía dar el caso por cerrado. Para los agentes de policía aquel era un episodio sin relación alguna con las otras muertes, él disponía de la clave. El memorando que había redactado pidiendo la reapertura de las diligencias por doble asesinato lo tenía encima de su mesa, pendiente de los últimos retoques. Estaba por decidir si lo mandaba directamente a la papelería y dejaba de complicarse la vida. Si al viejo verde le había dado un patatús, bien merecido se lo tenía: muerto el perro, se acabó la rabia. A la Argentina se le esfumaba su mejor cliente y a la Antonia se le cortaba el repertorio de sus memorias. No pudo evitar un cierto sentimiento de piedad por aquella mujer, recordaba su confesión, con las manos plegadas en el regazo. Se dijo para sus adentros: “Un hijo de puta menos sobre la tierra”. Se ajustó la corbata delante del espejo, se pasó la mano alisándose el escaso pelo, y le dijo a su mujer que volvería pronto: “Un asunto del servicio”. El coche patrulla le esperaba en la puerta de su casa, la sirena luminosa despedía silenciosos destellos azules.

Ibarra siguió al pie de la letra la recomendación del teniente y puso en antecedentes al departamento de informática de la Universidad. Al principio le miraban con ojos de besugos sorprendidos por los destellos de un faro. Era imposible, el sistema de seguridad instalado blindaba la Biblioteca contra cualquier intromisión. Cuando empezaron a surgir páginas y más páginas forzando el código de la URL, ya no hubo discusión. Todo el equipo se puso en marcha para neutralizar el ataque de aquella inyección de SQL, cerrar la puerta trasera y diseñar cambios. Bárbara parecía dirigir el cotarro, la biblioteca estaba a salvo. De la producción apócrifa del Vate loco, algunos textos merecería la pena conservarlos. Ibarra se dedicaba a recoger de las papelerías todas las apostillas que iban apareciendo, parecían dignas de estudio. Aquellos informáticos se desprendían de ellas como si fuesen basura, peor, como si estuviesen contaminadas de un virus contagioso. Ahora lo percibía con mayor clari-

dad, era un trabajo de años, de severas reflexiones y conclusiones siempre heterodoxas. Realmente había que estar loco para acometer un desafío semejante. Se propuso dedicarle su tiempo, seleccionar y repasar todo el material, llegar a comprender las razones de aquella obra anónima y convulsa. Esa manera de violentar los textos, de llamar la atención sobre lo escrito, llevaba dentro un grito desesperado.

Nadie puso objeciones a que custodiara el manojo de folios que agrupó en cuatro carpetas. Bárbara estaba agotada. Consultó el reloj y la manilla del minuterero se acercaba a las doce de la noche. En aquel preciso momento, el teniente Jiménez miraba frente a frente la cara azulada del supuesto Armando Cimadevilla.

Camino del aparcamiento, Bárbara le entregó las llaves del coche, no se encontraba con ánimos de conducir. Se derrumbó en el asiento y apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla. Parecía agotada. Le confesó como si meditara:

– Debería volver a Madrid... solucionar algún asunto pendiente. Necesito enfrentarme de nuevo a la cotidianeidad, a la rutina. Tengo que pensar...

Él asintió mientras conducía, la mente se le iba a aquel legajo de folios que llevaba en el asiento trasero, tendría que ordenarlos y confeccionar un informe. No pudo evitar un sentimiento de compasión por aquel ser despechado, solitario, repudiado por todos como un apestado. Ni se atrevió a pronunciar su nombre delante de Bárbara. Tenía el palpito de que el teniente, a esas horas, seguía una pista segura y no tardaría en dar con él. Un triste final para una vida atormentada por el odio.

– ¿Te importa dejarme en casa?, quisiera estar sola. Puedes llevarte el equipo, mañana me devuelves el coche.

Le sonó como una despedida. No había tenido ocasión de sobrellevar con sosiego su duelo. Parecía reclamar un reducto de intimidad, un paréntesis de soledad y silencio.

Recuperar la rutina de las clases, después de unas vacaciones de Semana Santa tan accidentadas, y enfrascarse en el examen de aquellas obras completas, era el programa que tenía por delante. Su breve aventura madrileña, las ilusiones que había llegado a forjarse en su imaginación, se convertían en humo, en un espejismo, las palabras de Bárbara parecían contener un mensaje claro. Pero no dijo nada, siguió condu-

ciendo hasta dejar el coche aparcado encima de la acera, dispuesto a embarcar sus escasas pertenencias. Fue ella la que rompió de nuevo el silencio. Andrés Ibarra, con parsimonia, recogía su ropa doblándola con cuidado en sus dos bolsas de viaje.

– Debes comprenderlo, Andrés. Tal vez he sido muy brusca. Me ha salido así, de pronto, no he podido evitarlo.

– Tómate tu tiempo, sabes dónde puedes encontrarme. Nos queda el correo electrónico. Al fin y al cabo, por ahí empezó todo, ¿no? Mañana te traigo el coche. ¿No me das un beso de despedida?

– Claro que sí, tonto.

A Bárbara se le derramó un llanto manso, silencioso, como si algo frágil se le acabara de romper por dentro. Sentía una infinita ternura apoyada en su hombro y dejó correr las lágrimas como si fuera su padre el que la abrazaba, el hermano que siempre echó en falta, o el amigo que nunca tuvo, con el que poder compartir las cosas del corazón. Se separó, con los ojos aún húmedos y le dijo:

– Sabes que te quiero. La que no sabe aún cómo, soy yo.

Andrés Ibarra no sabía qué hacer en esas ocasiones. Pensó que, de tener un pañuelo, lo propio hubiera sido entregárselo con un gesto de caballerosidad. Es algo que quedaba muy visual en las películas. Se rebuscó pero no llevaba ni un mísero *clinex*. Pero a Bárbara se le había corrido el rimel y esas catástrofes requieren, además, de un espejo. Se entretuvo desconectando los cables del ordenador, dándole tiempo para que recompusiera aquel estrago de churretes. Volvió con la cara lavada a despedirle, sólo fue un gesto de la mano. Arrancó y se fue por calles vacías, donde el relente de la madrugada ponía brillos de neón en el asfalto.

Aquellos tímidos aplausos le traían una pulsión de fatalidad. Se ajustó la capa y abandonó el minúsculo escenario como si se tratara de una huida, con el presagio de las tragedias y un escalofrío por la piel. En el pasillo esperaba el humorista para hacer su entrada. Le respondió a su elogio con una precipitada frase de agradecimiento. Alguien le dijo que la esperaban, no prestó demasiada atención. Estaba allí, en el centro del camerino, apoyado en su bastón, como si ensayara un paso de baile inverosímil. Sintió sus ojos rijosos desnudándola. No pudo contener la furia.

– ¡Usted!, ¿tiene el atrevimiento de presentarse así?, no ha cumplido su compromiso. He tenido que improvisar, salir del paso como una principiante. ¡Váyase, no quiero ni verle!

– Debería calmarse, la ira no es una actitud saludable para los negocios.

– ¡He terminado con usted!

– Le traigo una propuesta que no puede desestimar, le ruego que me escuche.

Le miró sorprendida. Reprimió su deseo de echarle con cajas destempladas y se derrumbó literalmente en la silla de su tocador. Armando Cimadevilla se acomodó tímidamente en un rincón, en el brazo de un sillón de terciopelo granate y se apuntaló con las dos manos en el puño de su bastón. Dejó pasar un minuto largo hasta que comprobó cómo decrecían los espasmos de la respiración de Candelaria. Cuando lo creyó oportuno, comenzó a hablar pausadamente.

– No me ha dado ocasión de explicarme. Acepte mis más sinceras disculpas, me ha sido imposible cumplir nuestro compromiso. Razones que no vienen al caso me lo han impedido. Quiero compensarla, pero necesito efectivo.

Esperaba aún un par de contestaciones airadas, pero no le respondió. Después de su desahogo, reparó en el desastre de la actuación de aquella noche. El terror la paralizó. Su bien ganada fama se despeñaría en el pudridero del olvido. Bastarían unas semanas para que nadie se acordara de Candelaria, la del Puerto. Nada perdía escuchándole. Se giró en la silla, estaba dándole la espalda y encaró aquella mirada inquietante. Sus ojos parecían chispear de malicia.

– Le escucho.

Dejó la empuñadura del bastón y basculó su mano libre hasta alcanzar un *dossier* que reposaba en el asiento del sillón. Lo mostró como prueba irrefutable de lo que decía.

– Aquí le traigo cincuenta semanas de éxitos asegurados. Un año completo de actuaciones sin posibilidad de error. Son suyos.

Se refugió prudentemente en la ironía, preparaba cautamente la negociación que seguiría.

– Y... ¿a qué se debe tanta generosidad?

Le vio sonreír por primera vez, era una mueca, un rictus de la boca que se le desmañó grotescamente.



– Mi generosidad tiene un precio al contado y en efectivo, esta misma noche, mi tren sale a primera hora de la mañana.

– Comprenderá que no voy a pagar sin examinar primero lo que me trae.

Hizo ademán de alargar la mano, como solicitando aquel *dossier*:

Armando Cimadevilla lo retiró al lugar de donde lo había sacado.

– Conoce mi estilo, lleva dos años recitando mi poesía. Tiene la propiedad de más de cien poemas, sus derechos, todo por una miseria. ¿No se le ha ocurrido editarlos?

– La poesía impresa no da para comer.

Volvió a distender su boca en el remedo de su sonrisa.

– A usted no le ha ido mal estos dos años. Tiene un público entregado. Bien dosificados, le dan para tres ediciones completas, tal vez cuatro, con estos que le traigo. Se los quitarán de las manos. Encuentre alguien de la farándula que se los prologue, arme algo de revuelo, de escándalo.

– Y... ¿luego?

– El futuro, como usted sabe muy bien, es incierto. Mi compromiso alcanza hasta estos últimos cincuenta poemas.

– Quisiera leerlos.

Se levantó con una agilidad insospechada, avanzó un paso y le alargó los versos con una genuflexión de pacotilla.

– Aquí los tiene. Mientras los examina, ¿sería posible una copa de cava?, me gustaría brindar por el buen término de este negocio.

Pulsó un timbre que sonó con un discreto zumbido en la barra. Hizo el encargo y abrió el *dossier*. Él alzó la copa en un brindis al aire, sorbió golosamente la mitad de su contenido y se relajó pacientemente en el asiento. Esperaba tranquilo, su oferta era altamente razonable, no podía rechazarla.

Al principio leyó en su integridad los cuatro primeros poemas: allí había dinamita. Luego, fue comprobando los títulos, para terminar hojeando por encima los folios impresos. Tenía que ganar tiempo.

– A primera vista, parecen aprovechables. Necesito una segunda opinión, comprobar su efecto.

– Usted no necesita nada de eso, sabe muy bien lo que tiene entre las manos. No me regatee, me pone de mal humor el chaloneo. Tienen un precio que no admite discusión, preciso de seis mil euros.

Candelaria pegó un brinco en la silla. Lo hizo a propósito, simulando sorpresa. Pero no dejó de calcular mentalmente a cuanto ascendía, en monto total, a razón de los ciento veinte euros que le remitía todas las semanas. Era la cantidad exacta, le mantenía el precio.

– ¡Imposible!, no dispongo de esa cantidad en efectivo.

– En caja hay dinero suficiente, me he permitido hacer un arqueo a ojo de buen cubero. Su número llena esa caja todos los fines de semana. No aceptaré un cheque, ya le he dicho que salgo a primera hora de la mañana.

Su forma de apretar el *dossier* como si de algo propio se tratara, convenció definitivamente a Armando Cimadevilla de que el negocio estaba concluido. Esperó sin albergar ya dudas, sentía ese dinero en su bolsillo.

– Tengo que consultar, espere un momento.

– Vaya sin prisas, la noche es mi elemento natural. Le espero degustando otra copa de este excelente cava.

Su plan se cumplía en los más mínimos detalles. Miraba con satisfacción a su alrededor, podía reconocer el aroma de la ropa íntima de aquella mujer. Su recuerdo le inspiraba la mayor parte de aquellas rimas. Su monte de Venus exhalaba ese perfume irresistible que podía ventear sentado en la primera fila, no lo había olvidado a pesar de los años. La mente se le fue por los asuntos pendientes. La Argentina necesitaba dinero: a cambio, le daría cobijo clandestino por el tiempo necesario, su último refugio no era seguro. Ya no faltaba tanto, apenas tres semanas para que todo se viera cumplido. Su obra, estaba seguro, quedaba ya a salvo del olvido. La traca final, la que destaparía la caja de Pandora, no podían preverla, les dejaría sorprendidos. No tuvo el menor gesto de conmiseración por aquel desgraciado que dejó atiborrándose de pizza en su casa, cuando terminó el encargo del traslado, borraban su rastro. Su comunión con aquel pan envenenado formaba parte del rito, la segunda especie, el cuerpo místico donde se contenía la resurrección y la vida. El ritual era imprescindible, la forma, que en este caso era también consustancial con el fondo, tenía también que cumplirse. Respiró con alivio, unos pasos se escuchaban amortiguados en la alfombra del pasillo. Entró acompañada del propietario, el truhán con el que estaba amancebada. Jugaba con ventaja, su intuición nunca le fallaba en estos casos. El acce-

so a la caja, mediante un rodeo, pasaba por la entropierna de Candelaria, la del Puerto. Se puso en pie para recibirles. Traía un abultado sobre en la mano y transpiraba por todos los poros de su piel.

– Comprenderá que una cantidad así no es inmediatamente disponible. Me pone en un aprieto, tengo que pagar a los artistas.

No aflojó un ápice y le tendió la mano en espera de recibir el sobre. Cuando se lo alargó, lo introdujo displicente en el bolsillo interior de su americana.

– ¿No los cuenta?

– Confianza por confianza, Candelaria tampoco ha podido leer la totalidad de los versos.

Aprovechó para sacar a colación lo de la publicación.

– Nos cede sin condiciones la totalidad de los derechos.

Armando Cimadevilla puntualizó:

– No sólo los derechos, la gloria tan cara al autor. A partir de este momento, usted y nadie más que usted es la autora de esos poemas. Permítame que selle con un brindis el término de este negocio.

Se llevó la copa a los labios y apuró su contenido hasta el fondo. La depositó encima del tocador, parecía dispuesto a marcharse. Ella le detuvo con un gesto de la mano.

– ¿Es su última entrega?, ¿no habrá más versos?

– Tiene todo un año por delante, ya pensará en otro recurso. Empezce por el principio, escandalice a la audiencia radiofónica, dé el salto a la televisión...

Y saludó con un leve balanceo del bastón mientras dejaba cerrarse la puerta tras de sí. Recorrió el tramo de alfombra roja y salió por un hueco lateral de la barra. El humorista se retiraba del escenario con sucesivas inclinaciones de cabeza.

El teniente Jiménez juraba en arameo, presentía que le habían arruinado definitivamente los últimos meses previos a su jubilación. Aquel fiambre resultó ser un modesto transportista que se ganaba la vida con un motocarro digno de un museo del siglo XX. El aspecto de desalojo de la vivienda se advertía con claridad, su pájaro había volado. Algunos curiosos se arremolinaron en la puerta, la vida del inquilino de la vivienda era un arcano, nadie sabía más allá de los chismorreos de vecindad. La

cicuta acuática, el perejil de pantano, era todo un clásico en el repertorio de posibles tóxicos, ya nadie la utilizaba. Se moría sin dolor, así murió Sócrates. El forense parecía dar una clase magistral:

*La intoxicación aguda empezaba por atacar las terminaciones nerviosas de los músculos dando lugar a la parálisis de los miembros y dificultando la motilidad. La muerte se desencadenaba por asfixia, termina en una parálisis respiratoria. La cicutina, un alcaloide letal, se utilizaba en farmacología en extracto alcohólico, tinturas y pomadas; ingerida tenía una eficacia probada desde la Grecia clásica. Su olor desagradable había sido generosamente camuflado con profusión de hierbas aromáticas, cilantro seguramente, para atenuar las convulsiones del estómago. El cilantro, además de un remedio natural en los espasmos de úlcera de estómago, era un componente obligado en la salsa curry y mantenía una razonable reputación como afrodisíaco.*

Su método, era esta vez fácilmente identificable, el forense no precisó de las pruebas de laboratorio para avanzar un juicio casi definitivo. No se ocultaba ya detrás de un accidente fortuito, ese giro imprevisto debía tener un nuevo significado. Era inevitable, debía completar ese memorando y dar credibilidad a su discurso. Enlazar adecuadamente y sin deslices los tres casos le tenía preocupado. Debía empezar por escenificar allí mismo las investigaciones que había mantenido en el anonimato. Le era imprescindible la declaración formal y por escrito de todos los personajes de sus pesquisas, empezando por aquel endiablado enredo del palimpsesto. El profesor Ibarra le debía algo más que una explicación. Se dirigió al forense, otros agentes de la brigada escucharon sus palabras.

– ¿Recuerdas los dos casos de alcoholemia aguda?

Le miró sorprendido, se quitaba los guantes de látex en ese momento.

– ¿Qué quieres decir?

– Están relacionados, este envenenamiento es la prueba de mis conjeturas. Le seguía la pista al inquilino de esta casa, ordené su localización. Apostaría la pensión de un año a que es nuestro hombre.

El policía joven no pudo reprimir un gesto de admiración, su jefe era un maestro. El forense desvió la cuestión interesándose por el anuncio

de su jubilación, no quería airear la opinión que le merecían aquellos informes, prefería reservársela. La técnica había desplazado al ojo clínico, todo eran aparatos cada vez más sofisticados. Su olfato le decía que detrás de esos niveles de alcohol se ocultaba algo.

– ¿Te jubilas ya?, ¿cómo pasa el tiempo!

– Antes de que finalice el verano. ¿Conoces esos informes?

– Estaba de vacaciones, amigo Jiménez, no tuve nada que ver.

– Pero, los habrás visto, ¿no te dan qué pensar?

– Yo también me jubilo, de júbilo, unos meses después que tú. Si lo documentas en tu informe, habrá que revisarlos, no se me ocurre otra cosa.

Se escurría prudentemente del acoso del teniente, no saldría de su boca una palabra de crítica a la labor de los colegas, sus conclusiones se las guardaba para mejor ocasión, si tenía que revisar las otras dos muertes. Pese a sus evasivas, el teniente, tenía que plantearlo en aquel preciso momento.

– Como experto, ¿qué sustancia potencia los efectos del alcohol sin dejar rastro?

– Si te diriges al compañero, te diría sin pensarlo demasiado, que mucho alcohol, una cantidad suficiente. Si preguntas al forense, te diré que, después de las comprobaciones científicas, si me lo piden, emitiría un informe legal, por supuesto.

La cuestión había quedado planteada. Volvió a preguntar por la caja de la *pizza*. Habían rebuscado en el contenedor sin resultado. El teniente hizo un gesto al policía y se encaminó en dirección al coche patrulla. Por el camino de vuelta se planteó aquel último reto de su carrera policial como una cuestión personal. La astucia de su contrincante no eran las mañas habituales de truhanes y hampones, se enfrentaba a un personaje dotado de una inteligencia criminal fuera de lo común.



## VI JORNADA

### *En la recta final de la epirosis del solsticio del verano*

De todas las ordenaciones posibles que podían hacerse con aquel legajo de folios, se decidió por dividirlos en géneros y así, compuso tres gruesos volúmenes que rotuló en sus lomos con las etiquetas de: “Novela”, “Teatro” y “Poesía”. El humor, dentro de la literatura, había decaído en una especie de subgénero menor, aunque su historia no pueda explicarse sin recurrir a las obras de contenido humorístico. Desde la *Celestina*, que inaugura en las letras españolas el lenguaje cómico, pensaba Ibarra, no era posible encontrar una época donde no tuvieran presencia en la literatura la parodia, la ironía, el sarcasmo o lo grotesco. Coincidió con aquel incansable apostillador, que sin dudarlo, era el *Quijote* de Cervantes, la gran novela cómica del siglo XVII. La picaresca se culmina con *El Buscón* de Quevedo y su excelente humor negro. Sería el Concilio de Trento (1545-1563), al declarar que la moral era el fin exclusivo de la literatura, el que proscribió de alguna manera la risa. La referencia del acróstico, la pista contenida en sus letras iniciales al mencionar a Jorge el Viejo, parecía consistente con la intención de aquellos escritos. Pero Ibarra no acertaba a desvelar las claves ocultas que, sin dudarlo, iba sugiriéndole a cada paso el autor. ¿Qué pretendía? De una parte, parecía claro que les llevó de la brida a descubrir aquella obra apócrifa, y que de algún modo les había utilizado para sacarla a la luz, rescatarla del olvido. De otra, pensaba que no se comprendía bien el reguero de muertes que iba dejando en el camino, si su único objetivo era darse a conocer. No tenían sentido aquellas muertes, al menos que en su interior, en su más que probable locura, lucharan dos fuerzas contrapuestas, sentimientos encontrados y contradictorios. No se podía descartar la existencia de una doble personalidad que iba basculando entre *Eros* y *Tánatos*: entre el amor y la muerte. Su historia, la versión que les dio en el tanatorio, parecía encajar en ese perfil. Le quedaba completar su informe y entregar todo aquel material al Departamento, que, sin dudarlo, terminaría relegándolo al desamparo de algún rincón.

Decidió que nada trasgredía si sacaba alguna copia. De la entrevista que mantuvo con el teniente, después de que éste que encontrara al modesto transportista atragantado de pizza y atiborrado de cicuta, nada dijo a Bárbara. Algún correo de compromiso intercambiaron en aquel mes de separación, y terminó inmerso en el trabajo por mejor sobrellevar ese tiempo vacío que le dejó la ausencia de Bárbara.

El mes de junio se había presentado con calores de verano. Los exámenes finales y el paréntesis explosivo de las Hogueras de San Juan estaban a la vuelta de la esquina. El fuego consumiría toda la escoria adherida al corazón. Lo llevaba pensando varios días sin terminar de tomar una decisión. No quería violentar a Bárbara y que terminara accediendo por cortesía, por compromiso. Pero era la oportunidad de verse, con una sutil referencia a las fiestas que se avecinaban. De todas formas, nada perdía. El mes transcurrido era un tiempo razonable para poner en orden las ideas y, si al final todo se había terminado entre ellos, cuanto antes quedara claro mejor. Dejó que mejorara su estado de ánimo para dar cumplimiento a aquel informe y se enfrentó a la pantalla de su ordenador.

*Querida Bárbara: He terminado de encarpetar tres gruesos volúmenes con los desahogos literarios del Vate loco. Me queda por completar un informe de lo sucedido -no me vendría mal una ayuda de tu parte- más en clave técnica que literaria. No he podido evitar la pulsión de escribirte.*

*Me encuentro como un soldado en tierra de nadie, baleado desde las dos trincheras: la del enemigo y la propia. Estas balas son las que más duelen, ambas son mortales.*

*Las Hogueras, sin ti, serán sólo un estruendo de pólvora y decibelios desatados. Contigo, me sonarán a una dulce sinfonía.*

*No pongo condición. Acepto sin discutir un amor itinerante de fines de semana de ida y vuelta, estoy abierto a tus ofertas. Pon tú las capitulaciones. Espero una respuesta inminente, la fiesta está a punto de comenzar.*

*Tengo la extraña sensación, no es nada objetivo, como un presentimiento, de que el ataque no ha terminado. No le*



*encuentro sentido en ese caso. La segunda posibilidad que me comentaste, la de un caballo de Troya agazapado esperando una oportunidad, parece creíble.*

*Sueño con un devastador incendio, ¿será una premonición de las Hogueras? Tómate un respiro y dame esa oportunidad que tanto espero.*

*Me siento como si me fusilaran cada amanecer cuando despierto y tú no estás.*

*Este fiel soldado que ha jurado sólo esa tu bandera. Te quiere, te espera...*

No se paró Ibarra a repasar los desafueros del alma de aquel correo, su confesión de cadete enamorado, y mandó aquel e-mail con la esperanza de una contestación inminente, una aceptación que creía segura. El estallido de la *masclatá* le produjo el primer sobresalto: los muchachos anunciaban con algún día de antelación la borrachera de pólvora en que se sumergiría la ciudad. El olor cálido del humo, ese ligero escozor de azufre en la garganta, se coló por los postigos abiertos de su balcón. La fiesta había prácticamente comenzado.

Encajó el postigo, a la primera traca seguirían otras, el armisticio de silencio había sido un breve suspiro. Aquella ciudad emitiría durante más de setenta y cuatro horas la mayor concentración de ruido que el oído humano pueda soportar, había que protegerse. Beber y comer era otro de los componentes ineludibles del festejo: vino y cocas. Atender los requerimientos de vecinos y amigos, de colegas que insistían, era imposible quedar al margen: *¡Las dos especies del ritual cristiano!, vino y pan, alcohol y pizzas.*

Le asaltó a Ibarra como el estallido de un petardo.

*¿Eran esas las claves del ritual en aquellas muertes? “Yo soy la resurrección y la vida, el que coma de este pan, vivirá eternamente”.*

Le vino a la cabeza como en un *flash* de fotógrafo, la frase bíblica, las palabras de Jesucristo en la última cena, la ceremonia que se repetía en todas las iglesias del orbe cristiano, cada día, sin interrupción desde entonces. La coincidencia le trajo el recuerdo de su clase de finales de

febrero, cuando amonestaba a Vicente Soler y se preparaba para enfrentarse a sus alumnos de las cinco de la tarde. Había subrayado, de todas las aproximaciones posibles a la abducción, una definición que le pareció altamente ilustrativa. La recordaba conceptualmente, pero sintió la necesidad de leerla en su literalidad. Alcanzó el libro del estante y buscó la página:

*La abducción no es otra cosa que intentar adivinar, se limita a sugerir que algo puede ser.*

La intuición, entonces, era cabalmente el proceso intelectual de comparar la experiencia, lo sabido, el acerbo cultural adquirido, a un resultado probable que termina ajustándose a una observación concreta. Esa idea que le venía rondando la cabeza y a la que no encontraba respuesta. Se le desató la dialéctica:

*La tríada es consustancial a esa forma de pensamiento, la trinidad, también. Se habían producido tres muertes, eso suponía una tríada, pero sólo bajo dos especies, faltaba una tercera que completara la trinidad y, sin lugar a dudas, una inmolación final, el sacrificio redentor.*

En ese punto de su discurso, Andrés Ibarra tenía la certeza, de que de esas concepciones que parten de la antigüedad, que se separan por dos caminos distintos, se estaban enfrentando, en batalla singular, en el corazón de aquel hombre. Recordaba la tesis, aquel encargo del profesor Abellán, la simbología masónica bebía de varias fuentes. Alcanzó el volumen:

*Del Hermetismo, del conjunto de doctrinas atribuidas a Hermes Trimegisto, asumía las energías purificadoras de la naturaleza y terminaba denominando con éstas a los miembros de la logia. De ahí se derivaban los tres grados masónicos: el de aprendiz, compañero y maestro. También, ésta simbología reproduce las tres etapas de la "Gran Obra", que nos lleva a la muerte, renacimiento y resurrección. El hermetismo no es comprensible a los no iniciados, tiene el carácter esotérico de una doctrina.*

Siguió leyendo:

*Del cristianismo proceden importantes elementos doctrinales que se integran en la simbología del ritual masónico. Esa relación se explica por la convivencia de los gremios de constructores con las órdenes monásticas, sobre todo, en el Medioevo.*

Cerró el grueso volumen, su cabeza giraba a un ritmo vertiginoso.

Para el teniente Jiménez, aquellas notas se habían convertido en una obsesión. Sentía la tentación de apartarlas de su mente, de la investigación, pero le volvían irresistiblemente al primer plano de sus preocupaciones. Recordaba a la Antonia y aquella pulsión por zanzanearla, cuando se le atascaron aquellas palabras herméticas intentando buscarle un significado. Se sorprendió en un recuerdo complaciente de sus piernas, su perfecta cintura, aquellos pechos que podían alimentar a todo un orfanato. Casi da un salto en la silla: *Él, ¡no era posible!* Bien mirado, daba el pego, ese misterio de lo andrógino le perturbaba. Se desveló alguna de aquellas noches recordándola. No, se decía, son las notas que me entregó las que me quitan el sueño. Aquel profesor Ibarra podía sacarle de dudas. Compartían de alguna forma especialidad, según tenía entendido, el interés por la misma disciplina y, eso, comportaba una forma de pensar similar. Tenía que llamarle, el asesino había desaparecido sin dejar rastro.

La Argentina ya no estaba en el club y el Lorito dejó de acudir a su cita de los jueves. El Pinales, el taxista que le acompañaba en sus devaneos nocturnos, tampoco sabía nada. Le quedaba la Antonia, no tenía otro remedio que llamarla. Se justificaba con la investigación, pero, al mismo tiempo, cuando iba a levantar el teléfono, le subía un extraño calor por el cuerpo...: *¡No puede ser!*, se repetía sin dar crédito a su azoro. Terminó por marcar el teléfono de Ibarra, a la Antonia dudaba si citarla en su despacho, ya encontraría la forma. Ibarra se encontraba sumido en grave meditación cuando sonó el moscardón cabreado de su teléfono móvil. Estaba ilusionado esperando una llamada de Bárbara, pulsó con la inquietud de un neófito creyendo firmemente que era ella, que había recibido su correo: resultó ser el teniente.

– Disculpe, profesor, necesito una opinión cualificada, ¿le interrumpo?

No pudo evitar que su voz denotara un cierto aire de fastidio, tenía la certeza de que era Bárbara quien le llamaba. Recuperó un tono cordial.

– No, de ninguna manera, dígame.

– Verá, estoy confuso con unas notas... cómo las he conseguido no viene al caso, pero pertenecen sin duda a nuestro principal sospechoso, ya sabe... ¿Podríamos vernos? Espero su total discreción, forman parte de la investigación.

No le importaba pasarse por su despacho, tenía que salir, le cogía de camino. Aquellas notas incomprensibles tenían que contener alguna clave, estaba por asegurarlo.

En la calle se notaba el bullir de la fiesta, las luminarias colgadas, las animadas conversaciones en los cafés. La paloma, esa bebida mezcla de anís y agua que resurgía como por sortilegio del calor y la tradición de la fiesta, ocupaba la barra de los bares. Se tomó un café solo a deshoras, la gente tomaba ya el aperitivo. El teniente lo esperaba, le pasó un folio escrito con la transcripción que hizo de la libreta de Antonia, los comentarios de su cosecha los eliminó prudentemente.

– ¿Tienen sentido?

Preguntó el teniente con aires de urgencia, sin darle tiempo material de examinar todo el contenido. Ibarra necesitaba sosiego para comprobar aquellas notas, pero la pasión que se adivinaba en la voz del teniente requería un anticipo.

– Necesito tiempo, pero esta segunda línea contiene una referencia muy elocuente. Es una primera impresión, no me tome al pie de la letra.

La ansiedad del teniente se dejó notar cuando avanzó el cuerpo por encima de la mesa, como tratando de ver el texto a que se refería Ibarra. Llevaba semanas intentando desentrañar aquellas notas.

– ¿Qué dice esa línea?

Ibarra la leyó en voz alta reforzando su tono de misterio.

– ...Si Tierra se entera, el Aire llevará su soplo a Azufre.

– ¡Ah!, esa, ¿qué significa?

– Parece escrita con la simbología del hermetismo, hace referencia a las energías purificadoras de la naturaleza y...

– ¿Qué?

– Contiene los nombres de tres cargos masónicos.

El teniente se levantó de un salto. Ante la tranquila actitud de Ibarra, que sonreía, volvió a sentarse en el sillón. El profesor Ibarra recurrió a la ironía.

– ¿Le ha picado un alacrán, teniente? La masonería es una venerable y antigua institución, su jerga no es asequible a la gente común.

Su intuición se lo decía, aquellas muertes rituales llevaban camino de complicarse con una secta, una organización clandestina. El profesor Ibarra prosiguió:

– No le dé mayor importancia. Sin entrar en el contexto, aquí se habla de Tierra, el Tesorero de una logia; de Aire, el Secretario, y de Azufre, que es el Venerable Maestro. Lo que quiera significar no es evidente. Tal vez, en una primera impresión, parece, le digo que es una impresión...

El teniente se le adelantó, la frase acababa de encajarse en una de las mil conjeturas que había elaborado. Lo dijo en tono triunfal, como queriendo significar que él también tenía la cabeza en su sitio, sólo que algunos conocimientos no le eran asequibles.

– ¡Déjeme intentarlo! ¿Sería algo así como que si el tesorero se entera, se lo dirá al secretario y éste, a su vez, puede ir con el soplo al jefe?

– Exacto, coincido con su interpretación. Y, a todo esto, ¿de dónde ha sacado este material?

El teniente se puso digno, aquello pertenecía al secreto del sumario. La puerta se abrió y el tono inconfundible de aquella voz le hizo recorrer un escalofrío por la espina dorsal

– ¿Se puede...?, ¿me ha llamado, capitán? -Y fijándose en Ibarra con intención-. ¡Uy!, perdón, si trae usted chicos tan guapos, no me importa pasarme por aquí todos los días.

Ibarra se levantó respetuoso, aquella despampanante señora llamaba la atención, tendría más de un metro ochenta y cinco subida en aquellos tacones, como para marearse con la altura.

– Te dije esta tarde, Antonia, ahora estoy ocupado.

– Como pasaba por aquí, me dije, a ver qué quiere el capitán. Pero me marchó, no quiero interrumpirle.

– No importa -dijo el teniente algo confuso-, el profesor colabora en la investigación.

Antonia se sentó con su rebullir de caderas característico. Ibarra, que empezaba a comprender, asistía divertido; el teniente luchaba a brazo partido con su dignidad de varón, pero no quitaba ojo de las caderas de aquel jodío maricón que le estaba trastornando los sentidos. Antonia se puso a chismorrear.

– Estoy muy preocupada, por eso he venido a todo correr.

Ante las miradas divertidas de sus dos interlocutores, hizo un mohín de desagrado y añadió:

– ¿Por qué será que nadie me toma en serio?

– No es por nada, mujer, será tu forma de hablar -medió el teniente, comprensivo.

– Es por la Argentina, con ese loco suelto... no me fio.

Para Ibarra esa parte de la historia era totalmente desconocida, prestó atención a lo que decían, no le cabía duda de que hablaban del Vate loco, del personaje que le había tenido ocupado las últimas semanas revisando sus escritos, su producción apócrifa. Sus miradas se cruzaron, la Antonia no pudo evitar lanzarle uno de sus mohínes preferidos, un fruncimiento de los labios y una especie de beso al aire. Era incorregible.

– ¿Has averiguado algo?, si no me ayudas a localizarla, no puedo protegerla, ¿piensas que está con el Lorito?

– ¿Con el alto parlante?, no creo. Dicen las chicas, ya sabe, chismorreos, que ha encontrado a un hombre que le ha solucionado la vida -y volviéndose a Ibarra-: Y, usted caballero ¿está casado? ¡Está una tan sola!

– Déjate de melindres, Antonia -cortó el teniente algo enfadado.

– No, si con las visitas que llevo a esta comisaría me estoy pensando meterme a policía, ¿qué le parece a usted, profesor?

A Ibarra no dejó de divertirle la idea y le respondió con una galantería, como si se lo dijera a una señora.

– Estoy seguro de que acabaría con la delincuencia en cuatro días, todos los malhechores irían voluntariamente a que usted le pusiera las esposas.

– Se nota que es usted un caballero, sabe distinguir a una verdadera dama.

Las primeras tracas empezaban a menudear por las calles, la última estalló cerca. Antonia pegó un brinco en la silla.

– ¡Un tiroteo!

– ¡Déjate de hacer teatro, Antonia!, ¿no ves que son petardos?

– No gano para sustos últimamente, capitán. Tengo al loco ese pico de loro metido en el sentío, no lo puedo remediar. Estoy sola en mi casa, que se mueve una cortina, un susto; que cruje algún mueble en el silencio de la noche, susto y medio; que se abre la ventana con el viento, un infarto. Nada más de pensarlo, se me acelera el pulso -e inclinándose hacia Ibarra le invitó a que lo comprobara-. Ponga su mano en mi pecho, caballero, nada más recordarlo me dan taquicardias.

Ibarra hizo lo que le pedía, con discreción, siguiendo la parodia de aquella redomada comedianta. La tragedia y la comedia se daban cita en sus gestos con singular maestría, se notaba que era una experta en simulación.

– ¿No siente nada?

El teniente dio por concluida la parodia. Se levantó, cogió del brazo a la Antonia y la acompañó hasta la puerta.

– Si te enteras de algo, me avisas, utiliza tus encantos, tus dotes de persuasión, lo que sea, pero localízame el paradero de la Argentina.

Cuando se sentó de nuevo, ambos se miraron sin poder reprimir el regocijo, Antonia taconeaba ya por las escaleras.

– ¿De dónde ha sacado a esta comedianta?, parece un personaje de la farándula.

– Trabaja en el mismo club que la Argentina, la mujer a la que visitaba nuestro hombre, todos los jueves sin falta. Ya no puedo ocultárselo, de ahí han salido las notas. Son las expresiones que pronunciaba en sus momentos... ¿sublimes?, Antonia las iba apuntando en un cuaderno. Espero su discreción, no me he atrevido ni a ponerlo en mi informe. Ahora menos, con ese enredo de la masonería.

– Se preocupa sin motivo. Ese hombre fue expulsado de una logia masónica hace ya muchos años, posiblemente por su conducta disoluta. La masonería es una institución respetable, teniente, nada que ver con lo que le han contado. Esa frase enigmática que le inquietaba y que por fin ha desvelado puede estar expresando un recuerdo lejano. No arriesgo mucho si le avanzo un pronóstico. La mención del tesorero puede estar

apuntando hacía un asunto de contenido económico. El Secretario, que sería el encargado de reflejarlo en un acta, se ve obligado a comunicarlo al Gran Maestro. La expulsión puede ser la consecuencia de un desfalco, por poner un ejemplo.

– ¿Cómo sabe todo eso?

– Estoy informado, por motivos profesionales he tenido que estudiarlo, una tesis doctoral. Si quiere que le traiga bibliografía...

– No, no se moleste, a mi edad es ya difícil cambiar algunas creencias, confío en usted. ¿Para cuándo puedo disponer de su informe?

Dudó unos segundos. Repasó por encima las frases entrecortadas que contenía el folio y dijo con gesto dubitativo.

– Un par de días a lo sumo, antes de que empiece el desenfreno sonoro de las Hogueras, el ruido no me deja pensar.

Por la escalera, era perceptible aún un intenso perfume a lilas, la fragancia que despedía Antonia esa mañana. Andrés Ibarra respondió con la mano al saludo militar del guardia de la puerta, que se llevó la suya derecha a la gorra, y se fue en busca de un restaurante donde silenciar el sonido de sus tripas: estaba con los dos cafés de la mañana en el cuerpo. La cara de susto del teniente, al mencionar a la masonería, ponía a las claras que la leyenda negra seguía funcionando. No daba resultado el ir defendiendo la honorabilidad de sus actividades, la gente prefería quedarse con la versión amañada, las simplificaciones siguen funcionando bien en el imaginario colectivo, en el ambiente de pereza mental del país.

Las calles empezaban a cortarse al tráfico rodado. Una grúa impedía materialmente el paso, estaba descargando los *ninots* de una hoguera. La *plantá* se adelantaba, los *foguerets* y *barraquets*, enfajados y con abarcas o esparteñas en los pies, dirigían la maniobra. Los chicos atronaban la calle con las *mascletás* y un olor acre que se pegaba en la garganta, subía en fumaradas al estallido de la pólvora. Se acordó de Bárbara, de su e-mail, de la respuesta que esperaba. Tenía que venir, no podía dejarle abandonado en aquella isla de estruendos.

Extendió encima del mantel aquel folio, cuando el camarero le dejó un plato de humeante paella, del que sobresalían las antenas de una par de gambas y las oscuras conchas de media docena de mejillones. No podía pensar con el estómago vacío. Conforme se fueron calmando sus jugos gástricos y la lectura se le volvía más comprensiva, iba reafirman-



do su primera impresión. Eran frases entrecortadas, pronunciadas en estado de trance, posiblemente vivencias del pasado que volvían desde la noche del subconsciente, como abducido por un ser exterior que se las dictase. En todo caso, la simbología de su pasado masónico era elocuente. Si no fuera porque el teniente le endosó el encargo, estaba por afirmar que aquello era una mamarrachada, un delirio sin orden ni concierto de una mente dislocada que cree recibir mensajes de otro mundo. Era el catálogo de frases adecuadas para definir a un espécimen con tantas caras como nombres. Entre los que recordaba, después del añadido escuchado en boca del teniente aquella mañana, un catálogo altamente expresivo: Vate, Loco, Divino, Lorito, don Armando Cimadevilla.

La liquidación de aquella empresa personalísima se remató sin duelo, al presentar a Martínez & Martines el finiquito de sus trabajos de auditoría pendientes de cobro. No le pilló de sorpresa la procacidad de su proposición ni el aire chulesco de nuevo rico maleducado, cuando le escuchó decir: *Nuestros negocios tienen arreglo, si tú quisieras...* No le dejó terminar. Le conminó a la entrega inmediata de aquel cheque, aunque se lo diera sin fondos.

*Aquel rijoso pretendía metérsele entre las piernas, en sus mismísimas bragas. Todo incluido en el importe de su asesoría: una especie de auditorias sexuadas.*

No tuvo necesidad ni ocasión de leer aquel e-mail de Andrés Ibarra. Si los mecanismos del mercado imperantes, el modelo de “competencia perfecta” que se había puesto de moda, necesitaban del añadido de aportaciones personales tan directas, el “suyo” no entraba a formar parte del fondo de comercio de su empresa. De modo que su título de ingeniería superior en informática, dos masters, el dominio perfecto del inglés, servían de bien poco si en el currículo no se dejaba constancia clara de que, además, la aspirante dominaba con soltura y desparpajo, el “francés”. En ese estado de la cuestión, Bárbara Abellán tomó una decisión inmediata: dar un giro copernicano a su vida, un golpe de timón de ciento ochenta grados y tomarse un año sabático. El recuento de sus ahorros, el haber líquido que le dejara su padre, aquel cheque que se fue a cobrar en un vuelo y además era bueno, añadido al remate de los pocos muebles

que contenía su piso de alquiler, daban más que suficiente para acometer sin apuros una docena de meses en tranquilidad y reposo. Luego, ya vería.

Todas estas reflexiones y alguna más se las fue haciendo conforme su coche avanzaba por la autovía de Valencia, hasta llegar a la misma puerta de la casa de su padre, la suya ahora, donde empezó a descargar el atestado maletero, los dos asientos posteriores, y hasta el del copiloto, que había llenado con el resto de sus pertenencias y efectos personales que no liquidó en aquella subasta de urgencia. El flamante equipo informático se salvó de la quema de sus naves, de la liquidación de aquella empresa que inició, sin atender las recomendaciones de su padre, embebida por el espíritu de nueva emprendedora, con los ánimos por los cielos, cuando tuvo entre sus manos aquel prestigioso título, el segundo master.

Su primer pensamiento, al acceder al gabinete, se le fue en pos del caballero triste, de la figura que componía Andrés Ibarra dándole el último adiós, de esas lágrimas de sentimiento derramadas en aquella habitación y, sobre todo, del gesto de desamparo al devolverle el coche. Sus correos goteaban ausencias y melancolías, disfrazadas con un ligero barniz de intrascendentes comentarios. Su instinto femenino, no se engañaba, le decía que guardaba su ausencia. Reprimió el impulso de llamarle y se dispuso a poner orden y limpieza en aquella casa que, en el corto espacio de un mes, se había cubierto de una pátina de polvo.

Cuando se bajó de los tacones, con ese gracejo que le permitía burlarse hasta de su sombra, Antonia no pudo reprimir un ataque de risa cuando pensó para sus adentros: *Si parezco un albañil bajándose del andamio*. Se entristeció luego, ante el espejo, con la cara lavada y el pelo suelto.

– ¡Ay, Manolito!, qué calvario te ha tocado vivir, de Dolorosa, ni carne ni pescado: ancas de rana.

Pero se puso de nuevo el mundo por montera y una bata de casa con más flores que una cuneta en primavera. Su genio vivo no daba tregua al desánimo, el pesimismo no era un estado de ánimo que le durara más de cinco segundos, el tiempo justo para otra dislocada ocurrencia. Lo que la entristecía, de verdad, era el recuerdo de su madre, de esa santa. Su

padre la sentenció, si volvía con aquellas pintas, la corría a correazos por el Cerrillo del Alambre. Y, ahora, otro motivo de preocupación, la Argentina: *¿Sería posible que se hubiera liado con aquel Loro?, ¿no lo podía creer! Un adefesio semejante, ¿si daba un susto al miedo!*

Solidaria que era, no se fue de la lengua con el teniente, que, aunque mayor, tenía un algo que le agradaba. Si ella lo que necesitaba, se decía mientras acometía con saña los cristales de la ventana, era un hombre serio que la retirara de aquella vida.

– ¡Ay, cuánto polvo!, cuánto polvo entra en esta casa. Y, una “desperdiciá”, pa vestir santos, como mi tía Federica.

Mientras limpiaba, con el aire que le daba a la bayeta, seguía en su frenesí mezclando sus preocupaciones de ahora con la película de su vida: todo se le juntaba en el magín. Cantando se le pasaban los males y acometió con entusiasmo una copla: “La bien pagá”.

Y la Argentina sin aparecer. Ni en el apartamento de la playa, ni en el móvil: *¿Dónde se habrá metido esta mujer “desnortá”? ¿qué cruz, Dios mío, qué cruz!* El repertorio, que la copla era su estilo, seguía entonces por “Ojos Verdes”: *Apoyá en el quicio de la mancebía...* Los vecinos aguzaban la oreja. Cantaba esa copla con mucho sentimiento, era como la síntesis de su vida. La cantó en Madrid, cuando se fue a la capital a comerse el mundo y le aplaudieron a rabiar. Fue por su mala cabeza -los hombres eran su perdición-, como en aquellas coplas donde las mujeres rodaban en el precipicio por el amor de un hombre. Era su destino fatal, su talón de Aquiles.

Tenía que tomar una determinación, salir a la calle, preguntar a los argentinos, a sus paisanos: *Alguien la habrá visto. Tengo que avisarla, me está poniendo de los nervios.* Y arreció en su cánticos. Ahora le tocaba el turno a “Malvaloca”:

*Malvaloca era, por toas las esquinas, una flamencona,  
que vaya con Dios, el pelo más negro que una golondrina, el  
talle de junco, la boca de flor..*

Aquella copla la bordaba, era otra de sus preferidas. Una artista incomprendida es lo que era. Si ella hubiera tenido conocimientos, padriños..., pero era una muchacha del arroyo, huyendo del estigma, del sambenito, con la cruz a cuestras de su pasión, con aquel pingajillo que aún le

colgaba y que costaba un ojo de la cara quitárselo. En su tierra, en Andalucía, lo hacía la Seguridad Social gratis. El timbre de la puerta y un sobresalto. El niño de la vecina, a protestar.

– Pues dile a tu madre que cierre las ventanas, que cantar no está prohibido. ¡Será malaje! -y cerrando la puerta con energía, para sus adentros-. A esta le escuece que le ponga al marido cachondo, el pobre hombre, que no hace otra cosa que trabajar. Y el niño, con la cara de enfermo que se le está poniendo, y los ojos con que me miraba, ¡se estará matando a pajas el angelito! ¡Hala, a fregar su casa, señora, que más quisiera tenerla como la mía, como los chorros del oro! Porque limpia lo soy, hasta dejármelo de sobra. Y ahora, a petición: “La falsa monea”.

Y se puso a cantar de nuevo con las ventanas de par en par. Luego, entornó los postigos, se llevó la mano a la boca y se dijo: *De esta me echan, es que soy una “dexagerá”*.

Terminaba de poner orden en la casa cuando Andrés Ibarra consultaba por tercera vez su cuenta de correo en busca de la esperada contestación. Apagaba con gestos mecánicos su ordenador cuando sonó el teléfono. Pensó de inmediato en que era de nuevo el teniente, con sus urgencias por descifrar aquellos mensajes cabalísticos. No era el teniente, esta vez era Bárbara: *Y estaba allí*. No esperó su invitación y le dijo que ni se moviera del sitio, que en unos minutos se acercaba a saludarla. No hubo reticencias, ni preguntas enojosas, lo importante era que había regresado. En el gabinete, desentonando con el clasicismo decimonónico del mobiliario, destacaba la carcasa gris del moderno equipo informático de Bárbara, ya instalado.

– Te lo has traído.

Aquello denotaba algo más que una visita apresurada de fin de semana, era un signo esperanzador, de permanencia. Andrés Ibarra se animó con el hallazgo. El presagio optimista le llevó a ponerla al corriente de las novedades. Bárbara seguía el relato con una serena atención, sus emociones estaban bajo control.

– El tipo tiene todas las características mentales de un esquizoide.

– Es cierto -afirmó Ibarra-, pero me atrevería a decir que su psicosis ha llegado a bloquear el curso de su pensamiento. Su negativismo, las

estereotipias y su ruptura con el mundo exterior, parecen demostradas. Nos enfrentamos a un esquizofrénico incontrolado.

A Bárbara le sonaba lo de psicosis a una película ya antigua. Preguntó:

– ¿Se trata de un caso de doble personalidad?

– Etimológicamente, “esquizofrenia”, significa “mente escindida”, una demencia con destrucción de la personalidad -y añadió para dar mayor credibilidad a su afirmación-: Lo he consultado con un amigo siquiátrita clínico. Lo de incontrolado, también, no parece estar en ningún programa de tratamiento.

– Un sujeto totalmente imprevisible.

– No del todo exacto. Supone la pérdida de la personalidad, de una disgregación de los procesos psíquicos, pero sin destrucción de las distintas funciones. Es, siguiendo el ejemplo de mi amigo, como una orquesta sin director en la que los instrumentos suenan por separado, pero suenan. Suele darse en personas de una inteligencia poco común y a cualquier edad. Recuerdo el relato de tu padre, cuando el tipo empezó a desvariar. Sus escritos, también y, no te lo he contado, los mensajes que cree recibir de extraterrestres o algo parecido. El manierismo, en su obra apócrifa, creo que parece demostrado.

– Eso es nuevo, Andrés, no alcanzo el significado del término.

– Disculpa, se me olvida que hemos estado separados un mes. Me he tragado toda su producción, la que recogí de las papeleras del departamento de informática de la universidad. Te lo decía en un correo, la tengo debidamente catalogada.

– No he recibido ese correo.

– Te lo mandé ayer, no habrás tenido tiempo con... ¿el traslado?

Bárbara se percató de la intencionalidad de la pregunta. Ya tendría ocasión de contarle la liquidación de su empresa, su proyectado año sabático. Ahora estaba más interesada en su relato. Recapituló:

– ¿Qué es eso del manierismo?

– Verás -y la llevó de la mano hasta el sofá para que se sentara-. En realidad se trata de una arriesgada hipótesis producto de una dislocada tesis. Pero tratándose de don Armando Cimadevilla, todo es posible:

*El manierismo, es un trastorno de la expresión, que se traduce en la escritura de los esquizofrénicos y que produce*

*la complicación y discordancia de sus escritos; tampoco hay que descartar una cierta propensión a lo superfluo. La palabra deriva del italiano “maniera” y empieza a utilizarse a mediados del siglo XVI. Es un estilo en las artes plásticas y en la literatura, la historiografía del siglo XX incorpora el término. Es una respuesta a la perfección del clasicismo renacentista que explora la expresividad y se complace en lo insólito y desconcertante. La picaresca, el género literario, el Lazarillo de Tormes, es de la época, y en el XVI arranca la tradición literaria de la picaresca en las letras valencianas.*

A Bárbara le parecía realmente pintoresca la tesis. La última referencia a las letras valencianas terminó por desconcertarla.

– Y, todo eso, ¿a dónde nos lleva? La tesis es problemática en verdad, las hipótesis me las imagino desconcertantes, ¿de dónde las sacas?

– Es el método abductivo, la tercera forma del pensamiento canónico.

– Curioso, en verdad – apuntó Bárbara reflexiva. Ibarra prosiguió.

– El Concilio de Trento, en el siglo XVI, proscribió la risa, la literatura se reserva para lo sacro. Lo humorístico se repliega a lo popular y de ahí resurge rescatado por autores que, como el de Lázaro de Tormes, se escuda en el anonimato. Aquí, el género cómico es de una larga tradición. No te lo haré muy largo, solo un ejemplo. Los *Jocs de pallisa* parodian acontecimientos y ridiculizan personajes conocidos. Y... la traca final, su esquematización en los carteles festivos que explican las hogueras y sus *ninots*.

En llegando a este punto, Ibarra dejó un interrogante abierto. La pregunta era inminente.

– ¿Conclusión..?

– Elemental, la escena final de toda esta parodia, tiene necesariamente que representarse en los próximos días. El autor ha medido sus tiempos, desaparece luego y ahora prepara desde algún lugar oculto el desenlace. Su pista hay que buscarla en los monumentos *foguerials*, en los carteles de las hogueras, en definitiva, en la fiesta. Esa es mi hipótesis principal.

– ¿Se te ha ido el juicio, Andrés?

– De momento necesito pasar a la sala secreta, si se confirman las notas de la libreta de Antonia, su proceso esquizoide y su reacción...

– ¿Quién es esa Antonia?

– No te lo vas a creer...

– Pues procura ser convincente. Te dejo un mes un poco suelto y ¡hala!, a conocer mundo.

El sarcástico comentario de Bárbara le puso en guardia.

*Si se alarmaba por otro nombre de mujer, era buena señal. ¿Celosa Bárbara?, interesante.*

Pero se dispuso a tranquilizarla con una explicación.

– Nada de lo que te imaginas. Se trata de un travestido...

– Lo estás arreglando, ahora resulta que tus fantasías han derivado en... ¿desviaciones? Eso es de preocupar.

En el tono festivo de sus palabras iba ya implícito que bromeaba. Le pidió que le dejara terminar y le relató el episodio de la comisaría. Bárbara se ríó por primera vez con ganas. Desentumecía los músculos de la cara después de un largo período de introspección y silencio. Terminó enganchándose con la historia y accedió a acompañarle a la sala secreta.

Al traspasar de nuevo aquella puerta les embargó la sensación de estar entrando en el templo. Su diseño geométrico, la estrella pentagramática de procedencia pitagórica, aparecía sobre una especie de ara o altar. Era aquel espacio reservado a la reflexión, a las tenidas o reuniones bajo la disciplina del rito. Andrés Ibarra se imaginó una de esas reuniones del profesor durante la época de la prohibición, con el riesgo añadido de que se les aplicara la dura ley de 1940. Si algún suceso importante, que tuviera relación con las revelaciones de sus actos amorosos, se hubiera producido, tenía que estar reflejado en las actas.

La interpretación del rito era libre para cada masón y para cada logia. Servía para mantener la tradición, para generar una catarsis de concentración. Permitía escaparse del mundo exterior y hacer fructífero el pensamiento filosófico, el debate intelectual. Nada que ver con las falsificaciones que se divulgaban en la dictadura sobre ritos satánicos, degollamiento de infantes para beber su sangre. El régimen tenía que justificar la persecución en aquellas mentiras que propalaba.

El libro seguía abierto sobre el atril, la habitación se mantenía según la recordaba. El mobiliario espartano, las paredes desnudas, ningún recoveco donde ocultar un libro de actas. Bárbara le seguía, imbuida de una emoción que se le acrecentaba con el recuerdo del padre. Se repuso, pensando, que, de ser útil para encontrar al asesino, lo daba por bien empleado.

Ibarra fue repasando las paredes en sus más mínimos accidentes. Miraba a su alrededor desorientado. El camuflaje de la puerta, el trampantojo que ocultaba la entrada, le sugirió algún mecanismo oculto. Nada.

Bárbara pareció salir de su ensimismamiento y se dispuso a colaborar, contagiada por la atmósfera de misterio, y desalentada con los visajes infructuosos de Andrés, se fue como sonámbula: *¿lo recordaba de un sueño o era realidad?* Atravesó la habitación y se quedó mirando el ara, luego, la rodeó con el mismo paso furtivo. En sus manos sintió el contacto helado de la piedra de mármol. Hizo un gesto intentando desplazarla. Se resistía. Ibarra la contemplaba, de pie, con las manos sobre la piedra: parecía que intentara iniciar una homilía. *No, no era eso, pretendía desplazar la piedra, ¡el ara!* Se puso detrás de ella en tres zancadas y unieron sus fuerzas. La piedra cedió.

Debajo del ara se encontraban los documentos, cuya revisión confirmaría o tiraría por tierra definitivamente la tesis de Ibarra. Encima, como dejados apresuradamente, unos folios recientes contenían unas notas con la picuda letra del profesor Abellán. Bárbara empezó a creer que aquella disparatada explicación de Andrés cobraba credibilidad, tenía fundamento.

Los libros se organizaban por años, repasarlos le llevaría un tiempo considerable. Bárbara no dudó y después de una rápida cuenta mental le señaló los de 1973 y 1974. Su aclaración era consistente.

– Tendría yo cuatro o cinco años, jugaba en el parque, era... ¿verano?, hacía ya buen tiempo. Nada se pierde empezando por ahí. El recuerdo me vino durante el velatorio de papá, cuando la visita trasnochada de ese... innombrable, ¿no te lo he contado?

Ibarra calculó que era altamente probable, buscaría de la primavera al verano de aquellos dos años, era consistente. Su empeño se vio recompensado. Allí, en un acta de 1974, quedó reflejado el evento:



*La Comisión de Solidaridad Masónica de aquella logia, velaba por el apoyo entre sus miembros. Se ocupaba, en aquellos tiempos de incertidumbre, de los socorros necesarios a los compañeros represaliados. De sus fondos, se habían desviado algunas cantidades para fines inciertos. El tesorero, después de algunas dudas y vacilaciones, comentó sus incertidumbres con el secretario. Ambos iniciaron la investigación. En su informe, revelaban varios años de irregularidades en la aplicación de algunas partidas que no fueron utilizadas al fin previsto. Armando Cimadevilla, bajo nombre supuesto, sufría la vergüenza de la expulsión.*

No era ninguna divergencia ideológica sobre el seguimiento del credo irregular, sobre la admisión o no de mujeres en la logia, como en un principio se imaginó Ibarra en sus elucubraciones; sino aquella explicación, más terrenal, que enlazaba con los vicios y necesidades dinerarias para atenderlos. Se lo confesó a Bárbara cuando salieron, en aquel recinto sagrado le hubiera parecido una profanación. Dejaron todo como estaba, excepto la nota personal del profesor Abellán, que Bárbara guardó para leerla en la intimidad: era de su padre.

– Según todos los indicios y parece que viene de largo, este señor es un redomado putero.

A Bárbara no la cogió de sorpresa, algo se habría imaginado ya. Ibarra prosiguió.

– El teniente ha hecho sus averiguaciones. No fue muy explícito, pero quedó claro que se entiende con una tal Argentina, amiga de Antonia.

– ¡Ya!, tu otro amor secreto.

Ibarra no se dio por aludido.

– Antonia teme por su amiga, piensa que está en peligro. El teniente le encargó que localizara su paradero.

La tradición festera, los usos y costumbres, determinan con precisión que el ritual comienza a las 24 horas del día 20 de junio con la *plantá*, el acto de montar hogueras y barracas. Toda una noche de trabajo intenso para que el día 21 la ciudad amanezca poblada de los monumentos de cartón y madera pintados que, inexcusablemente, arden a partir de las 24 horas de la noche de San Juan, del inicio del solsticio de verano.

La complicada tesis de Ibarra, sus deducciones de todo aquel mes en que se enfrascó en la lectura y análisis de los escritos de Armando Cimadevilla, debían resolverse en un corto espacio de tiempo para poder desactivar los propósitos del Vate loco. El plan de Ibarra les llevaría a un recorrido por toda la ciudad, de punta a punta, del centro a sus barrios periféricos, en un atento examen de aquellos monumentos de cartón que se estaban empezando a montar esa misma noche. El trájin de grúas y camiones descargando los más pintorescos personajes, en realidad, ya había empezado. Una explosión de color, música, fuegos artificiales y pólvora – mucha pólvora y estruendo– se hacían dueños absolutos del espacio urbano. El coche había que descartarlo, las calles eran intransitables: les esperaban días de intensas caminatas. Aquella noche, la tradición también era inflexible en este punto: se comían las brevas y la coca de atún. El vino, que antaño fuera del paraje de la Condomina, era sustituido por todas las bebidas espirituosas que la civilización occidental ha puesto a disposición de la fiesta. Sin vino no hay fiesta. En realidad, la tradición se amoldaba oportunamente a las exigencias de los tiempos, se recuperaban antiguos rituales y se hacían desaparecer otros. En cualquier caso, por antiguas que sean, las tradiciones siempre tienen un punto de arranque. Y, así era, que si no había tradición adecuada para justificar un evento necesario, se inventaba. En este punto, el talante mediterráneo, es altamente imaginativo.

– ¡Los *ninots de Carrer!* -dijo Ibarra recordando que algo se le olvidaba.

– ¡Las brevas y la coca!, yo no me las pierdo este año.

Y decidieron iniciar aquella misma noche su andadura por una ciudad donde el ambiente festivo se desbordaba en música, color y explosiones, amenazando con reventar todos los cristales de sus ventanas.

## VII JORNADA

### *Un caballo de cartón y fantasía*

El recorrido en la noche de la *plantá* no les deparó ninguna sorpresa. El centro de la ciudad estaba en obras. En realidad, era como si se superpusieran dos sistemas constructivos. Uno, que cesó cuando los obreros dieron de mano por la tarde y dejaron una desolación de zanjas abiertas, arrimos de materiales y ladrillos, vallas delimitando espacios en construcción, máquinas y herramientas en estado de reposo, y otro de muy distinta factura, pero que también ocupaba las calles y las plazas. Este último era como si Alicia en el país de las maravillas se hubiera enseñoreado del espacio. Por el suelo, personajes de todos los cuentos y leyendas imaginables, en sus abigarrados colores, esperaban pacientes que la pluma de la grúa los enganchara para colocarlos en los monumentos que se iban levantando como por arte de encantamiento. Las obras de fantasía tenían la ventaja de que quedaban culminadas en escasas horas. Las otras, las zanjas que abrían en canal la piel de asfalto y cemento, no tenían fin. En sus sueños los ciudadanos de aquella ciudad imaginaron en esa noche mágica, que la real se terminaba como la ficticia, en un abrir y cerrar de ojos, que la realidad era el sueño y el sueño se trasmataba en el fin de las obras. Pero aquel paisaje de atrezo tenía los días contados y su destino era el fuego. Algunos vecinos, también llegaron a soñar que en aquel fuego se consumían el leviatán de aquellos desafueros urbanísticos y el promotor de aquellas obras interminables. Ardían como *ninots* nunca indultados y, al sortilegio del ficticio auto sacramental, se tapaban milagrosamente todas las zanjas y las calles volvían a ser transitables.

Pero cuando Andrés Ibarra no pudo seguir en su contemplación panteísta del disco del sol, que iluminó por igual las dos ciudades - la que se construyó en una sola noche y la que no se acababa nunca-, la primera *despertá* empezaba el recorrido por los barrios y arrastraba detrás de la música de las bandas, cual flautista de Hamelín, a toda la

chiquillería. Y en estas salieron, de buena mañana, cuando Bárbara acertó con el lugar donde dejara el bolso la noche anterior. La música de las bandas, con el aire limpio de la mañana, les producía la sensación de sentirse ligeros, de flotar, casi levitar, y se dejaron llevar por el ambiente despreocupado de la fiesta: El efecto sonoro cuando una banda se acerca y se va mezclando con la que se aleja, y se cruzan las fanfarrias del metal, contesta el parche sordo de los tambores y todo se amalgama en una borrachera de sonidos, les llevó en volandas a un mundo onírico. Ese mundo en el que todo era posible, y en el que Andrés Ibarra, estaba seguro, encontraría aquella hoguera cuya simbología de cartón le permitiría descifrar los signos inequívocos de las intenciones del loco asesino.

Para Antonia, aquellas Hogueras de San Juan eran su bautismo de fuego, pues en su oficio, se paraba poco en cualquier plaza y en ésta en la que acababa de debutar no estaba aún segura de si confirmaría su alternativa. Le tuvo desvelada toda la noche el trajín constante que se desarrollaba debajo de su ventana. Con las primeras notas de las bandas de música, *festera* como era y ligera de cascos, se echó a la calle. Miraba, con sus ojos sorprendidos de niña la ciudad de los milagros que había surgido de la noche a la mañana y se quedó prendada de todos los monigotes, como terminó llamando a los *ninots* en su particular jerga. Se fue errante, perdida, detrás de las bandas, asustada por el estallido de las tracas, fascinada por aquellas arquitecturas de “Las mil y una noches”, parándose curiosa a descifrar los cartelones explicativos de las hogueras. El olor de la pólvora le produjo una borrachera etérea y terminó desnortada, en un recorrido sin rumbo cierto.

El teniente Jiménez tampoco pudo dormir esa noche. A sus preocupaciones habituales se les había unido aquella querencia extraña por las curvas de Antonia. En un sueño fugaz, se terminó saltando todos los prejuicios y convencionalismos que se imponía durante la vigilia. Se despertó sobresaltado cuando se sorprendió a sí mismo ante el juez y, a su lado, una deslumbrante Antonia vestida de blanco que decía: “Sí quiero”. Su mujer, que había roncado a gusto toda la noche, resoplaba ahora con una cadencia de chiflo averiado. Toda una vida de orden y para el orden no podía resolverse, a sus casi sesenta años, en aquella salida del arma-

rio extemporánea que su sueño le vaticinaba. Ya despierto, contemplando la ciudad travestida, la fantasía de cartón en su hiriente colorido, llegó a imaginar que todo era posible en esa Arcadia feliz de la fiesta. Sintió que iba a arder sin remedio en aquella pasión estrafalaria de sesentón desviado, si no ponía freno a su corazón y al hormigueo que le creció en su duermevela, entre las piernas, toda aquella noche de insomnio. El olor de la pólvora ascendió en volutas de humo hasta su terraza. Las notas de la charanga menudeaban en pasacalles de contagiosa algarabía y el estruendo de las primeras tracas cortó de raíz aquel resoplido tenue de su mujer, que despertaba tanteando su ausencia entre las sábanas. Cogió su chaqueta -le faltaban arrestos para enfrentarse a su esposa, no podía mirarla a la cara después de esa noche de pecado en los brazos de Antonia- y se fue a la calle sin escuchar la voz que le interrogaba sobre si había tomado el desayuno.

La peripecia urbana de Antonia le llevó, sin pretenderlo, por un itinerario desfigurado de aquella ciudad que surgió de la nada, y se encontró de pronto en una plaza que le resultaba conocida a pesar del oropel que la desbordaba. El teniente, sumido en sus cavilaciones, luchando aún con los fantasmas que le perseguían en sus sueños, casi se tropieza con ella. Inició una disculpa y se encaró al instante con el cuerpo de su delito, aquel cuerpo que le tuvo trastornado toda la noche. Terminaron sentados ante un desayuno de chocolate con churros. Así les encontraron, en singular contubernio, mojando el churro, Ibarra y Bárbara en su afán detectivesco.

– ¡Profesor, profesor! -manoteaba Antonia agitando una mano en la que esgrimía un trozo de churro-. ¡Aquí, profesor!

No fue un milagro aquel fortuito encuentro. El aroma penetrante del humo de los churros era la causa. Bárbara seguía el rastro del aceite frito con mayor interés que sus frustradas pesquisas de la mañana: la caminata le abrió el apetito. A Ibarra le tocó hacer las presentaciones.

– Es Antonia, de la que te hablé, al teniente ya le conoces. Ella es Bárbara.

Antonia estaba desbordante de entusiasmo.

– ¡Pero qué guapísima vas, como una maniquí! Y, ¡con ese nombre!, Bárbara, que se le llena a una la boca al pronunciarlo. No como a otras,

que somos tontas hasta para ponernos nombre de guerra: *Antonia*. Podría haber elegido otro más sonoro, pues no, como mi tía, virgen y mártir. Es que una es pobre hasta para soñar.

La chispeante verborrea de Antonia la enganchó enseguida, no se la imaginaba así. Era realmente guapa y, a pesar de la estridencia de su llamativo plumaje, tenía unas formas femeninas que para sí quisieran muchas. No se sintió intimidada por el variopinto grupo que componían: la fiesta, terminó por igualarles a todos. A Ibarra la presencia de Antonia acompañada del teniente no terminaba de cuadrarle en los esquemas. El teniente se sentía algo desasosegado con el encuentro y aguantó el tipo como pudo. Pero Antonia les miraba a todos encantada, como si aquello fuese la cosas más natural del mundo y se sintió obligada a explicar sus impresiones.

– Pues a nosotras nos han plantado una barraca en la misma puerta del club y nos hemos tomado unos días de descanso. Total, ni un alma pasaba, con todo el personal comiendo montaditos de morcilla y de salchichas y mirando: una ruina.

Y proseguía sin darse una tregua:

– ¡Precioso! La música, los monigotes... lo que no me acaba de gustar son los petardos.

Andrés Ibarra apuró su café y aprovechó la oportunidad para poner al teniente en antecedentes de sus impresiones, de su elaborada tesis y de la hipótesis cuya confirmación buscaba. Cuando llegó a mencionar el manierismo, Antonia que no perdía ripio, se descolgó con una de las suyas:

– De chica lo decía mi vecina: este chico es amanerado. Pues no, maricón perdío. Y ahora, toda una mujer. Me falta un pequeño detalle. Pero eso lo soluciono yo en mi tierra, en Andalucía: me opero.

Al teniente le recorrió un escalofrío por la espalda. Se sobrepuso.

– Según usted, profesor, el peligro de un nuevo ataque a la biblioteca no está definitivamente descartado, ¿no es así?

– No solo eso, parece faltar un último sacrificio ritual.

El teniente se acordó de la Argentina; Antonia también; con las emociones de las últimas horas lo habían olvidado. Ibarra prosiguió.

– Mucho me temo que el chivo expiatorio sea esa chica del club, ¿cómo se llama?

– ¡La Argentina! -saltó de la silla Antonia-. Pobre muchacha. Y nosotros aquí, tomando chocolate con churros -miró al teniente, acusadora-. ¡Habría que hacer algo!

El teniente había embarrancado en aquel bajío de las caderas de Antonia. Sus preocupaciones, desde que se descubrió sondeando aquel cuerpo que le trastornaba, iban por otros derroteros. Su instinto, su olfato, quedó atrofiado. En sus soliloquios, se perdía tratando de encontrar las razones de esa desviación y, a veces, buscando explicaciones que le justificaran ante el resto del mundo. La Argentina pasó a un segundo plano. Ahora, la búsqueda, le daba ocasión para procurarse la compañía de Antonia. Estaba decidido, se lo diría a la primera ocasión, sentía cómo se quemaba por dentro como un *ninot* en aquella hoguera, antes de que dieran las 24 campanadas de la noche de San Juan. Se aclaró la voz y recompuso el gesto.

– A partir de este momento debemos colaborar, estar en permanente contacto. A través del móvil podríamos comunicarnos. Ustedes forman una pareja, se apoyarán mutuamente. Antonia, sin embargo, puede estar en peligro, podría acompañarme en la localización de la Argentina.

Antonia aceptó encantada. Su broma de la comisaría, cuando dijo aquello de hacerse policía, mira por dónde, se convertía en realidad. Solo puso una objeción.

– Pero sin pistola, las armas me aterrorizan. A lo más que me atrevo es a llevar una porra.

Terminaron riendo la salida e intercambiándose los números de móvil. Antonia se había modernizado, el teniente no usaba móvil, el trabajo en parejas solucionaba la cuestión. Fue cuando sonó estentórea la traca de las dos de la tarde.

– ¡La fin del mundo! -gritó la Antonia.

Sistematizar la búsqueda suponía encontrar un método menos penoso que desplazarse a pie, en distancias kilométricas, por el centenar largo de monumentos erigidos en el transcurso de una noche y condenados inexorablemente a la pira. En sólo tres días tenían que hallar la solución del enigma, en el primero habían podido calibrar la magnitud de la empresa por medios pedestres. Aligerarse de recorridos inútiles, descartar aquellos que a simple vista no concitaran ningún interés, constituía la

diferencia entre llegar a tiempo o fracasar en la empresa. A Bárbara se le ocurrió que en la prensa local se publicaba un cuadernillo en las páginas centrales con una guía completa de ubicaciones. Ibarra no había reparado, con sus urgencias de acometer el recorrido de la mañana.

Sobre el papel, aunque las fotografías a todo color enfocaban el motivo principal, no se captaba en todos sus detalles. En cualquier caso, reflexionaba Ibarra, todo plano fotográfico, como la cara oculta de la luna, tenía una trastienda. El problema se le planteó en toda su magnitud al enfrentarse a la revisión de los primeros fotogramas: En realidad, ¿qué buscaba? La tesis de Ibarra, teóricamente bien fundada en la risa, la literatura de humor de los clásicos, su enlace con la sátira popular en la crítica de personajes y situaciones, empezaba a mostrarse menos segura conforme se enfrentaba a la realidad.

Razonaba Bárbara que, si el propósito final de aquel demente era, consumir el incendio de la biblioteca en el inicio del solsticio de verano, a las cero horas del día 24 de junio, lo verdaderamente importante consistía en desmontar el troyano instalado en el interior del sistema. Las técnicas de ingeniería social se basaban, precisamente, en la capacidad de persuasión del remitente y, también, en la aparente inocencia del envío. Conseguir que cualquier informático aceptara ejecutar un correo con un programa oculto, en apariencia inofensivo, requería ganarse la confianza indiscutible del receptor.

Descansaban en el gabinete del profesor Abellán, recuperando fuerzas para un más que probable recorrido en la tarde y, sobre todo, aguantar enteros hasta la noche. Si no se producía una llamada que alterara los planes, cenarían en la barraca con el teniente para cambiar impresiones.

Siguió ojeando aquel catálogo de fotografías. La imaginación de los maestros constructores se desbordaba en figuras que se elevaban sobre el artificio de un personaje o motivo central estilizado hasta lo inverosímil. Su ascensión casi milagrosa desafiaba los principios de la física, en un equilibrio de funambulista. Se apoyaba el conjunto y se elevaba sobre la banalidad del mundo, de otros personajes secundarios caricaturizados, que portaban letreros imposibles de descifrar en el tamaño de la fotografía.

Sin embargo, aquel caballo alado llamó su atención de inmediato. El artista encontraba su inspiración en la mitología, pero se dispersaba en la



base en personajes de toda laya. El caballo extendía sus alas, y con sus patas delanteras en el aire parecía querer emprender el vuelo. A sus pies, en sus trancos traseros, se arracimaban otros personajes reales caricaturizados pero reconocibles. A cada cual les colgaba un letrero, un sambenito de elogio o crítica, estaba por asegurar, aunque el texto era de todo punto ilegible.

Bárbara, sumida en su discurso interior, se empeñaba en calcular la deriva del loco en su descabellado propósito. Había llegado a la conclusión, casi definitiva, de que utilizó esta vez un correo con un programa ejecutable. En los folios que su padre dejó escritos, describía su encuentro con el Vate. Era el relato motivo de la llamada que se quedó en su buzón de voz en un mensaje críptico. Los acontecimientos habían superado con creces aquel aviso. Lo repasó de nuevo tratando de encontrar la frase que la orientara. Refería a grandes rasgos un recorrido por el Barrio y su encuentro en el cibercafé. Enfatizaba en una cita su visita al Archivo Municipal, que identificó como uno de los lugares que frecuentaba con regularidad el personaje de sus pesquisas. Pensó Bárbara en la posibilidad de ordenadores disponibles para la consulta y la investigación, conectados con otros fondos bibliográficos a través de Internet, era altamente probable. *¿Un organismo oficial?* Se preguntó Bárbara en un tono inaudible. *Un correo así no despertaría sospechas.* Pero la fecha de envío era otro de los problemas por descifrar; una aproximación razonable acotaba la extensión del listado: un troyano puede quedarse agazapado en espera de la orden para actuar. La desactivación de la inyección de SQL no impedía que se produjera otro ataque con posterioridad. En buena lógica, tenía la certeza casi absoluta de que el primer ataque pudo ser una simulación para crear la sensación de que el peligro ya había pasado.

Cuanto más lo miraba más se convencía Ibarra de que aquel caballo no era otra cosa que una aproximación, una emulación de Pegaso, nacido de la sangre de Medusa, muerta por Perseo. Pero no encontraba qué relación podía tener con su caso. Él buscaba otro caballo, posiblemente el de Troya: ¡Era demasiado pedir! Se levantó distraído. Bárbara lo miró, pero siguió ofuscada con lo del correo. No podían presentarse en la universidad con otro aviso de incendio sin nada consistente entre las manos. Los términos del discurso eran los de un esquizofrénico que,

aunque razonable en sus piezas separadas, planteaba desequilibrios en el conjunto. Ibarra eligió el volumen de la P y se replegó de nuevo en el refugio del sillón.

Las bandas de música atacaban con furia renovada después del breve paréntesis de la siesta. La ofrenda de flores, la cabalgata multicolor o, cualquiera de los eventos de aquel programa festivo, estaba a punto de iniciarse.

La segunda acepción de la voz *Pegaso*, la que intuitivamente buscaba Ibarra, le dejó de nuevo sumido en grave cavilación:

*Constelación del hemisferio boreal que suele identificarse con cuatro estrellas brillantes que forman un cuadrado, análogo a la Osa Mayor y Menor. Las estrellas  $\alpha$  y  $\beta$  coinciden prácticamente con el círculo horario de las 23 horas.*

Bárbara seguía empeñada en cercar la hipótesis que iba tomando forma en su cabeza:

*El envío desde un organismo oficial daba credibilidad a simple vista. A ello debía añadirse que lo enviado fuese consistente con la función del organismo, real o supuesta. El cumplimiento de esos dos requerimientos daba coherencia al conjunto.*

— ¡El programa de fiestas! -exclamó en un grito interior mientras se volvía a interrogar-. ¿Habría algo más inocente que el programa de fiestas de una ciudad?

A Ibarra le faltaba una hora de las 23 de alfa y beta; las hogueras nunca se queman antes de las doce de la noche, pero se le quedó rondando por algún lugar de la cabeza.

Aquel edificio de catorce alturas formaba un inmenso paredón semicircular frente a la costa, distante apenas unos doscientos metros de la orilla del mar. La mole albergaba una cantidad suficiente de pequeños apartamentos como para tenerles ocupados buena parte de la tarde. Antonia se ofreció solícita a preguntar, el teniente se quedó vigilando en el coche. Encendió la radio y una música festera remataba un avance informativo sobre el terreno, la transmisión en directo de la ofrenda de

flores. El aparcamiento, solitario, daba idea de la desbandada general de los habitantes al evento que la radio anunciaba. Recorrió en un vistazo los huecos de las ventanas y llegó a contar unas treinta viviendas por planta. En su distraído análisis calculó más de cuatrocientos posibles apartamentos. Si su recuerdo no le engañaba, allí habían encontrado asiento buena parte del flujo de inmigrantes y el tráfico constante de llegadas y desalojos hacía presagiar una débil memoria de los vecinos sobre anteriores ocupantes. Con todo, se consolaba, la capacidad de relación y agrupación por afinidades nacionales daba pie a la esperanza, lo que, unido a las habilidades indiscutibles de Antonia, era preferible a un desembarco de sus muchachos aporreando puertas.

Antonia estaba segura de encontrar su rastro. En uno de aquellos apartamentos había vivido la Argentina antes de desaparecer. Su memoria no la traicionaba y la cacofonía de su pronunciación, “no ve no ve”, fue una de sus salidas de ingenio, la traducción libre de la ubicación del apartamento: 9º B. Un chiquillo le abrió la puerta.

– ¿Está tu mamá, guapo?

La mujer se encogió de hombros. Aclaró que llevaba tan solo unos días, que conocía a poca gente. De su anterior ocupante, ni idea. El teniente había calculado certeramente, allí había mucho tráfico de personal. Pulsó los timbres de ambos lados y sonaron a lugares vacíos. El niño la miraba desde el quicio con sus ojos oscuros, el pelo ensortijado y un rastro de chocolate en el labio superior como la sombra de un bigote postizo. La madre lo arrastró de la mano al interior de la vivienda. Aquel corredor, sumido en el sopor de la siesta, se alargaba hasta perderse de vista en una curva de ballesta que parecía no tener fin. Era un propósito descabellado ir llamando a todas aquellas puertas, no acabaría en todo un mes.

El teniente echó mano del paquete de cigarrillos que guardaba en la guantera, y cuando fue consciente de lo que hacía, ya lo había prendido con el mechero del coche. El clic mecánico le avisó tarde de que llevaba más de un año alejado del vicio. Bajó el cristal de la ventanilla y lanzó una densa voluta de humo: ya era inevitable, había caído de nuevo.

Antonia bajaba desilusionada las nueve plantas en un ascensor renqueante lleno de letreros y pintadas, cuando el edificio empezó a animarse con puertas que se abrían y cerraban. Pronto comprendió que los niños bajaban a jugar, mordisqueando sus meriendas, después del obliga-

do paréntesis de la siesta, de la furiosa calima de las horas centrales del día, del sol de junio que se presentó bravo y del que aquellas madres resguardaban a sus hijos. El edificio proyectaba ya su impresionante sombra sobre el espacio comunal de los juegos, avanzando visiblemente hasta confluir con la de los escasos árboles del jardín.

Desde el aparcamiento, la veía ir y venir de corro en corro. Los niños suspendían sus juegos, atendían las explicaciones de Antonia y le contestaban con un movimiento negativo de sus cabezas. Apagó el cigarro, aquello parecía no dar resultado, y se preparó para salir en cuanto llegara a su altura. La vio fugaz darse la vuelta y una mano posada en el pecho como interrogando: ¿Es a mí? Eran esos detalles de su expresivo manoteo, su forma de mirar franca con esa inocencia de niña grande, lo que realmente le atraía de aquella mujer: lo otro, también. Con un ágil balanceo se echó el bolso en bandolera y arrancó con un paso calculado, meciendo las caderas en una danza rítmica, mientras el sonoro taconeo asesinaba las baldosas de la acera. Terminó por nublarle la razón, sorberle el poco juicio que ya le quedaba y armarse de los arrestos suficientes para decirle lo que sentía, que estaba dispuesto a cualquier cosa y, si hacía falta, le ponía un piso. Antonia abrió la portezuela con garbo y metió su anatomía en el asiento del copiloto. La escasa falda dejó al descubierto unas piernas perfectas hasta el nacimiento de los muslos. El teniente no pudo más.

– Antonia, me tienes loco.

– Repórtese, capitán, que estamos de servicio.

Y le espantó con un leve abaniqueo de su mano izquierda y una sonrisa que se reveló maliciosa en las chispas de luz que salían de sus ojos.

– ¿Me das alguna esperanza? -se atrevió a pedir el teniente con una voz apasionada y hueca.

– ¿Esperanza?, así se llama una prima mía de Sevilla.

– No te burles de mí, que te lo digo de corazón.

– ¿Burlarme?, no mi capitán. Usted tranquilo, que con estos calores y el frenesí de la entrepierna le puede dar algo, ¡con toda la chiquillería ahí mirando!, ¿no ve a los niños, que no pierden ripio?

Con estas y con otras consideraciones se le fue pasando el soponcio al teniente y, cuando lo tuvo controlado, le relató la informa-

ción de la voluntaria confidente. La Argentina se fue sin despedirse, hacía ya un mes. Añadía la comadre que la habían visto en una galería comercial de la Albufereta, comprando. Fue la comidilla del domingo, durante el asado, que toda la colonia se quedó en ascuas con la espantada. Antonia pasaba por encima del incidente, como si nada hubiera pasado. El teniente rumiaba entre dientes el desaire recibido. Ella no llegaba a los treinta y él, en el despeñadero de los sesenta, le doblaba la edad, sería eso. Enfiló la carretera de vuelta mientras Antonia se pegaba estirones del borde de la falda, tratando de ocultar aquellos muslos de perdición que trastornaban al teniente, no fuera que se le desatara de nuevo la pasión con el coche en marcha y terminaran en la cuneta.

Cuando le anunció su propósito de visitar la hoguera del caballo rampante, Bárbara decidió de inmediato que cogerían un taxi. No estaba dispuesta a darse otra caminata como la de la mañana. Salió ataviada con unos vaqueros, una camisa con bolsillos de parche y zapato plano. Ibarra intentaba sin éxito que le cogieran el teléfono en la centralita, comunicaba continuamente. El barrio donde plantaron aquella hoguera clasificada en primera categoría quedaba en las afueras. Su nombre era expresivo de las alas que exhibía el caballo: Los Ángeles. Los autobuses urbanos, a esa hora, irían atestados. Por fin, la mecánica voz de una telefonista le atendió y pudo escuchar las entrecortadas llamadas de radio buscando una localización cercana. La suerte, o la insistencia de la telefonista, le consiguió uno que entraba de servicio. Venía de lejos, tenían que esperar.

En la puerta, Bárbara entretenía la espera comentándole su decisión de ir al día siguiente a la universidad. Su intuición sobre la técnica utilizada requería el listado de los correos recibidos, no tenía idea de la dimensión de la empresa, podían ser miles. Para Ibarra, la imagen de aquel caballo ocupaba toda su atención. Del resto de las fotografías, unas ochenta y cinco para ser exactos, no había sacado ninguna conclusión. Asintió sin prestar demasiado interés. La parte posterior, la que no desvelaba la instantánea del periódico, le tenía intrigado. Reparó después en sus palabras y se la imaginó empresa difícil, con todo el personal metido de patas en la fiesta, seguramente no encontrarían a nadie disponible.

– ¿Has dicho a la universidad, mañana?, no habrá nadie.

– Pues tú veras, algo tenemos que hacer... intentar localizarlos por el móvil, pongo por caso.

No los tenía. La comunicación habitual, en el trabajo, se realizaba a través del sistema IBERCOM de cinco dígitos, accesible a nivel interno. El comentario de Bárbara le sonó a reproche.

– Lo propio en un organismo oficial. Con esa pasividad, en la privada estaríais todos muertos. ¿Cómo no tienes un mísero móvil de contacto?

Las explicaciones de Ibarra no la convencían, no llegaba a entenderlo. Aún estaba imbuida del espíritu empresarial de su malograda empresa. Cuando recapacitó sobre la forma en la que se había consumido todo su esfuerzo, atemperó el genio y terminó pidiéndole disculpas.

El Pinales recibió la llamada nada más conectar el radio taxi. Mientras intentaba localizar en el plano de su cabeza la dirección donde tenía que recoger a sus clientes, no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Tenía gracia la cosa, acercarse al centro y volver a la puerta de su casa. El encargo le despabiló el buen humor, que le andaba un poco averiado con tener que trabajar cuando todos se divertían. El primer servicio no podía ser más prometedor. Esperar a que sus primeros clientes de la noche contemplaran la hoguera le daba tiempo para tomar un bocado en la barraca con la parienta. Miró al asiento delantero. Allí reposaba un grueso volumen en papel cuché, tipo revista, que hojeó después de la siesta. Seguía pensando, mientras trataba de orientarse para evitar las calles cortadas al tráfico, en las casualidades de la vida. Había transcurrido un mes desde que lo perdiera de vista y desapareciera de la circulación tragado por la noche. Se le quedó mirando desde aquellas páginas. Encabezaba unos versos incomprensibles para él, llenos de latinajos clásicos. Desde la entrevista con el teniente no volvió a llamarle para el paseo nocturno de los jueves. No compartía los temores del policía. ¿El Lorito un delincuente peligroso?, ni hablar. Si parecía uno de aquellos abuelos que iban a la plaza a dar de comer a las palomas, con su caja de bombones. Se puso a reír como un descosido y a repetir: pitas, pitas, pitas, pitas..., acordándose de cuando les repartía los dulces. Se agenció un par de ejemplares del *Llibret* de la hoguera de su barrio con la intención de llevarle uno al teniente. Cuando le viera encabezando aquellos

versos, seguro que cambiaba de opinión. La noche daba para mucho, algún servicio le dejaría cerca de la comisaría.

Antonia no cejaba en su empeño. El teniente, desairado, conducía en silencio. Su decisión era firme, se quedaría preguntando en aquellos edificios, la Argentina podía estar en un serio peligro y no se lo perdonaría en toda su vida si le pasaba algo.

– Déjeme aquí, capitán, cogeré luego el autobús.

– ¿Estás enfadada conmigo?

– ¿Enfadada yo?, ni pensarlo. No le negaré que me he llevado un chasco. Estas cosas requieren tiempo... Así, de pronto, comprenderá usted... ¡Vamos!, que me ha dejado de piedra.

– Te parezco mayor, ¿es eso?

– Ni mayor ni menor, capitán, que no gano para sustos desde que entró usted en el club con ese sombrero a lo Humphrey Bogart. Y, además, que no sé si se lo he dicho, que me tengo que operar, que tengo aún mi... cosita colgando.

El teniente se olvidaba de ese pequeño detalle; viéndola, nadie lo diría. El anuncio, dicho así, en sus labios, realmente le cortaba vuelos a su imaginación. Antonia tuvo un gesto de ternura y le pasó el dorso de la mano por el ralo cabello como en un amago de fraternal caricia. Él aparcó aprovechando un pequeño descampado. El roce de la mano le volvió a remover las calenturas.

– ¡Ven esta noche a la barraca!, he quedado con el profesor.

Ella lo miró tratando de esconder aquellos ojos en los que naufragaban los marineros, recogiendo púdicamente las piernas que eran la pérdida de los hombres, tratando de no exhibir aquel escote por el que se despeñaban las ansias del teniente y le quedó una postura digna, casi decente: ¡qué culpa tenía ella!

– Mire, capitán, la luna. Ni me acordaba de cómo era, metida en ese tugurio. Se pierde una lo mejor de la vida. ¡Qué bonito! Ya ve, una mujer de la noche que no conoce la noche: paradojas, ¿no se dice así?

El teniente le volvió a preguntar.

– ¿Vendrás esta noche?

– No lo sé, estoy confusa. Esta luna me ha traído un pensamiento loco, un imposible, cambiar de vida. No crea que es fácil, es... como salir de la droga.

– ¿Tú te drogas? -interrogó el teniente asustado.

– Algún porrillo, un canutillo. Sin malicia, una chupadita que otra. En esos sitios, ¿qué quiere?, no se aprende nada bueno.

Apagó el contacto, no le gustaba la idea de dejarla allí, tocando en todas las puertas. El encuentro de Antonia con la luna le traía recuerdos y se le puso un semblante triste, impropio en ella. Él se esperaba una confidencia.

– Yo, capitán, iba para artista, folclórica, pero artista, no puta; ¿no se lo he dicho? -Denegó con la cabeza en silencio. Antonia prosiguió-. Lo mío es la copla. Hasta debuté en Madrid, en un tablao.

– ¿Tú cantas..?

– Como un jilguero, mi capitán.

– Pues no, no me lo habías dicho.

– No voy a ir por ahí pregonando a los cuatro vientos mi palmarés. Pero la vida, que da muchas vueltas... -le salió un suspiro profundo- me estampó en la otra orilla sin darme cuenta.

Al teniente se le ocurrió la idea sobre la marcha.

– ¿Quieres cantar esta noche?

– Es usted una caja de sorpresas, más peligroso que un cajón de bombas. Y, ¿dónde?, si se puede saber.

– En la barraca, tengo amigos hasta en el infierno. Puedo conseguirte una actuación, cobrando ¿eh?

Lo tenía decidido, era la solución perfecta para llevarla a cenar y apartarla de aquella trapisonda de localizar a la Argentina. Eso lo arreglaba él con una llamada. No despertaría sospechas. Si era preciso pagaba la actuación de su bolsillo.

– ¿Qué te parecen quinientos euros? -se atrevió a decir a voleo.

– ¿Qué me van a parecer?, pues el maná en el desierto, capitán, el alquiler del mes que no sé cómo voy a pagarlo, que estoy más pelá que el chocho de una muñeca. ¡Uy!, perdón, que me sale la jerga de la profesión cuando se habla de dinero.

Quinientos euros y ganados decentemente, cantando. Se lo decía el corazón cuando fue a verlo a la comisaría, aquel hombre era el genio de la lámpara maravillosa, un poco calvo, eso sí, pero su genio particular, el agente artístico que necesitaba. Le entraron las prisas, la localización de la Argentina se le fue totalmente de la cabeza, tenía que cantar.



– Tengo que cambiarme, no puedo actuar con esta facha -se lo dijo muy digna, recuperando su empaque de artista-. Tengo mi vestuario, hasta una bata de cola que es un primor.

El teniente tanteó, por asegurarse, por si lo del cante de la Antonia era un farol.

– Tú, cantas bien, ¿no?, quiero decir que esto no es cosa de aficionados.

– Canto, bailo y toco las palmas: por alegrías, por seguirillas, por bulerías y fandangos, ¿quieres que te lo demuestre, mi niño?

– ¡Aquí, mujer, vamos a dar el espectáculo!

– Pues llévame a mi casa, que me arregle, que me ponga mi bata de cola, mis zarcillos, que coja mis palillos... -ante la cara de interrogación con que le miraba, aclaró-. A las castañuelas, en Andalucía les decimos palillos.

– ¡Ah! -Exclamó el teniente aliviado-. Y, a todo esto, ¿dónde vives?

– Tira pal centro, mi general, que tienes talle de emperador.

El Pinales no dejaba de parlotear en todo el trayecto. Se empeñaba en resaltar, con esfuerzo de su tasado vocabulario, las casualidades de la vida, los caprichos del azar. El símil de las cerezas, que se enredan unas con otras cuando se coge una, le pareció muy apropiado para parangonar la situación. Sin necesidad de ir más lejos, aquel viaje, que le llevaba a la puerta de su casa, de la hoguera de la que era cofrade y la oportunidad añadida de catar un pellizco de esas fiestas de las que no podía disfrutar por exigencias de la profesión. Las vueltas y rodeos que daba, evitando las calles cortadas y las arterias colapsadas, le daban ocasión para comentar en tono profesional el barullo del tráfico y que el trayecto elegido era el adecuado. Ibarra se interesó por la hoguera; siendo del barrio, aquel taxista debía de saber algo. Pero le salió con aquello de las doce o más horas de volante para sacarse el jornal y la falta de tiempo material para ocuparse de otra cosa que ganarse las habichuelas. Se acordó del llibret y, como estaba de buen humor, se lo pasó al asiento trasero.

– Tenga, aquí se explica todo. Puede quedárselo, ya que tiene tanto interés, lo reservaba para un amigo, pero puedo conseguir otro.

En la penumbra del taxi no se distinguían con precisión los detalles.

En la portada se apreciaba una imagen del caballo alado, pero no parecía una fotografía, más bien un dibujo, un boceto a plumilla.

El Pernal se fue a tomar el tentempié con la parienta. La barraca, cercada como un corralito, empezaba a poblarse con grupos ansiosos de fiesta, y la orquesta atacaba en esos momentos la canción del verano. Antes de marcharse, desbordante de buen humor, les aseguró que no les cobraba el tiempo de espera.

– Lo comido por lo servido. Ustedes a lo suyo, sin prisas.

Preparado como iba, tomó una nota literal de los carteles alusivos. No eran los chuscos chascarrillos que parodiaban comúnmente a los *ninots* de hoguera, un cierto regusto clásico se desprendía de los textos. Pero aquel caballo, intentando separarse de la tierra sin conseguirlo, como una metáfora del libre pensamiento, daba alas a la razón y al pensamiento de los personajes de la cara que permanecía oculta en la foto. Eran perfectamente reconocibles Quevedo, Cervantes y Lope de Vega. En cualquier caso, también estaban condenados a las llamas de la hoguera.

Fue Bárbara la que le sacó de su ensoñación.

– Deberías tomarte en serio lo de localizar a uno de los informáticos, necesito ese listado. Si se confirma mi intuición, nos podemos ahorrar mucho trabajo.

Agotada su contemplación, le quedó alguna neurona libre para pensar en las urgencias de Bárbara.

– ¡Cómo no he caído antes!, la barraca de la universidad, estarán alegres, espero que conscientes.

– ¿Y la cena con el teniente?

– La noche es joven, hay tiempo para todo -dijo optimista Ibarra.

El Pernal se acercaba limpiándose el morro de un resto de aceite de la coca. Cuando llegó a su altura dijo jovial – ¡Vamos allá!–, y se subió al taxi.

Su esposa no era muy partidaria de las fiestas, la música estridente la aturdía y cogía unas jaquecas insoportables. Se encerraba a oscuras, sin querer ver a nadie. En el apartamento de la playa tomaba el sol, devoraba sus novelas favoritas y escuchaba zarzuela. La mesa estaba ya preparada con un surtido de salazones, de mojama, hueva y bonito,

salpicados de almendras fritas. Les recibió con un gesto de circunstancias, como disculpándose.

– ¡Ni rastro de la Argentina!

Luego, les puso en antecedentes de aquel periplo dislocado, pero se reservó las partes íntimas, no era el caso de ir pregonando su pasión a los cuatro vientos. Se animó al anunciar la novedad.

– ¿A que no se imaginan quién actúa esta noche?

– Ni idea -dijo Bárbara intrigada.

El teniente se apresuró a desvelar el misterio.

– Antonia. Bueno, su nombre artístico es de más altos vuelos: La Malpagá.

– Eso, ¿no es el título de una copla? -preguntó Ibarra.

– Algo parecido, pero de signo contrario -aclaró Bárbara-. La Bien pagá.

– Eso sí que es una primicia, ¿Antonia cantante?

– Cantaora -apostilló el teniente con aire de suficiencia-. Y no vea cómo canta, como un ruiseñor. No ha parado de tocar las palmas y de ensayar, por lo bajinis, mientras le traía en el coche.

– ¡No me lo puedo creer! -exclamó Bárbara divertida.

– Como se lo cuento, una revelación. Le han dado un pase para las doce, en el descanso de la orquesta. Si queda bien, que no lo dudo, en el fin de fiestas cantará unos fandangos. Miren, ahí sale.

Se notaba que la Antonia tenía tablas. Sorteó con pericia de malabarista, con una pataditas a su bata de cola todos los artilugios de la orquesta, que se prestó gustosa a acompañarla, por no dejarla en el escenario sola, por arroparla; sin ensayar, a pecho descubierto. El teniente contenía la respiración, Bárbara picoteó en las almendras, Ibarra se decidió por la hueva y... allá que se lanzó la Antonia con sus mejores quejíos, con el sentimiento que le ponía a aquella copla, con la letra que era como la semblanza de su vida, con “Ojos Verdes”.

Se vino arrastrando la bata de cola por entre las mesas, saludando aquí y allá, como una diva, agradeciendo los aplausos con leves inclinaciones de cabeza, moviendo con gracia el abanico, hasta sentarse con el trío que la recibió de pie con muestras de sincera admiración. Así era ella, explosiva como una traca, pero tierna como una coliflor turca.

– Yo te apadrino, nos vamos de bolos por ahí -dijo el teniente eufórico.

– Siéntate - balbuceó Ibarra tratando de no enredarse en la marea de volantes que desbordaban la silla.

– Come algo -se apresuró a sugerirle Bárbara.

Y la Antonia, saboreando las mieles del triunfo, removiéndolo como una bandera su melena en la brisa, con un mohín de desgana, dijo afinando lo más que pudo la voz.

– Cuando canto, se me va el apetito, un poco de salado y un tomatito.

Mientras Andrés Ibarra se iba entonando con los envites a la mojava y los tientos al vino, el teniente galanteaba sin reparo con Antonia, en esa su noche triunfal, subyugado con el frufrú de los volantes de su bata de cola, y ella picoteaba con desdén de sus labios fruncidos en un plato de bonito seco. A Bárbara le volvió el recuerdo del listado de los e-mail y la localización de aquel informático que debía facilitarlos. El tiempo corría inexorable, quedaban cuarenta y ocho horas escasas, según los cálculos de Andrés, para que se consumara el incendio virtual coincidiendo con el de la noche de San Juan, no podían demorarse. Con el teniente no se podía contar, estaba embebido en las gracias de Antonia, pendiente de sus mínimos deseos. De poca ayuda podía servirles en las tareas que se avecinaban, la sola mención de la palabra “informática” le causaba un sarpullido.

La copla había ganado un adepto entusiasta e incondicional, la investigación policial estaba a punto de perder a uno de sus más veteranos sabuesos. Tenía que arrancarle de aquella tertulia que giraba en torno a los proyectos inmediatos del teniente Jiménez, que ya fantaseaba con ponerse también nombre artístico de más sonoridad y reclamo para esa nueva etapa de su vida apoderando a “La Malpagá”. Interrumpió el parloteo animado del teniente.

– Tenemos que irnos, Andrés, se nos hace tarde.

– ¿Tan pronto?, la noche acaba de empezar -soltó Antonia eufórica.

– Sí, antes de que los encontremos a todos como una sopa. -Y, dirigiéndose al teniente-: Se trata de localizar a un informático de la biblioteca. Ya sabe, estas noches son de mucho beber –añadió Ibarra a modo de explicación.

– ¿No se quedan al fandango?, les advierto que es mi palo natural, donde me encuentro a mis anchas.

– Tal vez nos dé tiempo, a la vuelta, si tenemos suerte -precisó Bárbara sin mucho convencimiento.

Ibarra consultó el reloj, era la una de la madrugada del día veintidós, la consumación tenía un límite preciso en sus cálculos, las cero horas del día veinticuatro de junio o, lo que era lo mismo, las veinticuatro horas del día veintitrés: en la noche de San Juan, en el inicio del solsticio de verano. El juego de palabras le recordó una cifra que llevaba dándole vueltas por la mente desde que consultó la enciclopedia en busca de Pegaso, del caballo de cartón pintado de la hoguera. Se levantó con aire resuelto y tendió una mano de galantería hacia Antonia, que avanzó la suya lánguida, con desmayo, en su papel recién recuperado de interprete de la copla andaluza. Ibarra se inclinó en una ligera reverencia y posó un beso furtivo en la mano que le tendía. Bárbara agarró el bolso sin demasiadas contemplaciones, harta ya del empalago de aquella representación, dispuesta a salir de allí cuanto antes. Arrancaron por fin y se sumergieron en la marea humana que desbordaba las calles.

Se cogieron de la mano, corrían el peligro de perderse entre la multitud. Bárbara le interrogó sobre la ubicación de aquella barraca, su destino en busca del informático. Quedaba cerca, en los jardines paralelos al puerto, junto a la estatua de Canalejas. A empellones continuos, avanzando con dificultad, consiguieron salir a un claro, al bulevar por el que la circulación era más fluida.

Bárbara se interrogaba sobre la extensión de aquel listado y las posibilidades de reducirlo a unas dimensiones razonables. Un correo con un programa insertado ejecutable precisaba de una extensión mínima, su tamaño, con una tolerancia generosa, no podía tener menos de 20 KB. Empezaría descartando los de inferior extensión. Si le daban acceso al servidor de correo, cosa que le resultaba problemática, su capacidad de análisis se vería así potenciada, pero no confiaba demasiado en conseguir persuadirles de que le hicieran aquella concesión. Enfrentarse a un listado en papel la decepcionaba, limitaba su campo de acción, su capacidad de comprimir el listado por medios mecánicos. Luego, quedaba el problema de la detección, la instalación de una versión de Software que le permitiera localizar el programa malicioso, encontrar esa firma característica que le identificara. Pero, ¿cómo era posible que no se hubiera detectado por los procedimientos habituales? Entonces, cabía pensar en

un ataque novedoso, desconocido. Los virus, gusanos y troyanos, eran sistemáticamente barridos a diario, con las rutinas de protección. La tesis de Andrés, con una fecha y hora predeterminada, implicaba necesariamente, la introducción de una bomba lógica que iniciaría el fuego. Toda aquella trama, en verdad, le parecía hartó difícil que pudiera montarse con la sola intervención de un personaje estrafalario y demente como el Vate loco.

Ibarra se remontaba en sus elucubraciones a los preliminares del concilio de Trento, a las 95 tesis de Lutero con que se inició la rebelión protestante. El impulso de la Contrarreforma y las restricciones férreas a la divulgación de la libre expresión del pensamiento, los decretos conciliares que terminaron imponiendo un listado de libros prohibidos. La publicación anónima de “El Lazarillo de Tormes”, se enmarcaba claramente en esa época convulsa, entre la segunda y la tercera convocatorias del concilio más largo de la historia de la cristiandad. La Iglesia católica definía con precisión los límites, no sólo del nuevo catecismo y de la publicación de la Vulgata, sino del predominio absoluto del dogmatismo sobre cualquier otra forma de entender el mundo. A la sesión decimoséptima de 1562, ya rehusaron adherirse los obispos protestantes. La escisión se hizo inevitable.

Su certeza se tambaleaba, si comparaba esa pugna por implantar un pensamiento único, el predominio de una verdad revelada e incuestionable, con la personalidad del artífice del palimpsesto, con su implacable introductor en los textos clásicos de apostillas, con su escurridizo Vate. La empresa excedía con creces las posibilidades de un solo hombre. Sus revelaciones recogidas en la libreta de Antonia, por otra parte, no eran producto de la mera escisión de la personalidad, eso tenía que repensarlo. Los carteles de la hoguera, enlazaban con acierto en el desenfado de la picaresca valenciana, en el género que se iniciaba, también, en ese prolífico siglo XVI de sus desvelos. Todo aquel esfuerzo estaba señalando una dirección, un camino, un reguero de datos en clave, destinados más a ser descubiertos que a ocultar algo. En este caso tenía que dar credibilidad a la versión menos creíble, a la posibilidad de que Armando Cimadevilla, en su papel de loco, les señalaba con insistencia por donde seguir. Mirados en su conjunto cobraban sentido los datos, no desafinaba tanto la orquesta. Los acrósticos prometidos no llegaron. Elegía procedi-

mientos tortuosos y cambiantes. Aquello podía dar idea de que él también se ocultaba, que temía ser descubierto. Entonces, por elevación, tenían que pensar en una trama de gran envergadura, en un poder oculto dotado de contactos y capacidad para una intervención de mayor calibre. El último asesinato le señalaba con claridad, del primero se exoneró explícitamente, y el del profesor parecía apuntar a su autoría: el microsurco, el *Réquien* de Mozart le delataba, según las investigaciones del teniente.

La entrada en la barraca les deparó la primera sorpresa, Manuel Solera vestido de zaragüelles, les recibió sonriente y un poco achispado: formaba parte de la comisión festerá. Se empeñó solícito en invitarles sacando de uno de los pliegues de sus ostentosos calzones un talonario de tiques de consumición. Se lo presentó a Bárbara como un alumno, sin hacer mención del extinto Soler; no quería traerle infaustos recuerdos, ya tendría tiempo de darle las explicaciones oportunas. Solera no conocía a los informáticos, como era de esperar, aunque se ofreció incondicional a facilitarles la búsqueda a través de la megafonía. Ibarra desestimó el ofrecimiento, dudaba de que alguien pudiera escuchar algo en aquel barullo. Lo que a Ibarra le preocupaba realmente, no sabía el porqué, era poner sobre aviso a oídos inadecuados. Tenía el presentimiento de estar vigilado, de que le seguían los pasos. En cualquier caso, la forma ideal de pasar desapercibido, de ocultarse, era sumergirse entre la gente. La localización de una persona concreta, en aquella explosión de energía humana, empezaba a resultarle complicada: la fiesta estaba en todo su apogeo.

Se fue desprendiendo de todos los encuentros inoportunos, de alumnos que le reconocían y se empeñaban en compartir el botellón comunitario, de algún colega joven que se mezclaba entre los estudiantes como uno más. Revisaba los grupos, atisbaba en recorridos atentos una panorámica más extensa, pero sin resultado. Bárbara le seguía, recibiendo algún que otro requerimiento atrevido, ofrecimientos de bebida y peticiones de salir a bailar que rehusaba cortésmente. Recordaba vagamente los rostros de algunos de sus colegas informáticos y se esforzaba en colaborar con Andrés, pero sin éxito. Tenían que insistir, allí parecía estar presente el pleno universitario. En los rincones más alejados del bullicio de la barra y de la pista de baile, se respiraba algo de tranquilidad. Se apartaron a tomar algo de aliento. El calor humano, unido al bochornoso ambiente húmedo, les hacía

transpirar en abundancia. Bárbara encontró, milagrosamente, una silla de tijera desocupada: estaba averiada. Ibarra pensaba en una forma más científica de localización. La posibilidad de coincidir en uno de aquellos desplazamientos erráticos, entre tanta gente, se le antojaba improbable. Apostarse en el lugar por el que todo el mundo pasa con seguridad, a lo largo de una noche como esa, parecía más efectivo y ese lugar era, sin lugar a dudas, la barra. Se acodaron en uno de sus extremos, donde la perspectiva les era favorable, y decidieron esperar pacientes. Con los tiques que no pudieron rehusar ante la insistencia de Solera consiguieron unas cervezas después de una prudente espera.

Su empeño merecía aquella recompensa. Agazapados en el bebedero, simulando la estrategia de los depredadores al acecho de sus presas, su gacela se acercaba despreocupada y sonriente a repostar. Ibarra se lanzó como un felino, su informático presa no podía escapar.

– ¡Profesor Ibarra!, qué grata sorpresa, ¿usted por aquí?

– Le buscaba, necesito hablarle.

– ¡Señorita Abellán!, permítame que le exprese mis más encendidos elogios, está usted deslumbrante.

El entusiasmo de García era sintomático, no parecía que fuese la primera vez que visitaba la barra. Aun así, estaba en ese momento preciso en que la lucidez, el atrevimiento y la necesidad de hacerse notar, se conjugan en el límite, antes de nublar los sentidos; aún conservaba el entendimiento intacto. Pero fue necesario convencerle, no creía posible la repetición de la operación, se habían extremado las precauciones. Él mismo, lo dijo enfático, se ocupaba de rastrear a diario cualquier posible intruso, virus, gusano; estaban blindados. Un nuevo protocolo impedía introducir en los terminales disquete alguno que no hubiera sido previamente chequeado. Bárbara se esforzaba en disuadirle con la fineza de las técnicas de la ingeniera social, en la capacidad ilimitada de acceder a través del correo. Terminó introduciendo una leve duda en García, que solicitó una ginebra con coca cola y se refrescó largamente, parecía reflexionar.

– ¿Los correos?, ahí puede estar el problema, se reciben cientos a diario.

– ¿Se analiza la cabecera de los correos?, quiero decir, si se comprueba el servidor y la pertenencia a la misma organización -preguntó Bárbara.



– ¡Eso es misión imposible!, sólo si alguno despierta sospechas, colapsaría el trabajo de dos personas.

Bárbara creía tener la partida ganada, arremetió con decisión.

– Si unimos los tres elementos, esto es, las técnicas de ingeniería social para conseguir el acceso, un correo reenviado desde otro servidor, y una firma desconocida, son razones necesarias y suficientes para prevenir el ataque. Que nadie haya detectado ese código me inclina a pensar que se trata de una firma desconocida. Necesito autorización para acceder al servidor.

Se rascó el cogote de forma preocupante. No parecía tan claro tener expedito el acceso, se precisaba de una autorización superior o, en otro caso, saltarse el protocolo. Sus dudas impelían a Bárbara a dramatizar la situación, a solicitar todo el apoyo de Andrés, que permanecía en silencio. Le inquirió con una mirada intensa que le traspasó como un taladro.

– Detrás de todo esto, estoy convencido, ha de haber una organización. Nuestro sospechoso no tiene, no puede tener capacidad técnica ni apoyos suficientes. Se necesita una estructura muy bien dotada. Para mí que él es el señuelo, el troyano. Estoy por asegurar que está llamado a inmolarsse en la hoguera, dentro de ese caballo con alas, de Pegaso. Lo han utilizado, a partir de ahora ya no lo necesitan, pueden prescindir de sus servicios. Intenta llamar nuestra atención dejando un reguero de mensajes cifrados.

– ¿Entonces..?-se preguntó García, que parecía totalmente recuperado.

– Han podido introducir una bomba lógica, de tiempo, con efectos devastadores; por ejemplo, de un borrado masivo.

– Eso sería catastrófico.

Se decidió a cargar las tintas en un último impulso para conseguir esa autorización. Dudaba de que, en medio de aquella bacanal quedara algún informático en pie para acometer la empresa. Al día siguiente era festivo, y la juerga arreciaba en libaciones y cánticos, la barra estaba a rebozar. Bárbara se dispuso a rematar la faena.

– Puede ser aún peor. No es tan sencillo, pero el programa malicioso, de contener un gusano con una técnica de replicación masiva de borrado o, si no es un borrado masivo, de sobrescribir la información, de introdu-

cir textos a través de cadenas de nombres relacionados, fechas, sucesos; todo puede quedar alterado.

A esas alturas de la disertación de Bárbara, García se hizo sitio en la barra a codazos y solicitó una botella de agua. La destapó y se la vertió íntegra por la cabeza soltando un rebufo de escalofrío, el agua estaba helada. Se sacudió como un perrito de lanas.

– Si no se ha detectado ese código, me hace pensar en una organización; si ningún programa antivirus ha funcionado, la firma característica no es conocida.

Estaba entrando en su terreno. Bárbara se decidió a tutearle para dar más cordialidad y confianza, estaban entre colegas.

– Piensa que puede infectar otras bases de datos conectadas. Sin ir más lejos, la red IRIS, que, como sabes muy bien, pone en comunicación a todas las universidades españolas, extranjeras y a multitud de organismos oficiales.

– Tiene que ser algo nuevo. Si se busca y nadie encuentra nada, o... lo han tapado, eso indica contactos con empresas importantes. ¡En veinticuatro horas puede haber millones de ordenadores infectados!

Bárbara terminó por adoptar el aire más solemne que podía. Frunció el entrecejo, levantó un dedo de atención y pronunció unas palabras que sonaban a revelación:

– No borraré, será aún peor. Al no detectarse, puede iniciar una modificación selectiva, aleatoria. La información puede quedar vulnerable por los siglos de los siglos.

La elección, para Ibarra, era cada vez más meridiana. El lugar del ataque, coincidiendo con las fiestas del solsticio de verano, la inmólación ritual en la hoguera del colaborador que ya no necesitaban, las palabras pronunciadas por Bárbara, “por los siglos de los siglos”, eran una premonición, la confirmación de que sus deducciones, su arriesgada tesis, cobraban impulso: no interpretaba sesgadamente las indicaciones de Armando Cimadevilla, creía estar en lo cierto. La clave, al señalarle por distintos caminos el siglo XVI, estaba en ese concilio en el que se buscaba la unidad de la Iglesia y se acababa con un catálogo de libros prohibidos. Por distintos caminos habían llegado a semejantes conclusiones: ¡Por los siglos de los siglos!, como las decisiones conciliares de Trento, en constituciones dogmáticas, inmodificables, eternas: por los siglos de los siglos.

Al Pemales, la llamada por radio para que atendiera el servicio de un cliente conocido, según le informó la telefonista, no le pilló de sorpresa. Pensaba que en una noche como esa las brujas y los duendes estarían desatados. La Tierra estaba bajo el dominio absoluto del astro rey, del sol: la noche más corta no terminaba de depararle sorpresas. Aparcado en el pequeño descampado donde se le indicó, esperaba verlo aparecer. Menudo notición para el teniente, el libro de las fiestas de su barrio no era nada comparado con esta traca. Se fijaría en el número del vuelo, se ofrecería a ayudarlo con la maleta, tenía que contárselo al teniente. Cuando lo vio aparecer por el espejo retrovisor, acompañado por la Argentina, le dio un vuelco el corazón: los dos pájaros volaban. Pronto reparó en su error de apreciación, cuando preguntó cortésmente:

– ¿De viaje, don Armando?

– Yo ya no vuelo, amigo Pemales, la señorita es la que se marcha. Entra en el taxi y apaga la radio.

El Pemales hizo lo que se le ordenaba. La Argentina se acomodó en la parte trasera. Armando Cimadevilla se introdujo en el asiento del copiloto, se apoyó en su bastón e hizo un gesto expresivo con la mano al taxista de que no arrancara.

– No tenemos tanta prisa. Escucha con atención: La señorita, a la que conoces, se marcha definitivamente. Cuando la dejes en el aeropuerto, te vas derecho a informar al teniente. No, no te hagas el distraído, sé de buena tinta que andas en tratos con él, no me importa, todo estaba previsto.

– Como usted diga, don Armando.

Sacó del bolsillo de su chaqueta un sobre de respetable grosor y, volviéndose hacia el asiento trasero, soltó a la Argentina un parlamento que el Pemales no llegó a descifrar, pero del que tomó buena nota mentalmente.

– Ya sabes, según lo convenido, en la esquina de Homero Manzi, entre San Juan y Boedo Antiguo, los jueves, a partir de las once de la noche. Cualquiera día aparezco por allí. Ya puedes arrancar, Pemales. Me dejas en el centro y llevas a la señorita al aeropuerto. Aquí tienes, ¿valen cincuenta euros?

– Suficiente, don Armando, incluso con el suplemento de fiestas; muchas gracias.

– Pues, andando, déjame en un sitio concurrido, según pasamos. No hace falta que te desvíes, cuanta más gente haya mejor.

Cuando arrancó el taxi, la Argentina salió de su mutismo. Se dirigía al Pernales.

– ¿Puedo pedirle un último favor?

– Por supuesto, señorita, si está en mi mano.

– Desde luego, es algo sencillo, sólo recuerdos de mi parte para Antonia, decirle que me encuentre bien.

– No será necesario -apostilló Armando Cimadevilla con seguridad-, si el teniente se entera, Antonia lo sabrá de inmediato.

– No entiendo –dijo la Argentina confundida.

– En estos casos, cuanto menos se sepa, mejor.

– Entonces, ¿qué decide, don Armando?

– ¿Te gusta el flamenco?

El Pernales le miró confuso, no acertaba a comprender qué relación podía tener con el caso que les ocupaba. Armando Cimadevilla prosiguió con su explicación incomprensible.

– En la barraca de la plaza, al lado de la comisaría, esta noche canta Antonia, el teniente estará allí. Puedes matar dos pájaros de un tiro.

De modo que la magia de la noche no era para tanto. El tal don Armando controlaba la situación, estaba al loro. Se sonrió al escucharse mentalmente pronunciar el nombre de guerra por el que se le conocía en los ambientes nocturnos. Seguramente que también lo sabía, aquel hombre era una enciclopedia viviente, no se le escapaba un detalle. Estaba todo dicho, no se cruzaron más palabras en el trayecto. Dudaba en dónde dejarle y se decidió a pensar por su cuenta, en la placita de Canalejas, junto a la barraca de los estudiantes, mayor concentración humana no podía encontrarse. Y allí se dirigió, no se desviaba lo más mínimo en su recorrido al aeropuerto.

Bajó del taxi y dio su último adiós a la Argentina con la mano que le dejaba libre el bastón. Ella había cumplido a pies juntillas con lo acordado, tenía que ponerla a salvo. No confiaba en poder realizar ese viaje. Fue la letra de ese tango poco conocido, Sur, el que le dio la idea del improbable encuentro y, de paso, entretener al teniente descifrando un jeroglífico a los que tan aficionado era. No resultó tan tenaz. El rastro de la botella no lo siguió hasta sus últimas consecuencias, el del disco fue

una simple chiripa, no tuvo tanto mérito. Su confianza en las habilidades de esa policía, de los mismos que les persiguieron como malhechores durante muchos años, si llegaban a saber de las fuerzas en conflicto, se esfumaba. La sola invocación de la masonería les traía prejuicios ancestrales, una predisposición a encontrarles culpables de cualquier tropelía. Estaba realmente agotado. La simulación de su locura era la treta que más le ocupaba, dejando testimonios a cada paso, pero la misión encomendada tocaba a su fin, podría por fin descansar. En el camino, no pudo evitarlo, quedó el amigo, nunca llegó a sospechar sobre su misión de agente doble. Fue un largo proceso para convencer a los dos bandos enfrentados. El Gran Maestro lo sabía, Abellán no llegó a cuestionárselo nunca, se creyó desde el principio lo de su locura. ¿Quién más podía hacerlo? Su fealdad, su soledad, su aspecto maltrecho, su sonrisa que se resolvía en un rictus de amargura, era el envase perfecto para contener al personaje. Su conducta, tan problemática a veces, agrupaba los elementos necesarios para esa expulsión premeditada, provocada, que le diera credibilidad para ser cooptado. La conducta impecable de los otros hermanos restaba credibilidad al proyecto, él fue el elegido. Una misión de treinta largos años, sin una tregua, solo, colaborando y pasando información. Si tenía éxito, el silencio y el olvido serían su único premio; en caso contrario, mucho se lo temía, tendría que apechugar con el sambenito de la catástrofe informática más terrible de la historia, su último trabajo como infiltrado. El refugio en la locura, recluido en un psiquiátrico, le aterraba, no entraba en sus cálculos. Tenía sus propios planes, no podían negarle ese último deseo: el martirio. Pero estaba preparado, completar esa trinidad cristiana, las tres especies sobre las que se asienta su ritual, les terminaría señalando claramente. Era su aportación personal fuera de un guión perfectamente trazado, su pequeña venganza, dejar la firma que apuntara directamente a sus eternos rivales.

Esos tres elementos esenciales no eran otra cosa que las producciones básicas del Mediterráneo desde tiempo inmemorial, a las que, como tantas otras, el cristianismo incorporaba como cosa propia: el pan, el vino y el óleo, el aceite propiamente dicho. En este caso, el aceite era el viático que le aliviaría del dolor. Su propia muerte cumpliría el ritual a la perfección. La insólita colección de libros de medicina que consultó en el Archivo contenía la clave: el aceite de perejil. En dosis adecuadas, sus-

tituido hábilmente por el perejil de perro, la cicuta blanca, que se encuentra fácilmente en los caminos y en los escombros, aplicada en la piel, cumpliría la doble función de adormidera y de combustible adicional de su propio auto sacramental: lo tenía decidido desde hacía tiempo.

Le quedaba comprobar un último dato. La sugerencia al Pinales de un lugar concurrido y que les cogiera de paso dio resultado, le había dejado casi en la misma puerta. Manuel Solera se prestó a colaborar desde el primer momento, lo hizo desinteresadamente, en memoria del amigo muerto. No le costó demasiado convencerle, era un anticlerical militante. Necesitaba la confirmación de que estaban sobre la buena pista, de que habían establecido el contacto esperado. A partir de ahí tenía que confiar en las habilidades técnicas de Bárbara, en su sólida formación en seguridad. Aquel pequeño empujón, la cancelación de la cuenta de su mejor cliente, no hubo más remedio, la reintegró de nuevo al equipo. Sin el apoyo logístico que recibía, su misión no tenía posibilidades. La tarea, doblemente difícil, se complicaba por esa necesidad de permanecer al margen, de conseguir estos colaboradores voluntariosos, la organización no debía aparecer en forma alguna, era una condición necesaria. Temía que Ibarra se hubiera enredado en sus pistas de loco, en la maraña que se veía obligado a urdir a cada paso, en las cortinas de humo que lanzaba con profusión para confundir a unos y a otros. Eran los acrósticos, lo expresó con claridad en su referencia de Jorge el Viejo. Si se perdía en disquisiciones erráticas, si no daba con el camino adecuado, se complicaría todo. ¿Necesitaría de una pista definitiva, del tercer acróstico? Dudaba, no encontraba el medio de hacérselo llegar, ocupaba todo su tiempo en ocultarse, la Argentina le procuró refugio en las últimas semanas en cuatro alojamientos sucesivos. Cuando estaban seguros, después de cada cambio, se introducía cautelosamente a altas horas de la noche y allí permanecía hasta su siguiente traslado. No dejó nada a la improvisación, tenía que comprobar hasta el último momento el éxito de la operación. No era la policía la que le preocupaba, aquel teniente no descubriría a un cura en un montón de sal; eran las sospechas fundadas de que le buscaban para eliminarle, de que ya no les era necesario. Se lo confirmaba la muerte de aquel pobre transportista que le enviaron, ¿qué necesidad había? Eran sanguinarios, despiadados, no repararían en cualquier otra fechoría para conseguir sus propósitos. Mientras tanto, todo

apuntaba hacia él como chivo expiatorio de aquel rastro de sangre. Mantenerle vivo hasta ese preciso momento era consistente con sus planes; a partir de ahora, era totalmente prescindible: la bomba lógica se había activado.

Manuel Solera, en sus zaragüelles, con su metro noventa de estatura, destacaba en la puerta abarrotada de estudiantes. Su cabeza sobresalía sin dificultad por encima de todas. Se mezcló en la riada humana que entraba y salía pasando por su lado, casi rozándole. Se refugió en un rincón de la barra y pidió una ginebra con tónica, tenía la garganta seca. Al poco, distraídamente, le observó acodarse en la barra, a su lado.

– Han establecido contacto -susurró Solera. Se dirigió al camarero para pedir una cerveza y pagó con los tiques que portaba en sus calzones. En el mismo tono, agregó-: Se han ido, parece que siguen una buena pista, les escuché comentar cuando salían los tres, la chica, el profesor Ibarra y uno de los informáticos. Creo, no me haga mucho caso, que iban a casa de la chica. Hablaban sobre un moderno equipo informático recién instalado.

Apuró de un trago el vaso y se fue a grandes zancadas a su puesto de observación en la puerta. Se quedó mirando el resto de la bebida, tenía una sed intensa, como si se encontrara a las puertas del mismísimo infierno. Tuvo que abandonar sus últimas pertenencias en el segundo traslado, incluso su equipo informático, del que terminó por borrar toda la información. Le quedaban unos trescientos cincuenta euros en el bolsillo y no se atrevía a utilizar su tarjeta de crédito, podían seguirle el rastro, ¿serían suficientes para aguantar los dos días intensos que le restaban? No regresaría al apartamento y hospedarse en un hotel había que descartarlo de antemano. En último extremo, recurriría a sus amigas que hacían la calle, si llegaba a encontrar a alguna de aquellas desgraciadas de la plaza, la fiesta las habría desplazado. Conocía las pensiones donde se hospedaban. La calle, el cielo raso constituía su último recurso. El tiempo era excelente, algún rincón apartado encontraría para resguardarse y descansar algo. Deambular entre la multitud, hasta el amanecer, no estaba del todo descartado. Disponía aún de cuatro horas hasta los claros del día, cuando el gentío empezara a aliviarse: tenía que resolver la cuestión del alojamiento. En el cibercafé, en su primer campo de operaciones, redactaría su último acróstico. Esperaba que Bárbara Abellán

no cambiara su dirección de correo, la que facilitó aquel Martines & Martínez a través de la organización, la conservaba en su agenda, era el último soporte de información que le quedaba. Apuró su bebida y se dispuso para acometer los cuatrocientos metros que le separaban de su primer objetivo, por las calles más transitadas posibles, tenía que mandar ese correo.

El somnoliento empleado le recibió con una media sonrisa de reconocimiento. La sala estaba solitaria, pero se le acercó misterioso a la oreja, como si las paredes escucharan, para decirle:

– Han preguntado por usted varias veces, un tipo extraño, ¿qué le digo si vuelve?

– Que no me has visto. Conecta el ordenador del rincón y echa las persianas, ya no vendrá nadie. Será sólo un cuarto de hora, mientras recoges.

Los traía largamente pensados. Los versos se fueron encajando definitivamente en su cabeza conforme caminaba en dirección al ciber. Podía optar entre utilizar los tercetos o los cuartetos, se trataba de doce letras, de doce versos, a un soneto no llegaba, le faltaban dos versos. No le era del todo indiferente, su estilo se recreaba mejor en los cuatro versos con rimas alternadas pero en este caso era más operativo utilizar los tercetos, el mensaje quedaba completo en sus distintos significados. Tecleó el primer verso y el segundo, con las letras iniciales siempre en mayúsculas, resaltando dónde se encontraba la clave del acróstico. Escuchó el sonido metálico de las persianas al bajarse, pero no dejó de escribir. Precisaba una copia en papel, en último extremo la podía introducir por debajo de la puerta del profesor Abellán, de su viejo amigo, en el supuesto improbable de que el correo no llegara a su destino. Una dirección de correo como aquella tenía que conservarse: barbaraabellan. Era urgente terminar, podía regresar en cualquier momento. El ruido de la calle se iba apagando y con éste, su camuflaje entre la gente se debilitaba. La tercera estrofa se le resistía, al verla escrita no le pareció tan evidente, el acróstico denotaba un doble mensaje, no era tan sencillito. Superó el atasco de su inspiración, el empleado le miraba ya con gesto de haber terminado de recoger y apagó la mayor parte de las lámparas. La última estrofa, sólo tres versos. Escribió el primero, los otros dos le habían sonado claros cuando los pensara, pero necesitaba verlos escri-



tos para confirmar que su mensaje era inequívoco. El golpe en la persiana metálica le sobresaltó. Acabó por escribir el último verso según lo traía memorizado. Guardó el documento y se conectó a Internet. De nuevo escuchó los golpes, dos consecutivos. El empleado le miró con un signo de interrogación, le indicó con la mano que se acercara sin hacer el más mínimo ruido. Estableció por fin la conexión. Agregó la dirección de correo y adjuntó el documento. Pulsó enviar...

– ¿Qué hago, abro la puerta?

– Ni si te ocurra -dijo en un susurro con gran intensidad en el gesto-, ¿por dónde salimos?

– Tengo una puerta trasera en el almacén, que da a la calle posterior, la entrada de mercancías.

– Espera un poco, creerán que está cerrado.

Resonaron unos pasos en la acera, luego se pararon. Parecían dudar. Un tenue reflejo de luz se colaba por la rendija de la persiana. Pasaron unos segundos. El leve sonido del correo al enviarse les pareció un estruendo.

– Necesito una copia en papel, pero no me atrevo, el sonido de la impresora.

– ¿Qué pasa? -Preguntó con el miedo reflejado en la cara el empleado.

Armando Cimadevilla optó por llevarse un dedo a los labios en señal inequívoca de silencio. Los pasos se alejaban calle abajo. Tenían que esperar unos minutos, que su visitante no llegara a sospechar. Pulsó por fin la orden de imprimir y el folio salió por la impresora.

– Toma, por las molestias -le susurró mientras le daba un billete de diez euros-. Salgamos de aquí.

El empleado se asomó discretamente a la calle mientras Armando Cimadevilla se ocultaba en la penumbra del portal. Le hizo un gesto de que podía salir, no transitaba ya ni un alma. Comprobó que el estilete oculto en el bastón se extraía con facilidad y caminó unos pasos renqueantes hacia la esquina. Puso el oído atento, sólo se apreciaba un rumor apagado de gente, tres calles más abajo. Se asomó con cautela, una pareja de jóvenes se abrazaban en un beso de despedida. Acometió la cuesta sin apoyarse en el bastón, que no le delatara el soniquete de su tercera pierna. Tomó de nuevo precauciones en la última esquina y se

encaminó, con paso más resuelto, a mezclarse entre la gente que aún circulaba por la arteria principal. Pulsó el seguro del estilete y lo usó ya como bastón.

A Minerva la conoció en su último periplo nocturno, acababa de llegar de Santo Domingo y se puso a hacer la calle desde el primer día. La recordaba en su gesto de pajarillo desvalido picoteando el bombón que le aceptó. Cuando le preguntó su nombre lo pronunció con una voz de campanillas. Era oscura de tez, pero con rasgos europeos. Se interesó por su edad: “Veintitrés años, señor”. Posiblemente no los tendría. Cuando le entregó los veinte euros, a ella sola, de los que solía repartir en billetes menudos, las demás que se arremolinaban hicieron un gesto de disgusto. Fue su última visita de caridad, antes del viaje a Madrid para recabar aquel dinero que necesitaba para poner a salvo a la Argentina. El Pinales no lo entendía, con ese dinero se la podía haber llevado directamente a la cama, lo adivinó cuando se le volvió arqueando unas cejas de interrogación: ¿Por qué?, parecía preguntar.

*Tienes nombre de diosa, no deberías estar aquí.*

Lo dijo cuando se despedía y ella se encogía lastimeramente de hombros. Tenía previsto encontrarla, si aún estaba, para proponerle ese acogimiento hasta una hora prudente del día. Cruzó de acera y se adentró en dirección a la plaza. El club de Antonia tenía el cierre echado, eran ya pasadas las dos de la madrugada, aún temprano; el negocio no debería de ir muy bien, claro, con las fiestas. El travestido que se apostaba en la esquina acechaba sus movimientos, se notaba que se preparaba para abordarle. Desestimó su ofrecimiento con una leve reverencia y un gesto de la mano. Mentía muy mal, lo de guapo no se lo creía ni hartito de vino, podía haberlo dejado en un hola a secas. Se recreó en la plaza, en los frondosos ficus de raíces aéreas que bajaban hasta hincarse en la tierra. Le fascinaban aquellos árboles. Sintió el rebullir insomne de cientos de pájaros cobijados en sus ramas. Aquel hubiera sido un buen escondrijo, si pudiera volar. Se le fue el pensamiento detrás de su caballo con alas, de su vientre de cartón, de su cercana mortaja, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. No le daría ese gusto al triple asesino de ser su próxima víctima: Su destino, la hora y el lugar los tenía ya decididos.

Era un verdadero sentimiento de piedad el que le asaltaba al verlas allí esperando, desahuciadas de los locales de alterne, baqueteadas por

la vida, maltratadas y humilladas en cada encuentro. Se acordaba entonces de uno de sus poemas juveniles, lo tituló: Elegía adolescente. De cuando su inspiración se elevaba con las primeras emociones y experiencias de la vida, de su vida, ¿qué había hecho con su vida? Feo, maltrecho, no le dieron la menor oportunidad de escuchar a su alma, sus versos de amor juveniles no sonaron en los oídos de las muchachas de su edad, que le despreciaban o apartaban con desgana y hastío. Las únicas mujeres que llegaron a conocer su producción íntima, su ser verdadero, eran aquellas meretrices que, como público de ocasión, escuchaban todos los jueves sus primicias poéticas. La Argentina lloraba de emoción, fue su fan más incondicional de los últimos tiempos. Se prestó a la farsa y le siguió fielmente hasta el último momento para confundir a la Antonia con aquellas frases dislocadas y simular que hacían el amor contra natura, a la reversa, como ella decía. Era su pequeña venganza ante la curiosidad malsana de Antonia, hábilmente urdida con la complicidad de la Argentina. A él hacía algún tiempo que la naturaleza le había negado, también, el placer de la carne. Si el Pernautes llegara a saber que sus visitas semanales, sus noches orgiásticas, las dedicaba a leer poemas de amor a las musas, a sus cortesanas favoritas, pensaría que realmente estaba loco de atar. Pero no sospechaba. Un taxista es el mejor vocero para difundir oportunamente esa imagen necesaria a su proyecto, le faltaría tiempo para ir a contárselo al teniente, a difundirlo en los corrillos de los colegas, a crear su perfil de desequilibrado.

La mujer de la esquina lo reconoció y saludó, algo extrañada de verle a pie, sin la caja de bombones, después de su larga ausencia y en día no señalado. Se paró y le preguntó por Minerva. No la conocía por tal nombre. Seguramente que, Minerva, aconsejada por sus veteranas compañeras de oficio, se cambió el nombre. Era obligado, una ley inexorable de la profesión. El nombre de pila se reserva como una reliquia, se aparta de los labios a los que se da posesión del cuerpo, pero no del nombre verdadero. La conocían por La Dominicana. Aún andaba por allí, seguramente con algún cliente, era cuestión de esperar. A la siguiente no la conocía, era nueva en la plaza. Se apoyó en el bastón y observó distraído: ¿Caería aquel joven profesor en su juego de las horas y los días?, las urgencias de última hora no le permitieron afinar más el acróstico. Seguramente que sí, se respondió esperanzado. Allí, en medio de la acera,

ofrecía un blanco perfecto, el asesino estaría buscándole. Comprobó de nuevo el mango de su bastón, estaba dispuesto a asestarle una certera puñalada, no vacilaría ni un solo segundo. Se refugió prudentemente en el vano de un portal. Le pareció escuchar la voz de campanillas de Minerva, la diosa itálica protectora de la sabiduría, de los oficios y del arte de la guerra. La Dominicana no sabía que llevaba el nombre de una diosa, lo entendía como algo normal, como un nombre común.

Era su voz, se decidió a subir los empinados escalones bajo una luz mortecina que alumbraba desde el final de la escalera. El portero de noche dormitaba detrás de un pequeño mostrador, le recibió con gesto de hastío.

– ¿Qué se le ofrece?

– Me han dicho abajo que estaba aquí una joven de Santo Domingo, morena de piel, ¿puedo esperarla?

– Si usted quiere -se encogió de hombros-. Estará terminando, le he tocado ya el timbre, el primer aviso.

– ¿Me permite una pregunta?

Se le quedó fijamente mirando y moviendo rítmicamente la cabeza como si se tratara de un tic nervioso.

– ¿Cuánto me cobraría por una habitación lo que resta de noche?, ya sabe, a mi edad, cuesta un poco...

Consultó el reloj y pareció meditar un cálculo aproximado.

– Dieciocho euros más la voluntad, lo otro lo arregla usted con la chica.

– Lo dejamos en veinte, ¿le parece?

– Por mí, de acuerdo. Si se duerme, hasta las doce no abro de nuevo. A las seis me retiro y cierro, usted verá si le conviene.

– No hay problema, esta noche no tengo prisa.

El cliente de La Dominicana salió furtivo y fugaz dando un apresurado saludo de despedida. El taconeo se sintió avanzar por el pasillo. Le reconoció al punto, su primer benefactor, aquel hombre tan feo de los bombones, parecía estar esperándola. En un breve vistazo, Armando Cimadevilla advirtió los cambios. Un solo mes y la calle había borrado aquella sonrisa de inocencia. Subida en aquellos tacones, con una falda minúscula que dejaba al aire los generosos muslos y una boca pintada de intenso carmín, le miraba desde una estatura desconocida.

– El caballero te espera.

En aquel preciso momento, Antonia recogía los aplausos por la serie de sus primeros fandangos alosneros, se había metido literalmente al público en el bolsillo. Entre tanto, el teniente aprendía a introducir un ¡olé! que sonaba a destiempo, y templaba las palmas tratando de seguir el compás, cuando el Pernaes llegó sin resuello a comunicar las novedades, después de algunos recorridos que le llevaron de un extremo a otro de la ciudad.

– ¡No jodas, Pernaes!

– Como se lo cuento, mi teniente, La Argentina vivita y coleando, la he dejado en el último vuelo de Madrid. El Lorito, don Armando, se ha bajado en el centro. Han quedado entre San Juan y Beodo Antiguo, en la esquina de un tal Manchini o vaya usted a saber, cualquier jueves de estos. ¿Qué le parece?

– Que te han tomado el pelo.

– ¿Y qué me dice de un sobre lleno de billetes que le entregó a la Argentina?, lo vi con estos ojos...

– ¿Cómo sabes que eran billetes si iban en un sobre?

– Natural, estas cosas son así, en la realidad y en las películas. Cuando se entrega un sobre...

– ¿Y si fueran recortes de periódico?, como en el timo de la estampita.

– Me soltó cincuenta machacantes por el servicio. ¡Oiga!, pídamme una cervecita, que vengo seco.

– Mira, aquí llega su amiga, dale tú mismo la noticia.

La Antonia hacía el paseillo con aires de emperadora, moviendo la cabeza como una muñeca Nancy de un lado para otro, con una mano recogiendo la bata de cola y con la otra dándose aire con el abanico.

– Escucha lo que dice Gregorio: La Argentina, que ha cogido un vuelo esta misma noche. Cuenta, dale el recado.

– ¿Y esa cerveza, teniente?, que estoy estragado.

Se tomó el botellín de cerveza sin pestañear, parecía que acababa de atravesar el desierto de Gobi sin cantimplora. Antonia le palmeó con el abanico cerrado en la rodilla.

– Respire, buen hombre, que se va a atragantar, ¿qué le ha dicho la Argentina?

– Que le diera recuerdos, que estaba bien.

– ¡Ay que alegría!, una noche redonda. Y, ¿a dónde iba?, si se puede saber.

– Eso es harina de otro costal. De momento, según parece, a Madrid. Lo del Beodo Antiguo ese, me suena lejos, ¡vaya usted a saber!

– ¡Qué beodo ni qué niño muerto!, a ver si se fija usted en los recados.

Minerva, La Dominicana, guardó los cincuenta euros en un bolsillo secreto del cinturón y empezó a desvestirse con movimientos precisos y mecánicos. Había perdido la cuenta de las veces que subió las escaleras ese día. Lo apreciaba con mayor claridad en el grosor de su cinturón. En su país representaba una pequeña fortuna, aquí no era casi nada. Redondeaba la bonita cifra de trescientos cincuenta euros con la generosa aportación de su último cliente de la jornada, mañana sería otro día. Apagó la luz central y prendió la discreta lamparita de noche. En la oscuridad no era tan feo. Al menos, era educado. Se tumbó desnuda en la cama esperándole. Si se demoraba en desvestirse, se quedaba dormida, estaba agotada. Pero seguía de pie, apoyado en su bastón. ¿Tal vez le gustaba mirar? Si se trataba sólo de eso, de posar, se lo ponía fácil. Hizo algunos cambios de postura insinuantes, maliciosos. Seguía mirando. Consultó el reloj a hurtadillas, aún faltaban cuarenta largos minutos, era lo acordado. Se armó de paciencia y se estiró esta vez como una gata perezosa. Aquel hombre empezó a hablar. No hablaba, recitaba.

*Afrodita desnuda, no Minerva,  
tirada en un jergón deshilachado,  
espera que a este viejo, trasnochado,  
nazca el vigor en su oxidada verga.*

*Yo he de velar tu pecho dislocado.  
Esos muslos de acero que relumbran.  
Mi corazón caduco que retumba  
en el tambor del pecho, desolado.*

*Tengo mi pie más cerca de la tumba  
que tú tus sueños de dólares trenzado:*

*En esta noche, sin sexo, ni pecado,  
yo volaré en mi caballo alado.  
En el rojo carmín, fuego de un beso,  
muerto de amor, con este verso.*

Minerva, apoyada en los codos, sobre la cama, asistía asombrada a aquella insólita escena. Ni en sus mejores sueños de la pubertad se imaginó ser destinataria de un poema de amor. Cuando le tumbó su primo y la desfloró de la forma más grosera que pueda imaginarse, sin una palabra, sin una caricia, se quedó mirando al techo y le dejó hacer, que se desbravara como un potro cimarrón. Aquel viejo, feo y maltrecho, la acababa de reconciliar con el mundo, con las palabras más bonitas que nunca había escuchado. Acertó a decir asombrada.

— ¿Sois poeta?, ven, papito, tumbate a mi lado.

Armando Cimadevilla se acercó, hizo un giro de su pierna maltrecha y se sentó en el filo de la cama. Posó un dedo, trémulo de ardor y miedo, apartando un rizo de su frente; una caricia leve, como el roce de una pluma. Minerva cerró los ojos y quiso soñar que el caballero que la acompañaba no era grotesco ni feo, ni maltrecho, ni cojo, ni viejo, sino un hermoso joven que la pretendía, que la galanteaba con frases de amor; que ella no era una puta callejera que se ganaba la vida soportando el peso, el sudor y las palabras más ruines, de la docena y pico de hombres que se le echaban encima cada día.

Sonaron voces en la recepción. El vigilante discutía, parecía impedir el paso a alguien. Le siguió un crujido seco y un cuerpo que cayó al suelo como un fardo. Lo vio levantarse de un salto, con una agilidad insospechada de su mutilada pierna y, acto seguido, con un siseo del acero al salir de la funda, brilló en su diestra un afilado y alargado estilete. Alcanzó a ocultarse detrás de la puerta cuando una patada la hizo saltar de sus goznes, astillado el cerrojillo. Empuñó con decisión el arma, templó la mano, apretó el músculo en un esfuerzo de rabia y fiereza, se hincó de rodillas para recibirle en la suerte suprema y le metió dos cuartas del acero entre las costillas al intruso, cuando se abalanzaba sobre él: su mismo impulso hizo la mayor parte del trabajo.

Minerva ahogó un grito de terror en la garganta y sus sueños de hacía unos instantes se desvanecieron en el charco de sangre que se iba

formando, de ese chorro continuo que brotaba del pecho de aquel hombre hasta el suelo, cuando cayó de rodillas, humillado, a los pies de su matador como un toro degollado. Lo observó, paralizada, sacar el arma de la carne, limpiarla en la camisa del moribundo y envainarla de nuevo en el bastón.

– Vístete, salgamos de aquí, ¡rápido!

Minerva había adquirido práctica en aquel mes en eso de vestirse y desvestirse, aquella vez superó con creces su mejor marca. En segundos, acertó a asirse de la mano que se le tendía, ajustándose el cinturón de su tesoro en la cintura y bajando por aquellas empinadas escaleras. De la calle se habían retirado las últimas sombras fugaces, resaca del postrero vómito de la noche: estaba despuntando el día.

El templo había sido profanado doblemente. La ventana del trampantojo descerrajada, el ara del altar permanecía abierta y los libros de actas habían desaparecido. Una escatológica boñiga, un alivio de un vientre inhumano, presidía el centro de aquel lugar de reflexión. El intruso blasfemó ostentosamente, dejando la firma característica de su bestialidad más primitiva como un hito, su carta de presentación. Bárbara hizo un gesto de desagrado. García miraba la descomunal cagada calculando el peso de su eventual propietario y echó la cuenta de que muy bien podía haberse fabricado en el vientre de un toro de cinco hierbas. Ibarra daba vueltas desolado, cuando tropezó con el graffiti que habían dibujado sobre el altar, con parte de los materiales de desecho que dejara aquel animal en el suelo. Con paciencia, hubieran dado para pintar todo el recinto. Los números romanos, toscamente ejecutados, representaban un ordinal, un siglo, eran los caracteres del XVI: al menos eso determinó Ibarra en una primera impresión.

Del resto de la casa no parecía faltar nada, eran las actas lo que buscaban. Se organizaron para soportar un asedio, una emergencia. La casa, de gruesos muros de mampostería, ventanas y balcones enrejados, planteaba una sola debilidad en la puerta trasera, que daba a un patio, de donde partía la escalera al subidero del terrado. Era de materiales más frágiles que el grueso postigo de la entrada, que se reforzaba desde dentro con un par de relucientes cerrojos de acero. Estando dentro, con los cerrojos echados, se necesitaba un ariete para hundir aquella puerta.



Tomaron precauciones y arrimaron, en la del patio, la mesa de madera de la cocina, con una profusión de cacharros que dieran aviso si alguien intentaba desplazarla con sigilo.

El timbre de la puerta les puso a los tres el corazón en la boca. Cuando Ibarra desplazó la mirilla flanqueado por Bárbara, que empuñaba el rodillo de amasar, y de García, que cogió al vuelo una sartén por el mango; se escuchó un resoplido de alivio. La pica de Manuel Solera, vestido de zaragüelles, esperaba plantado en el portal.

– Aquí estoy, vengo a ayudar -soltó Solera por toda presentación.

Pintaba el sol con sus primeros rayos de rojo intenso unas nubes alargadas sobre un mar solidificado, poniéndole reflejos de azul plomizo, cuando el teniente salía de la barraca, colgada Antonia de su brazo, con los quinientos euros prometidos en la buchaca, los que le daban para pagar el alquiler del piso. Iba él, en la inconsciencia del vino, con una cinta invisible de vaporosos sueños por su frente, de flamante apoderado de “La Malpagá”, contrato que se firmó en un trozo de mantel, con su pluma, por dos actuaciones de igual precio, contratadas para los días siguientes. Se opuso con firmeza a que su pupila hiciese un *strip-tease*, aunque la Antonia no ponía demasiados reparos, encandilada por los quinientos euros adicionales que le prometía el presidente de la barraca que intentaba meterle más manos que un pulpo. Quedaron en lo de cantar, que lo otro ya se vería, si la ocasión se presentaba y su representante cedía.

A salvo La Argentina, en vuelo hacia Madrid, el mundo lo veía color de rosa, después de haber brindado con cava por su triunfo y asegurado dos noches más de actuaciones, hasta el final de las fiestas. Con el entusiasmo del capitán no sabía qué hacer: el mundo no era perfecto, ella daba testimonio de ello. Bien pensado, era el padrino que le faltaba, que nunca tuvo, que le podía asegurar futuros contratos y sacarla de la vida que, dicho sea de paso, sin La Argentina en el club y sin su mejor cliente, el Lorito, empezaba a dudar sobre el futuro del negocio. Era el momento de cambiar de vida. A la suerte, cuando pasa por delante de la puerta, no hay que volverle la espalda. ¡Adelante con los faroles! Se trincó del brazo con energía, abrió el abanico con un ágil giro de muñeca y le dijo al teniente dándose aire como una loca.

– ¿Sabes lo que me apetece, de verdad, de verdad...?

– Pide por esa boca, que te bajo las estrellas si es preciso.

– No te remontes tan alto, que te me puedes desgraciar en la caída, que yo no quiero lujos, que mis gustos son sencillos. Un chocolate con churros y a ver si, con la fresquita, se me pasa el sofoco que llevo. ¡Cuántas emociones, Dios mío, para una sola noche!

– Te voy a pulir, te voy a dar la vuelta como a un calcetín, y cuando te eduque esa voz, ese poderío que llevas dentro, nos hacemos millonarios, los dos. ¡No te va a conocer ni la madre que te parió!

– No, si eso no hace ya falta: ten por seguro que no me reconocen ni la pobre de mi madre, ni el... “bendito” de mi padre.

Y se sentaron, cuando se levantaba una brisa de levante desde el mar aplacando los sofocos de Antonia, que se metió entre pecho y espalda su buena docena de churros con dos tazas de chocolate. El teniente, viéndola con ese apetito, se retrepó en la silla satisfecho: con aquel saque no disminuirían aquellas caderas exuberantes de sus desvelos.

## VIII JORNADA

### *Una explosión final de fuegos de artificio*

Ataviado de aquella guisa, con el garrote de acebuche de su abuelo al hombro, tenía semejanzas indiscutibles con la sota de bastos de la baraja española. Tomó la decisión de pasar a la acción y, sin pensarlo dos veces, se fue en busca de aquella arma letal de nudosa y recia estructura: la pasividad de su misión, en el puesto de vigilancia de la barraca, le parecía insuficiente. Su abuelo, según le contó siendo niño, había matado a un lobo de un certero estacazo. Si era necesario, estaba decidido, lo utilizaría en las cabezas de aquellos descerebrados fundamentalistas. Bajó el bastón para atravesar la puerta de entrada y se quedó plantado en medio del zaguán, con un aire de centinela en posición de descanso, dispuesto a vigilar o lo que hiciera falta. Bárbara tuvo que ocultar un esbozo de sonrisa tapándose la boca con la mano, pero Ibarra le palmeó fieramente la espalda agradeciéndole su gesto solidario, refrendando la solidez de su bizarra apostura. Fue como un toque de clarín, los cuatro se pusieron en movimiento.

García se fue con Bárbara al gabinete. Había decidido facilitarle el acceso al servidor de correo. Para atenuar de alguna forma la trasgresión, la vulneración del protocolo, puso como condición que él introduciría los códigos, que deberían quedar secretos y así no incurrir en desdoro de la deontología profesional. Con estas razones acalló la voz de su conciencia.

Ibarra y Solera, sin otra misión de mayores vuelos, iniciaron un recorrido por la casa para asegurarse contra un previsible ataque exterior. Portaba el garrote, sobre el hombro, o lo blandía sopesando su contundencia para repeler cualquier agresión. Después de ponerle en antecedentes del punto débil que suponía la puerta de la cocina, ya que estaban, decidió hacer un café bien cargado: el sueño empezaba a entornarle los párpados. Mientras manipulaba la cafetera se le ocurrió que deberían

establecer unos turnos de imaginaria, como si estuvieran en la milicia, cuando tomaran ese café. Manuel Solera asintió a todo, sentándose sin dejar el garrote, con el que compuso otra bella estampa digna de una foto de recuerdo. Viéndole Ibarra en su bélica apostura, cayó en la cuenta de que el muchacho debía de saber algo sobre el asunto que les ocupaba, su ofrecimiento para defender aquel bastión le tenía intrigado. Se puso a tutearle en tono de confianza, allí no eran profesor y alumno, sino dos soldados defendiendo nada menos que la civilización occidental.

– ¿Te pongo azúcar?

– Lo tomaré solo, así despabila más.

– ¿Cómo has sabido, Manuel..?

– Estoy al tanto de la película, señor Ibarra, vamos en el mismo barco.

Empezó contándole su encuentro con don Armando, que le puso sobre aviso de que tenía que extremar las precauciones y terminó ofreciéndose a colaborar, ya que le habían metido en el ajo, por el asesinato de su amigo Soler, al que quería como a un hermano. Ibarra recuperó sus dudas sobre la ambivalente personalidad que denotaba aquel gesto de amparo, que él no llegara a prevenir, no era la forma de actuar de un asesino despiadado, era un gesto humanitario.

– Aparece y desaparece con la misma facilidad, a él no se le puede localizar, es un experto en eso del camuflaje. Me encomendó que estuviera al tanto y que les facilitara el encuentro con los informáticos de la universidad, bueno, con García, que estaba de fiesta en la barraca. Es un tipo genial, ¿le conoce personalmente?

– Sí, le conozco -contestó Ibarra reflexivo.

– Pues de loco nada de nada. Está cuerdo y bien cuerdo. Me comentó algo sobre una misión, un tremendo enredo en la Red, que fue la causa de la muerte de Vicente Soler, mi compañero, cuando colaboraba con él. Quería que el encuentro con García fuese casual, no sé por qué, por eso me hice el despistado. Ahora ya lo sabe, no creo que tenga mayor importancia.

– Seguramente -apostó Ibarra-, su estrategia con nosotros ha sido la de mantenernos intrigados, llamar nuestra atención, despertar nuestra curiosidad intelectual. Sí, es hábil, muy hábil. ¿Dónde supones que está?

– Ni idea, cuando él lo considera oportuno, aparece.

Había que pensar en la intendencia. Si se les planteaba un asedio, las provisiones eran vitales. Hizo recuento por los armarios y el frigorífico, concluyendo que se imponía una salida estratégica. No aguantarían las primeras escaramuzas y, con el estómago vacío, se piensa malamente. Encomendó la vigilancia a la sota de bastos y se dispuso a salir a campo abierto.

Las primeras tiendas cerradas le recordaron que era festivo. Tenía que desplazarse a cualquier localidad cercana y para eso precisaba del coche. Era un asunto urgente. Por la carretera no circulaba ni un alma, el personal andaba con la resaca de la noche anterior, el sol estaba ya alto y apretaba. Le vino un sopor con el calorcillo que se colaba por los cristales y bajó de par en par las dos ventanillas para que corriera el aire.

La impresora no paraba de vomitar folio tras folio. García no quería más trasgresiones al protocolo y lo puso como condición de aquel acceso. A cuarenta y una líneas por página, calculando por encima unas cien hojas, tenían más de cuatro mil e-mail. Discutieron esa restricción de los 20 KB de capacidad de los correos, García no estaba de acuerdo y la dejaron en 10 KB, lo cual ampliaba el campo de observación. La fecha del posible envío también fue objeto de debate. Si por ahorrarse unos días, dejaban el correo buscado fuera de observación, era un tiempo perdido. Coincidieron en el día siguiente a la detección de la inyección de SQL, antes no pudo ser. En cualquier caso tenían que arriesgar algo, esa era una fecha razonable y segura. Con todo, habían eliminado de una tacada el veinticuatro por ciento del trabajo desestimando los inferiores a 10 KB, algo era, con 20 KB se hubieran quitado de en medio la mitad de los correos.

Mientras terminaba la impresora, Bárbara se extrañó del silencio de la casa: a sus dos aguerridos vigilantes no se les oía. Un sonoro ronquido que venía de la cocina le hizo temer lo peor. Manuel Solera, apoyada la cabeza sobre los brazos, encima de la mesa de la cocina, dormía como un bendito. Se extrañó de la ausencia de Andrés, ¿dónde se habría metido? Solera abrió un ojo con esfuerzo y asió el garrote. Cuando se percató de la presencia de Bárbara depuso su actitud agresiva.

– Me he quedado traspuesto.

– ¿Dónde está Andrés?, no le veo por la casa.

– Dijo algo sobre unas provisiones, el frigorífico está vacío. Le vi rebuscar por los armarios de la cocina. Creo que ha salido.

– Sigue durmiendo, nos espera una larga jornada.

– No se preocupe, ya me he repuesto, llevaba un día entero sin pegar pestaña. Con un café se me pasa, el profesor Ibarra hizo una cafetera, estará aún caliente.

Necesitaba ese café. Se le ocurrió que dividiendo en cuatro partes los e-mail avanzarían más rápido. La ausencia de Ibarra la intranquilizaba, ¿dónde se habría metido ese hombre desnortado? El chasquido de la cerradura al abrirse les puso en guardia. Solera se levantó de un salto y blandió el garrote por encima de su cabeza. Bárbara le siguió hasta el zaguán. Falsa alarma de nuevo, era Ibarra, que volvía cargado de bolsas del hipermercado.

– ¿Cómo te has ido sin avisar?

– Os vi muy ocupados.

García llamaba su atención desde el gabinete.

– ¡Esto ha terminado!

Cuando se desconectaba del servidor de correo de la universidad y volvió a la carpeta de entrada, se percató.

– Tienes un correo.

– Imprímelo, estoy en la cocina.

No habían terminado de ordenar las provisiones cuando apareció un García sorprendido, inclinado sobre una hoja de papel que iba leyendo.

– Espero que no sea nada personal, no he podido evitarlo. Lo he leído, pero no entiendo qué pueda ser.

Ibarra alargó la mano, pero García se lo entregó a Bárbara, era su correo. Cuando observó que eran unos versos, sin leerlos, los puso en la mano ansiosa de Andrés, que los reclamaba.

– En cuestión de poética, él es el experto. Hemos establecido una división racional del trabajo -comentó Bárbara con cierto sarcasmo.

Desde su altura, por encima del hombro de Ibarra, Solera se empapó de su contenido. Su exclamación de admiración no se hizo esperar.

– ¡Es un genio!

– ¿Sabes quién lo envía? -le interrogó Ibarra.

– Son de don Armando, sin dudarlo un segundo.

– ¿Cómo lo sabes? -volvió a preguntar.

– Aún se comentan entre los alumnos sus clases magistrales. Circulan todavía por el campus poemas anónimos atribuidos a él. La trans-

misión oral ha creado toda una mitología en torno a su persona. Yo creía que había muerto, hasta que se me plantó delante una noche en el Barrio. Se dice, en los mentideros universitarios, que se marchó dando un portazo y poniendo a todo el claustro como chupa de dómine. Pero su fuerte era el soneto, conservo alguno recogido de la tradición, posiblemente adulterado. Estos versos, aunque no utilice el soneto, tienen su sello indiscutible.

– ¿Todo eso se comenta por el campus?

– Profesor Ibarra, usted también ha sido alumno alguna vez. No le negaré que cohabitamos, pero en dos mundos distintos.

– De momento, te apeas del tratamiento y me llamas simplemente Andrés o Ibarra, como te plazca. Acto seguido, te nombro ayudante en esta empresa. Los informáticos a su faena y nosotros a la nuestra. Esperaba este acróstico, que confirma buena parte de mis hipótesis.

A Bárbara ya le parecía largo el parlamento. A falta de un semiólogo, su mala fortuna le endosaba otro de regalo. Pero reclamó entrar en conocimiento de los versos y, si era posible, de las claves que contenía el acróstico. Andrés los leyó en voz alta, con énfasis:

*Fiero el gusano, desde su tumba  
 Infecta los tiempos venideros:  
 Necrópolis letal de un desafuero.  
 Ira, por siglos reprimida y junta,  
 Silencia a Dios y lo interpreta  
 Atado, sin voz y amordazado.  
 Fieles al dogma que inalterable  
 Rompe la luz del pensamiento,  
 Irá la ciencia toda por el viento.  
 Caballo: Pegaso a ras del suelo,  
 Alas son de cartón y fantasía,  
 Encenderá la noche el alma mía.*

– ¿Qué dice el acróstico? -reclamó Bárbara con urgencia.

El ayudante pidió licencia al maestro, que le dio paso con un gesto amplio de la mano. “Vía libre”, parecía decirle aquella mano.

– Los tercetos, que lo son por la rima, aunque las estrofas vengan agrupadas, contienen cuatro palabras: FIN, ISA, FRI y CAE.

– ¿Hay algo más? -Ibarra parecía examinarle.

– Desde luego, pero no es evidente.

– ¿Qué es lo no evidente?

Solera carraspeó, se notaba que Andrés le ponía a prueba.

– No es evidente qué quiera decir con: FINIS AFRICAE.

– Dejemos eso para más adelante, da casi para una tesis doctoral, ¿has contado las sílabas?

– Creo que utiliza versos de once y doce sílabas.

– Con una excepción significativa.

A Bárbara y García se les notaba impacientes. Tenían por delante una dura faena, no habían pegado ojo en toda la noche y se imponía un breve descanso si querían acometer con lucidez y acierto el largo listado de los e-mail. García amenazaba ya con dormirse de pie.

– Deberíamos establecer unos turnos, ¿quién descansa primero?

– El aire de la mañana me ha despejado, una conversación pendiente con este colega me reclama y, de paso, os prometo una de mis especialidades culinarias: arroz con conejo, pimientos y caracoles. Una pipirrana con melva canutera, de Barbate, para acompañar. Nos pedimos la primera guardia. Nuestras conclusiones, a la hora de la comida, a las tres en punto PM.

No hubo discusión. El sofá del gabinete le pareció a García un colchón de plumas y Bárbara se refugió en la habitación de su padre, quería abrazarse a aquella almohada, sentir su hálito, el aura de sabiduría que le traspasarían aquellas sábanas.

Rescató algunos utensilios que necesitaba de la mesa, agarró un delantal, que le quedaba algo ridículo, y, con renovadas energías se dispuso a confeccionar aquel arroz.

– Que digo yo que un *all i oli* nos vendría de perlas para acompañar ese arroz. Con un mortero, unos ajos, sal y aceite, lo hago en un santiamén.

Conque además le gustaba la cocina, perfecto. Quedaban tres horas largas para las tres, desvelarían todas las claves de ese acróstico. Pero empezó por otras claves, su secreto de la receta del arroz con caracoles y conejo.

– Primero hay que freír la ñora y los ajos. Teniendo cuidado, y esto es fundamental, de que la ñora no se queme: amarga luego. Déjame que



maje yo primero los ajos fritos con el pimiento, después haces el alioli. El truco está en majar bien con sal gruesa. El perejil, como ves, lo añadido al mortero: el tomillo, en el hervor del caldo.

– Como la receta de mi abuela, ¡hace un arroz! ¿Qué me decías de esa excepción?

Andrés se puso profesoral. Mientras salaba el conejo, que ya traía troceado, se lo explicó.

– Alterna versos de doce y once sílabas, menos en el octavo, que tiene diez. También alterna versos dodecasílabos, esto es, de 12 sílabas.

– ¡Comprenda la dificultad, Ibarra, trabaja con muchas restricciones en ese acróstico!

– Te he dicho que me tutees. Bien, el aceite está ya caliente, freímos el conejo. Tu abuela, Manuel, ¿cuece el conejo después de frito?

– ¡Naturalmente!, como debe ser, y con el caldo hace el arroz.

– Te decía que en ese acróstico hay más de una clave. El FINIS AFRICAE, por ejemplo, ¿qué te sugiere? -Solera se encogió de hombros. Andrés prosiguió docto-. Pues nada menos que el recinto de los libros prohibidos de la biblioteca que Jorge el Viejo custodiaba, en la novela de Umberto Eco “El nombre de la rosa”. ¿Qué me dices?

– Que enlaza con el incendio de la biblioteca. Tiene sentido.

– Alcánzame esa tapadera de la mesa, el conejo hace saltar el aceite. ¿De acuerdo entonces? Suma las sílabas de dos versos alternados, ¿qué te da?

– Veintitrés.

– ¿Y los dos versos consecutivos de 12 sílabas?

– Veinticuatro. Ya voy entendiendo. Hay más restricciones en esos versos de las que parece a primera vista.

– Dame una olla para calentar agua, el conejo está ya casi a punto. Esta agua caliza, tan mala para beber, es la clave de un buen arroz, ¿lo sabías?

– Mi abuela lo repite siempre, que sin agua de la costa, el arroz se agosta.

– Buen refrán, la sabiduría popular, amigo Manuel. Ponla mediada, con dos litros de agua habrá bastante.

– Por mí échale arroz, me comería un borrico con herraduras y todo.

– ¡Hambre que espera hartura no es hambre ninguna!

– Buen chascarrillo, ¿de quién es?

– De mi abuela, me lo decía cuando llegaba del colegio y le urgía para que me diera la merienda. Bien, aparto el conejo, ponemos la olla en el fuego y le añado una ramita de tomillo en el agua. Que cueza un buen rato. Aquí tienes el mortero, empieza tu faena.

Los ronquidos de García llegaban claramente hasta la cocina, como si una motocicleta a escape libre pasara por la calle. Solera movió la cabeza, admirado de la potencia sonora del informático.

– Menudo *reprise*, este llega el primero a la meta.

– A lo que íbamos. Dos cifras, veintitrés y veinticuatro. Pegaso, un caballo con alas de cartón y fantasía. Se trata de una hoguera, plantada en uno de los barrios, cuyos carteles jocosos han sido confeccionados, sin ninguna duda, por nuestro común amigo. Las estrellas  $\alpha$  y  $\beta$  de Pegaso marcan las veintitrés horas. Las hogueras se queman el día veinticuatro.

– ¡Un momento! -dejó la maza del mortero donde machacaba los ajos y dijo con un dedo alzado que casi tocaba el techo.

– Las hogueras de San Juan aquí no se queman el día veinticuatro, sino el veinticinco. A partir de las cero horas del día veinticinco. Es una singularidad en todo el Mediterráneo, el porqué no me lo preguntes, cosas de la tradición.

– Eso mismo he dicho yo. Entre las veinticuatro horas del día veinticuatro y las cero horas del día veinticinco media solo un espacio de tiempo infinitesimal. Pero tienes razón, no es ya el veinticuatro, sino el veinticinco. Hemos ganado un día. No tenemos un día por delante como yo creía, sino dos. Para nuestros bellos durmientes será una inmejorable noticia.

– ¿De qué hablamos?

Preguntó Solera, machacando con ahínco los ajos en el mortero. Ibarra parecía dudar. Se secó las manos en el delantal, agarró de nuevo el folio del acróstico y quedó sumido en grave meditación. Como no le respondía, alcanzó la botella del aceite y dando giros rítmicos y circulares se puso a liar el ajo con el aceite. De vez en cuando levantaba la vista y observaba al profesor: parecía haber caído en trance. De pronto, le preguntó:

– ¿Qué te sugieren las iniciales del segundo terceto?: ISA.

– El diminutivo de Isabel, así le llamamos a una prima mía.

– No, piensa en clave de un crucigrama.

– ¡Ah!, entonces tiene que ser el canto y baile canario. Es un clásico de esos entretenimientos.

– ¡Exacto! Las veintitrés horas de Pegaso, en Canarias, las veinticuatro en la península: El FIN de la ISA.

– No me distraigas ahora, que se me corta el ajo.

– Nos manda otro mensaje. África termina en el mar y empieza Canarias, tiene fundamento. ¿Qué se lee del verso sexto al undécimo? Y en la última estrofa, la cuarta del acróstico.

– ¡La jodimos, Micaela, ya se me ha cortado el ajo!

– ¡Deja el maldito ajo! Dice ÁFRICA y, luego, CAE, en la última estrofa: donde África cae. Las iniciales de los dos primeros tercetos dicen claramente: FIN ISA, fin de la isa, donde termina Canarias y empieza África. Necesito un atlas.

– El arroz, maestro, si no me como ese arroz, dimíto. Ya consultaremos ese atlas, póngame al corriente mientras guisa. ¿Se ha dado cuenta de la hora? Como se levante el de la moto y no vea el arroz cuajado, reposado, me temo que comete un acto de canibalismo.

Una sonámbula Bárbara apareció en la puerta de la cocina.

– ¿Qué son esas voces? El colega, ¡menudo ronquido!, no me ha dejado descansar. Pongo la mesa.

– Ahora concéntrese, maestro. Vamos a dejarnos de bromas, que el arroz es muy delicado. Aquí tiene la paellera, mi abuela le fríe un ajo picadito y luego rehoga el arroz.

– Tu abuela me ha copiado la receta, así lo hago yo.

– Pues al toro, maestro. El tomate se lo añade frito, para que no se agarre el arroz. Le pone un poquito de caldo y deslíe el tomate.

– ¿Quién está haciendo el arroz, tu abuela, o yo?

– Usted, tú, el maestro, Ibarra. Ya me hice un lío.

Los efluvios de la paella llegaron a la pituitaria de García, que carraspeó levemente cambiando de postura, para incorporarse en el sofá como un perdiguero venteando la caza. Llegó al comedor cuando un eufórico Ibarra depositaba en el centro de la mesa el humeante arroz. Solera se lo comía literalmente con los ojos. Bárbara hizo los honores y se puso a servir. Ibarra se dio una palmada en la frente.

– ¡La pipirrana!

– No se preocupe, maestro, el arroz es plato único. Habrá que cenar, digo yo, tiempo al tiempo.

Y se puso a deglutir a grandes cucharadas. Coincidieron en la excelencia del arroz, estaba en su punto justo de cocción. Solera repitió varias veces, entre cucharada y cucharada, que era idéntico al que hacía su abuela. García sacó la conversación sobre el acróstico y si habían llegado a alguna conclusión. Ibarra relató esquemáticamente sus progresos, la clave oculta sobre los días y las horas, enlazada con los mensajes del acróstico. No podía ser otra cosa, estaba indicando una clave geográfica.

– Si se trata de eso, déjelo de mi cuenta -terció Solera rebañando el plato-. La geografía es mi fuerte. ¿Dónde hay un atlas?

– ¿Sabes lo que hay que buscar? –Inquirió Ibarra.

– Naturalmente, en el mapa de África.

– Sí, pero qué.

– Está claro. Del fin de la isa, al África cae, hay dos puntos por determinar en el mapa entre el paralelo 24 y el meridiano 23 ó 24, en esto último no estoy muy seguro y de Norte a Sur, ¿me equivoco?

– ¿Cómo lo has adivinado?

– Con el estómago lleno, maestro, lo que me echen, hago filigranas. Cuando pidió el atlas, lo entendí, ¿qué otra cosa podía ser? Me insistió tanto con que sumara las sílabas de los versos que... nada, estaba chupado. Con su permiso, Bárbara, de haber un atlas, ¿estará en la biblioteca?

– Excelente deducción, amigo Watson -se mofó regocijado Ibarra.

Quedaron los tres maravillados de la agilidad mental del muchacho. El milagro lo había producido aquella paella, el plato colmado que trasegó en un abrir y cerrar de ojos. García soltó la ocurrencia de que, con su altura, cuando llegara ese arroz al estómago, llevaría la digestión hecha: García era más bien bajito. Rieron la gracia y Bárbara se levantó a poner la cafetera. Iban a necesitar cantidades ingentes de café. Solera llegó con el atlas abierto y lo depositó encima de la mesa. Comentó lo que ya traía repasado.

– Pues no hay para tanto. Va por delante la primera indicación, la del fin de la isa. Altitud Norte, latitud Este, entre el paralelo 24 y entre el meridiano 23 al 24, nos lleva al desierto de Libia. Lugar poco apropiado para cualquier cosa que se les ocurra. La segunda, casi donde África cae, nos lleva a Botswana, cerca de su capital, Gaborone. Un dato, a las puertas del desierto del Kalahari, haciendo frontera con la República de Sudáfrica, en el finis Africae propiamente dicho, ¿qué les parece?

Ibarra musitó.

– De desierto a desierto, como en una metáfora anticipatoria del erial en que se convertirá todo el conocimiento almacenado en la Red. Parece una señal premonitoria.

Bárbara medió mientras servía el café.

– Mientras vosotros seguís jugando a los enigmas, cosa muy apropiada en esa disciplina de locos que profesáis, a nosotros nos queda por delante una dura tarea. Hay que revisarse unos cuatro mil e-mails, localizar los sospechosos y analizar, por lo menos, un centenar de ellos. Y aún no tenemos método elaborado para hincarle el diente al problemita.

Ibarra se preguntaba retórico si el localizar un punto exacto, caso de que lo hubiera, ¿serviría de algo? Aunque el servidor desde el que se mandaban aquellos correos estuviera situado en esa capital desconocida de ese país desconocido, ¿qué aportaba el dato? Saber dónde se encuentra el centro de operaciones físico, ¿suponía algo en el sistema mundial de intercomunicación que representaba la Red? No se atrevía a formular esas cuestiones a Bárbara, aún no tenía las preguntas maduras. Concluyó -en eso no dudaba- que el usuario que reenviaba a través de ese supuesto, probable, hipotético servidor, podía estar en cualquier parte del mundo. La ironía daba qué pensar. Desde un lugar irrelevante del Tercer Mundo, desde un continente que no contaba para nada en los planes de Occidente hacía largos años, desahuciado por las grandes potencias, se desafiaba con vulnerar todo el conocimiento almacenado en la Red. De desierto a desierto, volver a los orígenes de la revelación, de ahí partían todos los fundamentalismos. Tenía la cabeza embotada, necesitaba descansar. Solera empezó a cabecear en la silla, el sopor de la digestión le estaba llegando.

– Maestro, que si no manda nada más, que me gustaría echarme una cabezadita -y dirigiéndose a Bárbara-: Si me indica algún lugar donde estirar las piernas, se lo agradecería.

– Hay que organizarse en economía de guerra; elige tú mismo, en esa habitación hay dos camas. La otra, resévala para García, quiero decir si nos vamos a quedar a colaborar. Iniciamos nuestro turno, podéis descansar unas horas.

El órgano desafinado de los resoplidos de Solera empezó a sonar antes de caer en la cama. Iniciaba la serie con un soplido tenue de

aspiración, le seguían unos gorgoritos descompasados y finalizaba con una estruendosa traca que iba *in crescendo*. Cuando se daba vuelta en la cama, cesaba en la sinfonía, pero acometía otra vez con renovados ímpetus. Ibarra decidió refugiarse en el otro extremo de la casa, en la habitación del profesor Abellán; esperaba encontrárselo en sus sueños y pedirle consejo. Bárbara y García se pusieron manos a la obra.

Las representaciones oníricas de Solera e Ibarra iban por derroteros muy distintos. A Solera, en su sueño, le dio por liarse a brazo partido con una paella que no se acababa nunca y que, como por arte de magia, al sacar una cucharada se reponía en su totalidad. Su abuela era el hada buena que, con su varita mágica, hacía el sortilegio de la multiplicación milagrosa de los granos de arroz. El profesor Ibarra contactó en sueños con su añorado amigo, el doctor Abellán, que llamaba su atención sobre determinados números cabalísticos. No debía olvidar la recurrencia del número tres, que le llevaba a las tríadas, a la trinidad cristiana. Otra clave inquietante y numérica era el ordinal del siglo XVI, que aquel animal había dibujado con sus propios excrementos profanando el ara del altar masónico. En su sueño, la cábala, con sus cálculos supersticiosos, hacía girar aquellos números en un zodíaco, como si de un alegre tiovivo se tratara. Las estrellas no estaban fijas, se movían, y en su movimiento apreciaba que eran números concretos y no rayos de luz extinguidos ya, desde millones de años, que vinieran desde la noche de los tiempos a trastornarle.

Solera, ahíto ya de paella, a punto de reventar, hizo con los brazos un movimiento de no va más y el garrote de su abuelo, que había dejado apoyado en la cama, golpeó el suelo con estruendo. Ibarra se bajó del tiovivo de su sueño y miró el reloj: eran las siete de la tarde, cuatro horas cumplidas de siesta. Vestido como se echó en la cama, se calzó los zapatos y se fue a refrescar la cara en el baño. El espejo le devolvió una imagen reconfortada, la siesta le había dejado como nuevo.

En el gabinete, Bárbara y García seguían peleándose con aquel enorme listado de e-mails. Al menos, se pusieron de acuerdo sobre la mecánica de la búsqueda. Saludó y se fue derecho a por un tomo de la enciclopedia, extrajo el volumen de la B. Bárbara le recibió malhumorada, aquel trabajo de negros la sacaba de sus casillas.

– Nos quedan 24 horas y vosotros dale que te dale con los acertijos. Podáis ayudar un poco con el listado de e-mails.

– Estamos ayudando, casi tenemos cercada la clave definitiva del acróstico, es cuestión de horas. Además, tengo una buena noticia, disponemos de casi 48 horas por delante, no de 24 como creí en un principio.

– ¿Cómo es eso? –Preguntó Bárbara.

– Yo trabajaba con el concepto universal de la noche de San Juan, el general en todo el Mediterráneo. Las 24 horas del día 23 ó, lo que es lo mismo, las 0,00 horas del día 24. Pero no, aquí, las Hogueras no se queman la noche de San Juan, sino la noche del 25 de junio. Me lo aclaró Solera, yo andaba empestillado en ese punto.

– Ese muchacho es un prodigio -resolvió García con sarcasmo estirándose en la silla.

– Voy a despertarlo, tenemos que redondear nuestra tesis.

– Sí, despiértale, a ver si acaba la serenata de los ronquidos. Y de paso, comprueba que no se haya descalabrado, acaba de caérsele el garrote de su abuelo o se ha despeñado de la cama.

– ¿Os apetece un café?, casi es hora de tomar un tentempié.

– Magnífica idea, y de paso nos tomamos un respiro, tengo los ojos como si llevara toda la arena de la playa dentro -aceptó de inmediato García.

Se lo encontró sentado en el borde de la cama, calzándose las esparteñas, anudándose las sobre las medias blancas, con las cintas negras hasta la rodilla. Le saludó cuando apareció en el quicio de la puerta.

– Buenas tardes, maestro. ¡Tengo un empacho!, se me ha estado repitiendo la paella toda la siesta, yo creo que se le fue la mano con el pimiento.

– ¡Pues no decías que era igual que la de tu abuela!

– Sí, pero el pimiento me sienta como un tiro.

– Voy a preparar un café.

– Yo prefiero una tónica. Voy por el atlas y... ¿no tendrán una regla milimetrada?, lo digo por precisar la altitud y la latitud en el mapa, ¡a ojo de buen cubero..!

– Pregunta a Bárbara, está con García en el gabinete.

La reunión alrededor de la mesa planteó de nuevo la queja de los informáticos: la ayuda que precisaban para comprobar aquel extenso

listado de correos. Duplicando los esfuerzos tardarían la mitad. Bárbara y García no confiaban demasiado en el método de Andrés, les parecía una disciplina de ociosos diletantes. Entre colegas, lo habían comentado, pensaban que perdían el tiempo lastimosamente. Solera apostó su cuarto a espadas en defensa de la profesión.

– Ese acróstico lleva mucha información dentro. Don Armando es un genio de la poética.

A Bárbara no le cayó bien el comentario, no había descartado aún que fuese el autor de la muerte de su padre.

– Ese nombre me repugna, prefiero que no se cite en esta casa.

– Como usted quiera, Bárbara, pero le aseguro que no es una mala persona.

Ibarra hizo una apuesta arriesgada, por consolar a Bárbara y responder a la ayuda que le solicitaban con insistencia.

– Si para la hora de la cena no tenemos resuelto el “enigma”, como decís desmereciendo nuestro esfuerzo, renuncio y me pongo a vuestras órdenes incondicionales. Estoy por asegurar que Manuel Solera me secundará en el reto.

– ¡Cómo no, maestro! -corroboró Solera rascándose preocupadamente la cabeza-. Nos ponemos a la faena enseguida, ya tengo la regla milimetrada que necesitaba.

Cuando se quedaron solos, tratando ya de ajustar las medidas en el mapa, Solera expresó sus dudas sobre el estrecho margen de tiempo que se habían concedido. Repasar un listado de e-mails no era tarea de filósofos. Además, el pensamiento canónico necesitaba de un amplio recorrido, no era cuestión del farol con el que acababa de comprometerse el maestro. Lo dijo sin levantar la vista del mapa.

– Con regla o sin regla estamos en los mismos puntos, de desierto a desierto. De oca a oca, vamos. Y antes de la cena, que me imagino nos tocará hacer a nosotros, lo veo difícil: ¡estos informáticos no saben freír un huevo!

Andrés Ibarra daba vueltas a los números de la cábala en su cabeza, pensando en voz alta, como dirigiéndose a un punto inexistente de la cocina donde se encontraban, dentro de su campo de operaciones.

– La singularidad del decasílabo, ahí tenemos una clave. Pudo emplear otra palabra de tres sílabas sin merma del significado, se me ocu-



ren: restalla, retalla, así, a bote pronto. Eso no pudo representar un problema para don Armando. Hubiera recuperado la secuencia de los endecasílabos y dodecasílabos, en buena métrica. Pero no lo hizo. Hemos decidido que la medida de los versos marcan grados de paralelos y meridianos, ¿qué nos falta entonces?

– Los minutos, maestro, eso es elemental. No hay medida en un mapa que no contenga grados, minutos y hasta segundos.

– ¡Esa es la singularidad!, nos indica minutos de Norte y de Sur.

– Y.. ¿por qué no hacia el Este?

– ¿Por qué descartas el Oeste?

– En el mapa de África si se va uno hacia el Oeste, más allá de los 17° 35' se cae de cabeza al mar. Me imagino, que estamos buscando un punto tierra adentro.

– Estás en lo cierto. Pero aclárame una cosa, ya que eres el experto en geografía, ¿qué pasa de Norte a Sur?

– Tengo el mapa de África metido en las meninges. De Norte a Sur, dentro de esos parámetros, no encontraremos más que desierto, el de Libia y el del Kalahari. En dirección Este, nos vamos acercando a Gaborone, capital de Bostwana. El recorrido de Norte a Sur nos lleva de desierto a desierto, en 48° exactos.

– ¿Qué has dicho?

– De desierto a desierto, con sus mismas palabras.

– No, la cifra, los grados de recorrido.

– Pues, está claro, 48°, la suma de 24 más 24.

– ¡Es Gaborone!

– ¡Venga!, explíquemelo y nos ponemos con la pipirrana, que la tónica me ha hecho ya efecto.

– Ha sido durante el sueño, no te lo vas a creer.

– Maestro, si le cuento el mío se cae de espaldas. Me comía una paella yo solo. Metía la cuchara y cuando me llevaba el arroz a la boca los granos volvían a estar en su sitio: la paella intacta. No era el pimiento, ¿ve lo que son las cosas? Los granos eran una metáfora que me dictaba mi subconsciente, estoy seguro. Cuando acabemos con este problema me ocuparé de resolver el misterio de la paella milagrosa.

– ¡Déjate de bromas, Manuel!

– Si no bromeo, es la pura verdad, lo que soñé en la siesta.

– No te disperses, pon atención a lo que te digo. Tú conoces a don Armando, a ver si coincidimos en la complejidad de su pensamiento.

– No, si raro es un rato, pero no le veo yo mala persona. A Bárbara no le cae bien, eso es definitivo.

– Esa es una historia que te contaré en su momento, ahora pon atención.

– Soy todo oídos.

– El sueño, muchas veces, nos da las respuestas que en la vigilia nuestra mente no acierta a encontrar. ¿Estás de acuerdo?

Asintió con la cabeza. Andrés prosiguió.

– Cuando esos mensajes del subconsciente encajan con cifras, con datos, estamos ante algo más seguro que una simple suposición.

El cabezazo de asentimiento, esta vez, fue rotundo: poco faltó para que diera de bruces con la mesa. Ibarra trataba de crear un orden lógico, justificar sus deducciones al mismo tiempo que encarrilaba su discurso.

– Si además se reciben signos inequívocos desde el exterior, de terceras personas, que insisten en confirmar esas cifras, estamos casi al filo de una evidencia: es Gaborone.

Manuel Solera se estiró desconcertado, aquello era parecido a una tautología: de Gaborone a Gaborone, de desierto a desierto, de oca a oca y tiro porque me toca. Le miró impassible esperando una aclaración.

– No te preocupes, no he terminado.

Se escuchó un suspiro de alivio. Con esa explicación no convenían a los informáticos. Lo de ponerse a revisar e-mails no le entusiasmaba.

– Consulté la enciclopedia antes, cuando pasé por el gabinete. Hay acontecimientos, otros pasos de la investigación, que desconoces. Iré por partes. En Botswana hay un 48% de población cristiana, de la que el 10% son católicos, ¿te dice algo el dato?

– Bueno, las diez sílabas del verso que representa la singularidad, los 48° de recorrido de Norte a Sur. Sí, coinciden, pero puede ser una simple casualidad, los números dan mucho de sí.

– Aquí no hay casualidades, Manuel. Proseguiré con las cifras. ¿Me confirmas sin lugar a dudas la aproximación a Gaborone?

– En dirección Este, sin duda, añadiendo 47' a los 24°, nos metemos casi en la capital. Con la salvedad de que aplico los minutos sólo en dirección Este. Y, salvo error u omisión del sistema de medida, la regla milimetrada sobre el plano, despreciando la curvatura de la tierra.

– En el siglo XVI, se celebra el concilio más largo de la historia de la cristiandad, el de Trento, donde se escenifica y consolida la escisión entre católicos y protestantes, ¿me sigues?

– Sin perder ripio.

– El animal que profanó el templo masónico, dibujó con sus propios excrementos, sobre el ara del altar, un ordinal: el XVI.

– ¡No joda, maestro!, ¿los masones están metidos en el ajo?

– Armando Cimadevilla fue masón o... ¡tal vez lo siga siendo!

– Según eso, aquí hay una melé de tres pares de c..

Dejó sin terminar la palabra y se llevó la mano a la boca por el taco que estuvo a punto de soltar: ¿se estaría tomando demasiadas confianzas?

– Una lucha sin cuartel por el dominio del código, por el monopolio de la razón, por convertir los registros de la Red en un inmenso desierto, por imponer una verdad revelada y única: un palimpsesto, en el supuesto probable de que en lugar de borrar, ese gusano maligno reescriba los textos.

– Eso es fundamentalismo a tope.

– Exacto, pero no islámico. En Botswana, lo he comprobado, los que no son cristianos, son animistas. No hay islamistas en Gaborone.

– Lo de animista me suena, pero no acabo yo de...

– Es un dato colateral, que descarta ese choque de civilizaciones del que nos quieren salvar, del peligro islámico. El animismo es un conjunto de creencias primitivas que afirman que todo ser natural está vivificado por un espíritu o alma, nada que ver con una creencia revelada. Y, además, opuesta al materialismo. Una religión natural.

– Comprendo. Pero aligere, que llega la hora de la cena y estos de aquí al lado nos ponen a repasar listados.

– Concluyo. Todo encaja a la perfección. ¿Por qué tercetos, además de darnos las claves del acróstico? Se defiende mejor en los cuartetos. El número tres, amigo Manuel, que nos lleva de nuevo a las tríadas, a la trinidad cristiana, a la clave oculta que descubría sus páginas apócrifas al introducir los múltiplos de tres.

- Visto así, parece que todo coincide.
- Falta un dato para redondear el argumento. El tres, multiplicado por el siglo XVI, nos lleva de nuevo al principio.
- No multiplico de cabeza, ya sabe, con las calculadoras...
- Al número 48, la distancia en grados de meridiano que va de desierto a desierto. Del de Libia al del Kalahari.
- ¡Joder!, qué comida de coco se ha pegado don Armando. Lo que yo le diga, ese tío es un genio. Pero qué necesidad tenía, nos podría haber soplado la solución; total, nos habiéramos ahorrado ese trabajo de chinos. Claro que tratándose de un lío entre sectas, se comprende ¿no?, para que no se entere la competencia. ¡Genial!, ¡y mira que es feo el jodío! Un cerebritito, un sabio incomprendido es lo que es.
- Así es que nos hemos ganado una cerveza antes de dar la primicia a los informáticos.

Brindaron directamente con las botellas, sin utilizar vasos; todo lo que mancharan lo tenían que fregar ellos, los informáticos parecían haberse escaqueado del servicio de cocina. La paellera estaba sin fregar; eso sí, prudentemente regada con un fondo de agua, para que se ablandara la grasa. El arrimo de platos y vasos se acumulaba en el fregadero. Solera pensaba que, además de haber resuelto aquel enigma y de hacer la paella, les tocaba aún fregar los platos. Los informáticos, por lo visto, imaginaban que el mundo físico era una pura entelequia, que todo se solucionaba dándole al botoncito. Pues no señor, se lo diría durante la cena, que ya estaba bien de desmerecer a los de letras.

Los informáticos se desperezaban, estirando los músculos entumecidos, y se preparaban para pedir el relevo, el cumplimiento de la promesa de Ibarra de colaborar, pues la hora de la cena había llegado. Se aproximaron a la cocina sigilosamente a pedir el tributo de sudor a los de letras, que ya estaba bien de jueguecitos. Solera les vio llegar y se levantó adivinando sus intenciones.

– ¡Alto el carro, compañeros!, que la solución al enigma, jeroglífico, o el misterio del acróstico, acaba de ser desvelado. Aquí, entre el colega y yo, hemos dado con la solución. Lárguele, maestro.

Andrés Ibarra tuvo que emplearse a fondo para hacerles comprender aquel galimatías de números y letras. ¡Y eso que eran de ciencias! García abría unos ojos como platos, Bárbara asistía con gesto de es-

cepticismo y Manuel Solera abría los brazos que casi alcanzaban de pared a pared de la cocina, en una expresión de impotencia, como diciendo: ¡Por Dios, si está clarísimo! Bárbara tuvo que reconocer que su estrategia de búsqueda, los cálculos previstos sobre el tamaño, procedencia, asunto y fecha de emisión, habían resultado improductivos. Le fue más duro tragarse la parte más fina de su tesis, lo de la emisión a través de un organismo oficial, del Archivo Municipal que visitaba su principal sospechoso. Lo del programa de fiestas fue para unas risas. Había contaminado la investigación con prejuicios personales, esa distinción de los antropólogos entre la visión y perspectiva, *etic* y *emic*. En deducción lógica no andaban mal, pero los que cortaban el bacalao dándole al coco en estos temas, eran los filósofos. Se revisaron los cuatro mil y pico e-mails y nada hacía indicar la más leve pista. Llegaron a descartar buena parte de ellos, la atención ahora se concentraba en unos trescientos seleccionados. Aún era una cantidad considerable si tenían que entrar a analizar uno por uno. Solera desplegó sus mejores encantos para convencerles de que aquella clave no tenía que ser, necesariamente, un enclave geográfico.

– Estáis cansados, agotados, deshechos. Un poco celosillos, que también hay que decirlo. Pero aquí, el maestro y yo, nos ponemos a preparar la cena, fregamos los platos... Ustedes vosotros se me relajan, se toman unas cervecitas, estiran las piernas, se airean un poquito y, con la barriga llena, coser y cantar, lo van a ver clarísimo -y volviéndose con intención hacia Andrés-. La pipirrana, mi abuela la borda, es de Murcia.

– ¡Ya estamos otra vez con que la abuela fuma! La llamas, te la traes y que haga ella la pipirrana.

– Por ella, encantada, le gusta más una juerga... ¡tiene más marcha..! Estará en la barraca moviendo el esqueleto con la peña de la Tercera Edad. No se pierde una. La pobre, desde que se quedó viuda, parece que se esté desquitando del marcaje del abuelo: era más serio que un ajo. Por cierto, a la pipirrana, mi abuela le pone un ajito picado.

– Mira, Manuel, la pipirrana la haces tú, o tu abuela, y yo friego los platos.

– ¡Eso está hecho, maestro!

El buen humor desplegado por Solera terminó por relajar la tensión de los informáticos, que se decidieron a seguir el consejo y tomarse la

cerveza. Mientras picaba el tomate y la cebolla, pensaba que no sólo tenían que hacer de cocineros, fregar los platos, sino que además, les tocaba el papel de humoristas, divertir al personal, y todo, por el mismo precio. El ser un sólido generalista llevaba implícito ese calvario, los grandes especialistas dominaban la tierra; ya les llegaría el turno, como a los dinosaurios. Abrió la lata de melva canutera de Barbate y dijo:

– Esto trasmina, y en aceite de oliva, como debe ser. ¡A la mesa!

Con los ánimos relajados, pasado ya el soponcio del patinazo informático, templando gaitas, Ibarra volvió por sus fueros. No se dejó nada en el tintero, ni la queja correspondiente sobre la necesidad de pensar, discurrir, por el solo placer de pensar, que eso era muy Mediterráneo, que la civilización occidental empezó en este mar y reivindicaba ese acervo cultural. La cuna de la civilización, incluyendo sus leyendas y sus mitos, habían conformado la mente humana. Armando Cimadevilla era un ilustrado, su discurso se desarrollaba largo, ampuloso, pero tenía la esperable fertilidad del pensamiento abductivo.

– Ese acróstico era de él, continuación del que nos envió con la contraseña de Jorge el Viejo. Si no quisiera ayudarnos, ¿qué necesidad tenía de tomarse tantas molestias?

– Confundimos -respondió Bárbara pisándole la frase.

– ¿Y qué perdemos comprobándolo?

– ¿Cómo? -cortó tajante Bárbara.

Se había cerrado. Nada que viniera de Armando Cimadevilla podía ser bueno. García permanecía mudo, aquello tenía visos de discusión de familia, optó por el silencio. Solera era más atrevido.

– Yo, de informática, lo justo. Pero se me ocurre que metiendo en el buscador la palabra clave, Gaborone, igual suena la flauta. Ya lo he dicho, no tiene que ser un lugar geográfico. Solo faltaba, que en la época de la revolución tecnológica tuviéramos que ir en camello de punta a punta de África.

García pareció despertar de su prudente silencio. En realidad, ¿qué se perdía?, era cuestión de rutina: “Si con barbas, San Antón y, si no, la Purísima Concepción”, se dijo parodiando un refrán popular.

– Con Gaborone solo, tal vez no, pero probando con todos esos parámetros... ¡Quién sabe, igual tenemos suerte!

Solera era un bendito. Terminó por recoger la mesa y pasar un agua

a los platos. Mientras fregoteaba lo dijo, y es que, la verdad, ¡se metía en unos berenjenales!, la boca le perdía.

– Lo del buscador a mí se me da como recoger setas. Os hace falta descansar. Es nuestro turno de imaginaria. Probamos, comprobamos y, si sale algo interesante, os damos un toque, ¿hace?

– La verdad es que estoy rendida y, lo que es peor, desmoralizada. No estoy ayudando mucho con esta actitud negativa. Necesito descansar.

– Pues nada, a la piltra. Usted, señor García, se me va a la cama del fondo y no le ponga todo el gas a la moto, no tengamos un accidente.

– ¿Qué dice este hombre?

Consiguió que Bárbara soltara la carcajada. Se fue con una risa floja hasta la habitación de su padre, le dio por reír. Estaba resultando un excelente fichaje aquel Solera. En estas, estaban dando las doce, una monumental traca amenazaba con hacer saltar los cristales de la casa. Se fueron a ajustar los postigos. Solera agarró la tranca, por si acaso. Aprovechando la confusión parecían trastear en la puerta. Ibarra se fue a echar los cerrojos. Solera, a través de la ventana, le pareció divisar una sombra renqueante y furtiva. Por debajo de la puerta habían colado un papel: era el duplicado del acróstico.

– La boca me pierde, maestro. Arranco el equipo.

Andrés Ibarra había caído de nuevo en uno de sus estados de concentración. Parecía invocar la intervención de Abellán que, seguramente, andaría su espíritu suelto por las estancias de aquella casa, intrigado con la solución final del enigma: su pasión intelectual no le dejaría descansar en su tumba tranquilo hasta llegar al final del misterio. Ajeno a todo, dejó a Manuel Solera que manipulara en el teclado. En su mente empezó a tomar cuerpo una imagen difusa que se iba contorneando en formas precisas. Como en un sueño veía las tres puertas que había que traspasar, y cada una de ellas tenía que abrirse con una llave, una clave en este caso. Liberó su mente, la dejó volar sin ataduras. Cuando empezó a hablar como en estado de trance, su colega le miró asombrado, pero se puso a ejecutar las instrucciones que provenían de una voz que no parecía la suya, algo más cansada y pausada.

– La llave maestra es Gaborone, pero precisa tallarle los dientes que encajan en la primera cerradura.

Tecléo las ocho letras y, distraídamente, pulsó el icono de buscar. En la pantalla aparecieron las páginas relacionadas con la clave insertada. Comunicó la noticia.

– ¡Esto funciona!, aquí aparecen cosas. ¡Una barbaridad!, más de trescientas páginas, con un cálculo aproximado. Seleccione las páginas en castellano, así nos quitamos toda la hojarasca.

Sus palabras no encontraron eco en la actitud reflexiva de Ibarra. Seguía ajustando el código de la cerradura, le faltaba tallar esos dientes precisos. Como cuando nos hacen una llave en la ferretería, pensaba, la copia que se introduce en la máquina parece igual, pero necesita que la muela de esmeril copie con precisión la huella del original. Se concentró en la primera puerta, la que abría el desierto de Libia, la clave numérica tenía que ser la lógica consecuencia de su situación geográfica. Solera se entretenía en repasar otro largo listado. Leía los epígrafes de cada página y pasaba a la siguiente. Le llamó la atención un enunciado de literatura curioso. Abrió la página. No parecía tener mucho que ver con Bostwana, hablaba del acróstico en la poesía galante. ¡El acróstico!

– Aquí habla del acróstico, en una página sobre literatura. Esto parece muy interesante.

Ibarra seguía en su estado de introspección, mientras Solera repasaba los tres folios de aquel artículo insólito. Llegó al final, para continuar le pedía una clave.

– He llegado al final, me pide una clave alfa numérica, cualquiera sabe.

Parecía despertar de un sueño, venir de otro mundo, de un paseo astral por la cábala, por el zodiaco de su sueño y sonándole nítidas las recomendaciones recibidas del profesor Abellán. Dijo, inmerso en su estado de concentración:

– La clave es: Gaborone 242420.

Su ayudante la tecléo en la ventanilla del buscador. Una sola página se abrió, una leyenda conocida y un espacio en blanco, una casilla que solicitaba otra clave.

– ¡Joder, maestro, bingo!

Antes de que le informara de lo que aparecía en la pantalla, Ibarra, parecía predecir el resultado de aquel hallazgo, dijo en el mismo tono de concentración, sin inmutarse:



- Hemos abierto la primera puerta, el FIN ISA, nos pide otra clave.
- ¿Cómo lo sabes?, parece cosa de magia. Eso dice, nos pide otra entrada de datos, sólo eso.

La pantalla daba esa escueta información. Las iniciales del acróstico, de los dos primeros tercetos, aparecían en grandes caracteres y, debajo, una ventanita con el cursor en su inicio temblaba esperando que se tecleara una nueva clave. Ibarra se incorporó del sillón en el que estaba recostado y se acercó a la pantalla.

– No hay ninguna magia, son las indicaciones del acróstico, las tres puertas que contiene en todas sus referencias cifradas. Las estrofas de tres versos resumen y recogen toda una información anterior: la clave del tres y sus múltiplos en los códigos de las páginas apócrifas, las tríadas, las tres formas del pensamiento canónico, la trinidad cristiana. Si me apuras, las tres producciones básicas del Mediterráneo, bajo las especies del ritual católico: el pan, el vino y el óleo. No hay ningún misterio, es pura retroducción, el pensamiento abductivo, buscar la posibilidad de que un suceso se ajuste a toda una nebulosa de datos que forman parte de un imaginario común. En este caso, de toda una cultura basada en la mitología a que se refieren esos números. Creo que lo hemos encontrado. La segunda puerta tiene que estar en el desierto del Kalahari: en el AFRI-CA CAE que ocultaba el acróstico. Sus coordenadas las debes saber de memoria, introdúcelas en esa ventana.

– ¿Precedidas de Gaborone?

– Naturalmente, es la llave maestra, la clave alfabética.

Manuel Solera tecleó con resolución: Gaborone 242447. Un reflejo de luz en la pantalla, una música de máquina de azar dándote un premio y, en grandes caracteres, como en un destello, apareció:

## ÁFRICA CAE

Las cifras parecían querer ajustarse, completar una secuencia de números que enlazara con la clave final de aquel acróstico. Buscaba la perfección de la cábala, un número redondo y significativo. No podía ser otra que la de la tercera puerta, la que daba acceso al FINIS AFRICAE. Solera se aseguró, no quería meter el remo, pedía la confirmación de su maestro. Su autoridad intelectual se había reforzado, ya no pronunció la

palabra “maestro” con aquel tonillo burlesco y desenfadado, la dijo con solemnidad.

– A tí te corresponde el honor, maestro. Dime la cifra, espero coincidir contigo.

– Ya no queda ningún misterio por desvelar. Teclea 242448, es una suma perfecta en todas sus combinaciones, un número que parece emerger directamente de las profundidades de la cábala. Introduce la clave.

– ¿De dónde ha sacado esa cifra?

– De un posible error en la métrica. Me imaginaba a nuestro hombre perseguido. Sus últimos movimientos hacen predecir una situación complicada. Pudo equivocarse. Esos números se van ajustando buscando la perfección: la suma de 24 y 24, la del 2 con el 2, la del 4 con el 4, que nos llevan a la cifra definitiva, de nuevo el número 48.

La pantalla relumbró esta vez con una luz especial y la música de fondo dejó oír un revuelo de campanas. Habían llegado al FINIS AFRICAE.

– Estamos en la estancia donde con toda seguridad se esconde la bomba lógica, ese trabajo corresponde a los informáticos, tendrán que desactivarla.

– ¿Se ha fijado, profesor?

– ¿En qué?

– De desierto a desierto, en 48° de Norte a Sur, los cuarenta y ocho días con sus noches de meditación de Jesús de Nazaret, como en una síntesis del mito de la revelación. Del desierto se vuelve siempre preparado para una misión trascendente.

– Eso parecían indicar las cifras, ajustándose como en un mecanismo de relojería, con las secuencias numéricas de una caja fuerte con tres llaves. El acróstico contenía toda la información para abrirla. El mérito no es nuestro, la mente privilegiada de don Armando Cimadevilla ha compuesto un poema definitivo, su aportación ilustrada a la poética: posiblemente, los últimos versos de su vida.

– ¡Qué estás diciendo!

– Repasa la última estrofa del acróstico. Se inmolará en la hoguera, en ese caballo de cartón y fantasía, si no llegamos a tiempo, si no conseguimos desactivar el mecanismo de relojería que esparcirá toda la ciencia almacenada en la Red por los aires, por el viento. Lo dice con clari-

dad, la semántica de esos versos parece definitiva, los datos históricos ajustan como en un rompecabezas. Hay que avisar a los informáticos, ha llegado su hora.

– Voy a llamar a García, espero que esta vez haya ganado la carrera, resoplaba a todo gas.

– Sí, despertaré a Bárbara.

Por las rendijas del postigo empezaba a clarear. Ibarra lo abrió y contempló unos instantes el mar: estaba ya la aurora con sus dorados dedos... en el rubor incipiente del amanecer.

– Nos espera una jornada tensa, veinticuatro horas decisivas.

Como en un reloj de arena que trasvasara sus granos de una burbuja a otra, de uno a otro desierto, iban los versos de Armando Cimadevilla desgranando una antigua canción de dominación y muerte, de esa lucha ancestral por el control de la información, el dominio de la sinrazón sobre la razón, la luz del pensamiento que se abrió paso frente a la intransigencia dogmática. En el camino, habían quedado muchas mentes preclaras amordazadas, quemadas vivas, narcotizadas, como su admirado profesor, su buen amigo, don Julio Abellán.

La escena que desde las doce del mediodía se desarrollaba en la calle menos transitada del Centro Histórico, a la puerta que cerrara de un empujón en su salir apresurado Minerva, parodiaba con inusual ironía la letra de la canción que con tanto entusiasmo y vigor cantara Antonia en su debut de la barraca, “Ojos Verdes”: “Apoyá en el quicio de la mancebía...” Allí estaban haciendo cola los marinos de un barco americano a los que dieron suelta de buena mañana para que se desfogaran en la fiesta. Los fuegos de artificio de aquel amor apresurado, de urgencias inaplazables, les mantenía impacientes en la puerta del burdel. Arriba, un portero de noche descoyuntado y el descomunal sicario como un toro apuntillado yaciendo sobre un charco de sangre solidificada, no podían escuchar el repique de tambor de los nudillos, ni las pulsaciones intermitentes del timbre por mucho que insistieran.

Minerva no acudió a su cita de cada mañana, la que la mantenía en subidas y bajadas regulares -en euros bien contados de su faltriquera-, por consejo de su benefactor. Por si el temor a que fuera requerida de los papeles -que no tenía-, en el seguro desembarco de la policía no era sufi-

ciente, Armando Cimadevilla le convenció con una entrega simbólica de treinta euros de sus mermados recursos. Quedaron a la espera de noticias.

El coche patrulla que circulaba por la zona se percató del incidente, de la inusual cola de marinos acompañados de sus correspondientes meretrices, y un policía, con gesto socarrón, bajó para informarse. A las doce se abrió aquella puerta con puntualidad inglesa. Eran pasadas las doce y media, una oportunidad de oro que estaba a punto de escaparse; aquello era una emergencia, una pérdida irreparable. La orden por radio era tajante.

– Dispérsense, abandonen la zona –dijo el policía abanicando el aire con la porra.

Los marineros americanos no entendían aquellas “sutilezas”, las mujeres de la calle sí. Se apartaron unos metros en espera de acontecimientos. La cuestión no era baladí. Los centuriones del imperio esperaban, reclamaban su ración de pasión, el descanso del guerrero. Una nueva consulta por radio y la decisión salomónica de la comisaría llegó: había que franquear aquella puerta. Un simple trozo de plástico sirvió, no era cuestión de andar con pejiñeras de órdenes judiciales. En último extremo, la puerta estaría abierta. Los policías de patrulla sabían con precisión qué se cocinaba en aquel tugurio.

Al teniente Jiménez, rescatado con urgencia de las sábanas, le daba la sensación de que acababa de echarse en la cama. No obstante, disimuló controlando su enfado, la noche de juerga y libaciones no era un argumento para dejar el servicio. Dijo que se personaba en unos minutos, rechazando esta vez el coche patrulla; prefería refrescarse andando en el corto paseo.

La imagen dantesca del prostíbulo, la cara asombrada del portero mirando al techo con el cuello roto, y aquel cuerpo descomunal de bruces sobre el suelo, bañado en su propia sangre, parecía un ajuste de cuentas, pero: ¿quién era el matador del matador del portero? Le habían atravesado el pecho de parte a parte con un afilado y largo estilete. El arma, que entró de abajo hacia arriba, como si le hubieran estoqueado de rodillas, le partió el corazón en su trayectoria. El portero era conocido en la “casa”, de pequeños asuntos de menudeo de droga y de alguna que otra pelea sin consecuencias. Era robusto, de torso

ancho y musculoso, ¿qué fuerza descomunal le había tronzado el cuello como un palillo de dientes? El cuerpo bañado en sangre parecía un toro apuntillado, degollado por una certera estocada. Algunos billetes en el bolsillo eran sus únicos papeles, ninguna seña de identidad. Los agentes realizaban su rutinaria tarea: tomaron una serie completa de fotos de aquel cuerpo, de su cara poblada por una espesa barba. Huellas había para parar un tren, incluida las de Sexta Flota casi completas: aquello tomaba visos de un conflicto diplomático. Se recomendó sellar la casa por el agente judicial, el juez estaba en camino.

El forense no tenía ninguna duda. Aquello era una media Lagartijera a la reversa, no de abajo arriba, al contrario, una forma curiosa de alan- cear aquel toro. Coincidió con el teniente en el arma, afilada como un bisturí. El peso del cuerpo al caer debió de hacer el resto. Obra de un especialista consumado o de la casualidad, tanto no llegaba a discernir. El teniente se le acercó.

– Parece un ajuste de cuentas. La puerta destrozada de un golpe..., el portero en el pasillo..., otro caso para el archivo.

– Seguramente no sacarás nada en claro. Yo he terminado mi trabajo, me esperan para almorzar. A propósito, ¿qué tal las fiestas?

– ¡No me hables!, toda la noche sin poder dormir: la música a toda pastilla, los estruendos de las tracas... me bajé a tomar una cerveza, me encontré con unos amigos, y hasta las tantas de la madrugada.

– Estas fiestas son así, Jiménez ¿y la mujer?

– En el apartamento de la playa, tomando el sol, con su música y sus novelas.

– Alégrate, yo no tengo tu suerte, la mía es muy *festera*.

– No sé qué decirte...

– Lo dicho, buen fin de fiestas. Me esperan y ya llego tarde. -Se despidió el forense mirando a hurtadillas el reloj de pulsera.

Para el teniente Jiménez aquello era pan comido, un ajuste de cuentas como la copa de un pino. Había que descartar desde el principio la más remota intervención de marineros de la flota. Como se las gastaban últimamente, podían ponerse a bombardear la plaza. Un portero de bur- del descoyuntado, un desconocido sin papeles, tres folios mecanografiados y unas fotos en el archivo durmiendo el sueño de los justos en un cajón. Se dirigió al policía que montaba guardia en el pasillo.

– Que desalojen la calle, el negocio se cierra por orden judicial. Que se lo tomen como un descanso por fiestas. Con los marineros de la flota mucho cuidado, nada de líos, que vengan los PM y se entiendan con ellos.

– Mi teniente -era uno de los policías del coche patrulla.

– ¿Qué pasa ahora?

– Esta... señora, vio algo anoche.

– Adelante, cuéntemelo.

Su azoro, el nerviosismo que demostraba era evidente. Su experiencia con la policía nunca fue precisamente una relación amistosa. Balbuceaba las palabras. El teniente la tranquilizó.

– Usted no se preocupe, colaborar con la policía es un acto cívico, de buen ciudadano.

Las palabras del teniente le hicieron recobrar un cierto aplomo.

– Era muy tarde ya, casi nos íbamos. Llegó ese señor que nos reparte bombones desde el taxi los jueves, venía caminando esta vez, se refugió en el portal y luego le perdí de vista.

– ¿Puede darnos una descripción del sujeto? -medió el policía con aire profesional, tratando de demostrar ante el teniente que sabía hacer su trabajo.

Al teniente le dio un vuelco el corazón: ¡*El Lorito!*, ¡*maldita sea mi estampa!*, exclamó para sus adentros. El policía era ajeno a la escena de los bombones, la confianza que el Pinales le hizo en su despacho. Le dejó hacer. Tenía un retrato robot completo del sujeto en la cabeza, no necesitaba de aquellas notas. El policía se giró con el bolígrafo en alto, que parecía un signo de interrogación.

– Mi teniente, la descripción del tipo me suena, ¿no será el que fuimos a buscar cuando apareció el transportista envenenado? ¡Vamos, que estoy por asegurarlo!

– ¿A ver? -el teniente disimulaba. Repasó las notas, hizo unas preguntas de rutina a la testigo y tomó una decisión.

– Señora, tiene que acompañar al policía hasta comisaría, como testigo naturalmente. Será un momento, realizar un retrato robot y firmar su declaración. Esto está cerrado, tómese un descanso.

El policía le pidió cortésmente que le acompañara hasta el coche patrulla. Cuando salía, el teniente le daba sus últimas instrucciones.

– En media hora estoy allí, dé prioridad a esas diligencias. Hay que localizar al sujeto, es el enemigo público número uno de esta ciudad, un personaje peligroso.

– A sus órdenes, mi teniente -dijo cuadrándose el policía.

Los PM desalojaban a los marines. La desilusión se pintaba en el rostro de aquellas mujeres, la ganancia de aquel día se había evaporado. El conflicto diplomático que intranquilizaba al teniente estaba despejado, la ciudad no corría peligro de represalias. Fue la única ironía que se permitió mentalmente, no se le hubiera ocurrido comentarla, ni de broma, con su mejor amigo. Después de aquella humorada se tornó sombrío. Llegó el juzgado de guardia y ordenó el levantamiento de los cadáveres.

Armando Cimadevilla reflexionaba que, por muy torpe que fuese aquel teniente, a poco que rebuscara, saldría a relucir su descripción. La Talandas le reconoció, largaría de lo lindo. La llamaban así porque siempre preguntaba lo mismo al saludar: ¿Qué tal andas? De ahí a la “Talandas”, era un mote casi obligado. A él, naturalmente, no se lo preguntaba, era evidente que andaba peor que un reloj de madera. Concertó con Minerva, previo pago de otros treinta euros, que le comprara unas provisiones. De paso, si podía, que se informara con alguna colega. Le pasó un trozo de papel con las escasas provisiones que necesitaba. Su diosa no sabía leer, se lo hizo repetir varias veces hasta que lo memorizó. El agua resultaba fundamental, algo de pan y unos embutidos. Era suficiente para aguantar las horas que le quedaban en la barriga de Pegaso, en este caso utilizado como caballo de Troya. Sabía cómo acceder. Argumentó con el diseñador, con el artista que lo construyó y convenció a la comisión *festera* con palabras sutiles:

*Lo importante de una hoguera, el éxito del espectáculo, es una ignición fulgurante. Para una buena combustión es imprescindible el oxígeno. Si la barriga del caballo se encuentra blindada, el fuego tardaría en penetrar. Se caerían las alas, se deslucirá el conjunto de la hoguera. Las patas del caballo arden antes y el cuerpo central se desplomaría. Si se practicaba un disimulado portillo en los ijares del animal y se rociaba de gasolina por dentro, el conjunto resultante sería un armonioso y bello espectáculo.*

Era la puerta que precisaba para penetrar como troyano voluntario y voluntarioso al sacrificio. Se palpó el bolsillo comprobando que el aceite de perejil estaba en su sitio, en el lugar que lo llevaba desde hacía días, en su resistente petaca metálica para el brandy, en la que dejaría un poso para el análisis posterior. Tenía previsto esparcírsele por todo el cuerpo como un bronceador, antes de las 24 horas. El efecto balsámico, tranquilizante, era inmediato. Lo había consultado en aquellos libros antiguos de medicina del Archivo municipal. Su efecto posterior era letal. Antes de quemarse con el fuego estaría ya en el otro mundo. El dolor físico no le entusiasmaba, prefería evitarlo.

Minerva llegó con la noticia de la clausura de su centro de trabajo y del revuelo que se armó con la policía militar y los marines. Venía asustada. Las chicas, sus compañeras, ya estaban planeando cambiar el campo de operaciones, aún quedaban corrillos de curiosos. Traía una bolsa del hipermercado, había cumplido su encargo.

Hizo recuento de su billetera y se reservó cincuenta euros y la calderilla, tenía suficiente para aguantar las horas que le quedaban en este mundo, el resto se quemaría en la hoguera. Se los entregó a Minerva, para que disfrutara de la fiesta y compensara aquel día de pérdidas. Salió de aquella habitación hasta el pasillo, donde se escuchaban conversaciones en todos los giros posibles del castellano y en más de un idioma que no se molestó en descifrar. Se hacinaba allí, en pequeños nichos, la más variopinta representación de la inmigración ilegal, estrujada por un legal autóctono que les exprimía un precio desorbitado por aquellos insalubres cubículos sin aseo y sin licencia alguna. La tarde, en plena canícula de la siesta, después de tres días de intenso ajeteo, había relegado a las gentes a un prudente descanso. Recuperaban fuerzas para la traca final. El sol pegaba de lleno. No dejaría el rastro de un taxi, de otro voceras como el Pernales. Eligió las calles menos frecuentadas, por las que no entraba el coche patrulla de la policía: se escuchaban sirenas por todas partes. El teniente Jiménez le estaría buscando. No le daría ninguna facilidad, su plan tenía que cumplirse en los mínimos detalles. Era una larga caminata, pero tenía tiempo sobrado. Se marcó un itinerario preciso. Un solo punto débil le desasosegaba, atravesar la amplia avenida de circunvalación: tomaría precauciones. Se quitó la pajarita, se la guardó en un bolsillo de la americana y terminó por despojarse también de la



prenda: el sol calentaba de lo lindo. Encontró refugio en la sombra de un portal, se paró para tomar aliento y refrescarse con el agua de la botella. Un coche patrulla pasó unos segundos después: estaba seguro, le andaban buscando. Se arremangó la camisa en dobleces desiguales hasta el codo. La mujer que bajaba las escaleras se sobresaltó y él adoptó una actitud lastimera, una parodia de pobre desamparado. Recibió las monedas, que se guardó en el bolsillo del pantalón con una reverencia de sumisión.

– Dios se lo pague, buena mujer.

Era un histrión cuando quería. Sin su fealdad y su cojera podía haber intentado sacar provecho en la escena. Dobló la chaqueta y la embutió en la bolsa. El bastón le delataba, pero tenía que recobrar su personalidad al llegar al barrio donde se erguía su caballo con alas, allí le conocían. Era don Armando, poeta, profesor jubilado, autor de los versos del libro de la hoguera, de los chascarrillos que amenizaban los *ninots*, todo un personaje respetable y respetado. Con el bastón ideó una hábil maniobra, se lo embutió por la pernera del pantalón sujetándolo con fuerza con el cinto. Resultó una improvisada prótesis que le ayudaba a soportar, casi disimular su cojera. Su aspecto, con la bolsa de plástico en la mano, pasaba bien por un sin hogar, por un mendigo de la calle. La idea resultaba perfecta, tendería la mano en su recorrido, era un disfraz razonable. Se alborotó el pelo y salió finalmente del portal.

Los informáticos despertaron en el mejor de los sueños, cuando el frescor del amanecer hacía posible dejar de dar vueltas insomnes en la cama y el sudor desistía de torturarles con las pegajosas sábanas: *¿Qué era aquello de tres puertas secretas?, se parecía a uno de esos juegos de la Red.* Bárbara, aunque los conocía, no tuvo tiempo nunca de semejantes entretenimientos, García era casi un experto, un consumado y fiel aficionado. La pantalla hacía guiños intermitentes y las letras, que ocupaban el centro, invitaban al juego:

## FINIS AFRICAE

La casa tembló en todos sus cristales. De la mesa de la cocina se precipitaron algunos cacharros al suelo con estruendo de metales gol-

peando las baldosas: se iniciaba la *despertá* en todos los distritos, el fin de fiestas había comenzado de buena mañana con salvas de pólvora negra. Garrote en ristre, secundado por Ibarra, Manuel Solera se encaminó decidido a comprobar si habían abierto brecha en el flanco débil de la casa. La puerta de la cocina no se había movido un ápice, eran las vibraciones de las tracas las que hicieron precipitarse un cazo y una sartén, anunciando un día de ruidos sin tregua ni piedad. La banda de música atacó en ese momento con un pasodoble: Paquito el Chocolatero.

García esperaba noticias, tenían que informarle sobre cómo demonios habían conseguido llegar a la puerta del *finis Africae*, para poder orientarse en la secuencia del juego. Cuando le desvelaron las enmarañadas claves, el tortuoso camino de referencias cruzadas, de símbolos y números de todo jaez, no salía de su asombro. Los filósofos ganaban altura y reconocimiento, aunque les tocó de nuevo preparar el desayuno: era una tarea que no se quitaban de encima. Solera manipulaba el tostador, pendiente del resorte que disparaba las rebanadas de pan, y reponía el hueco con dos nuevas rodajas. La cafetera emitió su silbido característico. La banda se acercaba con su charanga de metales y platillos, y las entradas del bombo atronaban con su sordo estampido, poniendo el contrapunto a los cambios de cada pieza musical. El desayuno quedó preparado encima de la mesa. Era el momento de las deliberaciones, de la puesta en común, que, dicho sea de paso, les cogía siempre comiendo. Ibarra se empleó a fondo defendiendo la tesis que tan buenos resultados le dio desde el principio.

– Yo apuesto por seguir la secuencia de la métrica, como si el *finis Africae* fuese un verso, la línea de un poema.

Prosiguió retórico, con la autoridad conseguida por los filósofos en el primer tramo de la búsqueda, mientras Solera engullía una tostada tras otra bañadas en aceite y afirmaba con significativos movimientos de cabeza. Los informáticos meditaban en cómo desactivar la bomba lógica, cuyo tiempo se aproximaba segundo tras segundo. Bárbara no pudo aguantar la tensión y se levantó después de tomarse el café en dirección al gabinete. La siguieron todos. García se afanó en buscar con el cursor por toda la pantalla tratando de detectar una ventana oculta. Sólo el rótulo de la pantalla parecía tener vida, el resto era un desierto en toda la extensión de la palabra: nada se movía, no existían vestigios de vida.

Colocó el cursor en la E final y se quedó esperando. Pulsó la flecha izquierda y se desplazó letra a letra hasta el inicio del mensaje.

– Aquí tenemos algo.

Ibarra comentó sin dirigirse a nadie en concreto.

– Un hexasílabo, sigue la lógica del acróstico en su interés por las tríadas. Si aceptamos esto, dividamos en dos el verso y tendremos dos tetrasílabos.

García situó el cursor donde le indicaban, entre la A y la F, en la palabra *Africae*.

– Ya está. La cuestión, ahora, es no cometer errores.

Bárbara confirmó sus palabras, el temor de salirse del juego o, lo que más temía, que se les cerrara definitivamente la puerta, entraba dentro de sus cálculos.

– Alguien puede estar observando. Quiero decir que una maniobra errónea puede ser detectada por algún tipo de control del programa.

– Eso es lo que temo -aseguró García.

Ibarra continuó con su argumento.

– Si funciona como una puerta de doble hoja, para abrirla tendríamos que empujar desde el centro donde el cursor está situado. Lo que no alcanzo a entender es cómo. No nos pide ningún parámetro. ¿Permite una entrada de datos?

– No – respondió lacónico García.

– En ese caso...

– Se pulsa *intro* -y acompañando la palabra con la acción pulsó la tecla.

El sonido, esta vez, fue un añoso chirrido de puerta girando en sus goznes mal engrasados. Las sílabas se convirtieron en dos postigos idénticos que se desplazaban lentamente dejando entrever lo que parecía una alargada estancia flanqueada por anaqueles. Conforme las puertas se abrían, empezaron a vislumbrar el contenido de la sala. Bárbara exclamó:

– ¡Son libros, estamos en la biblioteca!

Al abrirse de par en par, las puertas desaparecieron, dejando ver lo que eran lomos de volúmenes, casi idénticos. Se diferenciaban en el tamaño y en el grosor. El silencio era monacal y la ilusión óptica tenía apariencia de realidad desde una perspectiva que se perdía en un punto del infinito.

– Entremos en la biblioteca -se lanzó con entusiasmo Solera.

– ¿Cómo? –se preguntó Ibarra.

Los informáticos pasaron a la acción, era su terreno. Tenían que demostrar sus habilidades. Era cuestión de poder avanzar entre los libros. Bárbara tomó la iniciativa.

– Sitúa el cursor en la entrada, veamos si se puede avanzar con las flechas del teclado.

Una vez en la sala, a cada impulso, la flecha del cursor se situaba sobre el lomo de un libro. Una ventana se abría y la leyenda daba cuenta del título. El recorrido por los estantes era completo, de libro en libro: arriba, abajo, a la izquierda y a la derecha. Los volúmenes estaban agrupados por materias. Los títulos daban idea de que la disciplina de la primera sala era la antropología. La siguiente contenía libros sobre arte. Conforme avanzaban, por riguroso orden alfabético, los volúmenes daban cuenta de una materia determinada. García curioseaba entre los libros. Ibarra se impacientó:

– Tenemos que llegar a la sala de la ele, la literatura, ahí tiene que estar la bomba lógica.

El sol empezaba a calentar la estructura de cartón de Pegaso. Acurrucado en un rincón, casi en los ijares del caballo, con la chaqueta a modo de manta, Armando Cimadevilla estiró su pierna tullida. Tenía calambres por la postura incómoda que adoptó, casi en posición fetal, como queriendo regresar al útero materno. La música de la banda se acercaba a la hoguera para darle su saludo mañanero. En la madrugada, cuando la estructura empezó a enfriarse, quedó atrapado en un duermevela de sobresaltos ante cada nuevo berrido de la orquesta. Un rumor de voces y de risas desveló su agitado sueño. Rebuscó en la bolsa y alcanzó a palpar la botella de agua, tenía sed. Bebió a morro y dejó algunas gotas escapar escurriéndosele por el torso. Luego, sintió hambre y arrancó un pellizco del pan. Se acordó del fiambre y terminó por confeccionarse un rudimentario bocadillo abriendo el pan en canal con los dedos. Sería su última comida. La sed podía convertirse en un martirio cuando el calor arreciara, tenía que dosificar el agua. Desplazó unos centímetros el portillo, el olor a pintura y barnices le mareaba. Entró una pequeña corriente de aire fresco. Todo había concluido. Si el brazo de la justicia le alcanza-

ba, terminaría pagando por todas las muertes, las cometidas por aquel sicario sin piedad al que apuntilló sin pena ni gloria como a un morlaco salido del toril. Le habían pedido silencio. Les ofrecía el mayor de todos, el de su tumba. Guardó la botella, se sacudió las migas de la camisa y buscó acomodo entre las rugosidades interiores de Pegaso.

El teniente estuvo toda la noche pendiente de noticias, pero su hombre se había esfumado de nuevo. Ninguna patrulla le trajo la más mínima pista. Su guardia voluntaria duró toda la noche. Retrepado en el sillón de su despacho, logró alguna leve cabezada cuando fue amainando el estruendo de las orquestas que le cercaban. La luz del amanecer le sorprendió ojeroso, con una lengua rasposa de estropajo y un aliento de bucanero: se había fumado más de un paquete de cigarrillos. El aire de la noche le trajo en ráfagas la potente voz de Antonia, sus coplas, sus fandangos. Tuvo tiempo de sobra para reflexionar, lo que se proponía era una locura. Bien librado saldría si, después de tantos visajes, no le iban con el cuento a su mujer. Recobró el juicio en su larga vigilia de meditación. Le quedaba un último cartucho. Lo estuvo meditando. El profesor Ibarra y la informática Bárbara debían de saber algo. No dieron señales de vida desde que se despidieron en la barraca la noche en que Antonia hizo su debut y a punto estuvo él de perder la cabeza. Les visitaría sin avisar, aunque tuviera que levantarles de la cama, lo tenía decidido. Mientras se afeitaba en el aseo contiguo al despacho, elaboró su estrategia. Se había comportado como un escolar, obnubilado con el gracejo de Antonia, con el mareo que le producían sus curvas y la borrachera de la pólvora, que alucinaba más que el vino. Cumplido el rasurado, se cepilló los dientes, se contempló en el espejo del lavabo en un repaso general de su aspecto y terminó ajustándose el nudo de la corbata.

Antonia, sin el marcaje del teniente, terminó aceptando aquellos quinientos euros extras para que se desnudara y armó el escándalo en la barraca. Necesitaba ese dinero para irse a Sevilla, lo tenía decidido, se operaba. Mientras se daba los últimos retoques en el espejo del baño y se preparaba para asistir a la misa oficial en la concatedral, no pudo reprimir un gesto de satisfacción: el presidente la había invitado además al almuerzo y a los toros, ¡ella codeándose con las autorida-

des! Miró el mantón de Manila que reposaba encima de la silla y se imaginó ya luciéndolo en el antepecho de la contrabarrera. Con un vestidito ligero de lunares, con sus zarcillos rojos y un clavel reventón que se puso en el pecho, de sus macetas, salió a conquistar el mundo. Sólo le faltaba un poco de gracia para ponerse nombre artístico, el que se adjudicó de urgencia para aquel cartel era –no acertaba con la palabra– “patético”. Un buen nombre artístico era el primer paso para dar el salto definitivo a la fama.

Llegar a la ele les costó un largo recorrido por aquella inmensa biblioteca. El género, para Ibarra, era incuestionable: la novela. Después, defendía con ahínco, en la picaresca estaba la clave. En el género satírico, en la risa, se escondía la bomba de tiempo. Era obligado pensar con esa lógica. Lo del título le hacía dudar. Su primer impulso fue dirigirse directamente al tomo del “Lazarillo” y tratar de abrir sus páginas, ver qué texto se encontraban, si el auténtico o el apócrifo. Refrenó su optimismo, parecía una conclusión arriesgada, demasiado evidente. La sala dedicada a la literatura era, con creces, la más grande de todas por las que habían pasado en su recorrido. Bárbara se ocupaba de consultar textos de seguridad informática, en un repaso de todos los virus conocidos, refrescando su memoria. Mientras los tres andaban embebidos en la pantalla del ordenador, ella se preparaba para desactivar el ataque, el troyano escondido en las entrañas de la biblioteca virtual. Tomaba notas, pasaba de un libro a otro confirmando certezas y desechando dudas. Montaba su estrategia.

Mientras tanto, Antonia hacía su entrada triunfal en misa de doce, después de más de doce años sin entrar en misa; desde que tomara la primera comunión, prácticamente.

Armando Cimadevilla tomaba su tercer sorbo de agua de la mañana y comprobaba que su botella estaba menos de mediada. El sudor le empapaba ya todo el cuerpo y le quedaban doce horas por delante. Fue también cuando el teniente salió peripuesto y desinhibido de la comisaría superadas sus dudas sobre su orientación sexual.

En la biblioteca virtual, avanzando libro a libro, título a título, los segundos parecían resonar en sus cabezas como aldabonazos. La búsqueda se presentaba penosa. García descubría con el cursor los títulos, in-

terrogaba con los ojos a los que miraban a derecha e izquierda y daba un nuevo paso.

– Esto es desesperante, ¿no hay otro procedimiento más rápido?

Era Ibarra el que hablaba. Se apartó de la pantalla, necesitaba reflexionar. El acceso normal a la biblioteca, en una consulta cualquiera, te llevaba en un vuelo hasta la obra buscada. Pero primero, se decía compungido, había que saber de qué obra se trataba y, eso no lo sabían. Estaban dando palos de ciego, buscando una aguja en un pajar. Se le ocurrió que forzando la página, la secuencia numérica de la URL, el acceso sería más rápido. Faltaba comprobar si en la biblioteca por la que transitaban los libros estaban catalogados con la misma referencia. Conservaba alguna de aquellas páginas con la fecha inadecuada que no entregó al teniente. Buscó entre sus papeles y encontró la carpeta azul: allí estaban. Se dirigió a Bárbara, que estaba absorta en sus cálculos y deducciones.

– ¿Sería lógico pensar que forzando la página con el código numérico, accederíamos a un título determinado?

Levantó la vista de sus notas y dudó un momento.

– Depende. Primero habría que hacer alguna comprobación previa. Quiero decir que os aseguréis si coinciden, cuando aparezca en pantalla una de las que tengan la secuencia de números en el papel. Pudiera ser, nada se pierde comprobando.

Seleccionó una veintena de títulos, todos clásicos de la picaresca, empezando por el “Lazarillo de Tormes”. Dijo los títulos en voz alta, para cuando aparecieran. El trabajo se ralentizó aún más. Tenían que comprobar con aquella lista. Solera gritó el título que apareció en la pantalla como si le hubiera tocado el primer premio de la lotería.

– ¡Aquí tenemos el primero!, “La Celestina” de Fernando de Rojas.

Era como si de verdad te tocara la lotería, veinte títulos entre un total de muchos miles, la probabilidad era muy pequeña. Pero Ibarra dio en pensar que aquel estante donde buscaban era el correcto. Saldrían más títulos. Si sus previsiones se cumplían, aparecería alguno más sin tardanza.

– Te voy dictando la secuencia de números, García, poned atención los dos.

Al principio coincidían en las primeras cifras, pero luego el código seguía por otros derroteros. Bárbara medió para que no se desilusionaran. No estaban en la misma biblioteca. Además, no habían conseguido abrir ningún libro, no podían saber su contenido. Tal vez, aquella tarea era más urgente que buscar un título a ciegas. Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre las cabezas de sus colegas.

– No será tan sencillo. Obtenemos el título, pero ¿y el contenido?, ¿qué dicen esos libros? Tenemos que abrir uno, conseguir el procedimiento...

“La Celestina”: el título tenía once letras, ¿se abriría igual que aquella puerta? Ibarra expresó en voz alta su intuición. García puso el cursor en la letra central, la sexta, y pulsó *intro*: el libro se abrió.

Fernando de Rojas, autor de la Celestina, nació en 1476 en la Puebla de Montalbán, de la provincia de Toledo, en una familia de origen judío, esto es, del grupo de los “marranos” descendientes de judíos o musulmanes convertidos al cristianismo. Teresa de Jesús, nacida en Gotarredura de Ávila, lo hizo en 1515, muchos años después. Sólo un pequeño detalle, se sospechaba que su padre, Alonso Sánchez de Cepeda, era descendiente de judíos conversos. Pero lo que contenían las páginas del libro de Fernando de Rojas, no era “La Celestina”, sino el “Libro de mi vida”, de la santa. Una vida ejemplar estaba llamada a sustituir a otra pagana. Ibarra rebuscaba en el confin de su memoria qué elementos podían enlazarse que sirvieran de orientación para levantar el mapa de aquella sustitución y, de ahí, elaborar una estrategia adecuada. Cayó en la cuenta de que, al igual que el “Lazarillo”, la “Celestina”, fue dada por anónima en su edición de 1499. En la segunda edición (Toledo, 1500), que incluía unos versos acrósticos, se daba cuenta del nombre del autor y de su lugar de nacimiento en la letra inicial de los versos. Lo que terminó definitivamente por llenarle de incertidumbre era, precisamente, que el palimpsesto estaba preparado y a punto de que se prendiera la noche de las Hogueras de San Juan. Tan doctas disquisiciones encontraron poco eco en las tripas de Solera, que en acercándose la hora del almuerzo, la comida de medio día propiamente dicha, sonaban como un cántaro vacío.

– ¿Qué es ese ruido? -preguntó Ibarra alarmado.

– Son mis tripas, maestro, que con el poco dormir y el mucho cavilar andan alteradas, como moro sin rey, y protestan por el ayuno. Déjeme



que me meta en la cocina y vea qué se puede preparar, que con el olor de la comida se me serenar las ideas.

– ¡Dejémonos de juegos de ingenio!, esa bomba va a estallar en menos de 10 horas, hay que desactivarla.

El timbre de la puerta, el inoportuno y nunca invitado teniente, a falta de mejor cosa que hacer, hacía acto de presencia.

– Éramos pocos y parió la abuela -soltó Solera cuando abrió la mirilla.

– ¿Qué pasa ahora con tu abuela? -se escuchó decir a Ibarra desde el gabinete.

– El teniente de la policía, maestro, ¿le abro?

– A la policía siempre se le abre, Manuel. Dile que pase.

El teniente no se esperaba tan nutrida concurrencia. A Solera le conocía, al informático García hubo que presentárselo. Cuando les comunicó la ocurrencia de las dos muertes, de las que no tenían noticia, Bárbara tuvo que sentarse. Se las adjudicaba a la nefasta influencia del truculento personaje que le traía de cabeza y del que se perdió de nuevo el rastro. Ibarra se puso enigmático.

– A las doce de esta noche, pondría la mano en el fuego, no estará muy lejos de un caballo con alas.

– Vamos, profesor, déjese de jugar a las adivinanzas. Si sabe algo, me lo cuenta y en paz. Ese hombre es un peligro público.

– No creo que sea él –dijo convencido Ibarra.

– Entonces, ¿cómo se explica que le vieran en el escenario del crimen en horas coincidentes con su probable ocurrencia? Cada vez que aparece un fiambre, ese hombre está involucrado de alguna forma.

Bárbara, acongojada, se retiró a la habitación de su padre. No entendía cómo Ibarra le seguía defendiendo y le creía inocente. El teniente insistía en una aclaración. Ibarra le comunicó sus impresiones, las precisas orientaciones contenida en el acróstico y su certeza de que detrás de todo aquel embrollo había algo más que la endeble figura de don Armando. El sicario encontrado muerto daba idea de que otros mojaban en esa salsa. Las razones de Ibarra, la explicación del trabajo urgente que estaban acometiendo, contra el reloj, hizo dudar al teniente.

– ¿Dónde dice que está esa hoguera?

– En los Ángeles. Si no lo evitamos, se inmolará, se tirará al fuego o algo parecido, las referencias en el acróstico lo confirman. No será nun-

ca antes de las doce, ahora debe dejarnos trabajar, las consecuencias de este ataque a la biblioteca pueden ser desastrosas y de repercusión mundial. Puede contaminar otras bases de datos.

– Montaré un operativo para esa hora, espero que acierte. Les dejo, veo que están muy atareados. Espero verles en el acontecimiento, les mandaré un coche para que lleguen a tiempo. Si ese tal don Armando no aparece, alguien va a tener que dar explicaciones a partir de las doce de la noche. No me falten, les dejo una pareja de la policía en la puerta, para que les proteja.

*¡A buenas horas mangas verdes!* Pensó para sus adentros Solera, y se fue a la cocina en busca de inspiración. *¿Era tan descabellado pensar que en el “Lazarillo de Tomes” estaba la solución?* Se lo preguntaba una y otra vez Ibarra. Tenían que encontrar ese volumen, era cuestión de tiempo y los segundos corrían inexorables. De acuerdo con García, continuaron abriendo títulos de libros, y quiso la casualidad de que, en tan ingrata y tediosa tarea, se confundiera traspasando el último tomo que coronaba la estantería donde hurgaba. Comprobó con asombro que los libros no terminaban donde parecían tener fin en la pantalla, sino que continuaban conforme pulsaba el cursor con la flecha ascendente. El descubrimiento lo llevó a suponer, que aquella estancia tenía otros recovecos insospechados y que el pasillo central por el que circulaba podía no ser la única estancia. En connivencia con Ibarra, dedicaron algunos minutos a esa comprobación, consiguiendo saltar de una a otra sala cuando llegaban al último libro de la cimera pulsando la tecla *intro*. Cada vez, las salas eran más reducidas y los libros allí depositados más exclusivos. Cabía pensar, que con esta maniobra bien podían llegar a la estancia secreta donde se encontraba el libro. Que no era de suyo admitir sin más que el título que buscaban se encontrara mezclado con otros, como en cajón de sastre sin orden ni concierto. En estas consideraciones les encontró Solera, que volvía de la cocina con el sabroso anuncio de la conclusión de su tarea.

– ¡La comida está lista!

Apartando los dedos del teclado, García se giró un cuarto, tratando de hacer chanza de las palabras del marmitón, pues esas trazas traía con el delantal puesto, que no le llegaba a tapar el ombligo.

– ¿Es lista esa comida?, me la comeré de todas formas por muy inteligente que sea.

– Tan lista, que se ha colado dentro todo el refrito de vuestras pensantes testas. Veo salir el humo desde la cocina.

– ¿Cómo es ese plato? -se interesó Ibarra.

Y Solera arremetió histriónico, dando énfasis a su intervención:

– Rebuscando en la alacena, rebañando el frigorífico y los armarios, recogí los últimos rípios de nuestras provisiones. He confeccionado con ellos la síntesis perfecta, en versión gastronómica, de la empanada mental que terminará sorbiéndonos el seso en esta larga jornada.

Tenía ingenio el muchacho, no se le podía negar. Seguía de pie, sobreactuando. El delantal, tan escaso como queda dicho, y el resto del atuendo, que no tuvo ocasión de cambiarse en dos días, completaban la farsa. Un poco de relajo les venía bien y le dejaron hacer. Prosiguió con su discurso, ya que tenía el campo libre.

– ”Patatas al montón” le llaman en Albacete. Otros, por su corte, les dicen “a la panadera”. Aquí, y en otros muchos lugares, las denominan “patatas a lo pobre”. Con unos pimientos y cebollas mareados en la sartén son de excelente gusto. Con ajo machacado y un chorro de vinagre, alcanzan en Murcia el apelativo de al “ajo *cabañil*”. Si con chistorra o chorizo, pueden pasar por patatas a la riojana, y con unos huevos estrellados y algo de jamón, se consumen ahora en los bares elegantes. Así es que yo, ni corto ni perezoso, aprovechando la penuria de nuestra cocina, metí todos los ingredientes juntos en la sartén.

– ¡Menuda bazofia!

– No coma el que no guste, señor informático. Coma el que quiera y el que no, que ayune. La mesa está dispuesta.

Por aquello de que “a buena hambre no hay pan duro”, comieron los cuatro de lo que se había hecho, con buen apetito. Bárbara ya tranquilizada y García e Ibarra comunicando su descubrimiento. Aquel giro insospechado les hacía pensar, con buena lógica, que el libro de la última estancia que estaba por descubrir tenía que ser por fuerza el que buscaban con ahínco. Ibarra desistió de su empeño de localizar al de Tormes, cayendo en la cuenta de que bien podía estar sesgando el análisis con sus prejuicios. Todos coincidieron en que ese era el camino adecuado y que no valía luego apuntarse tantos de: “¡ya lo había dicho yo!” o “¡si me hubierais hecho caso!”.

Con el último bocado se levantaron de la mesa, cuando la traca de las dos de la tarde, la mas sonora de cuantas se oyeron durante ese año, daba la sensación de que la flota amarrada en el puerto había decidido tomar represalias por el asunto de los marines. Tal era el estruendo de la cohetería que estallaba a un kilómetro de distancia, que les dejó clavados en el sitio. El cartucho final retumbó por toda la casa haciendo vibrar hasta las paredes.

– *Non fuyades, cobardes* -sobreactuaba Solera blandiendo el garrote de su abuelo en graciosa pantomima.

Rieron por fin y se fueron al gabinete con el sabor de los huevos estrellados, el ajo y el vinagre en el velo del paladar; con la amalgama de toda la cultura gastronómica contenida en la ilustrada receta de Solera.

El vientre de Pegaso era un horno en plena ebullición. A punto estuvo de marearse con los efluvios de la pintura, los barnices y pegamentos que se desprendían con el calor. Una etérea borrachera le adormilaba. Se repuso a tiempo y, aprovechando aquella hora de canícula intensa en que nadie se atrevía a circular por la calle, corrió el portillo más de un palmo. El aire entró renovando la viciada atmósfera de aquel cubículo de las entrañas vacías del caballo. Atisbó con cuidado, el sol caía a plomo, la frágil estructura podía arder de forma esponánea sin necesidad de que le arrimaran una mecha. La mente, aclarada con la bocanada de aire fresco, se le fue en pos de la hija de Abellán y de aquel joven profesor:

*¿Habrían llegado a la biblioteca? Un libro, sólo un libro contenía la clave. Un volumen que no podía ser parodiado, porque era la parodia misma. Que nunca podía desaparecer aunque lo quemaran mil veces, porque sería reproducido letra a letra, palabra a palabra, de no quedar rastro de su escritura; por la sola memoria de la humanidad. Ese libro que hizo reír hasta desgañitarse, desde el siglo XVII a generaciones y generaciones de hombres, mujeres y niños de todos los países del mundo. En la frase precisa, a la que el mito y la repetición trabucaron cambiándole el sentido, estaba insertada la bomba de tiempo. Su alusión al viento, en el*

*acróstico, llevaba implícita la referencia a la más jocosa escena que jamás se haya escrito. Tenían que llegar al Sancta Sactorum de la literatura, no podían equivocarse, dispersarse por estancias colaterales. La vanidad de los intelectuales a veces resulta peligrosa, ¿se perdería su joven profesor en sus propias conclusiones? Era su última esperanza.*

La sed le abrasaba como en un preludio de su fin inminente. Se sentía arder ya en la hoguera de todas las vanidades del mundo, por todas las miserias humanas, defendiendo la risa, la más alta cualidad del hombre. La botella ardía. Cuando se mojó los labios con aquel caldo, le pareció que manaba de una fuente limpia y clara. Se humedeció la frente y el agua, al evaporarse, le reconfortó con una sensación de frescor. Se dejó caer de nuevo en los ijares del caballo, dispuesto a esperar. La intensidad de su pensamiento querría traspasar la distancia que les separaba y hasta llegar nítida a la cabeza del profesor.

Una duda le restalló a Ibarra en la frente como un latigazo. Cuando aceptó definitivamente renunciar a la sola búsqueda de la novela anónima que embargaba todos sus pensamientos, al ceder en eso, se tambaleó el andamio completo de sus conjeturas: *¿estaba pensando adecuadamente?, ¿era un éxito indiscutible de su acertado razonamiento?* Bajó del Olimpo al que se había encaramado. Era tan evidente, tan sutilmente hilado su pronóstico, que llegó a leer lo que realmente quería ver. Los caracteres pintados en el altar masónico con tan escatológico pigmento, ¿contenía esa cifra, esos números romanos? La duda le hizo saltar del asiento como impulsado por un resorte.

La ventana simulada del trampantojo cedió, se había dislocado su sofisticado mecanismo. La dejaron atrancada en su última visita, ningún secreto guardaba ya. La luz se filtraba tenue de la habitación contigua, aquello era una pieza interior. Deslumbrado aún por la luz exterior, cerró los ojos tratando de dilatar las pupilas. Estaba de pie junto a la piedra. Posó las manos sin querer abrir los ojos, tratando de acomodarlos a la penumbra y terminó viendo unas lucecitas amarillas que se tornaban verdes y azules. El trazo, disminuido en su grosor, hacía presagiar que la humedad inicial se evaporó con el calor. Los caracteres ahora se preci-

saban con nitidez, no apuntaban al siglo XVI, sino al XVII. Al secarse, la singular pintura dejó un espacio entre los dos trazos rectos y perpendiculares.

*¿Todo había sido un cúmulo de afortunadas casualidades? El acróstico era una realidad, su lectura insistía en las claves trabajosamente descubiertas.*

Para Bárbara, la mecánica excursión por las estanterías repletas de libros no era su ideal, los juegos en red no llegaron nunca a entusiasmarla. Repasaba el catálogo de todos los antidotos que había registrado en su listado y se había instalado oportunamente para responder al ataque. Sabía por experiencia que el mayor peligro potencial de un virus se debía a la interconectividad en la Red y la posibilidad de infectar otras redes, a los constantes errores de programación que permitían el primer contacto, de lo que se aprovechaban los oportunistas *crakers*. El término se creó en 1985 para diferenciarlo de la palabra *hacker* que, en un principio, designaba al experto en programación. En la filosofía del *craker* está el causar el mayor daño posible. Se enfrentaba, por tanto, a un *craker* de la peor especie. No se conformaba con apropiarse de la información, que por otra parte estaba disponible, sino que perseguían que su ataque tuviera la mayor difusión posible. La entrada al sistema, con una alta probabilidad, se había ejecutado con un troyano. Una de las funciones fundamentales de un ataque con caballo de Troya era, no dudaba en esto, abrir una brecha de seguridad, instalar una puerta trasera. El segundo paso sería un virus. Un pequeño programa ejecutable que cumpliera la misión a fecha fija, pasando desapercibido el mayor tiempo posible dentro del equipo. El peligro era doble. Aparte de la fecha, podía protegerse a sí mismo y ponerse en marcha en una manipulación no prevista, una determinada acción del sistema, como por ejemplo, tratar de desactivarlo: como actúa una bomba de relojería. Los virus informáticos, al igual que los biológicos en el organismo humano, tienen un ciclo de vida desde que nacen hasta que mueren: creación, gestación, reproducción, activación, descubrimiento, asimilación y eliminación. Su misión era eliminarlo antes de que desplegara su potencial infeccioso. El gusano no era otra cosa que un código vírico que consume muchos recursos y tiene la potencialidad de infectar otros equipos. Su mayor efecto es saturar y bloquear por exceso de tráfico los sitios web, incluso,

cuando están protegidos con antivirus. El procedimiento de envío de los gusanos era, fundamentalmente, el correo. Se inclinaba a pensar en la combinación de un caballo de Troya para dejar una puerta trasera abierta y un virus para actuar a fecha fija. La seguridad al ciento por ciento no era posible, solo cabía reducir los riesgos al mínimo. Una vez descubierto el lugar donde se ocultaba, lo atacaría con toda la batería de antivirus conocidos. Su SOS a través de la Red le proporcionó una actualización razonable y extensa: un voluntarioso comunicante le mandó el Dr. Norton, primer antivirus comercializado, ya en desuso. Esa era su estrategia, lanzarle a la cara todos los antídotos conocidos.

Avanzaban con lentitud. El siglo XVII, el barroco, contaba con un nutrido elenco de autores. Empezando por el “Puente” que en ingenioso soneto dedicara Luis de Góngora al río Manzanares, pasaron por Calderón de la Barca; Lope de Vega que, en su comedia “La niña de plata” daba cuenta de su famoso soneto “de repente”, dedicado a Violante; sin faltar don Francisco de Quevedo en sus “Gracias y desgracias del ojo del culo...” y en su “Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos”. Incluido el Quijote apócrifo de Avellaneda, del bachiller Alonso Fernández de Avellaneda, seudónimo con el que se publicó una segunda parte del Quijote (Tarragona, 1614); parecía no faltar nada. No intentaron abrir ninguno de aquellos libros, pasaban por sus títulos, mientras la memoria de Ibarra los iba cotejando con su acervo literario. Esperaba que alguna señal le indicara dónde parar.

Manuel Solera dormitaba en un sillón, cumplidas las obligaciones a las que había sido relegado ante la insistencia de sus referencias gastronómicas. Se agitaba, parecía luchar a brazo partido con una manada de gigantes. En su duermevela, le llegaban los comentarios que Ibarra hacía de las obras por las que pasaban. La dura y desigual lucha que mantenía en cuarenta y ocho horas de emociones le asaltaba en su estado de semiinconsciencia. En lugar de roncar, esta vez farfullaba palabras sin sentido: *¿Qué gigantes?*, se le escuchó esta vez con claridad. Acababan de pasar por el “Quijote” apócrifo, el comentario de Ibarra le debió de llegar al oído.

– Este sueña con gigantes -dijo Ibarra divertido.

– Será por la referencia al “Quijote”, la habrá oído -comentó García.

– Es posible, pero la aventura de los molinos no se encuentra en la segunda parte del “Quijote”, sino en la primera, concretamente en el capítulo octavo. Y, a todo esto, el verdadero “Quijote” no aparece.

Al impulsar de nuevo el cursor con las flechas, García se encontró ante una estancia distinta, en lugar de estanterías de libros aparecía una puerta de cuarterones castellanos.

– ¡Una puerta!

Solera, en su soliloquio, farfullaba de nuevo: .. *no son gigantes, sino molinos...* Ibarra se envaró en el asiento. Miraba la puerta y escuchaba a un tiempo la pelea verbal que mantenía Solera en su sueño. Parodiaba a Sancho y parecía contestar al famoso hidalgo. Recordó la escena, la había leído tantas veces, que podía imaginarla con nitidez: subido en su flaco rocín, lanza en ristre, dispuesto a acometer a los treinta o cuarenta molinos, mientras Sancho intentaba disuadirle de su propósito. La cifra de los molinos, en el suceso del valeroso don Quijote, no era precisa. Se dicen que son *treinta o cuarenta* y, más adelante, *treinta o pocos más desafortados gigantes...* Ibarra trató de hacer memoria, *¿se había escrito tanto sobre ese episodio!, ¿cuántos molinos eran?*

Al poner el cursor sobre la puerta se abrió una ventana de diálogo. García llamó la atención de Ibarra. La ventana preguntaba: *¿cuántos?*

– No me deja pasar, me hace una pregunta.

– ¿Qué pregunta?

Solera despertó de su alterado sueño y con plena lucidez respondió al interrogante de la pantalla.

– Ante las aspas de San Andrés de los molinos de Criptana, son 33, señor informático, acabo de contarlos.

– En efecto, en el libro no se dicen con exactitud, se rodea la cifra. Pero la investigación posterior lo ha determinado: son 33 los molinos del campo de Criptana. ¿Qué dato pide?

– Dos cifras, el campo puede ser numérico. Lo es, tiene que serlo.

La cifra, tan redonda, le devolvía de nuevo a sus conjeturas sobre las tríadas. Era tan perfecta, tan sugerente. Bárbara irrumpió preguntando la hora, se impacientaba por entrar en acción.

El primer toro de la tarde, a las siete en punto -no a las famosas cinco en punto de la tarde sonando “en todos los relojes”- salía de los toriles,



cuando Antonia desplegaba su mantón de Manila por encima de la contrabarrera. Era negro zaino, bragado, algo abrochado de pitones, con cuatrocientos ochenta y tres kilos de palpitantes músculos, con divisa verde y negra en la cimera del morrillo y el acero de sus pitones terminando en la punta de un alfiler. La plaza se estremeció en los tendidos, de los de sol a los de sombra.

Con los labios cuarteados por la sed, casi adormilado con los vapores que se desprendían de la estructura de cartón y fuego, Armando Cimadevilla musitaba enfebrecido: *son treinta y tres, los molinos del campo de Criptana, no los encontrarás en el capítulo VIII del libro primero, no, allí no. Son treinta y tres los molinos...*

Cuando escuchó la respuesta se impacientó. Faltaban cinco horas, cinco insignificantes horas. Paseó nerviosa por el gabinete. Ibarra defendía la cifra y Solera le secundaba. García dudaba y pidió ayuda a Bárbara.

El teniente trataba de reunir un pequeño grupo para atender al prendimiento del suicida de la hoguera. Estaban bajo mínimos, con toda su gente ocupada por la ciudad en fiestas. Rescató a uno de los que vigilaban en la entrada de la comisaría, cogió otro del negociado de denuncias y, con los dos que hacían guardia en la puerta de Bárbara Abellán, se dio por satisfecho para hacer su desembarco en el auto sacramental de las doce de la noche.

Pulsó el tres dos veces, los dígitos quedaron quietos en la casilla esperando una instrucción, convertirse en código de entrada. No se atrevía a dar la orden, si no era la clave adecuada podían acelerar el proceso, hacer saltar toda la biblioteca por los aires. Mantuvo el dedo suspendido sobre la tecla de entrada de datos. La tensión le hacía sudar, la responsabilidad de la decisión le paralizaba. Tres pares de ojos fascinados esperaban. Sentían los pulsos latirles en las sienes. No quedaba tiempo, tenían que jugársela a los 33 molinos del campo de Criptana: pulsó *intro* y la puerta se abrió en un silencio total.

*Capítulo IX. Donde se cuenta lo que en él se verá.*

Aquello no era el capítulo VIII de la primera parte, la famosa escena de la lucha de don Quijote de la Mancha con los molinos de viento. Los informáticos se miraron con un signo de interrogación. Los filósofos, entraron en grave meditación. Otra pregunta se les formulaba:

*Alteridad:* |

– ¿Dónde estamos? -musitó Bárbara aterrada.

– En la segunda parte del “Quijote” -se atrevió a decir Ibarra-. Don Quijote y Sancho andan buscando el alcázar de Dulcinea. ¿Qué clave nos pide esta vez?

– Mucho me temo que es una larga entrada alfabética. El campo tiene treinta y tres caracteres exactos. Se trata, sin duda, de una frase, no hay una palabra de tantas letras -sentenció García después de recorrer con el cursor la casilla en blanco y contar los espacios que contenía.

– ¡Los 33 molinos del campo de Criptana! -vociferó Solera llevándose las manos a la cabeza.

*No hay quinto malo*, casi gritó Antonia a su acompañante cuando salía por la puerta de los toriles el penúltimo de la tarde, en el momento en que los tendidos de sol y sombra se igualaban con la huida de la última rendija de luz por los aleros de la plaza: la corrida estaba casi terminando.

*Cinco toros mató, cinco, con divisa verde y negra.*

Le arrimó la frase al oído como si fuera suya mientras la cogía por la cintura. Antonia no entendía nada. Pensaba en su actuación de la noche, en los mil euros prometidos, en su viaje a Sevilla.

Alteridad, alterar: *Hacer una cosa distinta de como era o ponerla de manera distinta a como estaba.* Recitaba para sí Ibarra. Solera no paraba de darle vueltas a la última coincidencia de cifras, a los 33 molinos del campo de Criptana enlazados con una frase de treinta y tres caracteres.

– Esto se complica, maestro, no tenemos tiempo de leernos otra vez el “Quijote” de pe a pa.

El capítulo VIII de la primera parte les llevaba hasta el IX de la segunda y una frase, seguramente muy conocida, alterada de su origi-

nal, que tenía que encajar en una casilla de treinta y tres espacios, era la puerta definitiva.

Cuando el morlaco cayó patas arriba y las cuadrillas lo arrastraron desapareciendo por la puerta del desolladero, dando las 21 horas, a Ibarra le dio un vuelco el corazón al contar con los dedos la famosa frase, pero no coincidía.

– ¡La tengo!, pero algo no funciona.

– ¿Qué no funciona, maestro?

– La frase, que tiene veintinueve letras.

García, que andaba dándole vueltas al asunto, cayó en la cuenta que en una frase también intervienen los espacios entre palabras, las comas y demás signos de puntuación.

– Hay que escribirla, Andrés, en el campo que tengo abierto, en la casilla, también cuentan los espacios entre palabras.

– Aquí tengo papel y bolígrafo, ¡suéltala ya!

Ibarra la dijo sin pestañear.

– *Con la iglesia hemos topado, Sancho.*

La cuenta, les salía esta vez por exceso, contenía treinta y cinco caracteres de ordenador. La hache y la o final de Sancho no entraban en la casilla. García la borró con urgencia, no fuera que una maniobra inesperada la introdujera sin querer.

– Pero es esa la frase, no hay otra más famosa en ese capítulo. Ha servido para argumentar una sofisticada y velada crítica de Cervantes a la Iglesia. Se han escrito tratados enteros sobre ella.

– Sí, pero no cabe -concluyó García algo desilusionado.

– ¿Dónde está la alteridad? -preguntó Solera retórico.

– Naturalmente que en esa crítica poco usual en el siglo XVII, la Inquisición podía prohibir el libro. No se me ocurre otra cosa.

– La frase, ¿es literal al cien por cien de seguridad? – llamó la atención Solera.

– Como si la estuviera leyendo -contestó Ibarra ofendido.

Mientras tanto, Bárbara, buscaba en el estante entre los libros de su padre. Mandó escribir a Solera.

– Tomad buena nota y que os sirva de escarmiento. La frase que tratáis de colar no es literal, la original dice así -y la leyó en voz alta:

Treinta y tres espacios exactos, doce sílabas, tantas como versos contenía el acróstico. Era la clave. García la tecleó con dedos trémulos:

*Con la iglesia hemos dado, Sancho.*

Cuando pulsó *intro*, empezó a escucharse un acompasado y sospechoso tic tac: la bomba de tiempo se había activado ya, faltaban dos horas para las doce de la noche, las 24 horas del día 24 de junio.

La *bellesa del foc* lucía en su esbelto cuello desnudo una gargantilla de oro con minúsculos brillantes donde confluían, en miles de guiños, todas las luces de colores del alumbrado. Un ramo de azahar le sobresalía por el pelo, ajustado en la blanca pañoleta de encaje blanquísimo. Su sonrisa, ensayada en los continuos eventos de aquella fiesta, era serena. Sus labios, de un rojo intenso, dejaban entrever las nueve perlas de sus dientes y caninos superiores perfectos. Saludaba con la mano derecha como si estuviera limpiando los cristales de una ventana. Era el saludo protocolario, el establecido en el ritual impuesto por un famoso mantenedor de la fiesta, inventor de tradiciones inexistentes, ya extinto, pero presente en la memoria de todos los festeros de la ciudad. El pueblo se agolpaba en el reducido recinto de la plaza para contemplar la *cremá* de la hoguera oficial. La palmera, que se disparaba desde la cumbre del monte rematado por el castillo, era la señal. La *bellesa del foc* infantil, al lado de su hoguera, miraba el fin de su reinado con sus ojitos claros y tristes. Todo se consumaría en breve, solo faltaban unos minutos para las doce.

Se despojó de la camisa y los pantalones: había llegado la hora. Destapó la petaca metálica donde guardara su brandy, ahora recipiente del perejil de perro, y su hedor característico le asaltó en una vaharada intensa. Cuando abrieron el portillo, desde abajo, una mano roció con gasolina el interior de Pegaso. Actuó con parsimonia. Vertió una porción de aceite en la mano derecha y se frotó el pecho y el brazo. Encogió la pierna y se fue dando pasadas sucesivas de aquel bronceador mortal.

Por las conexiones metálicas del PC, entre la maraña de hilos invisibles, por los caminos sin orillas del viento, aullaban los perros lanzados por Bárbara en pos de los virus, los gusanos, los troyanos, en una lucha silenciosa e inmaterial. Una batalla terrible se desarrollaba en las entra-

ñas del ordenador. Solo un rasgueo, como una lejana guitarra desafinada, con sospechosos arpegios cacofónicos, salía a intervalos de la unidad central. La barra azul progresaba en su escala completándose una y otra vez y volviendo a empezar: 10% revisado, 20%, 30%..., en una secuencia monótona y constante.

El policía de la puerta llamó. Ibarra y Solera estaban preparados.

– Es la hora, el teniente nos espera.

Subieron al coche patrulla. Conforme se alejaban de la casa, volvieron la cabeza como en un adiós definitivo. Los informáticos no consintieron despegarse de su puesto de control.

Una luz blanca, intensa, como un ramo de azahar inmenso, se elevó desde la cumbre del castillo. Estaban dando las doce. La coherería estaba como si se desbordara un recipiente de palomitas de maíz recién abierto. Los ramos de luz formaron una inmensa palmera que se elevaba, ascendía, se ensanchaba ocultando el monte, conquistando el cielo, desgarrando el telón oscuro del mar. En las faldas de matorral y hojarasca del castillo empezaron a menudear pequeños incendios.

La orquesta paró y Antonia se quedó en medio del escenario sin saber qué hacer. Le indicaron que mirara en dirección al castillo cuando todo se iluminó de un blanco intenso. Embobada, no llegó a percibir quién la llamaba desde abajo. El teniente le terminó tirando de la falda. Todos los espectadores de la barraca empezaron a desfilar en dirección a la hoguera. Acertó a escuchar algo relativo al loco de don Armando, cuando entraba en el coche patrulla al lado del teniente.

Un sopor benéfico le ascendía por todos los músculos del cuerpo. Por fin, la paz, el descanso. Acurrucado junto al portillo abierto, en el hueco rugoso de los ijares de Pegaso, le llegaban voces alteradas: ¿discutían? Llegó a escuchar el fuego graneado de los miles de cohetes de la palmera, después nada, una sensación de bienestar indescriptible.

Los dos coches patrulla hacían girar, en destellos azules, sus luminosas sirenas. El teniente se bajó del coche, preguntó por el presidente de la hoguera y empezó a buscarlo entre la multitud del barrio que se arre-

molinaba alrededor de las vallas metálicas. Todo estaba preparado, esperaban la llegada de los bomberos. Las damas de honor en un segundo plano y, la *bellesa* de la hoguera delante, mirando fascinadas al monumento que ardería en breve. Se le escurrió una lágrima por la mejilla cuando el presidente le entregó el chisquero prendido y le cedió el honor de que arrimara la mecha. Los bomberos empezaron a desplegar la manguera.

– ¡No prenda la mecha!

Se escuchó la voz del teniente cuando Ibarra y Solera acertaban a abrirse paso entre el gentío. El aviso llegó tarde. La cuerda de cáñamo que sostenía la traca empezó a vibrar con los sonoros estallidos de los petardos que se aproximaban veloces a los pies de Pegaso. Un último trueno de mayor calibre, y las llamas se encendieron en la base del monumento elevándose rápidamente por las ancas del caballo.

– ¡Apaguen el fuego!

¿*Se habrá vuelto loco?* Se interrogaban, sorprendidos, los espectadores. *Las hogueras se queman todos los años, ¿qué decía aquel chiflado?*

Se identificó ante los bomberos. El que portaba la manguera, preparado para la *bañá*, se llevó una mano al casco en señal de saludo.

– Hay un hombre en el interior del caballo.

Dirigió el chorro a la base del fuego, las llamas iban cobrando altura. Ibarra descubrió la escala de cuerda suspendida del portillo abierto. No figuraba en el boceto de la hoguera, ni pudo apreciarla en su minucioso reconocimiento de días atrás. Ahora colgaba entre las piernas del caballo. Saltó la valla sin meditarlo un segundo. Algo inusual ocurría. La *bellesa* se echó a llorar, el presidente se mesaba los cabellos desesperado. Nadie comprendía lo que pasaba. El bombero, al ver aquella figura humana que ascendía entre el humo y las llamas, instintivamente, enchufó el chorro en dirección al portillo. Las llamas empezaron a deslucirse y a menudear en la base del monumento con menor brío.

Sofocado por el humo, calado hasta los huesos, Ibarra alcanzó la abertura y se afianzó a los bordes con fuerza. Las llamas desvelaban sombras fugaces en el vacío sin entrañas de Pegaso. Armando Cimadevilla deliraba bajo los efectos del perejil de perro. Ese leve murmullo le orientó. No veía nada, se dejó llevar por aquel tenue sonido: *Con la iglesia*

*hemos dado, Sancho.* Repetía como en una letanía el pequeño bulto que tiritaba en las mismas criadillas del caballo. Se lo echó al hombro como pudo, puso un pie vacilante en el primer peldaño de cuerda, acertó a pasar medio cuerpo y un chorro graneado de agua, como el de un aspersor, le golpeó todo el cuerpo protegiéndole del calor y de las llamas. La escuálida figura de don Armando Cimadevilla, en su tiznado calzoncillo como única vestidura, era descendido de la cruz como un cristo oceánico que acabara de salir de las profundidades del mar, empapado como una sopa. El gentío prorrumpió en aplausos. Nadie sabía lo que pasaba, pero la gente aplaudía a rabiar. La banda, que había dejado de tocar cuando empezaron los gritos, con el revuelo de expectación ante el ascenso de Ibarra, se arrancó con un brioso pasodoble cuando éste puso el pie en el suelo. Antonia se agarró al teniente y se lanzaron a bailar dando frenéticas vueltas. Solera, con los gayumbos sin cambiar desde tres días atrás, se rascaba los menudillos con encono, sentía la tela pegada en los ijares como una segunda piel. Del taxi del Pinales descendieron trastabillados Bárbara y García, con la ansiedad saliéndoseles por las pupilas dilatadas, de las cuarenta y ocho horas frente a la pantalla el ordenador.

Con los músculos agarrotados por la tensión y el esfuerzo, con los ojos ofuscados por el humo y las llamas, Ibarra dejó caer el manajo de huesos y pellejo que portaba en los brazos encima de la camilla. La ambulancia salió con la sirena a todo meter seguida por uno de los coches patrulla. Bárbara se le abrazó y le dijo con emoción al oído:

– ¡La biblioteca se ha salvado!

A Pegaso le costó trabajo arder. El agua acumulada en su base se evaporaba en intermitentes fumaradas blancas. Terminó por desplomarse al troncharse sus patas traseras. La banda arreciaba en sus espasmos sonoros tratando de tapar con su música el deslucimiento de aquella *cremá* tan accidentada. A la *bellésa*, un llanto nervioso le resbalaba por las mejillas y el presidente, solícito, trataba de serenarla. La chavalería provocaba a los bomberos para el ritual de la *bañá*: *La manga riega y aquí no llega*. El bombero abanicó al grupo de muchachos y muchachas con un generoso chorro de agua y el griterío se escuchó en todo el barrio.

La noche de San Esteban tocaba a su fin, el ritual de fuego y regeneración se había consumado. Entre las pavesas, aún humeantes, un frío

destello de acero hizo un guiño pícaro a la luna. Era el estoque con funda de bastón, el estilete que apuntilló al sicario en el prostíbulo: el fino acero no se había quemado.



## CAPÍTULO IV

### *A modo de epílogo*

La imagen de Ana Abellán entró en el plano de reflexión del espejo. Desde el fondo del azogue emergía la conocida silueta que iba reforzando su perfil nacarado: ¿venía a despedirse? Durante años de paciente espera, vigilaba el desenlace de aquella escena, la sustitución ansiada para retirarse definitivamente a descansar, a navegar sin sextante ni timón con su capitán de barco. Las dos imágenes parecían pugnar por apropiarse de la reluciente lámina del espejo.

Desde la cama, con una mano desmadejada que parecía sopesar indolente el grueso fajo de folios ya corregidos, Jorge Aguilera aguzó la vista tratando de desbaratar el espejismo, aquella ilusión de los sentidos, de sus sentimientos ofuscados por la soledad y la vigilia.

El corrector de borradores, el mecenas voluntarioso Sergio Álvarez, sacaba consecuencias que en realidad nunca se había propuesto el autor. En su documentada opinión, debía concretarse con precisión el poder oculto que atacó a la biblioteca virtual, eso era lo obligado en todo relato de acción y misterio que se preciara de tal. En otro caso, el lector se quedaba sin saber a dónde se apuntaba en realidad, a quién se condenaba y quiénes se salvaban. Transmitir al lector esa tranquilidad de que todo había quedado controlado y en su sitio: incluso en la ficción el orden debía prevalecer. Pero Ana ganó aquella batalla por amplio margen de puntos. El seguimiento de las páginas en primicia, sugerir las primeras correcciones, le facilitó el triunfo. El peligro al que se enfrentaban, aunque real, era difuso y nunca daba la cara. Personalizar en alguien en particular exoneraba al resto de actores responsables, aquellos que contribuían a diario en un trabajo soterrado y constante. El ataque a la biblioteca no era otra cosa que la metáfora de todas las agresiones al conocimiento, al progreso, que por los siglos se habían producido y se seguían

produciendo. No cabían finales de consolación, cargar las tintas sobre una secta incomprensible y antigua, en unos personajes depravados y enloquecidos que terminaban siendo descubiertos y controlados. El peligro, las agresiones a la ciencia seguían en pie, tratando de retardarla, ocultarla, borrarla: la lucha tenía que continuar. Si la lucha continuaba, apostilló con toda seriedad Sergio Álvarez, debían plantearse la continuación de los episodios. Eso era lo clásico en el género y lo obligado en dichas circunstancias. Concedieron en este punto ambos por no frustrar sus expectativas, la desilusión que le produjo el final de aquellas entregas que corregía y ocupaban la mayor parte de su tiempo.

Los barcos de papel navegaban silenciosos en los cuadros del corredor, traspasando con sus quillas unas olas que se coronaban en penachos de espuma blanca. Con sus velas al viento, inmóviles en el inicio de su eterna singladura, parecían seguir el mismo rumbo: siempre partían, nunca regresaban. En las Canarias, a la altura del paralelo 24° N tocarían puerto, para proseguir su navegación insomne hasta el Cabo de Buena Esperanza, en los confines de África. Era el relato de la primera navegación que le contara su padre de cuando embarcó como radiotelegrafista. Las litografías de aquellos barcos arrullaron sus sueños de niño por todos los mares, por puertos lejanos, por países exóticos en los confines de la tierra. Se quedó inmóvil, varado en aquella casa, nunca llegó a embarcarse. Sus deseos de aventura se reducían y colmaban en aquellas páginas que terminaron por ocupar todo su tiempo libre: la realidad y la ficción se entreveraban en una amalgama de confusos recuerdos de adolescente.

El andamiaje de la fachada, montado desde hacía días, le anunciaba el desalojo inminente. La casa se restauraba, sería la sede de un organismo oficial en adelante. Tenía que pensar en el traslado, en dónde meter aquel confuso montón de muebles y recuerdos traídos de lugares remotos por su padre. Un guardamuebles, el rincón de un almacén, serían su refugio hasta decidir un incierto destino. Ana consintió en restaurar el armario de luna; la cama quejumbrosa no la quería ni ver.

La imagen real y la virtual se acercaban sin entorpecer la visión de una y otra. Apagó la lámpara de la mesilla, pero una luz cenital de atardecer se coló por la ventana haciendo más evidente la irrealidad, el misterio del espejo de su madre.

Ahora, el rostro conocido se rejuvenecía, se transfiguraba en la imagen onírica que puso en su imaginación para dibujar la ficción de Bárbara Abellán en su relato. Era el perfil de una madre joven esperando un barco en el puerto, embutiendo su ropa de niño en la maleta, recogiendo con mano tierna e ilusionada los vaporosos encajes de su ropa íntima.

Ana dejó caer hasta el suelo el sencillo vestido de tirantes que la cubría con un gesto de sus dos dedos pulgares, desprendiéndose de él como si no lo fuera a necesitar en el resto de su vida. Se descalzó y se fue alejando de la imagen virtual del espejo con pasos felinos, mientras el rostro de Bárbara se definía aun más tratando de quedarse en el azogue para siempre. Un leve estremecimiento en la bruñida superficie, como cuando cae un insecto en la tranquilidad de un lago, una veladura tenue, un adiós definitivo de la ficción, le desazonó un instante. Quiso abalanzarse en su búsqueda tratando de rescatar el sueño que se le escabullía, pero se encontró con los brazos de Ana que iban a su encuentro y que se le derrumbó literalmente sobre su cuerpo ante el cálido recibimiento de aquellas manos que se le cruzaban en su camino.



# ÍNDICE

DEDICATORIA.....	7
I JORNADA. NONA. DONDE SE PRODUCE UN EXTRAÑO INCIDENTE CON UN EXAMEN Y SE REPRENDE AL AUTOR POR FALTA DE RIGOR EN LAS FUENTES CONSULTADAS. ....	9
I JORNADA. VÍSPERAS. DONDE EL PROFESOR IBARRA CONSULTA CON SU BUEN AMIGO Y MENTOR DON JULIO ABELLÁN, CATEDRÁTICO EMÉRITO Y EXPERTO EN SEMIOLOGÍA. ....	15
I JORNADA. COMPLETAS. DONDE UN HARAPIENTO MUCHACHO CAE FULMINADO POR LA BEBIDA. ....	21
I JORNADA. DESPUÉS DE COMPLETAS. DONDE EL PROFESOR IBARRA CONOCE POR FIN A LA MUJER QUE HABÍA ESPERADO TODA SU VIDA. ....	25
I JORNADA. LAUDES. DONDE IBARRA CREE QUE TODO HA SIDO UNA FARSA .....	31
II JORNADA. TERCIA. DONDE APARECEN NUEVOS INDICIOS Y SE CONCIERTAN PARA INVESTIGAR EL LUCTUOSO SUCESO DEL ESTUDIANTE NARCOLÉPTICO .....	35
II JORNADA. SEXTA A COMPLETAS. DONDE SE CONFIRMA LA ROTURA DEL JARRO Y OTROS PORMENORES. ....	45
CAPÍTULO I .....	57
III JORNADA. DE LAUDES A COMPLETAS. UNA SEMANA DE AVERIGUACIONES. ....	65
CAPÍTULO II .....	83
IV JORNADA. DONDE EL PROFESOR ABELLÁN DESCUBRE EL PARADERO DEL VATE LOCO. ....	107
CAPÍTULO III .....	155
V JORNADA. DESPUÉS DE LA DOMINICA IN ALBIS .....	165
VI JORNADA. EN LA RECTA FINAL DE LA ECIPIROSIS DEL SOLSTICIO DEL VERANO .....	191
VII JORNADA. UN CABALLO DE CARTÓN Y FANTASÍA .....	211
VIII JORNADA. UNA EXPLOSIÓN FINAL DE FUEGOS DE ARTIFICIO .....	251
CAPÍTULO IV. A MODO DE EPÍLOGO .....	305



ESTE LIBRO, ESCRITO POR FRANCISCO PÉREZ BALDÓ,  
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN GRANADA  
EL DÍA DE DE 2009,  
CONMEMORACIÓN DE LA FESTIVIDAD DE ,  
BAJO EL ATENTO CUIDADO DE MAESTROS IMPRESORES  
DE LA IMPRENTA «GRÁFICAS LA MADRAZA»,  
DE ALBOLOTE (GRANADA).

LAUS DEO

